



EL DISFRAZ DEL MIEDO

TRINIDAD FUENTES



Lectulandia

Como cada sábado, desde que decidió que su trabajo de fin de grado en Criminología versaría sobre la hibrístofilia, esa rara patología que designa la atracción por criminales violentos, Olivia visita en la Prisión de Soto del Real a Pedro Díaz, autor de los asesinatos de tres jóvenes el día que cumplían la mayoría de edad. El mismo sábado que Pedro confiesa a Olivia que había perpetrado otros crímenes anteriores, Inés, la mujer de Pedro y madre de sus dos hijos, Alicia y Adrián, aparece asesinada en su casa. Los inspectores de Homicidios Virginia Lambert y Román Presedo serán los encargados de investigar un crimen que se complicará con el secuestro de Alicia, precisamente el día de su decimoctavo cumpleaños. Ambos sucesos tienen el inconfundible olor de la venganza.

A lo largo de una semana llena de acontecimientos, Olivia, Virginia y Román se encontrarán inmersos en una trama con múltiples sospechosos, llena de verdades a medias, visitas dolorosas al pasado y giros inesperados.

Trinidad Fuentes, criminóloga, investigadora privada y grafóloga, vierte en esta novela policíaca su experiencia profesional, manejando con maestría la estructura de una intriga que nos enfrenta a un dilema fundamental: ¿puede el mal ser congénito?

Trinidad Fuentes Garrido

El disfraz del miedo

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2025

Título original: *El disfraz del miedo*
Trinidad Fuentes Garrido, 2025

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Dos meses después
Agradecimientos

A mi abuelo Luis, por enseñarme a leer, a escribir
y mostrarme la belleza de la literatura.
A mi abuela Catalina, por quererme tanto y cuidarme con
su inmenso cariño.
Gracias a los dos por haber sido un ejemplo de amor
incondicional, fuerza y valentía.
En mi corazón, siempre

«La maldad no es algo sobrehumano, es algo menos que humano».

AGATHA CHRISTIE

«Las mujeres siempre se fían de otras mujeres. Erróneamente piensan que el monopolio de la violencia le pertenece al hombre».

CRISTINA H. ABASCAL

NOTA DE LA AUTORA: Cualquier semejanza con hechos o personas del mundo real sería casual.

1

Tiene destreza cosiendo y se ha confeccionado un capuchón que le cubre de la cabeza a los hombros. Negro, de tela fina y aireada para respirar, hablar y que su voz se escuche, con dos agujeros por donde le asoman los ojos. Es lo único que se ha permitido mostrar, los ojos. Son corrientes, algo pequeños y marrón oscuro, pasarían desapercibidos en cualquier otra situación. Sin embargo, en este momento, la intensa mirada que irradian hace temblar a su víctima.

—No me das miedo —intenta ella disimular la angustia.

—Sé que no eres miedosa. Si lo fueses, no te sentirías atraída por un asesino y mucho menos te habrías casado con él.

—¿Quién eres? ¿De qué me conoces? ¿Qué quieres de mí? —Brotó el desasosiego.

—¿Quién soy? Me podría presentar, pero no me apetece. ¿De qué te conozco? Digamos que de oídas. Y... ¿qué quiero de ti? Matarte; estoy pensando cómo.

Sábado, 20 de abril de 2024

Se había despertado con el amanecer tras dormir cuatro horas escasas. Los nervios le impedían el descanso. Era el segundo día que iba a ir a visitarlo; en el primero mantuvieron una charla demasiado breve. Antes de salir de casa, quería darle un beso a su madre. Rozó la manilla de la puerta con sigilo; una voz tosca la detuvo.

—¿Qué haces?

Olivia estaba acostumbrada al trato áspero que le profesaba Miguel Durán, su abuelo, quien la consideraba culpable de la enfermedad que sufría su madre. Se lo había escuchado decir en una conversación con el médico cuando ella tenía apenas seis años y órdenes estrictas de ser silenciosa: no podía levantar la voz, correr, cantar, bailar, jugar o hacer cualquier tipo de ruido dentro de la enorme casa. Si tenía algún momento de euforia o alegría, que cada vez eran menos, los ahogaba en susurros. Tampoco podía levantar la voz en el jardín y aprendió a comunicarse con las plantas; cuando soplaba una brisa suave acercaba su rostro a ellas y percibía el aroma de sus caricias. En su obligado mutismo y con una sonrisa les transmitía cariño, ternura, gratitud: sentimientos que nadie le había mostrado y que, sin embargo, le latían innatos en el alma. Necesitaba compartírselos y las plantas eran sus únicas amigas.

—Yo soy médico de familia, no puedo seguir recetándole fármacos sin más a su hija. Debería consultar a un especialista. Lo que creía que era una depresión posparto se ha ido agravando con el tiempo e incluso puede ser que haya derivado en algo mucho peor. —La pequeña Olivia escuchaba agazapada tras las tupidas cortinas.

—Tiene razón, doctor. Cada día que pasa se evidencia su empeoramiento. Debo tomar una decisión —afirmó Miguel Durán con los labios prietos y los ojos entrecerrados, su típica expresión de enfado.

Su decisión fue librarse durante un tiempo de una niña cuya presencia lo molestaba y a la que no podía cuidar. Era un viudo con una hija enferma y una nieta inquieta que le traía malos recuerdos. Recluyó a Olivia en un internado de monjas donde permaneció tres años enteros, incluidas las épocas vacacionales.

La infancia de Olivia había determinado su carácter introvertido. El día que su abuelo la llevó al internado, cuando se despidió de ella en el despacho de la madre superiora, lo hizo recalando su martirizante frase: «¿Lo que has hecho te parece adecuado o incorrecto?». Se fue sin esperar respuesta. La niña tenía nueve años cuando volvió a verlo. Miguel fue a recogerla dado el empeoramiento de su hija, que achacó a la ausencia de Olivia. Durante el camino de vuelta a casa, él pronunció dos únicas palabras: «Has crecido». Ella mantuvo un absoluto mutismo. Al llegar, se dirigió a la habitación de su madre. Fue escalofriante lo que sintió en aquel momento, un silencio insólito abrazaba la estancia. Lucía, envuelta en la penumbra, la miró sin reaccionar. Era visible su deterioro. Olivia no se atrevía a acercarse, tenía miedo de que le contagiara su desdicha; físicamente se parecían tanto que temía ser en todo igual y sufrir su misma desgracia. Los brillantes y vivaces ojos azules de su madre estaban tristes, apagados. Su preciosa melena rubia estaba descuidada, reseca y mal cortada. Su cuerpo estilizado lo era en exceso, mostraba una extrema delgadez. Estaba demacrada.

Olivia corrió hasta el jardín, donde rompió a llorar; le costaba respirar, se ahogaba ante la impotencia de ver así a su madre y sentirse tan cobarde.

—Deja salir tu pena. Has de confiar en ti misma y llenarte de fortaleza, solo así podrás hacer frente a las duras pruebas de esta vida.

Aquellas palabras que le dijo su abuelo quedaron grabadas en su mente.

—Olivia, te he hecho una pregunta. ¿Qué haces?

—Iba a darle un beso a mamá, abuelo. Voy a salir, volveré por la tarde.

—¿Dónde vas? Es muy temprano. Necesito que te quedes con tu madre, debo hacer unos recados y sabes que no se puede quedar sola.

—Lo siento, pero tengo un compromiso ineludible. Volveré lo antes posible —respondió, se dio la vuelta y caminó por el pasillo en dirección a la salida.

En la oquedad de la casa solo se escucharon sus pisadas y el refunfuño de Miguel.

Olivia Durán había tardado casi una hora en llegar a su destino, el Centro Penitenciario Madrid V–Prisión de Soto del Real. Sentada en un locutorio maloliente, dotado de cristales blindados como medida de seguridad, hablaba con el preso Pedro Díaz a través de un telefonillo electrónico.

A falta de pocos meses para finalizar sus estudios de criminología, estaba allí con la intención de documentarse en primera persona y hacer un inmejorable trabajo de fin de grado. El asesino confeso de tres mujeres mostró su satisfacción al verla de nuevo.

—He pensado toda la semana en nuestro reencuentro. —Mostró una sonrisa veleidosa—. Me siento solo. Mi mujer es la única que me visita y no con la misma asiduidad que antes. Mi hijo nunca viene; de hecho, me repudia. Y mi hija a veces acompaña a mi mujer, pero cada vez menos; pronto cumplirá dieciocho años. ¿Cuántos tienes tú?

Olivia ignoró la pregunta. Había ido a hacérselas a él, no a que él se las hiciera.

—Dieciocho años tenían cada una de tus tres víctimas. ¿Por qué elegías esa edad?

—No existe un porqué para todo, Olivia. Me inspiras confianza, te voy a revelar un secreto: esa es la edad que tenían las últimas tres mujeres que maté, las anteriores eran más jóvenes. Por suerte para mí, nunca encontraron los cuerpos ni se me relacionó con las desapariciones. Aunque, bien pensado, habría obtenido mayor notoriedad y reconocimiento... —Le clavó una mirada rabiosa al ser consciente que había perdido la oportunidad.

Olivia cruzó los brazos para esconder el temblor de sus manos. Sintió el impulso de salir del locutorio, de la prisión, de los alrededores; de huir lo más lejos posible y olvidarse del asesino que acababa de confesarle la comisión de más crímenes, mujeres desaparecidas cuyos cuerpos jamás habían sido encontrados. Pedro podía percibir su destempe, la miraba a la espera de una reacción, callado, sin apremiarla, disfrutando de la repentina hostilidad en la mirada dispersa de la joven. Olivia apartaba los ojos a la par que aumentaba su angustia.

—¿En qué piensas, Olivia? Estos encuentros son de cuarenta minutos, no desperdicies el tiempo.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. Volveré el próximo sábado —respondió con la voz entrecortada.

—No me gusta tu actitud, estás siendo desagradecida. —Una seriedad perturbadora bañaba sus palabras—. Te quedas —le ordenó—. Quiero darte más detalles del secreto que acabo de revelarte e incluso tienes mi permiso para sacarlo a la luz.

Olivia miró su reloj de muñeca y asintió con la cabeza. Era obvio que la intención de Pedro era utilizarla de mensajera. Él no tenía nada que perder, habían transcurrido muchos años, los suficientes para que esos crímenes de los que hablaba hubiesen prescrito. El asesino quería alimentar su ego, volver a ser noticia. De ser verdad lo que le iba a confesar, ella le daría otra finalidad: aliviar la pena, el dolor y la incertidumbre de las familias.

—Nos quedan quince minutos. Te escucho. —Olivia se recompuso.

Pedro cerró los ojos unos segundos, inspiró hondo y los entreabrió. Sus rizadas y tupidas pestañas semejaban dos tarántulas venenosas guardianas de una mirada que quedaba oculta tras ellas.

—Mi primera víctima era una quinceañera preciosa. La estuve observando durante un mes. Su inocencia me atraía de manera sobrenatural. Le quité la vida de forma torpe, me estrenaba con ella, así que todavía me faltaba práctica en esos quehaceres. Sufrió bastante. ¿Quieres escuchar los detalles truculentos?

—¿La violaste?

—Por supuesto que no. Mis instintos asesinos nada tienen que ver con el deseo sexual. Hubo otras dos, también muy jóvenes, trece y catorce años. Las rapté juntas en el trayecto que recorrían cada martes y viernes desde la escuela de danza hasta sus casas. Eran vecinas. También las observé durante un mes. Fue un año intenso... Meses después le quité la vida a Jessica; como ya sabes, su homicidio me hizo popular y tan solo me supuso dos años encarcelado. A los veinticuatro volví a ser un hombre libre, aunque preso de mis instintos.

—Dime el nombre de tus primeras víctimas.

—Yo marco los tiempos y la información, Olivia. ¡Uy, vuelve a mirar tu reloj! Es hora de despedirnos. Te espero el próximo sábado.

Abandonó la cárcel todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron, todavía le temblaban, la cabeza y el tronco iban por delante tirando de ellas. Olivia agradeció la ducha de lluvia torrencial que la sorprendió al

salir. Se quedó quieta junto a su vehículo unos minutos y agradeció la purificación que le otorgaba el agua. El pelo y la ropa le chorreaban; aun así, subió al vehículo, lo puso en marcha y pisó el acelerador. No estaba preparada para asimilar todo lo que le había contado el asesino. Pedro Díaz había sido el único en responderle de los tres presos con los que había contactado. Ahora Olivia se cuestionaba si continuar con las visitas semanales u olvidarse de todo. Pensó que ese mismo día por la tarde tenía una cita con la familia de una de las víctimas. Debía seguir adelante con su proyecto. «¿A quién pensabas que te ibas a encontrar en prisión, a un tipo afligido suplicando perdón? ¡Espabila, Olivia, es un asesino, un psicópata perverso, lo sabías y lo buscaste!», se dijo.

La lluvia aminoraba y disminuyó la velocidad de los limpiaparabrisas. Inmersa en sus pensamientos giró a la derecha; en pocos minutos la carretera se estrechó y el paisaje empezó a cambiar. Bosques de abedules y tejos sustituyeron a los edificios altos, al trasiego de gente. Bajó la ventanilla y respiró.

Al llegar a casa fue a la habitación de su madre: no estaba allí. La luz tímida de unos finos rayos de sol que empezaban a asomar entre las nubes traspasaba los visillos blancos. La cama estaba hecha, todo en orden, olía al suave perfume de jazmín que Lucía rociaba en la habitación cuando estaba de mejor ánimo.

—¡Mamá, abuelo! —voceó mientras asomaba la cabeza en las demás estancias de la casa.

—Estamos en el salón —respondió una voz que no pertenecía a ninguno de los dos.

Olivia reconoció el inconfundible acento gallego de la vecina y avanzó ágil por el corredor. Todas las zonas de la casa eran amplias, confortables, con ausencia de lujos. La doble puerta del salón estaba abierta; entró y las saludó efusiva. Primero abrazó a su madre y enseguida hizo lo propio con Amalia Ferreiro, la mujer menuda y cariñosa que la había visto crecer.

—Hija, llevas la ropa mojada. Cámbiate rápido, te vas a resfriar. — Lucía mostró su preocupación.

—Mamá, ¡qué alegría verte así!

—Así, ¿cómo? —Se turbó.

—Así de guapa, mujer, a eso se refiere tu hija, ¿verdad, Olivia? — intervino Amalia con rapidez—. Le he dicho que se pusiera un vestido

para salir un rato, aunque, como se ha puesto a llover, hemos descartado la idea.

—Ya no llueve. Me cambio en un momento y salimos las tres. Por cierto, ¿dónde está el abuelo? —Miró a Amalia.

—Me llamó y me preguntó si podía hacerle compañía a tu madre. Él tenía recados urgentes. —Alzó las cejas y apretó los labios.

Lucía Durán las escuchaba con una sonrisa contrita. Estaba confusa. Sintió unas ganas repentinas de llorar.

—No quiero salir, me voy a la cama —balbuceó; su boca hacía pucheros.

Olivia y Amalia cruzaron las miradas. Ambas sabían el cuidado que debían tener con Lucía en el trato, con las palabras, los gestos, las expresiones; todo lo que pudiese provocar que la bruma se apoderase de su mente.

—Mamá —le habló con dulzura—, yo también me voy a poner un vestido como el tuyo, vaporoso y primaveral. Y saldremos a pasear en compañía de Amalia.

Lucía asintió con la cabeza, un halo afable iluminó su rostro.

Las viviendas de piedra eran como fortines para cada uno de sus habitantes. En Vallesgo, un pequeño pueblo de la Sierra de Madrid, residía un centenar escaso de personas y todas se conocían. Aquel lugar, donde nadie hacía preguntas indiscretas, había sido el elegido por Miguel Durán para trasladarse a vivir veintidós años atrás cuando su hija, con los dieciséis recién cumplidos, se quedó embarazada. Miguel no le había preguntado quién era el causante de su estado; supuso que sería alguno de sus compañeros de instituto, donde, además, él era profesor. Quería evitar el escándalo, la vergüenza. Confinó a su hija en una casa «fortín» bajo su protección, lejos de habladurías.

Las tres mujeres se habían encaminado hacia los prados que rodeaban el pueblo. Olía a primavera, a hierba fresca.

—¿Dónde has estado esta mañana? —le preguntó Lucía a su hija.

—En la biblioteca de la universidad, mamá —le mintió—. Y el abuelo, ¿sabéis si volverá pronto? —Desvió la atención puesta en ella.

—No lo sé; a mí ni tú ni él me contáis nada. —Lucía respondió con cierto despecho.

—Me ha dicho que no sabía con certeza la hora de su regreso. Así que, ante la duda, he preparado comida. ¿Tenéis hambre? —Amalia les sonrió con su cálida mirada.

—Pero ¿qué hora es? —se preguntó en voz alta Olivia, al tiempo que miraba su reloj—. ¡Es tardísimo! Tengo que volver a la ciudad.

—¿Tanta prisa tienes? Son las dos y media.

—He quedado con alguien a las cinco y ya sabes que tardo tres cuartos de hora en llegar a Madrid, y luego encontrar aparcamiento, que es lo más complicado. No me gusta ir con el tiempo justo a los sitios —le aclaró a Amalia.

—¿Tienes una cita, hija? ¿Con un chico tal vez? —se interesó Lucía.

—Sí, mamá. Pero es solo un amigo —le volvió a mentir—. Bueno, volvamos a casa, comeré antes de irme, sería una idiota si despreciase un guiso de Amalia —les guiñó un ojo.

—Regresad vosotras. Yo quiero seguir paseando. Necesito respirar, ¡respiraaaar! —Y echó a correr.

Amalia se santiguó al exclamar «¡ay, Dios!». Olivia fue tras su madre y enseguida le dio alcance. La asió de la mano y le notó el pulso acelerado. Intentó tranquilizarla. Caminaron de vuelta despacio. Lucía desvariaba.

—Quiero bailar, hija. En esta vida de luces y sombras, hoy el sol observa la cadencia de mis caderas y me sonríe. Aunque, ¡escucha!: ¿oyes el lamento de mis pies? Estoy algo cansada. —Lucía pasaba de la euforia a la apatía en décimas de segundo.

Al verlas, Amalia se sintió aliviada: ella no tenía edad ni energía para salir corriendo detrás de nadie. Por eso, cuando se quedaba al cuidado de Lucía, prefería no salir de casa, salvo al jardín.

Cuando llegaron, en un momento, Olivia y Amalia lo dispusieron todo para empezar a comer: la mesa puesta y el guiso calentándose a fuego lento. Olivia miró el reloj que colgaba de la pared de la cocina; se había hecho demasiado tarde, no iba a llegar a tiempo a su cita.

—Me tengo que ir, no puedo demorarme más. Por favor, quédate con ella, no la pierdas de vista ni un segundo, ya ves lo inestable que está —le susurró Olivia a la vecina—. Cuando mi madre haya comido, dale un libro, sabes lo mucho que se relaja con la lectura. O mejor, se lo doy ahora, así se mantendrá tranquila mientras se acaba de calentar el guiso. Si sobra algo, me lo cenaré. —Le ofreció a Amalia una agradecida sonrisa.

Olivia se fue con prisas dejando a su madre al cuidado de la vecina y al cobijo de la lectura. Había concertado una visita con el hermano de una de las chicas asesinadas por Pedro; hablar con las familias de las víctimas era una parte fundamental de su trabajo de fin de grado.

Condujo a una velocidad imprudente desde Vallesgo hasta el desvío a Madrid y creyó haberle ganado tiempo al tiempo. Salió rápido de su quimera en el primer atasco que la detuvo durante varios minutos. Luego se enfrentó a un sinfín de semáforos y a otro atasco peor que el anterior. «¡Mierda, mierda y mierda!», exclamó soltando parte del agobio que le producía pensar que no llegaba a la cita. En la zona próxima a su destino era imposible aparcar. Dejó el coche en el primer aparcamiento que encontró y anduvo a paso ligero tres calles. Se detuvo al ver el letrero de frente: sastrería v. g. Cerrado.

3

Se ha puesto el capuchón y los guantes justo antes de entrar. Ha abierto la puerta de la casa con las llaves de Inés que se había llevado el día anterior. Desde que se fueron sus hijos, Inés Sánchez vive sola en el monte, en una casa aislada y pequeña. Es una mujer confiada e imprudente, acostumbrada a salir y entrar, a pasear por los terrenos colindantes; suele dejar la puerta abierta hasta que cae el atardecer. Hasta ayer nunca le había sucedido nada; ahora, atada a una silla y amordazada, siente una congoja que no muestra.

—¿Para qué has vuelto? —inquire en cuanto le quita la mordaza.

—Para matarte. Ya te dije que estaba pensando cómo.

—Necesito ir al baño.

Niega con la cabeza. El borde del capuchón se balancea.

—Háztelo encima si no aguantas más. Vamos a tener una charla previa a tu final, como si te confesases, ¿te apetece? —La orina empapa el cojín de la silla—. Cuéntame cómo conociste a tu marido. ¿Qué te atrajo de él?

—Quítate eso que llevas en la cabeza y hablaremos —le exige altanera.

—Escúchame bien. —Da un paso hacia ella—. Tienes dos opciones: responder a todas mis preguntas o empezar a llorar, y no por tu muerte, sino por la de tu hija. Pasado mañana es su dieciocho cumpleaños y la asesinaré asestándole dieciocho puñaladas.

Es la primera vez en toda su vida que Inés Sánchez suplica. Pensar que le puedan hacer un daño tan atroz a su hija le resquebraja el corazón.

—Por favor, por favor, no le hagas nada, no te acerques a ella.

—Vaya, parece que tienes sentimientos, queda descartado que seas una psicópata. —Ríe bajo el capuchón—. Tranquilízate; si respondes con sinceridad a mis preguntas, no me acercaré a tu hija. Tampoco a tu hijo. ¿O él no te importa?

—Claro que sí. Los quiero por igual.

—Sin embargo, ellos te desprecian, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevas sin verlos? Se fueron de esta casa huyendo de ti, de lo que eres: la mujer que gestó en su cuerpo las semillas de un asesino. Siempre cargarán con el estigma que tú les has impuesto. Seguro que te odian; yo, en su lugar, nunca te perdonaría. —Las lágrimas inician su recorrido por el ajado rostro de Inés—. Te voy a repetir la pregunta y quiero que me respondas sin altanerías. Cuéntame cómo conociste a tu marido. ¿Qué te atrajo de él?

—Pedro era muy guapo, alto, moreno, terriblemente atractivo. Seguí por televisión su historia y me enganché. Le escribí a prisión, me respondió y estuvimos carteándonos unos meses. En sus palabras entendí sus actos y quise conocerlo en persona.

—¿Entendiste sus actos? ¿Te refieres al crimen que había cometido?

—Sí, es difícil de explicar, pero pensé que había cometido un error y necesitaba mi ayuda. Me quedé embarazada en una vis a vis y poco después nos casamos. Le redujeron la condena por buen comportamiento.

—Pero no lograste que cambiara. Cometió tres asesinatos cuando ya vivíais juntos. Y tú lo ayudaste a perpetrarlos. Aunque lo negaste todo en el juicio y tu participación no se pudo demostrar.

Inés Sánchez tiene náuseas, frío y mucha sed. Ni se enorgullece ni se arrepiente de lo que hizo. Recuerda la satisfacción que le daba serle útil a Pedro, demostrarle su obediencia y amor. De hecho, tiene una libreta donde lo escribió todo con detalle, para leerlo por si alguna vez pierde la memoria.

—Quiero agua. —Su voz denota debilidad.

—Y yo quiero que me respondas.

—Crecí en un hospicio. Huérfana desde que era un bebé, no había tenido una familia hasta que Pedro me convirtió en su esposa. Podía haber elegido a otra de las chicas que también le escribían cuando estaba en prisión, pero fui yo la afortunada. Estaba enamorada y convencida de que con mi apoyo iba a reencaminar su vida, ya había empezado a hacerlo.

—Tu victimismo me molesta. La historia de la huerfanita desvalida no me interesa. Te he hecho una pregunta concreta. ¡Habla!

Inés, carente de fuerzas, mira a los ojos que asoman tras la capucha. Ignora si son de un hombre o de una mujer. La vestimenta no le da pistas y la voz indefinida tampoco. Tiene mucha sed. Finge un acceso de tos y consigue que le acerque un vaso con agua. Bebe hasta atragantarse. Pide más. Con manos firmes bajo los guantes, se lo vuelve a llenar, esta vez no

le permite dar ni un sorbo, le derrama todo el contenido sobre la cabeza. Se le ha mojado el interior de uno de los guantes, la humedad le produce un intenso picor. Se quita la prenda y se seca la mano con la camisa.

—¡Espabila! ¡Continúa! —le exige.

—A los pocos meses de su puesta en libertad, Pedro se transformó. Me decía que era una pusilánime, que me faltaban agallas. Empezó a castigarme con su silencio porque me negué a hacer algo que me pedía. Quería que me convirtiese en su cómplice. Yo pensaba que podía ayudarlo a cambiar, pero su mente se había vuelto a llenar de ideas macabras que se empecinaba en llevar a cabo. —Traga saliva y hace una pausa larga.

La observa, la escucha y, pese al encono que le tiene, siente una brizna de lástima. Se da cuenta de que desconoce a la otra Inés, a la que supone que era una persona y no un monstruo. Se cuestiona cómo se comportaba antes de conocer a Pedro e incluso la imagina solitaria, enamoradiza y con una elevada dependencia emocional. La combinación perfecta para convertirse en una mujer sometida y manipulada. De repente cierra los ojos y menea rápido de un lado a otro la cabeza bajo el capuchón negro intentando expulsar de su mente cualquier pensamiento que justifique el comportamiento de Inés. Ella, algo mareada, vislumbra una mancha oscura y borrosa que le ronda; presiente la cercanía de la muerte.

—Prosigue —le ordena.

—Pedro me decía que entre nosotros no cabían los secretos ni las mentiras, que la confianza debía ser absoluta, y por eso me contaba lo que pensaba y sentía. Le propuse pedir ayuda profesional para aliviar su mente de esas ideas tortuosas. Que pensase en sus hijos, en mí, en la familia que habíamos creado. Él me respondió que la única ayuda que necesitaba era la mía y que no entendía que me negase a dársela.

—Cediste, ¿verdad? Lo ayudaste a cometer los crímenes. —Habla con una calma extraña que parece ser la antesala de una explosión.

—Me torturaba con su silencio y desprecio. Era como si yo no existiera, ni me miraba, ni me hablaba, ni me tocaba. Dejamos de compartir habitación. ¡Amaba a mi marido, lo necesitaba, me resultaba insoportable su rechazo!

La escucha con estupefacción y el deseo de que acabe. Quiere pensar que está enferma, que sufre una patología mental. Se da cuenta que de nuevo intenta justificarla; siente rabia por ello.

—¡Acaba de una maldita vez! —Se altera.

—Juro que intenté no convertirme en su cómplice, pero al final entendí que el secreto del amor está en compartir, y lo que Pedro me ofrecía era compartir con él sus experiencias, sus necesidades, todo lo que formaba parte de su vida. Por eso accedí, por amor. Las mató él, yo se las busqué según sus deseos: tres chicas de dieciocho años. Me resultó fácil. Ninguna sospechó de mí, tampoco sabían quién era mi marido. Las observaba un tiempo, como Pedro me había enseñado, luego me acercaba a ellas con mis hijos de la mano, que eran pequeños, simulando un encuentro casual. Las criaturas las enternecían y enseguida establecíamos una conversación.

—¡Cállate! ¡Eres un ser aborrecible! —Avanzó hacia ella, la agarró del pelo y le golpeó con fuerza la cabeza contra la mesa mientras repetía—: ¿Lo qué has hecho te parece adecuado o incorrecto?

Cenaban juntos cada sábado desde que habían firmado de mutuo acuerdo el divorcio hacía poco más de tres meses. Román Presedo contemplaba las dulces facciones de su exmujer mientras la dejaba hablar sin escucharla. Se había acostumbrado a desconectar cada vez que ella iniciaba su verborrea. Llevaba años haciéndolo, como si de un televisor se tratase: bajaba al máximo el sonido y dejaba solo la imagen. No recordaba quién de los dos había propuesto aquellos tortuosos encuentros semanales, pero allí estaban ambos, un sábado tras otro fomentando, sin sentido, los resquicios del desamor.

El teléfono de Román sonó en mitad de la cena y su ex suspiró, resignada por experiencia a continuar la velada sola. Después de atender la llamada, Román la miró tras sus lentes de montura fina y escasa graduación, encogió los hombros, esbozó una sonrisa apócrifa y quedó a la espera de su beneplácito por costumbre, como si todavía siguiesen casados.

—Venga, márchate de una vez —le espetó—. Pero nos vemos el próximo sábado, no lo olvides.

Román le dio un beso en la frente y salió del restaurante. Subió al coche, lo puso en marcha, aceleró. Tenía prisa por llegar, pero aún más por huir. Enfiló la carretera de curvas polvorientas y se fundió con la oscuridad del bosque. Se preguntó por qué razón se citaban en aquel recóndito restaurante donde acudían las parejas de amantes que buscaban intimidad. Por qué estúpida razón quedaban cada sábado. ¡Odiaba los sábados! Intentó relajarse y concentrarse en la llamada recibida: debía acudir a un levantamiento de cadáver, el de una mujer que, al parecer, había sido asesinada. Llegó a la carretera general y varios metros más allá accedió a la autopista. Aún estaba lejos. Se desvió en un área de servicio para repostar y luego el inspector Presedo continuó su ruta.

En una noche de luna nueva y extrema oscuridad, los faros de los coches de la policía, enfocados hacia la puerta de la casa, iluminaban la entrada. Román saludó con la mano a los compañeros que hacían guardia en el exterior y entró a lo que le pareció una chabola. La zona estaba delimitada y la policía científica había iniciado su trabajo.

—Eres un tardón, Presedo.

—Y tú una impertinente, Lambert.

—Siempre andáis a la gresca vosotros dos —interfirió el forense al tiempo que observaba a la víctima.

—¡Nada de gresca! Es la forma que tenemos de demostrarnos cariño.

—Virginia Lambert dirigió una mueca de complicidad a Román Presedo

—. Bueno, vamos a ponernos serios. ¿Qué nos puedes decir del cadáver?

—De momento no mucho más de lo que veis. Mujer cercana a la cincuentena. Atada de pies y manos a una silla. La muerte parece reciente, es posible que el crimen se haya cometido hoy mismo, quizá durante la mañana. Pero la víctima llevaba más tiempo inmovilizada en la misma posición. Le han golpeado la cabeza contra la mesa, con fiereza, es muy probable que haya muerto a causa de un traumatismo craneoencefálico. Cuando le haya realizado la autopsia, os podré dar más datos.

—¿De dónde procede ese olor tan fuerte si no es de la descomposición del cuerpo? —preguntó Presedo.

—De las ropas de la víctima y del cojín de la silla: está todo empapado en orines —aclaró el forense.

—Salgamos de esta chabola, Virginia, hablaremos fuera —sugirió Román.

La inspectora Lambert percibió el nerviosismo de su compañero y se extrañó. Al contrario que ella, Román era una persona de carácter templado; hasta en los momentos más duros y difíciles solía mantener la calma. Hacía años que se conocían, habían llegado prácticamente a la par al departamento de homicidios y sus rarezas, pese a ser dispares, los unieron en una amistad que se había afianzado con el paso del tiempo. Virginia supuso que la intranquilidad de su compañero se debía a algún tema personal.

—¿Hemos identificado a la víctima? —Se interesó Román.

—Todavía no. Cuando acaben los de criminalística, buscaremos algún documento, su DNI, pasaporte, facturas, tarjetas de crédito. Tampoco sabemos con certeza que viviese aquí.

—Sí, cuando ellos salgan, volveremos a entrar. Me produce ansiedad estar en un lugar pequeño con tanta gente.

—Será mejor que nadie te escuche decir eso, Román. Por situaciones peores has pasado sin queja alguna. Hoy no tienes un buen día, ¿verdad? —intentó sondearlo.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo? —Presedo esquivó la pregunta de Virginia.

—Un ciclista. Dice que iba con un grupo y sin darse cuenta cogió demasiada distancia del pelotón, se despistó por estos caminos perdidos y al atardecer vio la casa. La puerta estaba abierta, supongo que le pudo el cansancio o la curiosidad porque se arriesgó a entrar. Se encontró con la escena macabra y enseguida telefoneó. Está en *shock*, metido en ese coche. —Señaló uno de los vehículos policiales—. Un agente le hace compañía.

—Tienes una capacidad admirable para simplificarlo todo. En algunas cosas me gustaría ser como tú. —Suspiró el inspector.

La chabola empezaba a vaciarse de los intrusos que la habían despojado de toda intimidad porque en eso consistía su trabajo. El cuerpo inerte de la víctima abandonaba, dentro de una funda y colocado sobre una camilla, la que había sido su morada.

—Román, si has respirado lo suficiente, creo que deberíamos entrar.

La inspectora Lambert se recogió la media melena cobriza en una coleta y enguantó sus manos. El inspector Presedo hizo lo propio con las suyas. Comedor, cocina, un baño y dos habitaciones pequeñas conformaban el habitáculo. Virginia se detuvo a observar tres fotos que había sobre una cómoda y que parecían estar colocadas cronológicamente. En la primera, un hombre y una mujer jóvenes. En la segunda, la misma mujer junto a un niño y una niña pequeños. En la tercera, dos adolescentes, chico y chica, que parecían los niños de la foto anterior. Virginia volvió a mirar la primera, la imagen del hombre le resultaba familiar, estaba segura de que lo había visto antes.

—Presedo, ¿dónde estás? Ven aquí.

—Escudriñando en los cajones de la única habitación con cama, armario y mesilla. Creo que podemos identificar a la víctima, he encontrado un DNI.

—Perfecto, cógelo y ven, quiero que veas algo —insistió Virginia.

—Dime, ¿qué quieres enseñarme? —Presedo se colocó junto a ella.

—Mira al hombre de esta foto, ¿te recuerda a alguien?

—Por supuesto. —El inspector mudó el rostro y la voz—. Es Pedro Díaz, el asesino de mujeres.

—¡Exacto! Ahora lo recuerdo. Y la mujer que está junto a él en la foto es... ¿su esposa?

—Debe de ser del día que se casaron en prisión. Su relación era un claro caso de hibrístofilia.

—¿Qué nombre reza en el documento que has hallado? —preguntó la inspectora.

—Inés Sánchez. Han asesinado a la mujer del asesino —sentenció Presedo.

Virginia y Román cruzaron las miradas. Sus pensamientos, que parecían estar sincronizados, sopesaron la venganza como móvil del crimen y vaticinaron una investigación compleja.

A lo largo de su carrera, la inspectora Lambert se había encontrado con más de un caso de hibrístofilia, esa extraña condición de algunas mujeres que se enamoraban de maltratadores, agresores, violadores y asesinos confesos. Y, pese a esforzarse por entenderlas, era incapaz porque veía en ellas un reflejo de la maldad de los monstruos a los que adoraban. Lambert se preguntaba cómo podía una mujer sentirse atraída por el asesino de otras mujeres e incluso idolatrarlo o llegar a formar una familia con él. A pesar de conocer la teoría psicológica, pues como apasionada de la mente humana había leído bastante sobre el tema, no lograba encajarlo.

—Román, ¿tú te enamorarías de una asesina?

—¡Qué tonterías dices, Virginia! En estos momentos de mi vida la palabra *enamoramiento* me provoca arcadas.

—No hablamos de lo mismo, Román. Ahora te cierras al amor porque tu divorcio está reciente. Pero yo te preguntaba otra cosa.

—Te he entendido, Virginia. Qué quieres que te diga, hay demasiadas cosas a las que no encuentro explicación porque no la tienen. Al menos una explicación lógica. Tú eres demasiado tajante, reconócelo. A todo lo que se sale de tus parámetros le haces una cruz.

Los inspectores disertaban al tiempo que rebuscaban en los cajones.

—En estos cajones hay varias fotos sueltas del hijo y de la hija. No parece que vivan aquí —dijo la inspectora Lambert.

—Es obvio que aquí solo vivía una persona, la víctima —respondió Presedo mientras hojeaba una libreta—. Mira lo que he encontrado —dijo con énfasis—. Estamos ante un caso de la peor hibrístofilia que existe.

—¿La activa?! —Virginia Lambert se sulfuró.

—Fue sospechosa de complicidad en las muertes de las chicas, pero no se pudo probar. Además, su marido dijo ser el único culpable de los crímenes —recordó Presedo y le cedió la libreta a su compañera.

Virginia leía lo que Inés Sánchez, en los inicios de su vida en común con el asesino, sentía, pensaba y hacía.

La inspectora resopló. Si le costaba entender los casos de hibrístofilia pasiva, pese a hacer un esfuerzo supremo para ponerse en la piel de esas mujeres que amaban a un delincuente perverso, ni podía ni estaba dispuesta a justificar la hibrístofilia activa, en la que la mujer es cómplice de los crímenes de su pareja, como al parecer había sido el caso de Inés.

Según pasaba las páginas, la indignación de la inspectora iba en aumento y, no sin esfuerzo, contuvo el arrebato de decir en voz alta lo que pensaba: «Le han dado su merecido».

Domingo, 21 de abril de 2024

Olivia tenía todo planificado en una hoja excel: los nombres y teléfonos, las llamadas realizadas, las visitas programadas y las denegadas, las fechas, los horarios y varias casillas más que iba añadiendo, como la reprogramación de la cita a la que no había llegado la tarde anterior.

Un sol madrugador pronosticaba un domingo idílico. A Olivia le hubiese gustado aprovechar la jornada festiva para pasear con su madre, tenía comprobado que los días luminosos aportaban vitalidad a Lucía. Se acordaba que esa mañana tenía un compromiso; aun así, revisó el excel para cerciorarse. A las once la esperaba Beatriz Luque, la madre de Pedro Díaz. Apuntó la dirección en un papel y, después de una ducha rápida y un mínimo acicalamiento, salió de casa de puntillas.

Al adentrarse en la zona residencial que le indicaba el GPS, se le rompieron los esquemas mentales. Pensaba que Pedro había nacido en un barrio pobre, en una familia desestructurada, que su origen y entorno habían propiciado su maldad. La joven se recriminó haberse dejado llevar por los prejuicios, así nunca conseguiría ser una buena profesional. «La oscuridad no siempre se esconde en los rincones más sombríos», dijo en voz alta.

Se detuvo frente a las imponentes puertas de hierro forjado que custodiaban la mansión: era la calle y el número que le habían indicado. Salió del coche y observó dos cámaras de seguridad que la enfocaban. Llamó al timbre; de inmediato se abrió la verja corredera. Avanzó con paso dubitativo por un sendero bordeado de césped que abocaba a los tres amplios escalones de la entrada principal. Beatriz Luque salió a recibirla.

—Supongo que eres Olivia. Bienvenida. —Con un gesto la invitó a cruzar el umbral de la puerta.

—Buenos días, señora —saludó y entró.

—Lláname Beatriz, lo de señora es muy antiguo. —Soltó una risita desenfadada—. Dime, ¿te gustan las plantas?

—Mucho.

—Estupendo, unas excepcionales infusiones nos esperan en la terraza acristalada. Es un invernadero central rodeado de otras estancias.

Olivia esperaba otro tipo de recibimiento, más comedido, dado el motivo de su visita. Aunque con reticencias, se alegró de la actitud afable que mostraba Beatriz. Era una mujer delgada, alta y erguida. Lucía camisa y pantalón de lino gris azulado, como el color de sus ojos. Bajo un suave maquillaje asomaba la profundidad morada de sus ojeras y un moño en la nuca recogía las canas plateadas de sus setenta años.

—Beatriz, ante todo quiero darte las gracias por aceptar esta visita —dijo Olivia mientras tomaban asiento y la anfitriona servía, de la tetera a las tazas, una humeante y aromática infusión de menta.

—Te voy a ser muy sincera: me disgusta hablar de Pedro. Llevo demasiado tiempo intentando asimilar todo el daño que ha hecho. No obstante, cuando me llamaste, percibí en ti una valentía encomiable. Puedes contar con mi ayuda para tu trabajo de fin de grado, pues supongo, como me dijiste, que esa es la finalidad de tu presencia aquí.

—Por supuesto, ese es el motivo —afirmó Olivia—. Bien, empecemos entonces. —Carraspeó—. ¿Cómo era Pedro de niño?

—¡Como el mismísimo diablo! —exclamó Beatriz y enseguida atemperó la voz—. En parte me siento culpable porque nunca quise ser madre, ni tan siquiera estaba en mis planes casarme. Yo quería ser misionera.

Olivia la escuchaba atenta a cada una de sus palabras, intentando escudriñar en ellas, en los detalles más ínfimos, algún cambio de tono o de vibración en la voz. Parecía que Beatriz tenía ganas de hablar, se explayó en su relato.

—No te fíes de las apariencias. —Miró a su alrededor—. Cuando era niña, vivía en un pequeño pueblo con pocas casas, rodeado de montañas con cuevas donde habitaban las personas que no tenían un techo bajo el que cobijarse. Me podía considerar afortunada, iba a la escuela, donde la enseñanza era muy diferente a la de ahora. Nos inculcaban principios básicos, como ser educados y respetuosos con los demás. A las chicas nos preparaban para llevar un hogar, el que se suponía que crearíamos junto a nuestros maridos; nos enseñaban a administrar el dinero que entraría en

casa para no estirar más el brazo que la manga. Un día a la semana la profesora nos llevaba a la caserna de la Guardia Civil. Allí había una sala donde nos enseñaban a coser, bordar, cocinar y otras actividades que se consideraban propias del género femenino. Pero a finales de septiembre tuvimos un día diferente, un día que determinó mi futuro. Llovía, recuerdo mis botas de agua hundiéndose en los charcos. Era incluso divertido; sin embargo, para otras personas, las que vivían en las cuevas de la montaña, aquellas lluvias torrenciales supusieron un desastre. Todas las cuevas se habían inundado. Los soldados destinados en el cuartel que había en el pueblo fueron a rescatar a las gentes de las cuevas y las trajeron donde estábamos nosotras. La profesora nos dijo que hacía falta mucha ayuda para atender a todos los damnificados, que si alguna se ofrecía como voluntaria debía ir a casa de sus padres y pedirles permiso.

El sonido de un teléfono interrumpió el relato de Beatriz y sobresaltó a Olivia, que estaba concentrada en lo que escuchaba.

—¡Disculpe, es mi móvil! Pensaba que lo había silenciado antes de entrar. —Se azoró—. Ha sido un descuido. —Lo apagó tras ojear quién había llamado: era su abuelo. Olivia estaba cansada del control férreo que ejercía sobre ella.

—Tutéame, ¿no te lo he dicho antes? —dudó Beatriz—. ¿Te aburro?

—En absoluto, por favor, continúa.

A Olivia le gustaba escuchar. Tenía el convencimiento de que detrás de cada historia personal se escondía el encastrado atrezo de toda una vida.

—Bien, entonces prosigo. —Su voz templada volvió a acaparar la estancia—. Fui hasta el que era mi hogar y le pedí permiso a mis padres; no me pusieron objeción. Cuando regresé, algunas de mis compañeras estaban repartiendo mantas y ropa limpia según iban llegando los rescatados, la mayoría temblaba no sé si de frío o de miedo. Algunos de los soldados se pusieron a cocinar. —Respiró hondo—. Parece que puedo oler aquellas lentejas... Yo me encargué de ayudar a los ancianos y a los niños, de envolverlos con las mantas, de servirles la comida, de calmar su desasosiego. Aunque lo habían perdido todo, agradecían cada uno de mis actos con una sonrisa. Así pasaron las horas, cayó la noche y la madrugada y, durante ese tiempo, me di cuenta de lo feliz que me hacía ayudar a los demás. Al día siguiente le dije a mis padres que quería ser misionera, pero su negativa fue rotunda. «Tienes doce años, tu obligación es ir a la escuela», me respondieron.

Alguien entreabrió la puerta, ambas se dieron cuenta, pero Beatriz continuó, le faltaba poco para acabar.

—Seguí yendo a la escuela hasta los catorce años y después me puse a trabajar para ayudar en casa porque el dinero escaseaba. A los dieciséis me ennovié con uno de los militares que había cocinado las lentejas. —Soltó una suave carcajada—. Puedes deducir lo que vino a continuación: boda y embarazo. ¡Ah! No me creas una interesada. Hasta que no pusimos fecha de casamiento, ignoraba que la familia de mi marido nadaba en la abundancia.

La puerta se abrió un poco más, despacio. Desde donde estaban sentadas solo veían una mano y un brazo.

—Pablo, pasa de una vez —lo apremió Beatriz.

La puerta se acabó de abrir y un hombre avanzó hacia ellas zigzagueando entre las plantas de aquella sala acristalada.

—Buen día, soy Pablo —se presentó—. Tú debes de ser Olivia. Mi madre me dijo que hoy vendrías. Con vuestro permiso, tomo asiento.

Olivia se puso nerviosa. El recién llegado era idéntico a Pedro. La única diferencia radicaba en los ojos: a Pablo parecía faltarle el derecho, tenía el párpado caído y apenas se le veía.

—Ya ves, Olivia. Físicamente mis dos hijos son iguales. El mismo día alumbré a un ángel y a un diablo. Pedro nació con la maldad en el cuerpo, desde niño mostró su rebeldía y crueldad. Vivíamos con miedo, nos tenía aterrorizados, sus actos eran impredecibles. —Aquellas palabras denotaban la penuria emocional de toda una vida.

—¿Tuvo mellizos?

—Gemelos monocigóticos. Idénticos —aclaró Beatriz.

—No sabía que Pedro tuviese un hermano —dijo Olivia un tanto confusa.

—Mi madre me ha contado que estás haciendo un trabajo de fin de grado —intervino Pablo—. Si te puedo ser de ayuda con algún dato sobre Pedro, estoy a tu disposición. Puedo hablarte de nuestra infancia y adolescencia, no fue fácil crecer a su lado. Entiendo que no te haya hablado de mí, hace muchos años que no tenemos relación alguna. Ser el gemelo de un asesino en serie estigmatiza, por eso me fui lejos. He vivido durante mucho tiempo en otro país, desde que Pedro fue encarcelado. Regresé hace un par de meses.

—Te lo agradezco, Pablo. —Sin querer, Olivia se fijaba en el párpado caído que le deformaba la expresión del rostro.

—No trates de disimular, estoy acostumbrado. —Se percató Pablo—. Quien me ve por primera vez se fija en mi ojo falso. Sí, es un postizo, una prótesis. Perdí el verdadero a los seis años. Mi hermano me desgarró el ojo de la órbita, me lo arrancó de cuajo.

Olivia se tapó la boca con la mano ahogando un grito.

6

Los planes que tenían para aquella mañana de domingo se les habían truncado a los dos. Sentados en las incómodas sillas del cuartucho habilitado para visitas excepcionales con los presos, Virginia y Román esperaban a Pedro Díaz. Podían no haber ido ellos a comunicarle la noticia de su reciente viudedad; sin embargo, querían estar presentes para comprobar su reacción.

—Supongo que has traído el cuaderno —le preguntó Virginia a Román.

—Lo he dejado en comisaría, junto al resto de pruebas.

—No digas tonterías, Román. Sé que lo llevas en esa carpeta que abrazas como si fuese de oro macizo —manifestó con una mueca—. Dámelo, voy a releerlo mientras esperamos.

—Virginia, ¿por qué siempre tienes que estar haciendo algo? Ten un poco de paciencia.

—Me aburro, necesito aprovechar el tiempo. Por favor. —Extendió la mano y movió los dedos apremiándolo.

La hiperactividad de la inspectora Lambert era de sobra conocida por sus compañeros, una evidencia difícil de disimular. Había ejercitado durante años el autocontrol y la atención plena. Aun así, en alguna ocasión era poseída por la impulsividad.

Román sacó el cuaderno de la carpeta y se lo entregó. Virginia musitaba cada palabra escrita; escucharse agudizaba su concentración y la ayudaba a memorizar. La puerta se abrió, la inspectora cerró la libreta y la metió en su bolso. Pedro Díaz entraba esposado y acompañado por un celador que le presionó el hombro hacia abajo para obligarlo a sentarse. Sin decir palabra, el funcionario de prisiones salió y se mantuvo a la espera al otro lado de la puerta.

Una mesa rectangular separaba al preso de los inspectores. No hubo saludos, solo miradas intimidatorias por ambas partes y unos segundos de

silencio.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió el preso con una seriedad asoladora.

—Inspector Presedo e inspectora Lambert, del Departamento de Homicidios de la Policía Nacional —respondió Virginia.

—¿Qué quieren?

—Comunicarle el fallecimiento de su esposa —intervino Román.

—¿Inés ha muerto? Qué descanse en paz, si puede —escupió—. Si no desean nada más, vuelvo a mi celda, me molestan los grilletes. —Hizo el gesto de levantarse.

Las tripas se le arremolinaban a Virginia. Mientras lo escuchaba, se imaginó cruzándole la cara.

—¡Espere! —lo detuvo Presedo—. ¿Acaso no quiere saber cómo ha muerto?

—Supongo que no ha sido por causas naturales, dado que ustedes son de Homicidios. Alguien se la ha cargado, ¿no? Pues ya está todo dicho. —Volvió a hacer el ademán de levantarse.

—Manténgase sentado —le ordenó Lambert con un opresivo tono de voz.

—Le han machacado la cabeza contra una mesa. ¿Sospecha usted de alguien? ¿Sabe si tenía enemigos?

—Pregunta tonta, inspectora. En este mundo de envidias y traiciones, ¿quién no tiene enemigos?

La palabra *traiciones* retumbó en la cabeza de Virginia, donde se ocultaba el disgusto que la había acompañado durante sus días de descanso laboral. Unas vacaciones que prefería no recordar. Ahora era el momento de concentrarse en aquel tipo poco colaborativo al que parecía no haberle afectado ni un ápice la muerte violenta de su mujer.

—Aparte de usted, ¿su esposa tenía familia? —intervino Román.

—Nuestros hijos y yo somos su única familia viva.

—¿Sabe dónde residen sus hijos?

—Creo que viven con su abuela, mi madre. Eso me contó Inés. Hace mucho tiempo que no sé nada de ellos. —Pedro Díaz empezaba a hablar con el cansancio de la apatía.

—Bien, no lo molestamos más. Sabe que tiene a su disposición el equipo de psicólogos de la cárcel por si necesita ayuda para sobrellevar el duelo —ironizó Virginia.

—¡Esperen! —exclamó Pedro Díaz al ver que los inspectores se disponían a abandonar la sala. Román lo miró de reojo. Virginia le sugirió que no les hiciese perder más tiempo—. Hay muchos motivos para matar a una persona, uno es el mero placer de hacerlo... Otro a destacar es la venganza. Me han preguntado si sospecho de alguien, si Inés tenía enemigos. Busquen entre la gente más allegada a mis tres últimas víctimas, los asesinatos por los que estoy cumpliendo una larga condena. Aunque ha transcurrido una infinidad de tiempo, el dolor se convierte en rabia, eso dicen, y el veneno rabioso se infiltra en cada célula de la persona agraviada hasta que esta revienta. A partir de ese momento, todo puede suceder. Yo estoy pagando por lo que hice, pero no soy el único culpable. Con Inés no se ha hecho justicia, hasta ahora.

Presedo al volante y Lambert de copiloto se dirigían a la casa de Beatriz Luque mientras, en voz alta, se hacían preguntas: Alguien aparte de Pedro Díaz sabía lo que hizo Inés con las jóvenes víctimas. ¿Quién y cómo lo sabía? ¿Había tenido acceso a la libreta? ¿Se lo había contado ella? También se lo había podido explicar Pedro a alguien desde la cárcel...

—Hemos llegado —indicó Román.

—¿Estás de broma? —dudó Virginia ante la suntuosidad exterior de la mansión.

Una asistente afanosa irrumpió en la sala donde Olivia, Beatriz y Pablo continuaban con su charla.

—Disculpen. Hay un hombre y una mujer en la entrada que dicen ser inspectores de policía. Quieren hablar con sus nietos, señora —se dirigió a Beatriz.

La dueña de la casa se levantó de un respingo, soliviantada, y sin mediar palabra se dirigió a la entrada. La asistente fue tras ella.

Román y Virginia esperaban con la vista puesta en los majestuosos jardines. La asistente les había pedido que esperasen fuera, antes de dejarlos pasar era su deber dar aviso. De repente la puerta se abrió y, sin dar lugar a introducciones, Beatriz los interpeló.

—¿Qué quieren de mis nietos? Si son policías, acredítense, por favor.

Los inspectores se identificaron. Beatriz los invitó a pasar al amplio recibidor y tomar asiento en los sofás. Ordenó a la asistente que se retirase.

—Díganme qué sucede, ¿por qué quieren hablar con Alicia y Adrián? Respondan rápido, me estoy poniendo nerviosa.

—Tenemos constancia de que sus nietos viven con usted y hemos venido a comunicarles un suceso.

—¿Qué suceso? Les ruego que me lo expliquen primero a mí. Mis nietos todavía son menores. Adrián tiene dieciséis años y Alicia, bueno, Alicia cumple mañana los dieciocho.

—El cuerpo de Inés Sánchez ha sido hallado sin vida en su casa. La han asesinado —aclaró la inspectora Lambert.

—¡Dios mío! —exclamó Beatriz echándose las manos a la cabeza.

El aire denso que se respiraba en el recibidor se extendía por toda la mansión, al igual que se escuchaban, algo lejanas, las aceleradas exclamaciones de Beatriz.

En la sala acristalada, Pablo deshizo la postura de brazos cruzados que había mantenido durante la charla con Olivia, se levantó y caminó hasta el corredor con la intención de escuchar con mayor claridad; aguzó el oído. Se preguntaba a qué habría venido la policía.

Olivia aprovechó para abandonar su asiento, no quería ser descortés, pero se sentía fuera de lugar.

—Pablo, creo que lo mejor será, si os parece bien a ti y a Beatriz, que vuelva otro día. Por lo visto hoy tenéis un asunto más importante que tratar y no quiero ser una molestia —aludió como excusa.

El hombre parecía no prestarle atención. Avanzó por el luengo y espacioso pasillo de paredes blancas, asépticas, exentas de adornos; ni una simple foto o un cuadro se exhibía en ellas. Bajó las escaleras de mármol, caminó por otro pasillo y cruzó bajo tres bóvedas en arco. Olivia lo seguía, observaba la manera basta que tenía de andar, las piernas largas de zancadas torpes, la espalda ancha, el cuello corto y grueso que acercaba en demasía la cabeza al tronco.

Llegaron al recibidor y Pablo sujetó a su madre de los hombros intentando calmarla.

—Tranquilízate, mamá. ¿Qué sucede? ¿Qué le han dicho para que se ponga tan nerviosa? —preguntó.

—Inspectora Lambert.

—Inspector Presedo.

Se identificaron.

—¿Y usted es? —sondeó Lambert, perpleja ante la imagen del hombre que tenía delante: era idéntico a Pedro, excepto por el ojo maltrecho.

—Pablo Díaz. Díganme en qué puedo ayudarlos. —Sus formas amigables discordaban con su tosco cuerpo.

—Pablo, hijo, han matado a Inés —intervino Beatriz con la voz más sosegada—. Ellos —señaló a los policías— quieren hablar con Alicia y Adrián. Por favor, avísalos. A estas horas supongo que deben de estar en sus habitaciones o en el jardín de atrás.

—¿Se sabe quién la ha matado? —preguntó Pablo sin mostrar extrañeza por la noticia.

—Todavía no, señor Díaz. El suceso es reciente, la investigación está abierta —aclaró Presedo.

—Supongo que ya se lo han comunicado a mi hermano. —La inspectora Lambert asintió con la cabeza—. Voy a buscar a mis sobrinos. Creo que deberían esperarlos en otro lugar, en la biblioteca, por ejemplo. Allí podrán hablar con mayor intimidad. —Miró de reojo a la asistenta que asomaba la cabeza por una puerta entreabierta.

Pablo dio media vuelta y enfiló el pasillo. Olivia se había colocado en un rincón donde pasaba desapercibida ante el revuelo que se había formado. Permanecía quieta, en silencio. Lo que acababa de escuchar la había paralizado: el crimen de la esposa de Pedro Díaz. Recordó cómo, durante su visita del día anterior al preso, él le había hablado, sin entusiasmo, de su mujer.

—¡Olivia, disculpa, te he ignorado por completo! —reaccionó Beatriz—. ¡Qué desgracia! Y conste que no lo digo por Inés, quienes me preocupan son mis nietos. —Sollozó.

—Siento todo esto, Beatriz. Te agradezco el recibimiento y la acogida, pero ahora debo irme. —Olivia le apretó suavemente un brazo en señal de apoyo moral—. Adiós. —Miró a los inspectores.

—Un momento —la detuvo Lambert—. ¿Tú quién eres? ¿Amiga de sus nietos? —quiso saber la inspectora.

—¡No!, ni siquiera los conozco —reaccionó Olivia con la sensación de que se estaba metiendo en un lío—. Solo soy una estu... estudiante del último curso de Criminología y me estoy documentando para el trabajo de fin de grado. Por eso he visitado en dos ocasiones a Pedro Díaz en prisión y también es el motivo por el que hoy estoy aquí. —Las palabras salieron disparadas de su boca. Al instante se arrepintió.

Lambert alzó ambas cejas al escucharla y Presedo frunció el ceño y la instó a que pasara por comisaria al día siguiente, sin compromiso, solo para valorar si la información que tenía podía serles útil.

Olivia salió de la mansión con una ligera taquicardia. Estaba deseosa de llegar a Vallesgo, abrazar a su madre y pasear un rato por los campos.

A Virginia Lambert le apasionaban las bibliotecas antiguas, la sacralidad y calidez que emanaban. Eran lugares que le aportaban paz al alma y sosiego a su hiperactividad. Por los ventanales se colaba la luz natural, deslizándose entre las estanterías repletas de libros sobre los que trazaba una ráfaga destellante. Mientras la inspectora admiraba la belleza atemporal de aquel lugar, el inspector Presedo y Beatriz Luque tomaron asiento en unos elegantes y cómodos sillones.

Alicia y Adrián llegaron a la estancia custodiados por su tío. Pablo les había dicho que la abuela los esperaba en la biblioteca sin aclararles el motivo. Tampoco le habían preguntado: siempre que Beatriz los llamaba ellos acudían sin rechistar.

Alicia mostró una mirada recelosa ante la presencia de aquellas dos personas desconocidas que acompañaban a su abuela y se sentó junto a ella como si necesitase su cobijo. Adrián movió una de las pesadas sillas que rodeaban la mesa de estudio y la enfrentó a los sillones. La inspectora, que seguía de pie, hizo lo mismo, pero sin tanto vigor, y se detuvo a acariciar las incrustaciones talladas en los apoyabrazos de aquella madera noble. El inspector Presedo carraspeó asombrado por la parsimonia de su compañera, que parecía estar encandilada por el entorno.

—Adrián, Alicia, ha sucedido algo... Estos señores son inspectores de policía y quieren hablar con vosotros. —Beatriz señaló a Lambert y a Presedo.

—¿Podemos jugar a las adivinanzas? —intervino Adrián—. Vienen a decirnos que le han dado matarile a nuestro padre en la cárcel. O que se ha suicidado en su celda. —Los miró ansioso por escuchar una respuesta afirmativa.

La inspectora Lambert notó un escalofrío al oír la voz apaciguada de aquel joven que hablaba de la muerte de su padre como si fuese su mayor deseo. Parecía un autómatas, apenas gesticulaba, la expresión de su rostro era neutra y su lenguaje no verbal inexistente.

—Es vuestra madre quien ha muerto —aclaró el inspector Presedo.

—¿Mamá? ¿Qué le ha pasado? —Alicia reaccionó y tensó el cuerpo hacia delante como si le hubiesen dado un latigazo.

—La han matado de manera violenta —prosiguió el inspector.

—Yo no he sido —soltó Adrián—. Y paso de escuchar detalles escabrosos, ya tengo suficiente con mi propia vida. Además, se me ha abierto el apetito. Voy a la cocina a prepararme un bocadillo. —Se levantó y caminó con lentitud. Su tío fue tras él.

—¿Ustedes saben si la psicopatía se hereda? —les preguntó Alicia con el rostro bañado en lágrimas.

Beatriz Luque se sentía abochornada por la reacción y las palabras de Adrián. Rogó a los inspectores que disculpasen el comportamiento inadecuado de su nieto, que achacó al trauma que arrastraba desde pequeño.

—Por favor, entiendan que no es fácil ser el hijo de un asesino. ¿Se imaginan la presión a la que se ha visto sometido, los insultos en la escuela, la falta de amigos, el rechazo que él mismo se profesa por ser quien es y venir de donde viene? ¡Y cómo ha malvivido en esa casucha con su madre hasta que conseguí traérmelo conmigo!

—Abuela, ¿por qué hablas solo de él? —Alicia dejó de llorar de repente—. Yo estoy en su misma situación. Para mí tampoco es fácil sobrellevar la penitencia de los padres que me han tocado, pero no por eso me he convertido en una déspota.

—Alicia, tú eres una mujer fuerte, como yo. Él es débil y necesita toda nuestra comprensión y apoyo.

—Él, él, él, siempre él. Ten cuidado, abuela —le advirtió abandonando el lugar.

Virginia y Román cruzaron una mirada fugaz. Suficiente para entenderse. No era el momento de presionar a aquella familia rara e imprevisible.

—Señora, volveremos mañana para hablar con sus nietos. Cuando se hayan calmado —le dijo la inspectora—. Una pregunta antes de irnos: ¿desde cuándo viven con usted?

—Lo han hecho desde pequeños de manera intermitente. Mi lucha por la custodia resultó inútil, la madre ganaba todos los juicios. Hasta que un día ellos tomaron la decisión de no regresar a la casucha, es largo de explicar... —Su mirada gris se enfocó al infinito.

Mientras Beatriz los acompañaba a la salida, iba pensativa. Sus recuerdos se deslizaban a toda velocidad muchos años atrás y comprobaba cómo el deseo de ser misionera todavía ahondaba en lo más profundo de su alma. Se repetía a diario que se había equivocado de camino en la vida y, desde que tomó la decisión errada, había dado muchos traspiés, además de sufrir graves caídas.

En el coche, Virginia y Román parloteaban. Ninguno de los dos quería hacer un análisis de lo acontecido, necesitaban desconectar hasta el día siguiente.

—Todavía no me has contado qué tal te han ido las vacaciones —se interesó Román.

—Bien, bien.

—¿Solo bien? Has estado en un lugar idílico, algo tendrás que contar —insistió.

—Estoy muy cansada, Román. A las pocas horas de mi regreso, el comisario me llamó, ya lo sabes, y me puso a trabajar.

—¿Por qué respondiste a su llamada? Hasta el lunes no te tenías que reincorporar.

—Contesté por impulso o porque tenía la intuición de que me iba a poner al frente de un caso muy interesante, de los que me gustan. —Sonrió sin ganas.

—Baja esos humos, inspectora: al frente de este caso estamos los dos.

—Y me alegro de que así sea, compañero. —Virginia le dio un beso en la mejilla y bajó del vehículo, que Román ya había detenido.

—Nos vemos mañana. Descansa —le dijo por la ventana antes de arrancar.

La inspectora entró en su piso lanzando los zapatos al aire. Pensó en dedicar la tarde del domingo a lo que le apeteciese y lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de su cuerpo relajado en la bañera. Hasta podía sentir la calidez del agua y el olor a canela y vainilla de las sales de baño. Lo dispuso todo y abrió el grifo. Escuchó el sonido de sus tripas pese a estar desganada. Era demasiado tarde para ponerse a cocinar, abrió la nevera: había poco donde elegir. Se le ensalivó la boca con el olor a ajos tiernos y pensó en hacérselos en tortilla, era una de sus comidas preferidas. No quedaban huevos. Cogió dos tomates, unas lonchas de queso de cabra

y una lata de caballa. Con rapidez, troceó lo seleccionado e hizo una mezcla a la que añadió aceite de oliva, y así conformó a su estómago y acalló sus intestinos.

Tras la ingesta y el baño, ataviada con un suave pijama, se tumbó en el sofá. Ni dos minutos aguantó quieta, en silencio, sin nada entre las manos: necesitaba algo de actividad, ya fuese física o mental. Cambió de postura y, sentada en posición de meditación, hizo varias respiraciones profundas que no surtieron el efecto deseado. Seguía intranquila. Miró a su alrededor buscando el teléfono móvil, ¿dónde estaba? Debía de seguir dentro del bolso que había dejado sobre la mesa. Fue a buscarlo, abrió el bolso: «¡Aquí estás!», exclamó al ver el móvil, como si fuese una persona con la que estuviese jugando al escondite. Le quitó el volumen. Pero había algo más: se dio cuenta de que dentro del bolso estaba la libreta de la víctima.

Virginia sabía de sobra que las pruebas de un crimen debían mantenerse bajo custodia. Esa tarde, esa prueba la custodiaría ella. Volvió a tomar asiento y, ahora sí, predispuesta a la concentración, continuó con la lectura de aquel cuaderno en el que la fallecida Inés Sánchez explicaba con orgullo cómo una mujer, enamorada de un mal hombre puede ser igual o peor que él.

Lunes, 22 de abril de 2024

Virginia se despertó sobresaltada por un mal sueño. Se había quedado dormida en el sofá, en una mala postura que ahora la fustigaba con un intenso dolor de cervicales. Se incorporó, hizo unos giros de cuello y cabeza y rotaciones con los hombros. A continuación, estiró todo su cuerpo con elegancia felina. Miró el móvil para saber qué hora era, las 6:20, y vio una larga lista de llamadas perdidas. Había dos de Román y un sinfín de Pascal, su marido. Revisó los wasaps, todos eran mensajes de voz. Activó el sonido del móvil y se dispuso a escucharlos.

Virginia, no encuentro el cuaderno de Inés.
He recordado que te lo di en la cárcel. Dime
que lo tienes a buen recaudo, por lo que
más quieras.
23:11 h

Oye, si quieres mañana te paso a buscar y
vamos juntos a comisaría. Temprano, que
antes nos dé tiempo a unos churros con
chocolate mientras me cuentas algo de tus
vacaciones.
23:12 h

Virginia escribió la respuesta:

Tranquilo, tengo el cuaderno. Te espero a
las 7:30, necesito ese chocolate.

Después, escuchó el larguísimo mensaje de Pascal.

Virginia, ¿estás bien? Hoy no has respondido a ninguna de mis llamadas. Te echo mucho de menos, mon amour. Estoy preocupado. ¿Te ha tocado trabajar? Es domingo. Ya sé que trabajas muchos domingos, pero algún minuto tendrás para llamarme. Cariño, hace días que te noto rara cuando hablamos. Estás seca, cortante. Si tienes algún problema, compártelo conmigo, recuerda que la base de nuestra relación es la sinceridad...
[silencio] Virginia, ya sé lo que te pasa, sigues triste, ¿verdad? Tienes que superarlo. Sé que querías ser madre. Lo hemos intentado, más no podemos hacer...
[silencio] Escucha, te quiero mucho, no decaigas. El próximo fin de semana iré a verte, estaremos juntos, anímate por favor.
23:40 h

—¡Serás cínico! —exclamó tras escucharlo y escribió una respuesta:

Estoy muy ocupada, inmersa en la investigación de un caso complicado.
Cuando pueda te llamaré.

Virginia fue a su habitación y se dispuso a deshacer la maleta, la misma que, justo una semana antes, había hecho para ir a reencontrarse con su marido. Sentía que los intentos fallidos de la inseminación artificial los habían distanciado todavía más que el hecho de vivir en ciudades diferentes. El lunes había cogido un avión a Bruselas con unas ganas inmensas de sentirse envuelta por los brazos de Pascal. Durante el vuelo fue rememorando todo el proceso: cómo, después de casi dos años de intentos fallidos, decidieron acudir a una clínica de reproducción asistida. La cantidad de preguntas, los cuestionarios que tuvieron que rellenar por

separado y que valoraban el estado de ansiedad y la preocupación de cada uno. El equipo de médicos y psicólogos que estudiaron su caso. Las analíticas, el resto de las pruebas, los resultados. Después vino la llamada telefónica para comentarlo todo y hablar de dinero. En ese momento, Pascal se había mostrado dubitativo: el gasto los dejaría sin ahorros. Fueron minutos de tensión entre ellos, a Virginia le era indiferente la cantidad. Si era necesario, pediría un préstamo para tener lo que más deseaba en el mundo: una criatura. Virginia se hormonó, se medicó, se llenó la barriga de pinchazos, hizo todo lo que requería la estimulación ovárica y, después de transferirle los embriones al útero, pese a saber que todo ello no le garantizaba un embarazo, alimentó la ilusión de que en su interior albergaba una nueva vida. Hasta que apareció de nuevo la mancha de sangre que tanto detestaba, señal inequívoca de un nuevo fracaso al que acompañaba el dolor del alma... Cuando bajó del avión y salió del aeropuerto, un viento frío le abofeteó el rostro. Cogió un taxi que tardó media hora en plantarse ante el imponente edificio de oficinas donde Pascal trabajaba en su propio estudio de arquitectura. Él estaba en la puerta, con las manos en los bolsillos de la gabardina gris que ella le había regalado el invierno pasado. El corazón se le aceleró al verlo y casi se le paraliza cuando, de repente, una mujer joven corrió hacia él y lo besó en los labios. Pascal la estrechó contra su cuerpo. Virginia era incapaz de procesar la escena que estaba viendo. No sentía celos, ni despecho o rabia: tan solo asombro e incredulidad pese a la evidencia.

—Por favor, lléveme de vuelta al aeropuerto —le dijo al taxista con un nudo en la garganta.

El sonido del teléfono la sacó de sus recuerdos. Era Román. Se fijó en la hora. «¡Las siete y media!», exclamó y respondió:

—¿Estás abajo? Dame diez minutos.

—Date prisa, nos espera el chocolate con churros.

Virginia hizo gala de su hiperactividad. Dos minutos de ducha. Secó el exceso de agua del cabello con una toalla y, todavía mojado, se lo recogió en un moño bajo. Entró en el vestidor, se atavió de manera mecánica, sin pensar: tanga, sujetador, vaqueros, camisa blanca, una chaqueta larga negra y botines planos del mismo color. El bolso estaba donde lo había dejado la noche anterior, sobre la mesa del comedor, metió el móvil y la libreta de Inés. Abrió la puerta del piso, sacó las llaves de la cerradura y

también las echó al bolso. Cerró con un simple portazo y bajó las escaleras a toda prisa.

El tazón de chocolate humeaba. Virginia se dejó embriagar por aquel olor dulce que le abría el apetito. Román, más hambriento que ella, se había quemado ligeramente la lengua por la precipitación.

—¡Ay, quema!

—Eso te pasa por glotón —lo sermoneó Virginia con una sonrisa mientras cogía un churro y lo mojaba en el chocolate.

—Tienes razón, devoro la comida a la par que los nervios me devoran a mí. Por eso no engordo ni un gramo. Cambiando de tema, cuéntame: ¿sorprendiste a Pascal? Imagino su reacción al verte. Lo llevabas todo muy bien organizado, Virginia. Seguro que habéis disfrutado de las playas de arena dorada de Creta y sus aguas transparentes. Tuviste una excelente idea, porque mantener una relación en la distancia no es fácil y, aunque os veis cada mes o mes y medio...

—Cállate, Román, se me van a atragantar los churros. He pasado unos días en Creta... sola.

—¿Sola? ¿Por qué?

—Porque cuando me disponía a darle una sorpresa a mi marido, me la dio él a mí: lo vi besándose con otra mujer —respondió con la voz rota.

El rostro de Virginia se llenó de tristeza. Un llanto seco, invisible a los ojos de los demás, inundó lo más profundo de su ser. Oía las palabras de Román mezcladas con los murmullos de la gente que desayunaba en el local, voces apagadas envueltas en una nebulosa.

—Virginia, ¿me escuchas? —repitió Román por tercera vez, preocupado.

—Sí, disculpa, estoy un poco aturdida.

—No es para menos. Aunque a veces las cosas no son lo que parecen, ¡nosotros lo sabemos bien! Quizá fue un beso amistoso...

—Un morreo, eso fue. Por favor, cambiemos de tema: vamos a trabajar, que es tarde —respondió con una repentina entereza, se levantó y se dirigió a la puerta.

Al llegar a la comisaría, que estaba cerca de la cafetería, una agente de policía se dirigió a ellos.

—Os esperan desde hace más de media hora.

—¿El comisario? —preguntó Román.

—¡Qué va! Todavía no ha llegado.

—Tienes la mala costumbre de hablar con rodeos, Martínez. Dinos de una vez quién nos espera —insistió el inspector.

—Una mujer joven. Me ha dicho que ayer le pedisteis que hoy se pasara por aquí.

En la sala de espera, Olivia echaba un ojo a sus redes sociales; intentaba distraerse para calmar los nervios. Había pasado otra noche en vela, con la cabeza en mil cosas, con la angustia de que su abuelo se enterase del lío en el que se había metido, sin apenas darse cuenta, desde la primera visita que le hizo a Pedro en prisión. Se repitió en silencio la tortuosa frase de su abuelo, estaba tan acostumbrada a escucharla que, en ocasiones, la utilizaba para discernir sobre lo que le producía duda o confusión: «Olivia, piensa con tranquilidad y respóndete: ¿lo que has hecho te parece adecuado o incorrecto?». «¿Era necesario inmiscuirse en la vida de un asesino? ¿Era consciente de los problemas que le podía acarrear?». Se respondió: «No es adecuado, es incorrecto. Podía haber elegido otro tema para el trabajo de fin de grado, algo que no me supusiera un contacto directo con un criminal. Cuando lo decidí, no era consciente de los posibles problemas, ahora sí. Lo bueno es que estoy a tiempo de cambiar, de empezar de cero un nuevo trabajo, de olvidarme de todo lo que gira en torno a Pedro Díaz».

Sintió un alivio repentino, como si solo de pensarlo se hubiese deshecho de aquella situación que la atormentaba.

—¡Me voy! —dijo convencida levantándose del asiento.

—¿Adónde vas? —inquirió Virginia, que acababa de entrar en su busca.

—Buenos días, inspectora. Me iba porque llevo mucho rato aquí. Me he saltado la primera clase de la universidad y no quisiera llegar tarde a la siguiente —improvisó conturbada.

—Disculpa la tardanza. Ignorábamos que fueses a venir tan temprano. El inspector Presedo nos espera en su despacho. Y estate tranquila, solo queremos hacerte unas pocas preguntas que seguro nos serán de ayuda.

Román las esperaba semisentado en la mesa, con los brazos cruzados y el pensamiento en todo lo que le había contado Virginia. Le tenía un gran aprecio. La conocía bien y sabía que, pese a ser una mujer valiente de carácter fuerte, por dentro estaba rota. La puerta se abrió.

—Buenos días —saludó la joven en voz baja, como acobardada.

—Buenos días. Disculpa, no recuerdo tu nombre —dijo Román sin moverse.

—Olivia —le recordó Virginia a su desmemoriado compañero.

—Sí, me llamo Olivia —confirmó con evidente desasosiego—. Olivia Durán —matizó.

Al escuchar el apellido, Román frunció el ceño, se ajustó las gafas y la escaneó con la mirada. Ella se incomodó aún más.

—Gracias por venir, Olivia. Tomemos asiento —sugirió con una sonrisa ladeada mientras su pensamiento viajaba al pasado: la dulzura del rostro, la melena rubia, los vivaces ojos azules de la joven lo trasladaron a su adolescencia.

—¿Te apetece un café? —le ofreció la inspectora Lambert.

—No bebo café, pero me iría bien un poco de agua, por favor.

—Mira, ya tenemos dos cosas en común. —Se respiraba cierta tensión y Virginia intentaba templarla—. No bebemos café y somos criminólogas.

—Bueno, yo aspiro a serlo. Todavía me quedan unos meses.

Olivia empezó a relajarse. Presedo le había llevado un vaso de agua y Lambert le hablaba como si fuese una amiga. Se vio reflejada en ella, en la inspectora de Homicidios que algún día le gustaría llegar a ser. Sin darse cuenta, dejó de pensar en la más que probable regañina de su abuelo y en las prisas por llegar a clase. Se sintió segura de sí misma, destensó la mandíbula y se dispuso a responder todas las preguntas que le hicieran.

—Espero poder ayudarlos. Aunque no sé cómo —dijo con predisposición.

—Ayer, cuando coincidimos en casa de Beatriz Luque, nos dijiste que el motivo de tu presencia allí era tu trabajo de fin de grado. Y que por eso mismo has visitado en alguna ocasión a Pedro Díaz en la cárcel. Nosotros estamos investigando el crimen de su mujer..., seguro que nos puedes ayudar —confirmó Presedo—. Dinos lo que sepas, aunque te parezca irrelevante.

—Secundo lo que dice mi compañero. Te escuchamos, Olivia.

Antes de soltar palabra, la joven hizo un repaso mental. Su vida había cambiado en un parpadeo: había pasado de ser insulsa a emocionante, y su talante acababa de variar de la indecisión a la firmeza. Se imaginaba en el cielo volando contra el viento. Se sentía valiente para cruzar aquel río que, sin duda, tendría turbulencias.

Olivia sabía mucho más de lo que los inspectores imaginaban y había llegado el momento de contarlo.

En el despacho del inspector Presedo, el aroma de la curiosidad llenaba el aire. Había dado órdenes de que nadie los molestase. Dispuso tres sillas formando un círculo para crear un ambiente apacible en el que Olivia se sintiese cómoda y para que aquello no pareciese un interrogatorio, sino más bien una charla. La joven entrecruzó los dedos, posó las manos sobre sus piernas y empezó a explicar, en un orden minucioso, cómo había conocido a Pedro Díaz y las consecuencias de sus encuentros.

—La culpa de que me vea en este embrollo es del trabajo de fin de grado. —Hizo una mueca con la boca—. Mi intención era entrevistar a un asesino en serie, a su familia y a la familia de las víctimas. Escribí a tres presos, solo me respondió uno, Pedro Díaz, y accedió a que lo visitase. La primera vez que lo vi en persona fue hace dos sábados. Nunca había estado en una cárcel, me imaginaba otra cosa, creo que he visto demasiadas series policiacas... En fin, que me desvió del tema. Cuando estuve frente a él, pese a los cristales blindados que nos separaban en el locutorio, me sentí insegura. Después de tanto tiempo documentándome sobre sus crímenes, pasaron por mi mente las imágenes de las jóvenes asesinadas, las fotos de sus cuerpos inertes en los que resaltaban cada una de las dieciocho puñaladas que les asestaba. Sin embargo, cuando empezó a hablarme, lo hizo con una naturalidad esperpéntica, como si me conociese de toda la vida, se mostró amable y me miraba con una sonrisa constante que yo no sabía cómo interpretar. Respondió a las escasas preguntas que le hice, eran poco relevantes, solo intentaba una primera aproximación.

—¿Quieres decir que fue una charla breve? —Se interesó la inspectora Lambert.

—Sí, breve e irrelevante. El segundo sábado fue muy diferente. Pedro parecía otra persona. —Olivia tragó la poca saliva que le quedaba en la boca y a continuación dio un largo trago de agua.

—Antes de contarnos ese segundo encuentro, dinos, ¿contactaste con las familias de las víctimas? —se interesó Presedo, convencido de que el crimen de Inés era fruto de una venganza.

Lambert lanzó una mirada contrariada a su compañero. Román se estaba precipitando en cambiar de tema, aunque guardasen relación. Ella optaba por dejar a la joven que se explayase sin alterar el orden de su narración.

—Me puse en contacto con la madre de Pedro, que aceptó mi visita sin pegas; al contrario, me dijo que eligiese día y hora y me facilitó su dirección. Es una mujer muy amable. En cuanto a las familias de las víctimas, no estaban demasiado receptivas y las entiendo: remover un pasado tan cruel les iba a ocasionar un terrible dolor. El único que aceptó recibirme fue Víctor Garcés, el hermano de la última chica que Pedro asesinó.

—¿Ya has hablado con él?

—Concretamos una cita por teléfono, pero llegué tarde y la hemos pospuesto.

—¿Para cuándo? —insistió el inspector.

—Para mañana martes, creo recordar... —Hizo una pausa y se quedó pensativa.

—¿En qué piensas? —la acució Presedo.

La inspectora Lambert se levantó de la silla y solicitó al inspector que la acompañase fuera mientras Olivia se tomaba un respiro.

—Enseguida volvemos. ¿Quieres más agua o algún refresco? —le preguntó Virginia.

—Más agua, por favor. —Ambas mujeres cruzaron sonrisas.

En las dependencias policiales muchos se fijaron en cómo, con los ánimos alborotados, Virginia caminaba hacia la calle. Román la seguía sin entender el motivo de su evidente enfado. Cuando pisó las escaleras exteriores, se detuvo en seco, se giró y se encaró con su compañero.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquirió el inspector.

—¿Que qué me pasa? ¡Estás agobiando a Olivia!

—¿Que yo la estoy agobiando? ¡Eres tú la que se agobia, y demasiado rápido, como siempre! —le replicó.

—Tu comentario es dañino, Román, pero no te lo voy a tener en cuenta. —Virginia respiró hondo.

—Perdona, Virginia, no era mi intención ofenderte. Es cierto que estoy algo alterado y quizá he presionado a Olivia. Creo que ella tiene el camino abierto hacia una información que nos puede ser muy útil en la investigación que tenemos entre manos.

—Estoy de acuerdo, Román. No obstante, es fundamental que nos cuente todo lo que sabe de Pedro, no podemos descartarlo como sospechoso de la muerte de su mujer. Cabe la posibilidad de que, desde la cárcel, le encargase a alguien que la matara.

—Tienes razón. Ahora mismo tenemos abiertos varios frentes y no debemos precipitarnos. Escuchemos todo lo que Olivia nos tiene que decir.

Olivia se había hecho a la idea de que aquella mañana faltaría a todas las clases. Así que pensó en positivo y se dijo que, lejos de desaprovechar el tiempo, estaba experimentando una clase práctica un tanto peculiar. Tenía calor, cogió la goma que llevaba de pulsera en la muñeca y la utilizó para recogerse el cabello en una coleta alta. Cuando Román y Virginia entraron, el inspector la volvió a mirar confuso: el joven rostro, la coleta danzante con cada ínfimo ladeo de cabeza, la mirada azulada, aquella sonrisa dulce y reservada... Creyó tener un *déjà vu*.

—Aquí tienes el agua, Olivia. —Virginia dejó la botella sobre la mesa —. Cuando quieras, puedes proseguir. Explícanos tu segunda visita a Pedro.

—Su comportamiento fue diferente. Cuando llegué, me dijo que había estado toda la semana pensando en nuestro reencuentro, que se sentía solo. Luego hizo referencia a su mujer y a sus hijos, se quejaba de que su mujer cada vez iba menos a verlo y, muy de vez en cuando, la acompañaba su hija. También comentó que su hijo lo repudiaba. —Olivia se calló y bajó la mirada.

—¿No te dijo nada más? —quiso saber Virginia.

—Cuando intenté hacerle preguntas, adoptó una actitud altiva, dejó claro que él marcaba los tiempos. Me preguntó mi edad y me negué a decírsela, se suponía que las preguntas las hacía yo. Eso no le gustó, se enfadó. Creo que flaqueé, debí haberle sonsacado más información. Reconozco que su muestra de superioridad me intimidó. No obstante, antes de irme me instó a que volviese. —Se encogió de hombros.

Virginia se veía reflejada en Olivia, le recordaba a cómo era unos veinte años atrás, antes de dejarse arrastrar por la inercia de la vida: la intensidad de la juventud, el entusiasmo, las ganas de saber, de aprender, la

fuerza de voluntad tamizando la timidez, los arrebatos de perfeccionismo, los sueños de futuro, el furor del idealismo y las primeras bofetadas de realidad.

—Olivia, dices haberte documentado sobre el caso de Pedro, además de haber hablado con él. ¿Te parece bien que pongamos en común lo que sabemos? —propuso Presedo con la intención de ir implicándola en la investigación.

Olivia, poco convencida, asintió con la cabeza con un leve ruidito gutural.

El inspector se colocó ante el ordenador y abrió una carpeta que había denominado «Pedro Díaz. Asesino». Seleccionó algunos de los diferentes archivos que la componían, los colocó ordenados en la pantalla y leyó en voz alta lo que consideraba más destacable:

—Acusado de homicidio imprudente a la edad de veintidós años. Los hechos tuvieron lugar en la casa de los padres de la víctima, durante la fiesta de celebración de su dieciocho cumpleaños. Pedro estaba entre los invitados. Según las declaraciones de los testigos, había bebido y decía tonterías. Fue a la cocina, cogió un cuchillo, regresó al jardín, se puso frente a la anfitriona y le dijo: «Ha llegado el día de tu muerte». Algunos se lo tomaron a broma y rieron, pero ella se asustó, retrocedió y cayó al suelo, desnucándose contra el bordillo de la piscina. Pedro fue condenado a tres años de prisión, rebajados a dos por buen comportamiento. En el juicio manifestó que su intención era matarla.

—Eso tengo entendido. Y creo que, tras esa manifestación, añadió: «Soy sincero» —puntualizó Olivia.

Los inspectores entrelazaron una mirada fugaz satisfechos por el interés que mostraba la joven y el evidente trabajo de documentación que había realizado. Aunque ahora lo que les importaba es que estuviese dispuesta a colaborar con ellos; buscaban una implicación desinteresada que Presedo no tardaría en proponerle.

—Gracias. Desconocía ese dato —le dijo el inspector y continuó leyendo—. Durante el tiempo que estuvo en prisión, Pedro mantuvo correspondencia con varias mujeres que se interesaron por él y estableció una relación sentimental con una de ellas, Inés Sánchez, con la que terminó casándose.

—Hibristofilia —intervino Olivia expresando sus opiniones en voz alta —; es difícil de entender, ¿verdad?, por lo menos a mí me cuesta ponerme

en el lugar de esas mujeres, no concibo enamorarme de un criminal y mucho menos tener hijos con él. Este fue un caso de hibrístofilia pasiva, la activa me revuelve el estómago. —La sensación de repugnancia se reflejaba en su rostro.

—¡Activa! Inés Sánchez participó en los asesinatos de su marido —la corrigió Virginia.

—No, no, no. —Olivia negó con el dedo índice—. Hubo sospechas de que así fue, pero en el juicio quedó descartada su participación —afirmó convencida.

—Eso creíamos todos —intervino Román—, pero ahora tenemos pruebas fehacientes de su implicación. En el registro de la casa donde vivía Inés encontramos una libreta en la que dejó escrito cómo ayudó a su marido en la comisión de los tres últimos asesinatos. Ella era la que captaba a las jóvenes; además, utilizaba como gancho a sus hijos que, por aquel entonces, todavía eran unas criaturas. Con artimañas lastimeras conseguía que la acompañasen a casa y allí Pedro se encargaba del resto...

Olivia escuchaba al inspector desconcertada. «Tengo que incluir esta información en mi trabajo, es muy importante y le da otro enfoque. Quiero la mejor nota y la voy a conseguir», se exigió en silencio. Los interrogantes le bullían en la cabeza, en unos segundos se hizo un montón de preguntas, como si fuese ella quien estuviese dirigiendo la investigación del crimen de Inés. Su teléfono móvil sonó, provocándole un sobresalto. Miró la pantalla: era su madre.

—Tengo que contestar, salgo un momento. —Abandonó el despacho.

Era la ocasión perfecta para que Lambert y Presedo pusieran en común sus impresiones.

—Virginia, ¿se lo dices tú o yo?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡La propuesta de colaboración!

—¡Ah, sí! Díselo tú, te daré apoyo.

—¿Estás bien? Pareces dispersa.

—No consigo sacarme de la cabeza la imagen de Pascal besándose con otra. Mi matrimonio ha llegado a su fin —sentenció.

—Luego hablamos de eso, no tomes decisiones precipitadas. Ahora te necesito concentrada, compañera.

Olivia llamó a la puerta antes de volver a entrar. La conversación con su madre le había mermado los ánimos. Le había dicho que estaba triste, la

echaba de menos. Olivia, inmersa en sus estudios y proyectos, no le dedicaba tanto tiempo como antes y se culpaba por ello.

—Disculpen la interrupción. Era mi madre y cuando me llama siempre respondo —aclaró pese a que nadie le había pedido explicaciones.

—Seguro que eres una buena hija. —Virginia la miró con ternura—. Verás, Olivia, queremos proponerte algo. —Reforzó el tono de voz—. Tanto el inspector como yo creemos que nos puedes ser de gran ayuda.

—¿En qué? —Se interesó.

—Queremos que colabores con nosotros en el caso de Inés Sánchez. Claro está que será de manera extraoficial; no obstante, trabajaremos en equipo y los tres compartiremos toda la información. —Presedo fue al grano.

Olivia no daba crédito a lo que escuchaba. Parecía estar viviendo un sueño. Pensó que los astros se confabulaban en su favor y hacían realidad, antes de lo previsto, uno de sus grandes deseos: llevar a cabo la investigación de un crimen.

—¡Acepto! —La exclamación brotó sin control, el entusiasmo disipaba sus miedos y alentaba sus expectativas—. ¡Un momento! —De repente se dio cuenta de que no les había contado todo.

—¿Qué sucede? Dinos cualquier duda que tengas —dijo Lambert.

—No es una duda, es que todavía me falta contarles algo que me dijo Pedro en la segunda visita. —Los miró fijamente—. Me aseguró que había víctimas anteriores al primer crimen por el que se le acusó. Jovencitas de trece, catorce y quince años que se dieron por desaparecidas. Sus cuerpos no han sido hallados.

—¿Qué?!

—¿Cómo?!

Las exclamaciones de Presedo y Lambert atronaron al unísono.

En el interior del cubículo donde se instalaba el despacho del inspector Presedo sonaban palabras de asombro e incredulidad. Virginia y Román no daban crédito a lo que Olivia les había dicho. Que un asesino se culpabilizase de unos crímenes cometidos en el pasado era más que raro, un sinsentido. Los inspectores, exaltados, lanzaban preguntas al aire para las que Olivia no tenía respuesta:

—¿Te dijo cuándo las asesinó?

—¿Cuántos años hace?

—¿Son crímenes prescritos?

—¿Dónde sucedió?

—¿Cómo se llamaban?

—¿Qué hizo con los cuerpos?

—¡¿Por qué te lo ha contado a ti si apenas te conoce?!

Lambert y Presedo se callaron de golpe al ver la cara de la agente Martínez pegada a los cristales. El inspector, molesto, bajó rápidamente las cortinas de láminas como si con ello consiguiese una mayor insonorización del cubículo.

—No tengo respuesta para ninguna de sus preguntas e ignoro la razón por la que me lo contó —dijo Olivia—. De hecho, he llegado a pensar que es mentira. El perfil psicológico de Pedro nos dice que le gusta ser admirado. Desde su punto de vista, el reconocimiento, la popularidad y su manera de lograr lo que él considera «el éxito» se obtienen mediante la comisión de un crimen.

—También sabes hacer perfiles. —Presedo pensó en voz alta.

—¿Quieres decir que quizá se lo ha inventado para llamar tu atención?
—dudó Lambert.

Llamaron a la puerta.

—Soy Martínez —se escuchó.

—Pasa, Martínez —ordenó Presedo.

La agente se asomó modosa.

—Ha telefonado la señora... —Miró un papel que llevaba en la mano—. La señora Beatriz Luque. Le dijisteis que volveríais hoy a su casa y le gustaría saber a qué hora.

—Uuufff —resopló Presedo mirando su reloj—. Dile que llegaremos antes de la una. Cierra la puerta, por favor.

Las cavilaciones danzaban por la mente de la inspectora a una velocidad vertiginosa. Intuía que las declaraciones que Pedro le había hecho a Olivia albergaban oscuras intenciones. Tenían que ser más inteligentes que él, actuar con sensatez sin olvidar el tipo de persona que era: un psicópata.

—Debemos calmarnos y organizarnos —sugirió Lambert—. Presedo, nos vamos a la casa de la señora Luque. ¡Ya! Contigo hablaremos más tarde, Olivia, esta conversación no se acaba aquí. Te llamaré.

En la sala acristalada, Beatriz, acostumbrada a fingir una serenidad que no siempre la acompañaba, se mantenía firme con la mirada fija en sus nietos, los acariciaba con sus ojos claros y penetrantes, si bien, su voz reflejaba una mezcla de resignación y tristeza contenidas.

—¿Cuánto rato más tenemos que esperar? —se interesó Alicia.

—¡Eso digo yo! ¿Los polis se piensan que no tenemos nada más que hacer? —protestó Adrián.

—Paciencia, por favor —les rogó Beatriz—. Alicia, entiendo que esta no es la mejor manera de celebrar tu cumpleaños y créeme que lo siento. Y tú, Adrián, deja de comportarte como un chiquillo maleducado, no tienes edad para tonterías —Beatriz riñó a su nieto.

—No te gusta cómo soy porque te recuerdo a mi padre. ¡Ni yo mismo me soporto, odio ser como él!

—No sé de dónde sacas esas ideas, ¡por Dios! Tú no te pareces en nada a tu padre, ¡en nada! Deja de torturarte, Adrián. Eres su hijo, eso no lo puedes cambiar, pero de ti depende ser una buena persona y comportarte como tal. He hecho, hago y haré todo lo posible por vuestro bienestar. ¿Creéis que para mí es fácil esta situación? ¿Qué no sufro? ¿Que esta vida acomodada me da la felicidad? —Alzó los brazos y miró a su alrededor, consciente de que la peor herencia que recibirían sus nietos era la carga emocional de un pasado tenebroso.

—Señora, han llegado los inspectores. ¿Los hago pasar? —La asistente irrumpió en la sala.

—Sí, por favor. Y prepara un té, o mejor unas infusiones de melisa y lavanda que nos aporten algo de paz.

Lambert y Presedo llegaron con los ánimos alterados. Por el camino les habían comunicado algunos detalles del informe de criminalística realizado en la casa de Inés. No había nada de especial relevancia. Como en todos los casos de homicidio, el entorno más cercano a la víctima, incluida la familia, eran los primeros sospechosos que debían o no descartar.

—Antes de empezar, les pedimos disculpas por la tardanza —se excusó la inspectora—. Y ahora, sin más demora, vamos a reanudar la conversación que quedó interrumpida ayer. —Los barrió a los tres con la mirada—. Y su hijo... ¿Pablo?, creo que dijo llamarse, ¿no está? —Se dirigió a Beatriz.

—Salió temprano, no sé a qué hora volverá. Pensé que solo querían hablar con mis nietos. —La mujer parecía contrariada.

—Verá, Beatriz, tenemos que hablar con todos los miembros de la familia.

—¿Por qué? ¿Acaso somos sospechosos? —intervino Adrián.

—Es el procedimiento habitual —aclaró Lambert.

—Muy bien, pues entonces empiecen por mí, que tengo prisa.

—¡Adrián, basta! —Su abuela lo llamó al orden—. ¡¿Quién te crees que eres para decirle a los inspectores cómo tienen que realizar su trabajo?!

El joven apretó los puños y miró a su abuela de reojo. La atmósfera de la sala acristalada se tornó densa, sofocante, como si el aire se saturase con la intensidad de las palabras. Beatriz mantenía la compostura, aunque sus manos tenían un ligero temblor y en sus ojos brillaba la humedad de unas lágrimas que se resistía a derramar.

—Alicia, ¿hace mucho tiempo que no vivíais con vuestra madre? —le preguntó la inspectora.

—Seis años. A mí me dio pena dejarla sola, aunque allí no estábamos bien. Me preocupaba más mi hermano que ella, la verdad. —Miró con ternura a Adrián—. Éramos más felices las temporadas que pasábamos en esta casa, con la abuela, queríamos vivir aquí siempre, pero nuestra madre no lo consentía.

—Es normal que una madre quiera que sus hijos vivan con ella — Presedo los tanteó.

—¿Usted cree que el comportamiento de nuestra madre era normal? Si la hubiese conocido, su opinión sería otra —saltó Adrián.

—¿A qué te refieres? —Presedo continuó con tacto para evitar otro de los impulsivos rebotes del joven.

—A nada —zanjó.

Adrián se cerró en sí mismo, se encorvó en el asiento, puso los codos sobre las piernas y la cabeza entre las manos. De repente decidió no hablar, no escuchar, no pensar. Antes solía adoptar esa misma actitud, cuando la realidad en la que vivía le era insoportable. Ahora el inspector lo inducía a recordar un pasado en el que subsistir era un logro, una infancia marcada por el desapego y la ocultación.

Beatriz, con el corazón agrietado, respondió en lugar de su nieto.

—Inés era una mala madre. Mientras los niños estuvieron con ella, recibía una ayuda del Gobierno, es lo único que le interesaba. Yo no le daba dinero por si se lo gastaba en algo indebido; no obstante, les compraba comida y toda la ropa que necesitaban mis nietos. Las temporadas que Alicia y Adrián pasaban conmigo los escolarizaba, también es cierto que no estaban acostumbrados a relacionarse con otros niños y en ocasiones les costaba hacer amigos.

—Abuela —intervino Alicia—, ya sabes que algunos de nuestros compañeros nos daban de lado, otros, peores que los primeros, ¡eran crueles! Nos acosaban y nos llamaban «los hijos del asesino».

La inspectora Lambert no pudo evitar ponerse en el lugar de los jóvenes. Pensó en el hijo que tanto había deseado tener y se preguntó cómo habría sido. No se supo responder. Lo que sí sabía era que ella le habría dado mucho amor, muchísimo. Sintió una inmensa pena por Alicia y Adrián; sin duda la chica era más fuerte, su hermano estaba abatido.

—Veréis, necesitamos saber el tiempo que lleváis sin ir a la casa en la que vivía Inés..., años, meses, semanas, días... —insistió Presedo—. En la inspección se han hallado cabellos de mujer que corresponden a la víctima, pelos de gato, de perro y de rata. Y tres tipos de huellas distintas: unas pertenecen a Inés y las otras dos quizá sean vuestras.

—Ya se lo he dicho. Hace seis años que nos fuimos y no hemos vuelto a pisar esa casa asquerosa —aseveró Alicia—. Veíamos a nuestra madre alguna vez, en un parque, nuestra abuela nos acompañaba y se quedaba en

el coche. En alguna ocasión la acompañé a la cárcel a visitar a mi padre, pero ya hace mucho tiempo, más de dos años; también me acompañaba mi abuela y se quedaba en el coche.

—Así es —afirmó Beatriz casi sin fuerzas.

—Entiendo. De todas formas, necesitamos que vengáis a comisaría para tomaros las huellas. No tenéis que preocuparos, es un simple trámite. Si hace tantos años que no vais por allí, las otras dos huellas encontradas serán de otras personas —Lambert intentó aliviarlos.

—Beatriz, ¿les va bien mañana?

—Mañana ¿qué? —Parecía confundida.

—Que si puede acompañar a sus nietos a comisaría.

—Sí, claro —respondió con la vista puesta en Adrián, que seguía en la misma postura.

—Entonces, nos vamos. Les mantendremos informados.

Los inspectores se levantaron a la vez y se dispusieron a salir acompañados de Beatriz.

—Yo sí he ido —la voz de Adrián retumbó en la sala acristalada.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —exclamó Virginia y los tres se detuvieron.

—No sabe lo que dice, no le hagan caso. —Beatriz, con su instinto protector, se colocó junto a su nieto.

—Fui hace una semana —aseguró Adrián y, alzando la cabeza, mostró unos ojos inyectados en sangre.

Presedo retomó su asiento y observó los ojos de Adrián, enrojecidos y secos. Lambert permaneció de pie, necesitaba moverse, soltar su energía inagotable.

—Retomemos la conversación —profirió la inspectora caminando de un lado a otro.

—¿Conversación o interrogatorio? —Alicia mostró una altivez que hasta entonces había escondido.

—Llámalo como quieras. Solo os advierto que no toleraremos más mentiras —dijo Lambert.

—Adrián, con exactitud, ¿cuándo estuviste por última vez en casa de tu madre? —El tono de Presedo era hostil.

—Se lo he dicho, hace una semana.

—Concreta día y hora.

—El lunes pasado. Llegué entre las cuatro y media y las cinco, más o menos.

—A ver si lo entiendo... —intervino Lambert—. El lunes pasado, a la hora que indicas, fuiste a la casa de tu madre. ¿Es así?

—Sííí —respondió con fastidio.

—Pues no lo entiendo. La casa donde vivía Inés está aislada. Allí no llega el transporte público. Tú tienes dieciséis años, por lo tanto, no conduces, me refiero a coches. En bicicleta queda descartado que fueses, está demasiado lejos. ¿Tienes moto?

—No.

—Entonces, Adrián... —Lambert se acercó a él hasta una distancia atosigadora—. ¿Cómo fuiste?!

—Mis nietos ya han pasado por mucho, inspectora. ¿Es necesario someterlos a más presión? —La voz de Beatriz era firme y desaprobatoria, pese a lo enfadada que estaba con Adrián. Pensaba que entre ella y sus

nietos existía una confianza inquebrantable, pero ante la afirmación de Adrián, sintió que la vulnerabilidad la abordaba.

Lambert reaccionó con comprensión:

—Lo lamento, señora. Pero cada detalle es crucial para resolver el caso.

Alicia deslizó una mirada iracunda hacia su hermano; estaba más intrigada que los policías en saber cómo y por qué había ido a la casa de Inés. Se sentía traicionada. Adrián había roto la promesa que se hicieron de no volver jamás al lugar donde malvivían. Y habían prometido algo más: no revelar a nadie el motivo que los había llevado a tomar, de manera irrevocable, tal decisión.

—Te repito la pregunta, Adrián: ¿cómo fuiste? —insistió la inspectora.

—Con... con... con mi tío —titubeó—. Fuimos juntos en su coche.

—¿Con Pablo? —se extrañó Beatriz.

—¡Claro! ¿Acaso tengo más tíos? —Adrián alzó la voz.

—Tranquilízate —le recomendó Presedo—. ¿Qué hicisteis allí? ¿Hablasteis con tu madre?

—No pienso decir ni una palabra más. ¡Mi tío se enfadará conmigo por chivato! Corrió entre las frondosas plantas de la sala acristalada, salió y cerró de un portazo.

La hiperactividad mental de la inspectora no le daba respiro: demasiada información en poco tiempo tras el hallazgo de un cadáver. A lo que se añadía su rocambolesca situación personal, en la que intentaba no pensar, a pesar de lo cual había momentos en los que la imagen de su marido en actitud cariñosa con otra mujer se le clavaba en el corazón como aguijón de avispa. «¡Orden, Virginia, orden!», se dijo en silencio. Tomó asiento, dio varios sorbos a la infusión que la asistente les había servido. Ya estaba fría; aun así, mantenía un excelente aroma y sabor.

El teléfono de Presedo sonó: era el comisario. Hizo una señal de *stop* con la mano a su compañera y salió a hablar al pasillo. Lambert entendió que debía mantenerse en silencio, Román quería enterarse de todo lo que allí se dijese. Además, lo que ellos denominaban «lagunas silenciosas» era una táctica que a veces utilizaban para enervar a los interrogados. Y por el cariz que había tomado la conversación, ya podría ser considerada como un interrogatorio. Alicia y Beatriz la miraban a la espera de que dijese algo. Lambert se mantuvo seria y callada.

—Dígame, comisario —respondió Román apoyado en la pared del sobrio pasillo, del que no se veía el final.

—Presedo, hoy no iré a trabajar. De hecho, estaré unos días sin aparecer por la comisaría. He sufrido un ataque de ansiedad y el médico, muy a mi pesar, me ha impuesto la baja. Durante mi ausencia te quedas al mando.

—No se preocupe y descanse.

El inspector volvió a entrar en la sala y lanzó una mirada de «tengo algo que contarte» a Lambert.

—Disculpen la interrupción —se excusó Presedo—. Beatriz, nos gustaría continuar la conversación que teníamos con su nieto. Por favor, ¿puede decirle que vuelva?

—Voy yo, abuela —se ofreció Alicia.

Pablo Díaz entró en la finca al volante de un flamante Mercedes-AMG Clase G negro que aparcó en el garaje, donde había otros dos vehículos. Accedió a la casa por las escaleras interiores. El olor a comida lo llevó a la cocina, donde se encontró a la asistenta cruzada de brazos.

—Hola, Sara. ¿Te aburres?

—No, señor. Estoy atenta al horno. Mantengo el asado a baja temperatura, para que no se queme ni se enfríe.

—Son más de las tres, ¿dónde está mi familia? ¿Por qué no han comido todavía?

—Los encontrará en la sala acristalada. A la policía también.

—¿La policía?

—Sí, la mujer y el hombre que vinieron ayer han vuelto. Si quiere, puedo poner dos servicios más en la mesa y que se queden a comer, hay suficiente para todos.

—No digas tonterías.

Pablo amonestó a la asistenta, salió de la cocina con brusquedad y poco después entraba en la sala acristalada.

—Buenas tardes —saludó por cortesía, sin ganas—. ¿Ha sucedido algo más para que molesten a mi familia a estas horas? ¡Todavía no han comido! —Se dirigió a los inspectores airado.

—Hijo, no te alteres, por favor, ¡bastante disgusto tengo! —le imploró Beatriz.

—Me alegro de verlo, señor Díaz —intervino Lambert—. Ha llegado usted en el momento preciso. —Dibujó una mueca irónica con los labios.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarlos. —Bajó el tono de voz y se colocó junto a su madre, aunque se mantuvo de pie.

Lambert se levantó para mirarlo de frente sin tener que levantar la cabeza en exceso, todavía le dolían las cervicales. Presedo siguió el ejemplo de su compañera: comparado con el fornido cuerpo de Pablo parecía un enclenque. Los músculos los escondía bajo la ropa.

—Necesitamos que haga una aclaración —continuó Lambert—. ¿El lunes de la semana pasada estuvo con su sobrino en la casa de Inés Sánchez?

—No entiendo la pregunta.

—Es sencilla. Responda, por favor.

—Nunca he estado en ese lugar —aseveró sin inmutarse.

—Pues Adrián asegura que usted lo llevó en su coche —replicó Lambert.

—¡No es cierto!

—¿Está seguro?

—Inspectora, me ofende.

—Esperaremos a que venga y a ver si así se ponen de acuerdo, es obvio que uno de los dos miente —dijo Presedo.

—Voy ahora mismo a buscarlo. —Torció el gesto.

—No se moleste, ha ido Alicia —lo detuvo Lambert.

Alicia había aprovechado para ir a su habitación, cogió el móvil que estaba encima de la mesita de noche e hizo una llamada. La comunicación se cortó sin obtener respuesta. Lo volvió a intentar sin suerte. Dejó un mensaje en el buzón de voz: «Llegaré más tarde de lo previsto. ¡Menuda movida tenemos en casa! Luego te cuento».

Dejó el móvil y fue a la habitación de Adrián. Lo encontró hecho un ovillo sobre la cama. Se acercó, se tumbó a su lado y lo abrazó.

—Adrián, tienes que ser más reflexivo y contener tus impulsos. ¿Por qué has dicho que estuviste en casa de mamá? Te lo has inventado, ¿verdad? —Le hablaba con dulzura—. Ahora no te quiero atosigar, pero en algún momento tienes que explicarme qué pasa por tu cabeza, cada vez te encierras más en ti mismo, ¿crees que no me doy cuenta?

—Déjame descansar. Me duele la cabeza —respondió Adrián.

—Lo siento, me han enviado a buscarte. Los inspectores te esperan, quieren seguir con el interrogatorio. ¡Vamos, espabila! —Le hizo cosquillas hasta que consiguió que saltara de la cama.

Alicia y Adrián entraron en el salón entre bromas y risas. El rostro deslustrado de Beatriz resplandeció al comprobar que su nieto volvía de mejor humor. Sin embargo, al chico se le cortó la respiración al ver a su tío y se quedó parado. Lambert y Presedo observaron su reacción: el temor en la mirada, la respiración soliviantada. Parecía un animalillo asustado intentando guarecerse tras la vegetación del invernadero. Su hermana lo asió de la mano y tiró con enjundia.

—¿Proseguimos? —preguntó Alicia con ganas de acabar.

Lambert asintió con la cabeza.

—A ver, Adrián, ¿te reafirmas en lo que has dicho antes? —le preguntó Presedo. —Se hizo un silencio—. ¿Adrián? —insistió el inspector—. ¿Estás seguro de que el lunes pasado estuviste en casa de tu madre y que te llevó tu tío en su coche?

—Pu-e-de ser... —balbuceó con la mirada fija en el suelo y las piernas temblorosas.

—¡¿Qué dices?! —se crispó Pablo—. Les aseguro que miente. —Miró a los inspectores. Presedo empezaba a perder la paciencia.

—Estamos ante un hecho muy serio, muy grave, ¡un homicidio! ¿Nos están tomando el pelo? Pasen esta tarde por comisaría para que les tomen las huellas. ¡Todos! —Los miró de uno en uno.

—Pero yo tengo planes, es mi cumpleaños —saltó Alicia.

—Han matado a tu madre y... ¿tú tienes ganas de fiesta? —replicó Presedo—. Creo haber hablado claro: vengan todos esta tarde —dijo con firmeza y se quedó un instante pensativo.

Beatriz, abatida, comprobaba cómo la armonía que tanto le había costado instaurar en su hogar se debilitaba más que sus propias fuerzas. Se dirigió a los inspectores en tono conciliador.

—Les aseguro que nuestra intención es colaborar, pero entiendan que estamos bajo un estado nervioso que a cada uno nos afecta de manera diferente. —Señaló con la mirada a su nieto—. Haremos lo que ustedes nos soliciten.

—Gracias, señora —respondió Presedo—. Tengo otra pregunta antes de irnos. ¿La casa tiene salida por la parte de atrás?

—Tiene salida al jardín trasero, pero no a la calle. Toda la finca está vallada y la única entrada y salida es por la que ustedes han accedido.

—Se refiere usted a la valla corredera a la que enfocan dos cámaras de seguridad, que supongo son de grabación, ¿es así?

—Exacto.

—¿Hay más cámaras dentro de la finca?

—Sí, dieciséis en total.

Lambert entendió lo que pretendía su compañero: averiguar cuál de los dos, tío o sobrino, mentía. Si, tal y como decía Adrián, Pablo lo llevó en su coche a la casa de Inés, la imagen tenía que estar grabada en alguna cámara, como mínimo en la de la salida.

—Mandaremos a unos agentes a buscar las grabaciones —intervino Lambert.

—Para eso necesitan una orden —adujo Pablo.

—Si quieren una orden judicial, la tendrán —aseguró Lambert—. Buenas tardes.

Los inspectores abandonaron aquella casa impregnada de suspicacias. Alicia observó ansiosa desde la ventana de su habitación cómo se alejaban en el coche. Cogió su teléfono móvil y, cuando estaba a punto de llamar, escuchó el vozarrón de su tío reclamando su presencia.

—¡¡Alicia!! ¡Te estamos esperando para comer y es casi la hora de merendar! ¡Baja de inmediato!

La joven, ante las prisas, optó por obviar la llamada y enviar un breve mensaje de voz: «Lo siento, llegaré mucho más tarde».

La noticia del asesinato de Inés Sánchez había trascendido a los medios de comunicación. Al llegar a la comisaría, fue lo primero que les dijo la agente Martínez, caminando tras ellos con varios periódicos en la mano.

—Lambert, Presedo, mirad. Alguien ha filtrado el suceso. Hablan de ello en todas partes: prensa, televisión, internet, redes sociales. ¡Y los comentarios no tienen desperdicio!

Virginia se giró y extendió una mano para que le entregase los periódicos y los dejara tranquilos. Román y ella tenían mucho trabajo por hacer: en la conversación que habían mantenido durante el trayecto desde la casa de Beatriz hasta la comisaría, les habían surgido bastantes más dudas que soluciones. Solo habían hecho una parada para comprar un par de bocadillos que la inspectora llevaba en una bolsa de papel, a la que la agente Martínez intentaba echar un ojo.

—¿Me vas a tener mucho rato con la mano tiesa? —la acució Virginia.

—¡Ay, perdón! —Le entregó los periódicos. Lambert los sujetó contra su pecho.

—¿Te has cambiado el peinado? —le preguntó la inspectora—. Esta mañana llevabas el pelo más corto y ondulado.

—¡Qué observadora eres, Lambert! —Sonrió coqueta—. Me lo he alisado con la plancha y me he enganchado algunas extensiones de quita y pon. Pero no vayas a pensar que lo he hecho en horas de trabajo. He aprovechado el rato de la comida. Ya sabes que me doy maña con el cabello. —Se toqueteó la melena postiza.

La inspectora evitó responderle, respiró hondo e intentó que las tonterías de María Martínez no la desconcentrasen. La verdadera vocación de la agente era la peluquería, nadie entendía qué hacía allí, aparte de malmeter y cotillear.

—¡Tu pelo necesita un arreglito, Lambert! ¡Cuando quieras le meto mano! —le gritó mientras Virginia avanzaba hacia el despacho de Román.

—¡Me desquicia! —se desahogó al entrar. Sacó los bocadillos y le dio uno a su compañero, que ya estaba frente a la pantalla del ordenador.

—Ignórala, es lo que yo hago —le aconsejó Presedo—. Es cierto que todos los medios se han hecho eco de la noticia, ¡normal!, el cuerpo se encontró el sábado al anochecer y ya es lunes. Demasiado ha tardado en salir a la luz.

El interior del cubículo olía a jamón serrano y queso manchego. Entre bocado y bocado, leyeron varios titulares y algunas noticias; Lambert en papel y Presedo en digital.

ASESINAN A LA MUJER DEL ASESINO

Inés Sánchez, esposa del asesino en serie Pedro Díaz, fue hallada sin vida en su casa la tarde-noche del sábado. El cuerpo, con evidentes signos de violencia, fue encontrado por un ciclista que se había extraviado de su ruta. Todavía se desconoce cómo se desarrollaron los acontecimientos, la investigación está en marcha. Recordemos que Pedro Díaz sigue cumpliendo condena en el Centro Penitenciario Madrid V – Prisión de Soto del Real, acusado de haber asesinado a tres mujeres de dieciocho años asestándoles dieciocho puñaladas. Lo controvertido del caso fue la implicación o no de su mujer en los terribles hechos. Aunque en el juicio Inés Sánchez fue absuelta, la sospecha de su participación en los asesinatos siempre ha flotado sobre ella. ¿Es posible que nos encontremos ante una venganza urdida durante años? Por ahora todo son especulaciones.

—Todos dicen más o menos lo mismo. —Lambert cerró y dobló los periódicos—. Léeme las reacciones en las redes.

—Hay muchas y de opiniones diferentes —respondió Presedo con la mirada fija en la pantalla del ordenador—. ¿Empiezo por las almas piadosas o por los partidarios de la pena de muerte? ¡Cómo le gusta a la gente conjeturar! Los comentarios neutros me los salto.

—Haz una mezcla, dos o tres de cada tipo. Evita los insulsos, sí.

—«Qué Dios la tenga en su gloria y perdone sus pecados». «¡Seguro que era cómplice del marido, mucho han tardado en matarla!». «Rezaré por su alma para que alcance la paz que no logró en vida». «A saber cómo se la han cargado, espero que haya sufrido». «Aprendamos a perdonar y seremos más felices». «Espero que el marido nunca salga de la cárcel. ¡Pena de muerte!».... ¿Sigo? —Román la miró por encima de las gafas.

—No. Me voy a mi despacho y llamaré a Olivia como quedamos esta mañana. ¿Te encargas tú de pedir la orden para acceder a las cámaras de la casa de Beatriz?

—Sí. A ver si sacamos algo en claro. Esa familia me da mala espina. En cuanto tengamos sus huellas hay que cotejarlas. Supongo que no tardarán en venir. Respecto a Olivia...

—Tranquilo, sé lo que debo hacer.

El despacho de Lambert guardaba un orden escrupuloso. Se respiraba el olor de las barritas de incienso sin quemar que tenía colocadas en el portalápiz. Encendió el ordenador al tiempo que telefoneaba a Olivia.

—Diga.

—Hola, Olivia. Soy Virginia Lambert.

—Hola, inspectora. Estoy conduciendo y hablo por el manos libres. ¿Me escucha bien?

—Sí, perfectamente. Por favor, tutéanos, que vas a ser nuestra compañera. ¿Cuándo puedes volver a la comisaría? Lo que tenemos que hablar es mejor no hacerlo por teléfono.

—¿Recuerda... Recuerdas la cita que os he comentado que tenía mañana martes con Víctor Garcés?

—¿Con el hermano de la última víctima de Pedro Díaz?

—¡Exacto! Pues he conseguido adelantarla a hoy, ahora me dirijo a su encuentro. ¿Nos vemos cuando acabe?

—Por supuesto. Así nos cuentas qué tal te ha ido.

Lambert había dado por hecho que Olivia había empezado a colaborar y estaba en lo cierto.

Olivia, extrañada, se alegró de haber encontrado un hueco donde aparcar tan cerca de su destino; tanto que desde el coche leía el letrero: sastrería v. g.

Al entrar y ver el refinamiento de los trajes que lucían los maniqués, pensó que debía haberse ataviado con una ropa más formal. Vestía una camiseta azul celeste y un sencillo pantalón de lino beis. El local tenía dos pisos; en el de abajo, tras un ancho mostrador de madera maciza, una mujer de rasgos finos y voz agradable la saludó con una sonrisa. Llevaba su nombre grabado en una pequeña placa rectangular y plateada que le colgaba de la solapa: Carmen.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes. Quería hablar con Víctor Garcés, por favor.

—Tome asiento, enseguida lo aviso. —Señaló unos sofás que rodeaban una mesa baja situados en un acogedor rincón—. ¿A quién debo anunciar?

—A Olivia. Olivia Durán. Gracias.

Un hombre de apariencia simpática y ropa desenfadada, aunque elegante, llegó al poco rato.

—Hola, soy Víctor.

—Encantada. Olivia Durán. —Se levantó y le tendió la mano.

Por las conversaciones telefónicas que habían mantenido, Olivia se había hecho una idea diferente de cómo era Víctor Garcés. Su voz grave y profunda añadía años a su verdadera edad, treinta y seis.

—Acompáñame. Hablaremos en mi despacho, considero que el tema requiere cierta privacidad. —Sonrió con una gentileza que apaciguó el nerviosismo de Olivia—. Te agradezco que hayas venido. Al principio me mostré reticente a hablar contigo, lo siento. Luego medité tus palabras y si he aceptado tener este encuentro es porque creo que con tu trabajo puedes conseguir que el recuerdo de mi hermana siga latente en la sociedad y no se la olvide. Nuria se merece que de alguna manera la mantengamos viva. ¿Sabes?, las víctimas de homicidio acaban en el olvido. Después del asfixiante revuelo mediático, de la exacerbación colectiva, pasan los meses, los años, llegan esas expresiones que detesto: «¿Te acuerdas del caso de...?», o «qué destino tan cruel». Y en las familias, destruidas, se va forjando una falsa aceptación porque el dolor nunca desaparece. Por cierto, ¿también te has puesto en contacto con las familias de las otras víctimas?

—Lo he intentado, pero... prefieren no revivir lo que pasó. —Olivia fue sincera.

—Es comprensible. Mis padres dicen exactamente lo mismo. Revivir un pasado tan cruel acabaría con ellos. El asesinato de Nuria destrozó sus vidas. Y ahora, con la noticia de la muerte de la mujer del asesino, algo se removerá... En fin, puedes preguntarme lo que quieras. —Carraspeó.

Olivia lo escuchó atónita, no sabía que la noticia del asesinato de Inés ya había empezado a correr. Decidió improvisar algunas preguntas relacionadas con el hecho y continuar después con las que llevaba preparadas.

—Con respecto a lo que le ha sucedido a Inés Sánchez, ¿crees que fue cómplice de su marido?

—Si les trasladas tu pregunta a mis padres, su respuesta sería un sí rotundo. Durante años los he escuchado hablar con absoluto

convencimiento de su culpabilidad.

—Y tú ¿qué piensas?

—Cuando asesinaron a Nuria, yo tenía catorce años y durante mucho tiempo no pude pensar en otra cosa que en matar con mis propias manos al culpable. —Puso las palmas hacia arriba y a continuación apretó los puños—. Cuando detuvieron a Pedro y a su mujer, les deseé una muerte lenta y agónica. A ella la exculparon, pero sí, la considero culpable, como mínimo de encubrir a su marido. ¡Lo conoció en la cárcel, sabía que era un criminal! Sabes el dicho, ¿no?: «Dios los cría y ellos se juntan». En fin, pese a todo, me he convertido en un hombre sensato y entiendo que la venganza no conduce a nada bueno.

—¿Crees en la justicia?

—¿En la terrenal o en la divina? —Dejó escapar un amago de sonrisa.

—En la que envió a prisión al asesino de tu hermana.

—Ese ser despreciable algún día saldrá de la cárcel, se habrán acabado sus años de condena. Se intentará su reinserción social y seguirá su vida, porque él está vivo. En cambio, mi hermana está muerta, él la mató. Creo que la justicia, en muchos casos, es injusta —argumentó con firmeza.

Al escucharlo, Olivia sintió que un latigazo de tristeza le recorría el cuerpo. Empatizar con Víctor era fácil y ponerse en su lugar, necesario. Sus palabras transmitían el dolor oculto bajo la fortaleza. Le había tocado el papel de invulnerable en una familia hecha trizas.

—¿Cómo era tu hermana?

—Feliz, alegre, entusiasta, responsable y concienzuda. Parece que la estoy viendo. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro pensativo—. Nuria era cuatro años mayor que yo. De niña me chinchaba un poco, lo normal entre hermanos, luego se deshacía en mimos conmigo. Mis padres estaban orgullosos de ella, motivos tenían: cariñosa, buena estudiante, había empezado a compaginar las clases con el trabajo.

—¿Dónde trabajaba?

—Aquí. Esta sastrería la fundó mi abuelo, la heredó mi padre y nosotros seguimos sus pasos. Nuria quería ser diseñadora de moda.

—Estudiaba, trabajaba y, por lo que he leído en la hemeroteca, también tenía novio.

—Sí, Augusto. En aquella época era aprendiz de mi padre. Nuria y él llevaban un año de relación cuando la asesinaron. Al principio de la investigación la policía lo tuvo en el punto de mira como sospechoso.

Tanto mis padres como yo teníamos plena confianza en él, estábamos seguros de que era inocente. Augusto quería a mi hermana; de hecho, creo que sigue enamorado de ella, de su recuerdo. En todos estos años no se ha vuelto a emparejar.

—¿Sigues en contacto con él? ¿Crees que hablaría conmigo?

—Trabaja aquí, es un sastre experto. De hecho, llevamos el negocio juntos, mi padre se jubiló. Te lo presentaría, pero hoy no ha venido, le habrá surgido algún imprevisto.

Dos golpes sonaron en la puerta del despacho, que se entreabrió con la lentitud de la prudencia.

—¿Puedo pasar? —preguntó una voz masculina.

—¡Claro! En este preciso momento hablábamos de ti.

—Seguro que me estabas criticando por haber faltado esta mañana. —Entró con desenfado—. Perdón, no era mi intención interrumpir —dijo al ver a la desconocida.

—Os presento. Olivia Durán, Augusto Ruiz.

Olivia vio que los pequeños ojos marrones de Augusto se clavaban en ella.

—¿Podemos acabar la comida en paz?! ¡Dejad de haceros reproches! — Beatriz increpó a los miembros de su familia.

—Mamá, tenemos que ponernos de acuerdo en lo que le vamos a decir a la policía —puntualizó Pablo.

—Solo tenemos que decir la verdad, Pablo, ¿o acaso te supone un problema? ¿Y a ti, Adrián? —Los miró a ambos—. Después de la tarta hablaré con cada uno de vosotros por separado —se impuso.

—Abuela, ¿me puedo ir? Me esperan desde hace rato, soy la cumpleañera y voy a llegar tardísimo a la fiesta —le pidió Alicia.

Beatriz tenía ganas de vomitar, los nervios habían anidado en su estómago. Se mareaba, escuchó las palabras de su nieta, lejanas, intentaba pensar y no podía: «¿Fiesta, qué fiesta?». Las caras se le hicieron borrosas y las voces de Adrián y Pablo, que seguían con la disputa, le sonaban como los discos rayados de su juventud. Hizo el intento de levantarse de la silla para ir al baño y cayó desplomada.

Pablo levantó a su madre en brazos y la llevó a toda prisa a su alcoba. La acostó sobre la cama, cogió una pastilla de la cajita que siempre estaba encima del tocador, le abrió con delicadeza la boca y se la puso debajo de la lengua. Adrián, bajo el dintel de la puerta, observaba con preocupación a su abuela.

Beatriz empezó a reaccionar. Abrió los ojos despacio, le pesaban. El nombre de Inés Sánchez le rebotaba en la cabeza porque, incluso muerta, suponía un lastre en sus vidas. Les robaba la paz.

—¿Necesita algo la señora? —preguntó la asistente asomando la cabeza por encima del hombro de Adrián.

—Tráele un poco de agua, por favor, Sara —le pidió Pablo—. Y ya puedes retirar la mesa.

—Pero, hijo, todavía queda pastel y no le hemos dado los regalos a tu sobrina —susurró Beatriz—. En unos minutos me encontraré bien. Alicia,

siento haber estropeado tu comida de cumpleaños. —La buscó con la mirada—. ¿Dónde está Alicia?

Beatriz se inquietó e hizo el ademán de levantarse de la cama. Pablo se lo impidió.

—Mamá, debes quedarte un rato en reposo.

—Dile a Alicia que venga. Tengo un mal presentimiento. —La humedad de sus ojos transmutó el color gris en un azul verdoso.

—No voy a dejarte sola por una tontería.

—Por favor, os lo suplico, id alguno a buscarla. Hasta que no la vea estaré intranquila.

—Adrián, ve tú —le ordenó su tío.

Adrián, sin rechistar, se encaminó hacia la habitación de su hermana. Beatriz aprovechó que se quedaba a solas con su hijo para hablar con él.

—Pablo, dime la verdad: ¿acompañaste a Adrián a casa de Inés?

—Por supuesto que no, mamá. De ser cierto, se lo habría dicho a los inspectores.

—Entonces, ¿por qué él dice lo contrario?

—Porque es un mentiroso patológico. Tú no te quieres dar cuenta, prefieres pensar que es un adolescente traumatizado que cambiará con el tiempo. Y no quiero seguir con el tema, que te vas a poner más nerviosa. Por favor, mamá, descansa.

Adrián recorrió toda la casa en busca de su hermana y no la encontró por ningún sitio. Sin embargo, vio su teléfono móvil sobre la mesilla de noche, lo que le hizo pensar que no debía de estar muy lejos. Repitió la búsqueda, esta vez con más ahínco: la buscó también por los jardines mientras gritaba su nombre. Volvió a entrar en la casa llamándola.

—¡Alicia! Sal de donde estés. La abuela quiere verte —dijo mientras recorría el pasillo que partía del recibidor.

—Alicia se ha ido —le dijo la asistente al cruzarse con él—. La he visto salir hace un ratito, iba muy guapa.

Adrián corrió a la habitación de su abuela para darle la noticia. Beatriz se había levantado con la ayuda de su hijo. Se sentía mejor, pero cuando vio a Adrián aparecer sin su hermana, empezó a temblar.

—Alicia se ha ido. Me lo ha dicho Sara, que la ha visto marchar.

—¿Dónde está mi móvil? Tengo que llamarla. —Beatriz miraba con desesperación a su alrededor.

—Es inútil que la llames, abuela. Se ha dejado el teléfono en su habitación.

—Nunca sale sin el teléfono, tráemelo ahora mismo, Adrián. —Se intensificaba la angustia en su voz.

—Antes ha dicho que la estaban esperando, se le habrá olvidado con las prisas —sugirió Pablo.

—¿Quién la esperaba?! No nos lo ha dicho.

—Mamá, te vas a poner peor, tranquilízate. —Intentó calmarla—. Se ha ido a celebrar su cumpleaños con sus amigos, es normal.

—Qué poco sabes de tus sobrinos, Pablo. No tienen amigos —dijo con severidad.

Cuando Adrián le entregó el teléfono de Alicia, Beatriz se desesperó todavía más al no poder acceder a lo que quería ver: las llamadas recibidas y realizadas, los wasaps: cualquier cosa que le diese información sobre las personas con quienes su nieta mantenía contacto. Necesitaba el código de desbloqueo.

—¿Tú sabes su contraseña? —le preguntó a su nieto.

—Creo que es su fecha de nacimiento.

Beatriz tecleó los números con cierta dificultad debida al temblor de sus dedos. El teléfono se desbloqueó y ella soltó un pequeño suspiro de alivio. Parecía haberse recompuesto por completo del desmayo. Sus mejillas habían cambiado de la lividez al rojo intenso: aunque no era señal de salud, era consecuencia de la desesperación de una abuela convencida de que la tragedia se cernía sobre su nieta.

Empezó a trastear con el móvil, cada vez con mayor dificultad hasta que se le cayó de las manos. Pablo fue rápido y lo cogió al vuelo.

—Yo lo miró, mamá.

—Está bien, pero dime todo lo que veas.

—Fisgonear en el teléfono de otro no está bien —soltó Adrián.

—¡Mentir tampoco está bien y tú lo haces constantemente! —Beatriz perdió el autocontrol—. ¿Eres consciente de que tu hermana puede estar en peligro? ¡Hoy cumple dieciocho años, die-ci-o-cho! La misma edad que tenían cada una de las chicas que asesinó tu padre, ¡maldito sea! —Rompió a llorar desconsolada.

Adrián salió de la habitación de su abuela para refugiarse en la suya. No quería oír hablar de aquel tipo al que llamaban «su padre», lo odiaba, y se odiaba a sí mismo por llevar su sangre.

Pablo entendía la preocupación de Beatriz, su madre era una mujer muy protectora y sufría adelantándose a acontecimientos sin fundamento.

—Mamá, lo que hizo Pedro está olvidado. ¿Cómo puedes pensar que alguien, después de tantos años, quiera hacerle daño a su hija?

—¿Olvidado? ¿De verdad crees que las madres y los padres de las víctimas, que estaban en la flor de la vida, han olvidado lo que tu hermano les hizo? ¿Y sus otros familiares y amigos? Hijo, hay cosas que ni se pueden ni se deben olvidar.

—Tienes razón. Pero pensar que alguien haya estado años esperando que llegase este día para hacerle daño a Alicia es de locos.

—El dolor y la impotencia son devastadores, perturban el raciocinio, destruyen la cordura y alimentan las ansias de venganza.

La asistenta llamó a la puerta con insistencia. Pablo abrió.

—¿Qué quieres?

—En la entrada hay unos agentes de policía. Dicen que han venido a por las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Diles que esperen un momento. Enseguida bajo.

—Hijo, no te enfrentes a ellos. Que se lleven lo que quieran. Y devuélveme el teléfono de Alicia. Te prometo que lo revisaré con calma — le aseguró y se sentó en un sillón ubicado bajo la ventana, por donde entraba la luz parduzca del atardecer.

Beatriz se enjugó las lágrimas y se concentró en la información que podía proporcionarle el teléfono móvil de su nieta. Comprobó que no tenía redes sociales, tan solo llamadas y mensajes de WhatsApp. En ambos casos había un número repetitivo bajo el nombre de Mónica. Se preguntó quién sería. Alicia nunca le había hablado de ninguna amiga. Sabía que tenía relación *on-line* con compañeros de estudios, a distancia, porque tanto ella como Adrián estudiaban desde casa. En el caso de Alicia era su primer año en la universidad, y de manera presencial solo había acudido a algunas tutorías. Beatriz decidió dejar de darle vueltas a la cabeza y llamar a la tal Mónica, los últimos mensajes y muchos de los anteriores iban dirigidos a ella.

Mientras sonaba la señal de llamada, respiró hondo, prometiéndose a sí misma que no iba a perder la calma, aunque por dentro estuviese al límite, con ganas de gritar, al borde del histerismo. La señal intermitente se detuvo y escuchó una voz.

—¿Dónde estás? ¿Vas a tardar mucho más? —Beatriz tragó saliva—. ¿Alicia? ¿Me oyes? ¿Sucedé algo? ¿Vas a venir o no?

Un nudo en la garganta le impedía responder a Beatriz. Las palabras de aquella chica le confirmaban sus temores: no sabía dónde estaba Alicia.

—No sé si me oyes, Alicia, pero yo a ti no. Cuelgo.

—¡Espera! —consiguió decir Beatriz.

—Tú no eres Alicia. ¿Por qué tienes su teléfono? —preguntó alterada.

—Soy su abuela. Alicia se ha dejado el teléfono en casa y estoy muy preocupada por ella. Por favor, ayúdame.

—Soy Mónica, una amiga. ¿En qué puedo ayudarla, señora? —dijo con voz serena.

—Por lo que he podido averiguar, había quedado en verse contigo, ¿verdad?

—Así es, le he preparado una fiesta de cumpleaños, pero hace horas que la espero...

Beatriz oyó aquellas palabras tristemente convencida de que su nieta nunca llegaría a la fiesta.

—Ya se han llevado todas las grabaciones de las cámaras. Han sido rápidos —dijo Pablo al entrar en la alcoba de su madre.

Beatriz continuaba con el teléfono entre las manos. Paralizada. Lo único que había sido capaz de pedirle a Mónica era que la llamase en cuanto Alicia apareciese en aquella fiesta que decía haberle organizado. Cuando vio a Pablo, le contó la conversación e insistió en que algo malo le había sucedido a Alicia.

—Tenemos que dar parte a la policía.

—No perdamos el temple, por favor. —Su hijo tomó el control de la situación—. Dices que Alicia se ha ido a una fiesta y que todavía no ha llegado, ¿cuál es el problema, mamá? —Beatriz no respondió. Tenía un pálpito, eso era todo—. Lo que sí debemos hacer sin más demora es ir a la comisaria para que nos tomen las huellas, tal y como quedamos con los inspectores. Refréscate un poco. Mientras, voy a decirle a Adrián que se prepare y a sacar el coche del garaje.

A Virginia Lambert le escocían los ojos, llevaba horas frente a la pantalla del ordenador. Había estado revisando el caso de Pedro Díaz, se había empapado de todo el proceso y refrescado los detalles que el tiempo enmascaraba con el velo del olvido. Sacó de su bolso un botecito de colirio y se echó unas gotas. En seguida sintió alivio. Entre parpadeos vio por los cristales cómo se acercaba la agente Martínez parloteando con Olivia. Abrió la puerta, hizo un gesto con la mano a Olivia para que entrase e intentó cerrarla de nuevo, pero Martínez la bloqueó con un pie.

—¿Aviso a Presedo?

—Sí, dile que venga —Lambert empujó la puerta hasta que quedó cerrada.

—No hagas demasiado caso de lo que te diga la agente Martínez —le advirtió a Olivia—. Y, por favor, no le cuentes nada. Es una correveidile.

El teléfono de Virginia sonó. Miró la pantalla. Era otra vez su marido. Rechazó la llamada como había hecho con las anteriores. Dio unos cuantos pasos por el exiguo cubículo, que la asfixiaba. A veces necesitaba salir a espacios amplios y abiertos y caminar enérgicamente durante un buen rato. Estaba siendo un día de encierro tortuoso.

—Hola, Olivia, ¿qué tal te ha ido? —Presedo entró enérgico.

—Cuéntanos. ¿Has conseguido hablar con Víctor Garcés? —se interesó Lambert.

Olivia sonrió satisfecha de sus logros, sin imaginar que colaborar con los inspectores iba a ser un trabajo arduo, con situaciones arriesgadas y momentos azarosos.

—He hablado con él, es un hombre simpático.

—Y ¿has mirado qué hay debajo de esa simpatía? —inquirió Lambert.

De repente Olivia se sintió estúpida, se le borró la sonrisa y cayó de la nube: no era una hermanita de la caridad, era una «casi» criminóloga que colaboraba en una investigación policial. Antes de responder, repasó mentalmente cada una de las palabras y gestos de Víctor.

—Tiene una rabia contenida que dice haber superado. Estaba muy unido a su hermana y no parece conforme con la pena impuesta a Pedro. También asegura, sin reparo, que considera a Inés culpable de proteger a su marido, aun a sabiendas de que era un asesino. Y no descarta que lo ayudase, de alguna manera, en la consecución de los crímenes.

—¡Buen trabajo! —la felicitó Presedo.

—No he acabado, hay más. —Continuó con la mirada al frente, concentrada en un punto fijo, como si hubiese una pantalla donde leyese—. Me ha dicho que sus padres están convencidos de la culpabilidad de Inés. Y que la justicia es injusta porque el asesino de su hermana saldrá algún día de la cárcel, pero ella está muerta.

—Por lo que cuentas, debajo de la simpatía le aflora el rencor —insinuó Lambert.

—Sin duda —confirmó Olivia—. Pero insisto en que se ha mostrado amable y ha respondido a todas mis preguntas. De hecho, habríamos hablado más rato si un sastre de los que trabajan con él no nos hubiese interrumpido. Y ¿sabéis quién era? —Alzó una ceja, interrogadora.

Lambert y Presedo la observaron expectantes—. Augusto Ruiz, novio de Nuria Garcés cuando la asesinaron —concluyó.

—Fue considerado el principal sospechoso de su muerte hasta que encontraron al verdadero culpable —recordó Presedo—. ¿Has podido hablar con él?

—Todavía no. Cuando Augusto ha llegado, Víctor me ha dicho que lo sentía, pero que tenían trabajo pendiente. Así que me ha ofrecido la posibilidad de vernos otro día los tres.

—El ofrecimiento puede haber sido sincero o una simple excusa para darte largas. Por ahora no lo vuelvas a llamar hasta que nosotros te lo digamos. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, inspectora.

Presedo pensó que no sabían nada de aquella mujer de veintidós años cuyo aspecto le recordaba a alguien del pasado. Nada, excepto que estudiaba criminología.

—Olivia, cuéntenos algo sobre ti, así nos vamos conociendo mejor, ya que vamos a trabajar juntos.

—Pues... no tengo mucho que contar... Vivo con mi madre y mi abuelo en Vallesgo y estudio en Madrid. ¿Qué más queréis saber?

A Olivia le disgustaba estar en el punto de mira, enseguida se cohibía. Y lo que más temía era tener que hablar de su vida, de su abuelo, de su madre, que le preguntasen por un padre inexistente. Lambert se percató de cómo Olivia había cambiado su mirada avispada a reticente. Le entraron ganas de regañar a Presedo.

—¡Nada más! —atajó la inspectora—. Lo que pretende Román es que nos conozcamos un poquito a nivel personal. Mira, él vive en Madrid solo, está divorciado. Y yo muy cerca de él, a dos manzanas, en un piso, también sola. —Omitió la existencia de un marido al que no quería volver a ver.

El inspector, molesto, miró de reojo a su compañera. Y volvió a dirigirse a Olivia.

—Esta mañana nos has dicho algo que no podemos dejar en el aire.

—Sé a lo que te refieres. A lo que me dijo Pedro sobre sus crímenes anteriores, los que no se conocen, pero asegura haber cometido.

—¡Exacto! De ser cierto, estamos ante unos hechos de extrema gravedad. Necesitamos más información: la más urgente es el año en que

cometió los crímenes y el nombre de las víctimas, para buscar en los archivos de mujeres desaparecidas y comprobar que no es una trola.

—Hasta el sábado no lo volveré a ver. Las visitas son semanales.

—No podemos esperar tantos días. Yo me encargo de conseguirte una visita antes. Debes lograr que te considere lo más parecido a una amiga. Prepárate para fingir, tu actuación debe ser perfecta. No olvidemos que él es tan malo como inteligente.

—Román está en lo cierto, Olivia. Mentalízate de que todo esto no va a ser fácil. Te llamaré. Y ahora te acompaño a la salida y aprovecho para que me dé el aire. ¿Te vienes, Presedo? —Él asintió con la cabeza.

Olivia se despidió y bajó los escalones del exterior con prisa, la noche estaba al caer y prefería conducir de día. Lambert y Presedo también los bajaron y se dispusieron a estirar un poco las piernas, a dar un paseo por los alrededores de la comisaría. Hacía viento, algunas rachas eran fuertes, a Virginia le gustaba sentir las contra su cabeza, como si cada soplo se llevase parte de sus preocupaciones. Dieron tres vueltas y ya subían las escaleras cuando vieron de espaldas la elegante figura de Beatriz, el corpulento y desmadejado cuerpo de Pablo y a Adrián. Entraron, sin prisas, tras ellos.

—Aquí están los inspectores —dijo la agente Martínez al verlos—. Preguntan por vosotros.

—Acompáñalos a la sala de reuniones, Martínez —le ordenó Presedo—. Enseguida estamos con ustedes —les dijo.

Tanto Lambert como Presedo callaron y pensaron lo mismo: faltaba una persona.

La agente Martínez los guio hasta la sala, les pidió que tomaran asiento en torno a una mesa ovalada y les ofreció agua. Se fijó en lo estilosa que era la mujer y lo bien arreglado que llevaba el cabello. Salió y cerró la puerta.

—¿Aquí nos van a tomar las huellas? —preguntó Adrián con extrañeza.

—Calla y compórtate —le ordenó su tío.

Beatriz no los escuchaba, sus pensamientos los ocupaba la sospecha de una desgracia.

La puerta se abrió, Lambert y Presedo entraron y se mantuvieron de pie.

—Ya han empezado a revisar las grabaciones de las cámaras. Les agradecemos su colaboración —dijo Presedo.

—Ahora pasarán a otro lugar donde les tomarán las huellas. Irán de uno en uno. No deben preocuparse, todo esto puede parecer un tanto farragoso pero, como ya les dijimos, es un mero trámite que forma parte de la investigación —les explicó Lambert.

—Falta Alicia. ¿Está por llegar? —preguntó Presedo.

—No va a venir —soltó Adrián—. Ha pasado de todo y se ha ido a una fiesta.

—¡Deja de mentir! —le gritó su abuela—. ¡Ojalá estuviese en la fiesta! Pero no ha llegado, ni llegará...

—¿Qué quiere decir, Beatriz? No estamos entendiendo nada. —Lambert se inquietó.

—Este es su teléfono. —Lo sacó del bolso y lo puso sobre la mesa—. Se lo ha dejado olvidado en casa. He llamado al número que más se repite y una amiga suya, de cuya existencia no he sabido hasta hoy, me ha dicho que le había organizado una fiesta y llevaba horas esperándola. Nadie sabe dónde está y hoy es su cumpleaños, su dieciocho cumpleaños...

A Lambert se le activaron las alarmas. Agarró el teléfono de Alicia.

—¿Cómo se llama la amiga?

—Mónica.

—El teléfono está bloqueado, ¿cuál es el PIN?

Beatriz se lo dijo número a número. Lambert llamó.

—¿Eres tú Alicia o es su abuela? —respondió una voz encogida.

—Soy inspectora de policía. ¿Dónde está Alicia?

—¡Les juro que no lo sé!

—¿Dónde es la fiesta? Dame la dirección.

Beatriz necesitaba beber, agarró el vaso, el temblor de su mano hacía saltar el agua. Lo volvió a dejar sobre la mesa sin haber conseguido dar ni un sorbo y chilló con el alma desgarrada:

—¡¡Alguien la ha secuestrado y la va a matar a puñaladas!!

Todo está limpio y ordenado. Le gusta la pulcritud. Ha encendido todas las luces, nueve potentes focos que iluminan una estancia de doce metros cuadrados. El olor dulzón del cloroformo sigue presente en el pañuelo de tela blanca que ha dejado encima de la mesa, sus efluvios han servido para adormirla. La ha tumbado al llegar, la traía medio a rastras. Se ha situado a los pies de la cama, desde donde observa su fino rostro de facciones suaves y piensa que no parece hija de la maldad.

La descalza, deja las sandalias de tiras doradas bien colocadas en el suelo, bajo la cama. Le apretuja los pies y se los menea para que espabile. No reacciona. Aumenta la intensidad del movimiento, que sube por las piernas, las caderas y llega hasta la cintura.

—¡Baila! ¡Baila! ¡Estás de celebración! —Le tiembla la voz.

—¿Qué...?

Abre sus grandes ojos con lasitud y se topa con otros más pequeños que la miran tras los agujeros de un capuchón.

—¡Felicidades, Alicia!

Alicia cierra los ojos, los aprieta con fuerza, se obliga a pensar que tiene una de sus pesadillas recurrentes, en las que una persona, escondida tras un disfraz oscuro, la rapta y asesina el día de su dieciocho cumpleaños. Las empezó a sufrir de niña, cuando se enteró del motivo por el que su padre estaba preso. Se lo había explicado él mismo en una de las visitas a la cárcel, a las que su madre los llevaba cuando eran pequeños. Hacía tiempo que su padre no vivía con ellos, sino en aquel sitio al que Alicia iba cada vez con mayor reticencia. Con nueve años era una niña curiosa que se cuestionaba muchas cosas, la principal era qué hacía su padre en un lugar tan feo y rodeado de personas desconocidas.

Alicia recuerda el momento exacto, la voz de su progenitor pronunciando unas palabras que ella difícilmente logra digerir. La reacción de su madre. El mutismo de su hermano... Sigue con los ojos cerrados y apretados, sus pensamientos vuelan hasta aquel día...

Alicia y Adrián van cogidos de la mano, siempre que visitan a su padre se agarran con fuerza, como si temiesen que los fueran a separar. Caminan detrás de Inés, muy de cerca, mirando de reojo a un lado y a otro. Llegan a donde está su padre y su madre se adelanta, le abraza el cuello y lo besa en la boca, él se deja hacer mientras fija la mirada en sus hijos.

—Dadle un beso a papá —les ordena Inés.

—Tú primero —le dice Pedro a su hijo.

Adrián se resiste a soltarse de su hermana, es Alicia la que separa la mano porque sabe que si Adrián no hace lo que su padre le exige, se enfadará con él. El niño se acerca y, cuando va a besarlo, Pedro le susurra algo al oído que le hace retroceder. Vuelve junto a su hermana y, de nuevo, le agarra la mano. Alicia se la acaricia.

—Alicia, acércate —le ordena su padre.

Ella, por primera vez, le desobedece y se sienta. Le deja un hueco a Adrián, que es muy delgadito y se agazapa junto a ella en la silla. Pedro

clava los ojos en su hija y suelta una carcajada.

—Eres igual que yo: ¡rebelde! ¡Ja, ja, ja! Menos mal que no has salido sumisa como tu madre. —Vuelve la mirada hacia su mujer con un gesto de asco.

Inés agacha la cabeza.

—Hija, ¿ya eres mujer?

—Por favor, Pedro, ¿qué pregunta es esa?, ¿no ves que todavía es una niña? —reacciona Inés.

—¡Cállate! Estoy hablando con ella.

Alicia detesta la manera en la que ha visto a su padre, desde siempre, tratar a su madre: el desprecio con el que le habla, la superioridad que trasluce cada gesto, sus expresiones burlescas... Ella no quiere parecerse a él. Ella no es mala.

—¡No soy igual que tú! Me parezco a mi abuela Beatriz, que es buena y cariñosa, y yo soy una mujercita bonita, como ella me dice —replica Alicia.

—¿Tu abuela Beatriz? Llevo años sin verla, nunca ha venido por aquí... —Se queda pensativo.

—¿Y por qué vives en este sitio? ¡Es horroroso! —Alicia habla sin tapujos.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Esto es una cárcel, Alicia, y yo soy un preso. Me tienen encerrado, privado de libertad, no me dejan salir.

—¿Quieres decir que estás castigado?

—Sí, podríamos utilizar esa palabra. Cumpló un castigo por algo que hice. ¿Te lo cuento?

—¡No, Pedro, por favor! —Inés le suplica.

—¡He dicho que te calles! Se lo voy a contar a Alicia y de paso que también lo escuche Adrián y se empiece a espabilar, que parece bobo.

Adrián hace pucheros y mira al suelo. Inés podría coger a sus hijos e irse, así evitaría el trauma que Pedro les va a causar. Pero se resigna y acata las órdenes de su marido: calla y escucha.

Pedro pone cara de interesante, como si lo que va a explicar fuese una brillante aventura o un logro personal. De hecho, se siente orgulloso de sus actos.

—Alicia, Adrián, estad atentos a mis palabras y no las olvidéis nunca. Quizá ahora no lo entendáis, sin embargo, con el tiempo, seréis capaces de percibir la belleza en la violencia. Estoy castigado por haber asesinado a unas chicas, las apuñalé el día que cumplieron dieciocho años.

—¿A mí también me matarás cuando cumpla dieciocho años? —pregunta Alicia con espanto cuando consigue respirar: las palabras de su padre la han dejado sin aire.

Pedro no responde. Mira a su hija decepcionado, esperaba algo de admiración.

—¡Marchaos! —es lo único que dice.

Inés obedece *ipso facto*. Los tres salen de la sala y abandonan la prisión. Cuando pisan la calle, Adrián da un chillido largo, inacabable, expulsando los demonios que su padre le ha obligado a tragar.

Desde entonces Alicia sufre pesadillas como la que cree estar teniendo ahora. Sigue con los ojos cerrados y prietos. Los empieza a relajar. El zarandeo de sus piernas se ha detenido y piensa que el mal sueño se ha acabado, que está despierta. Abre los ojos confiada, lo ve enfrente y se siente morir. Da por hecho que el monstruo que se esconde tras el capuchón negro es un hombre, un tipo como su padre, cuyo disfrute es asesinar.

—Hola, Alicia. ¿Estás cómoda?

Alicia acaba de descubrir lo que es el miedo. Lo está sintiendo en cada poro de su piel, en el ardor que quema su garganta, en el dolor de sus tripas retorcidas, en unas cuerdas vocales tensas que le impiden emitir un grito, en darse cuenta de que su peor pesadilla se está haciendo realidad. En la voz mental que le dice «¡huye!», pero sus piernas, paralizadas, son incapaces de cumplir las órdenes del cerebro.

—A-liii-ciii-aaa —pronuncia en un tono musical—. ¿Me oyes? Te he preguntado si estás cómoda.

—Sí —musita.

—Te preguntas qué haces aquí, ¿verdad?

Alicia duda si responder o mantenerse callada. Se extraña de que no la haya atado, ni amordazado. Se puede mover sobre la cama. Busca con la mirada el cuchillo, convencida de que en cualquier momento la va a apuñalar. No ve ningún puñal ni nada semejante. Tampoco hay a la vista puertas ni ventanas, todas las paredes están cubiertas por cortinas tupidas de tela gruesa y estampado rococó.

—Parece que no tienes ganas de hablar... Bien, no te voy a obligar, ya hablo yo. Llevo años esperando este día, el de tu dieciocho cumpleaños. Por suerte, la paciencia es una de mis virtudes.

—Yo no tengo la culpa de lo que hizo mi padre —se atreve a decir.

—¡Ah! Sí que sabes por qué estás aquí.

—Me lo imagino, pero es un sinsentido y una injusticia.

—Las palabras *justicia* e *injusticia* no las vamos a pronunciar, ¿de acuerdo? —Se le agrió la voz.

—De acuerdo. —Alicia se achanta.

—Opino como tú: no tienes la culpa de lo que hizo tu padre, eres tan inocente como sus víctimas y te vas a convertir en otra de ellas.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estás aquí es como consecuencia de sus actos. Que el hecho de que vayas a morir tan joven y de una manera horrible lo ha provocado él. —Se le altera la voz.

El corazón de Alicia, acelerado, golpea contra su pecho a punto de estallar. Las palpitaciones se extienden ahora por todo su cuerpo y le falta la respiración. Es incapaz de hilvanar dos palabras seguidas, se esfuerza en encontrar la manera de convencer a su captor para que la deje ir, pero no puede; el miedo la ofusca.

—Por favor, deja que me vaya —consigue pronunciar junto al llanto que le ha desanudado la garganta.

—No. —Le clava sus pequeños ojos marrones cargados de odio. La mira a ella, pero lo ve a él, a Pedro Díaz, al asesino que destrozó sus vidas.

Alicia percibe en su reacción mayor enfado, justo lo contrario de lo que ella pretende. Se recuerda a sí misma las palabras de la persona a la que más quiere, su abuela: «Eres fuerte, te pareces a mí. No te dejes vencer por la adversidad, nunca desistas, aprende a lidiar con la vida, seré tu apoyo siempre que lo necesites. Y piensa, mi mujercita bonita, en todo tu poder. Agradece y honra tu inteligencia. Medita, actúa sin precipitación. Sé humilde sin mostrar vulnerabilidad. Respeta a los demás y no prejuzgues, pero desconfía y escucha a tu instinto».

Alicia intenta ponerse en el lugar de la persona que se esconde tras el capuchón. Si busca venganza, ella solo puede contrarrestarla ofreciéndole ternura y comprensión. Para sobrevivir tendrá que fingir.

—¡¡Te pido perdón en nombre de mi padre!!

—¿Perdón?! ¿Te burlas de mí?! Ese ser despreciable que es tu padre ha jurado y perjurado no estar arrepentido de ninguno de sus crímenes. Y donde no hay arrepentimiento, tampoco ha lugar el perdón.

Virginia había llegado al lugar en el que Mónica, la amiga de Alicia, le había dicho que tenía prevista la celebración de la fiesta. Era un piso abuhardillado en un edificio del barrio de Chueca. Había ido sola desde la comisaría dejando a Román con la familia de Alicia y pidiéndole tan solo unos minutos para analizar la situación. Pero había circunstancias, como aquella, en las que la inspectora no podía tener paciencia; incapaz de detenerse en cavilaciones, solo podía actuar. Era como una esponja para los pesares ajenos y había absorbido la desesperación de Beatriz, el desgarró de una abuela convencida del infortunio que acechaba a su nieta y que, posiblemente, ya se había apoderado de ella.

—Inspectora Lambert —se identificó en cuanto la chica le abrió la puerta y la invitó a pasar a aquel apartamento con el techo en pendiente—. ¿Tú eres Mónica? —preguntó seria.

—Sí, señora —respondió ella, amilanada.

Lambert la escudriñó con la mirada e hizo un repaso rápido del lugar. El único vestigio de la supuesta celebración de una fiesta eran dos globos gigantes con forma de números: uno y ocho.

—¿Dónde están los invitados?

—Se han ido.

—¿Puedo ver el resto del piso?

—¡Claro! Es muy pequeño. Esta zona es comedor y cocina juntos, como puede comprobar tengo pocos muebles. Vivo sola, no necesito más. Aquí está la habitación y este es el baño. —Le hizo un *tour* fugaz—. Había preparado unos canapés, están en la nevera junto a un pastel casero que también he hecho yo —explicó antes de que le preguntase—. Iba a ser una celebración íntima. Como soy la única amiga de Alicia, quería aprovechar su cumpleaños para presentarle a más gente, conocidos míos de hace tiempo. Se lo propuse y le pareció buena idea; de hecho, parecía entusiasmada.

—¿Te dijo Alicia que no tenía amigos?

—Sí, y es comprensible, el cuidado de su abuela no le deja tiempo libre más que para estudiar y desde casa. Todos tenemos nuestras circunstancias personales, yo trabajo en dos sitios distintos y, aun así, me cuesta horrores pagar el alquiler y los estudios, y créame si le digo que hay días que no como más que un bocadillo.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el grupo de WhatsApp de la universidad. Las dos estudiamos lo mismo a distancia. Nos sentimos afines enseguida y empezamos a hablar fuera del grupo. Creo que el ser huérfanas nos ayudó a establecer el vínculo.

Lambert escuchaba atónita la sarta de mentiras que Alicia le había contado a aquella chica amable de mirada sincera.

—Por lo que me dices, supongo que nunca has estado en su casa, o sea, en la de su abuela. —La inspectora le siguió la corriente.

—No, ni siquiera nos hemos visto en persona, hoy iba a ser la primera vez. Aunque a veces hablamos por videollamada.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Prácticamente desde que empezó el curso, ahora hace... unos siete meses.

A la inspectora le daban ganas de explicarle a Mónica lo engañada que estaba, pero intentó entender a Alicia y sus motivos para no revelar su realidad. Ahora lo importante era que apareciese. Le pasó por la cabeza que quizá se había perdido: no estaba acostumbrada a salir de la mansión y había una distancia considerable entre la zona residencial en la que vivía y el barrio de Chueca. Además, no podía avisar a nadie porque se había olvidado el móvil.

—Su abuela nos ha mostrado el teléfono de Alicia y hemos visto el cruce de mensajes que habéis mantenido hoy. ¿Has notado algo raro, si estaba diferente o tenía alguna preocupación?

—Lo único es que iba a llegar tarde. No me ha explicado el motivo, solo que pasaba algo en su casa. Bueno, supongo que, como usted dice, ya lo han escuchado. Lo siento, no sé más.

—Agradezco tu colaboración. Me voy. Si Alicia aparece por aquí o tienes noticias tuyas, ponte en contacto conmigo de inmediato, no importa la hora. —Extrajo del bolsillo una tarjeta y se la entregó.

Salió a la calle, la oscuridad de la noche se había impuesto a la claridad del día. Miró la hora: eran casi las diez. Notaba el cansancio, tanto mental como físico, de una jornada intensa y preocupante. Pensó en dar un paseo corto mientras llamaba a Román; conociéndolo, estaba convencida de que seguía en la comisaría.

—Dime, Virginia —respondió al primer tono.

—Estoy saliendo ahora del apartamento donde se iba a celebrar la fiesta. ¿Tú dónde estás?

—En comisaría. Hace un rato que se fue la familia de Alicia. La abuela ha insistido en poner una denuncia por su desaparición, aunque le he dicho que era precipitado. Mañana tendremos los resultados del cotejo de las huellas, también las de Alicia: la científica las ha aislado y extraído de su teléfono móvil. Ahora me iba a poner a revisar las grabaciones de las cámaras. ¿Cómo te ha ido a ti? ¿Has podido averiguar algo?

—Poca cosa. La amiga de Alicia parece una chica normal a la que le ha contado unas cuantas mentiras sobre su vida. Descarto que tenga algo que ver con su desaparición, si es que ha desaparecido... Quizá se ha perdido por Madrid, no está acostumbrada a salir de su zona de confort.

—Puede ser, pero si se ha extraviado, ¿por qué no ha cogido un taxi hasta la dirección de la amiga? ¿O de vuelta a casa de su abuela...?

—Puede haberse perdido en una zona poco transitada. En fin, no me quiero poner en lo peor, pero pinta mal —asumió la inspectora—. Ahora no podemos hacer nada, es muy tarde, Román, vete a descansar. Yo estoy agotada, también me retiro. ¿Nos vemos mañana temprano?

—Está bien, te voy a hacer caso. Buenas noches, Virginia —se despidió mientras cerraba el ordenador.

Virginia continuó la caminata que ella consideraba un paseo. Andaba rápido, como si huyese y, en el fondo, es lo que hacía: huir. Intentaba escapar de sí misma, de sus circunstancias, de la confusión en la que estaba embarcada su vida. A cada zancada soltaba un poco de ansiedad y sus pensamientos se iban aclarando. Se detuvo en seco al pasar por delante de un restaurante italiano, el Gioia. Desde fuera observó a través de la cristalera la mesa que estaba en aquel rincón que le traía tantos recuerdos. Una pareja cenaba, parecían felices, como tiempo atrás lo habían sido ella y Pascal. Recordaba las palabras del que todavía era su marido cuando, en aquella misma mesa, le había declarado amor eterno. «Virginia, *gioia*, en

italiano, tiene dos significados, “alegría” y “joya”. Para mí, *gioia* eres tú. Eres la alegría de mi vida y mi joya más preciada».

«Qué estupidez —se dijo—. Palabrería. Siempre ha sido un embaucador y yo la tonta crédula». Retomó el camino. «Con lo dura que soy para algunas cosas y lo blanda que he sido siempre con él». Disminuyó la velocidad. «“No apartes tus ojos de mí”, solía decirme como si me hipnotizase. ¡Eso es!, he vivido hipnotizada, una vida paralela a la real, en la que mis deseos sucumbían a los suyos. —Se enfadó consigo misma—. Excepto en el intento de tener un hijo, se prestó a ello por mi insistencia, él no tenía demasiado interés...». Los ojos se le aguaron.

El sonido del teléfono la sacó del ensimismamiento. Miró la pantalla antes de responder. Era Román. También tenía varias llamadas perdidas y rechazadas de Pascal. Todavía no estaba preparada para hablar con él.

—Román, dime que no sigues en comisaría —dudó Virginia.

—Ya estoy en casa, ¿y tú?

—A punto de entrar en mi portal.

—Solo te llamo porque se me ha olvidado decirte que ya tenemos los resultados de la autopsia de Inés Sánchez. Se confirma como causa de la muerte un traumatismo craneoencefálico ocasionado por fuertes golpes. La autopsia es definitiva, así que el funeral será en breve.

—Y crees que Pedro pedirá permiso para asistir, aprovechará para pasar un rato fuera de la cárcel.

—Me has leído el pensamiento. Y quien la ha matado también puede presentarse por allí... Bueno, ya sí te dejo tranquila hasta mañana. — Sonrió.

Por su tono de voz, Virginia percibió la sonrisa de su compañero. Miró de reojo el ascensor y, pese al cansancio, optó por subir a pie hasta el tercer piso. Introdujo la llave en la cerradura de la puerta, la abrió y, nada más entrar, notó un olor que antes la apasionaba y ahora detestaba: el del perfume de su marido. Al instante lo vio frente a ella.

—¡Virginia! —exclamó con el ademán de abrazarla.

—¿Qué haces en mi casa? —extendió los brazos frenándolo con las manos.

—¿Cómo? No entiendo... ¿Qué voy a hacer? Te echaba de menos y he venido a verte; además, también es mi casa —le respondió extrañado.

—Tenías que haberme avisado —le reprochó mientras se encaminaba al dormitorio principal. Él la siguió—. Y no es tu casa, es mía, aunque a

veces vivas aquí —puntualizó.

—¿Qué está pasando, Virginia? —Se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—Dímelo tú, Pascal. Dime qué pasa a la cara.

Virginia le enfrentó la mirada y en ese instante se dio cuenta de que no sentía celos, ni rabia, ni despecho: simplemente, no lo amaba. Su historia de amor se había desvanecido hacía tiempo y ni siquiera quedaba el vestigio de lo que fue, algo bonito, como la estela que dejan las estrellas fugaces. Nada, no quedaba nada. Sus ojos habían perdido el brillo de la ilusión. Estaba cansada, lo único que necesitaba era volver a ser ella, recuperar su esencia, su libertad. Los nervios arremolinados se le disiparon desde la cabeza hasta los pies como si el suelo los estuviera absorbiendo. Respiró hondo.

—Te vi con otra mujer —le dijo serena—. Y no quiero que me des explicaciones, Pascal. Solo quiero una cosa: el divorcio.

Martes, 23 de abril de 2024

En el silencio de la casa lo único que escuchaba era el eco de sus pisadas sobre las baldosas. Era temprano, al amanecer le restaban un par de horas. Olivia había dormido poco, sueños intermitentes con pesadillas extrañas de las que se acordaba como si todavía las estuviese sufriendo. Enfundada en el pijama, entró en la cocina y lo vio a la tenue luz de una vela. Las cejas angulosas de Miguel resaltaban bajo una frente ancha con marcadas arrugas de expresión. Pensativo, abrió las aletas de su afinada nariz y, bufando, dibujó círculos con los dedos sobre el bigote y la perilla. La conversación que había mantenido con su hija la noche anterior le había removido los recuerdos del pasado. Después de cenar, sentados a la fresca en el porche, Lucía, por primera vez en muchos años, le había insinuado que quería explicarle a Olivia la verdad. La verdad que ambos llevaban veintidós años ocultando. La verdad de un suceso que arruinó la vida de Lucía. Miguel pensaba en su hija, en su nieta, en el futuro, en lo que se calló del pasado, en si hizo bien o mal... Quizá Lucía tenía razón y había llegado la hora de escupir toda la mierda...

Allí estaba su nieta, ante él, brindándole la oportunidad.

—Qué manía la tuya de andar siempre descalza por casa. Cualquier día te vas a clavar algo en la planta del pie. —La miró con sus pequeños ojos marrones.

—¿Tú tampoco puedes dormir, abuelo? —Se sentó a su lado.

—Las preocupaciones me lo impiden. Me pregunto qué será de tu madre cuando yo falte.

—¿Estás enfermo? —Se preocupó Olivia.

—No, no es eso. Pero me hago mayor y todo llega... Además, la vida es imprevisible, pueden suceder muchas cosas... Tengo que decirte que, aunque a veces te regaño y he sido muy exigente contigo, me siento

orgulloso de ti. Te has convertido en una mujer sincera y responsable. Me atrevería a decir que eres demasiado buena, nunca me has dado un disgusto. —Dibujó una leve sonrisa—. Creo que tienes la madurez suficiente para entender ciertas cosas que, hasta ahora, por el bien de tu madre, te he ocultado.

—¿A qué te refieres, abuelo?

Miguel respiró hondo antes de responder, todavía con dudas de hacerlo. Demasiados años de silencio y las consecuencias pesaban sobre sus espaldas.

—Tengo cargo de conciencia. He intentado ser un buen padre, pero hace años me vi superado por lo que sucedió y creo que mi decisión no fue la más acertada. Me equivoqué. —Apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué sucedió? —Olivia estaba intrigada. El comportamiento de su abuelo distaba un abismo de lo que era normal en él.

—No sé por dónde empezar... —Suspiró—. ¿Nunca te has preguntado quién es tu padre? —le soltó.

—¿Eso es lo que te preocupa, abuelo? No entiendo por qué. Hace mucho tiempo que os pregunté a ti y a mi madre quién era y fuiste tú quien respondió que no valía la pena hablar de él. Mamá se quedó embarazada muy joven de alguien que se despreocupó y la dejó. Abuelo, no me interesa saber quién es. Nos abandonó cuando yo ni siquiera había nacido. Si nosotras no le hemos importado nunca, él tampoco me importa a mí. Como si no existiese —dijo en tono categórico.

—No fui sincero entonces, Olivia. Lo que hizo tu padre fue algo mucho peor que abandonaros.

A Miguel le suponía un suplicio continuar, escupir la verdad que había tapado con excesiva presión, y ahora, a punto de explotar, temía que las consecuencias le salpicasen con dureza.

—Dime, ¿qué hizo ese individuo? —Olivia se impacientó.

—Violó a tu madre. Román y Virginia también habían sido atrapados por un tortuoso insomnio. La inspectora había llegado a la comisaría de madrugada, poco después de poner fin a la disputa con su marido dejándole claro que le daba doce horas para recoger sus pertenencias y largarse de allí. No quería que volviese a pisar su piso.

Tras una ducha rápida que necesitaba casi más que respirar, se atavió con los colores de la guerrera que se sentía: camiseta y pantalón rojos y una chaqueta vaquera. Y sin chispa de maquillaje, ni tan siquiera para

esconder las ojeras que denotaban su cansancio, agarró el bolso al tiempo que lanzaba una mirada aviesa a Pascal y se marchaba sin un «adiós», dando un portazo a modo de despedida y corriendo escaleras abajo.

—¿Tú tampoco has podido dormir? —Vio luz en el despacho de Román y asomó la cabeza.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Pues lo mismo que tú, cobijarme en el trabajo. —Arrugó su nariz chata y pecosa.

Román miró aquellos ojos verdes que le suplicaban que no le hiciese más preguntas.

—Me alegro de que estés aquí. Estoy revisando las grabaciones de las cámaras. Y... ¿quién dirías que nos ha mentado, el tío o el sobrino?

—No tengo la cabeza para adivinanzas. Sácame de dudas —dijo dejando el bolso y la chaqueta en una silla.

—Ven, compruébalo tú misma. —Le hizo un gesto con la mano para que se pusiera junto a él ante la pantalla del ordenador.

Virginia se concentró en las imágenes. Las que le mostraba Román eran del lunes de la semana anterior a las 15:45. Adrián les había dicho que ese día había ido a la casa de Inés entre las cuatro y media y las cinco de la tarde. También aseguraba que lo había acompañado su tío Pablo en su coche, hecho que Pablo había negado con rotundidad.

—¿Ves?, sale un coche del garaje, pero no es el de Pablo —le indicó Román.

—Es un Mercedes, un modelo antiguo, ¿de quién será? —se preguntó Virginia.

—¿De Beatriz? —presupuso Román.

—No creo..., pero... parece que solo hay una persona en el interior, el conductor. No se ve bien quién es. Amplía la imagen.

—¡Adrián! —exclamaron al unísono.

—Conduce sin permiso, ¡solo tiene dieciséis años! —gruñó Román.

—Reconoció haber ido a casa de su madre cuando les comentamos el tema de las huellas halladas en el interior, si no, seguro que no habría dicho ni una palabra al respecto. Y ¿por qué ha intentado implicar a su tío? Miente, miente demasiado —receló Virginia.

Sin que se diesen cuenta, en la comisaría ya se respiraba la actividad frenética de cada día. Había amanecido con sol y ellos seguían enfrascados

en la investigación, aislados en aquel cubículo con las persianas bajadas e iluminados por la luz artificial sin percatarse de la hora que era.

Sonaron dos golpes en la puerta.

—Buenoooos díaaas. —Tras la voz cantarina apareció la agente Martínez.

—Buenos días, Martínez. ¿Qué quieres?

—Ah, estáis los dos aquí, escondiditos... —Miró a Virginia con una sonrisa pícara.

A la inspectora le dieron ganas de arrancarle las extensiones del pelo a tirones.

—Martínez, al grano, ¿qué mierda quieres? —se enfadó Román.

—La señora elegante que vino ayer con su familia está aquí. Dice que quiere hablar con el inspector Presedo o con la inspectora Lambert —respondió seria.

—Hazla pasar a la sala pequeña —le ordenó Virginia.

Martínez salió con la cabeza gacha.

—¿A qué habrá venido Beatriz? Antes de hablar con ella necesito un café —le dijo Román a su compañera.

—Y yo una aspirina, los nervios me presionan la cabeza por todos lados. ¡Qué dolor! —Se masajeó ambas sienes, después la frente y la nuca.

Román y Virginia tardaron cinco minutos en recomponerse. Entraron en la sala. Beatriz había ido acompañada. Las miradas de los inspectores se clavaron en Adrián.

—Buenos días —saludaron al entrar.

—¿Buenos días? ¡No pueden ser peores! —exclamó Beatriz poniéndose de pie—. Mi nieta sigue desaparecida. ¿La están buscando? Necesito que me digan algo, por favor.

—Tranquilícese, señora —le recomendó Presedo—. No se preocupe. Hemos esperado unas horas prudenciales por si regresaba, pero tiene usted razón. Ahora mismo doy la orden de poner en marcha un dispositivo de búsqueda. Les dejo con la inspectora, enseguida vuelvo.

Beatriz se abrazó a Virginia llorando.

—¡Encuéntrenla, se lo suplico!

La inspectora la rodeó con sus brazos y notó como el corazón le latía desorbitado y todo el cuerpo le temblaba. Tenía la respiración agitada. Parecía que se iba a deshacer en desesperación, que cada una de sus células se iba a disipar en las tinieblas de la realidad. Lambert prefirió

callar antes de utilizar las típicas palabras de consuelo. Se mantuvo abrazada a ella, en silencio, hasta que se fue calmando.

Cuando Presedo volvió, se fijó en que su compañera estaba sentada al lado de Beatriz. Agarradas de la mano, hablaban con tranquilidad sobre Alicia.

—Toda la información que nos dé será de ayuda —le decía Lambert.

—Les he dicho todo lo que sé. Pero lo que sé no es todo... Pensaba que mis nietos no tenían secretos conmigo y estaba equivocada, como han podido ustedes comprobar.

—Alicia salió de casa a pie, abandonó la finca y giró la calle hacia la izquierda. Iba sola y caminaba deprisa —dijo Presedo—. La he visto en las grabaciones de las cámaras. Las he revisado todas desde el lunes de la semana pasada, día en que tú, Adrián, aseguraste haber salido hacia la casa de Inés acompañado por tu tío en su coche. —Clavó la mirada en el muchacho.

—Mentí. —Cruzó los brazos y los apretó contra su pecho como si lo pudiesen proteger.

—Sí, hemos comprobado que mientes a menudo. —Presedo arrugó la boca—. La cuestión es por qué.

—A veces digo mentiras porque me salen de repente, sin pensarlo. —Se encogió de hombros.

Beatriz miró a su nieto, era el único de la familia que físicamente se parecía a su marido, se lo recordaba tanto... El pelo castaño un poco ondulado, los ojos pequeños y marrones, la nariz respingona y una constitución atlética.

—¿Qué enredo has hecho? —le preguntó sin apenas fuerzas para enfadarse.

—Yo se lo explico, Beatriz —se ofreció Lambert—. A modo de resumen: Adrián, el lunes de la semana pasada, salió de su casa a las 15:45. Pero no iba con su tío Pablo como nos dijo, conducía él mismo otro vehículo, un Mercedes gris plateado, un modelo antiguo.

—Ese es el coche de mi marido..., lleva años en desuso... —dijo Beatriz, confusa.

—Yo lo mantengo activo, abuela —soltó Adrián—. Aprovecho cuando tú no estás para dar una vuelta, pero no salgo de la urbanización, te lo prometo. La única vez que he salido fue el lunes para ir a casa de mi madre.

—¿Si tú no sabes conducir! —exclamó su abuela.

—La teoría es muy fácil y he ido practicando poco a poco, ya te lo he dicho.

Beatriz se echó las manos a la cabeza. La respiración se le volvió a acelerar. Abrió su bolso, cogió una cajita de la que sacó una pastilla. Se la colocó bajo la lengua y cerró los ojos unos instantes.

—¿Por qué dijiste que te había llevado tu tío? —inquirió Presedo.

—No puedo conducir, no tengo la edad para sacarme el carnet... Que había ido con Pablo me pareció lo más creíble.

—¿Fuiste a casa de Inés o también es mentira? —Lambert empezaba a perder la paciencia. Caminó por la sala.

—Sí, sí, sí —aseveró.

—¿Para qué, Adrián? No lo entiendo. Tu hermana y tú me asegurasteis que no queríais volver allí jamás. —Un hilo de voz resbaló por la boca de Beatriz.

—Fui para coger una cosa. Cuando llegué, empujé la manilla de la puerta y comprobé que estaba abierta. Mi madre solo cerraba con llave por la noche. Al entrar una rata corrió entre mis pies. No había nadie, pero de repente me acobardé. Inés podía llegar en cualquier momento y yo no quería volver a verla. Salí corriendo sin coger lo que había ido a buscar y regresé a casa de mi abuela.

—¿Qué buscabas?! —lo apremió Presedo.

—Su sentencia de muerte.

En el hogar de los Durán se había resquebrajado el pilar que mantenía unida a la familia: Miguel.

La reacción de Olivia al enterarse del secreto que se ocultaba tras su existencia fue una mezcla entre enfado y rechazo. Estaba enfadada con su abuelo por haber tapado un hecho tan terrible, una violación, y, además, sufrida por su propia hija. Por mucho que Miguel intentaba explicárselo, ella no lo entendía, las palabras de su abuelo le parecían excusas anodinas.

—¡No me hables! ¡No me hables! —Olivia se tapaba las orejas con las manos.

—Por favor, no grites, vas a despertar a tu madre —le suplicó Miguel.

«No es cierto, no soy hija de un violador», se repetía a sí misma. Rechazaba una verdad que hubiese preferido no saber.

—¿Cómo sabes que fue forzada? ¿Te lo dijo ella?

—Cálmate y déjame continuar, intento explicártelo —insistió Miguel.

Olivia fijó la mirada en los restos de cera que había dejado la vela al consumirse y respiró el olor rudo de la mecha quemada. Aunque su vida se había oscurecido, hacía rato que la luz natural entraba por la ventana. Pensó en su madre. Si quería ayudarla, necesitaba saber toda la verdad de lo que le había sucedido.

—Te escucho. —Clavó en su abuelo una mirada insolente.

Miguel sintió una punzada en el pecho: la consecuencia de sus errores que, en vez de borrarse con el tiempo, se había enquistado. Con el beneplácito de su nieta, continuó el relato del peor momento de su vida.

—Como sabes, tu madre estudiaba en el mismo instituto en el que yo impartía clases. Por aquel entonces vivíamos en la ciudad. Era el primer día de las vacaciones de Semana Santa y Lucía había quedado con sus amigas para celebrarlo. Tenía dieciséis años y muchas ganas de disfrutar de la vida. Antes de salir de casa le dije lo de siempre: que tuviese cuidado, que no se separase de las amigas y que no volviese muy tarde.

«No te preocupes, papá», me dijo, me dio un beso en la mejilla y me miró radiante. Nunca olvidaré su sonrisa de felicidad y el brillo de sus ojos... No he vuelto a ver ninguna de las dos cosas... Las horas pasaron. Oscureció y me empecé a inquietar. A la inquietud se le sumó el enfado: pensé que se habría quedado a solas con el chico que le gustaba. Hice mil cábalas.

—¿Mamá tenía novio? —se interesó Olivia.

—Novio formal no. Pero yo había oído rumores por el instituto de que salía con un chico de su curso. Me parecía algo normal y no le di mayor importancia.

—Continúa, abuelo, ¿qué pasó?

—Lucía volvió a casa pasada la medianoche en unas circunstancias deplorables. —Miguel se tapó la cara con las manos acallando un alarido—. Llamó al timbre de la puerta con desespero, al abrir cayó en mis brazos, traía la ropa hecha jirones y el cuerpo lleno de golpes y arañazos. Con un fino hilo de voz susurraba: «Me ha violado».

—Pobrecita... ¡¡Malditos sean todos los violadores del mundo!! —se encendió Olivia.

—Le pregunté quién le había hecho aquella aberración y me dijo que no lo sabía. «Un desconocido» fue toda la explicación que me dio. Estaba manchada de tierra. Me pidió que la ayudase a entrar en la ducha. Estuvo más de media hora bajo el chorro, después se metió en la bañera, donde permaneció una hora más. Cuando salió, desprendía un intenso olor a alcohol: se lo había frotado por todo el cuerpo para desinfectarse.

—¿Por qué no lo denunciasteis?

—Yo estaba ofuscado y ella aterrorizada. Pensé que someterla al proceso que conllevaba la denuncia le supondría una tortura mayor. Ni siquiera se lo planteé, solo busqué la manera de protegerla para siempre. Lucía no salía de casa y, cuando acabaron las vacaciones, se negó a retomar las clases. No volvimos a hablar de lo sucedido y pensé que, con el paso del tiempo, Lucía regresaría al instituto y todo volvería a la normalidad, pero... —tragó saliva y bajó la mirada— se había quedado embarazada... La única solución que vi fue buscar un lugar donde empezar de nuevo.

—O sea, huir y esconderla —le reprochó Olivia—. ¿Te avergonzabas de tu hija? ¡Qué iban a decir cuándo se enterasen en el instituto! ¡La hija del intachable profesor, embarazada! Eso es lo que pensabas, ¿verdad?

—Intenta entenderme, Olivia...

—A-bue-lo —pronunció con sarcasmo—, aplícate tu famosa frase y reflexiona: ¿Lo que has hecho te parece adecuado o incorrecto?

Olivia salió de la cocina enfurecida y se encontró a su madre sentada en el suelo, con las piernas dobladas y apoyada contra la pared. De sus ojos entreabiertos resbalaban lágrimas silenciosas. Olivia se arrodilló a su lado.

—Te quiero mucho, mamá.

La abrazó, trasmutando su furia en amor. Todavía medio adormilada por el efecto sedante de la medicación, Lucía musitó:

—La verdad siempre flota sobre la mentira...

En comisaría, las palabras de Adrián resonaban en la pequeña sala de reuniones: «Su sentencia de muerte».

—Recapitulemos, chaval. —Presedo cerró las manos y golpeó con ambos puños la mesa—. Eres menor de edad. Mientes a todo quisqui. Sales de casa de tu abuela conduciendo un coche sin tener carnet. Y dices que llegas a donde vive tu madre en busca de «su sentencia de muerte». ¡¿Qué mierda es eso?! —Volvió a golpear la mesa.

Adrián se tensó en su asiento. Desvió la mirada hacia su abuela buscando en ella la protección a la que lo tenía acostumbrado, pero no la encontró. Beatriz tenía entrelazadas sus manos delgadas y nervudas en señal de rezo o petición, los ojos le pesaban sobrecargados por la densidad mental, el cansancio la superaba.

—Responde al inspector —se limitó a decir.

—«Su sentencia de muerte» es el nombre que le puso mi hermana a la libreta de mi madre. Es lo que fui a buscar, una libreta.

Lambert y Presedo cruzaron las miradas hablándose en silencio. La inspectora salió de la sala mientras Presedo le tiraba de la lengua.

—¿Por qué ese nombre?

—Por las cosas que hay escritas... Alicia dijo que cualquiera que lo leyese desearía la muerte de Inés.

—¿Incluidos vosotros? ¿Tú le has deseado la muerte a tu madre? ¿Y tu hermana?

—Mi madre era una mala persona...

—¿Tan mala como para querer matarla? —insistió el inspector—. Adrián, ¿mataste a tu madre?

—¡No!

—¿Dónde estabas el día de su muerte?

—No me acuerdo... Supongo que, en casa de mi abuela, salgo poco de allí.

—Te voy a ayudar a hacer memoria —le dijo Presedo y abrió un portafolios—. Según las cámaras de seguridad, el día que encontraron sin vida a Inés saliste andando de tu vivienda habitual, o sea, de la casa de tu abuela, a las siete y media de la mañana. ¡Te gusta madrugar, eh! Y regresaste a las dos y veinte de la tarde, ¿hora de comer? —Al inspector lo agitaba la ironía—. ¿Dónde estuviste? —preguntó con un tono de voz grave.

—¡¡Ya le he dicho que no me acuerdo!!

—¡Pues haz memoria rápido! Según los resultados de la autopsia, Inés murió entre las nueve y las once horas de la mañana, aproximadamente.

La puerta se abrió, Lambert entró con una libreta en la mano, la de Inés. Los ojos de Adrián se agrandaron al verla.

—¿Esto es lo que buscabas? —le preguntó la inspectora moviendo la libreta como si fuese un abanico—. El contenido es muy desagradable. ¿Lo has leído todo?

Adrián se sonrojó, sentía vergüenza ajena, remordimientos por lo que su madre había hecho y plasmado en palabras como si fuese la consecución de un gran logro. Se alegró de que por fin estuviese muerta.

—Sí, encontré la libreta en un cajón, se la enseñé a mi hermana y la leímos juntos. Ese día decidimos irnos para siempre. Si tener un padre asesino es vivir en una constante pesadilla, imagínese lo que sentimos al enterarnos de que nuestra madre era su cómplice. Alicia me dijo que, si lo que allí estaba escrito llegaba a las familias de las víctimas, sería la sentencia de muerte de Inés.

—¿Qué hicisteis con la libreta? —inquirió la inspectora.

—La volvimos a colocar en el cajón. Mi hermana quería entregársela a la policía, pero le supliqué que no lo hiciera porque nos veríamos metidos en otro escándalo ¡¡y yo no lo podría soportar!! —estalló.

—¿Qué hay escrito ahí? —preguntó Beatriz con voz pausada.

—Anotaciones de Inés en las que reconoce ser cómplice de Pedro en sus crímenes. —Lambert fue explícita.

El rostro de Beatriz no se inmutó. Siempre detestó a Inés tanto o más que a su propio hijo. Se enteró de que Pedro se había casado cuando fue puesto en libertad. Él intentó volver a la casa familiar junto a la que se había convertido en su mujer, pero Beatriz se negó rotundamente. Al ver a Inés supo que era un mal bicho y el tiempo le había dado la razón. Cualquier barbaridad que le dijeren de ella era más que creíble.

—Verás, Adrián —le habló la inspectora—, es bastante raro que quisieras recuperar la libreta justo una semana antes del asesinato de tu madre cuando hace por lo menos seis años que conocías su existencia.

—Rarísimo —remarcó Presedo—. Máxime si sumamos el hecho de que en el cotejo de las huellas aparecen las tuyas en la puerta de entrada, en la mesa, en el sofá, en una silla... Chico, si no me das ahora mismo una coartada, te vamos a considerar sospechoso de la muerte de tu madre.

—Aparte de las de mi nieto, ¿se han encontrado huellas de más personas? —quiso saber Beatriz.

—Las de Inés, las de Adrián y otras aún por identificar —le aclaró Presedo.

—Confío en ti, sé que eres bueno y solo estás confuso. Adrián, por lo que más quieras, dinos dónde estuviste —le suplicó su abuela.

Sobre Adrián se clavaron las miradas acusatorias de los inspectores y la implorante de Beatriz. Sabedora del problema que tenía su nieto, intentaba no atosigarlo. Había ocasiones en las que Adrián no acertaba a discernir entre la mentira y la verdad. Su cerebro se bloqueaba, le enviaba órdenes confusas. Arrastraba el trauma de una infancia en la que la mentira lo había salvado de muchas palizas. Unos años en los que prefería pensar que lo poco bonito que era capaz de imaginar, los sueños, las fantasías, eran realidad.

El inspector lo presionó.

—¡Habla de una puñetera vez, Adrián!

Se puso nervioso: «¿Por qué no digo la verdad, por qué no digo la verdad?», se repetía mientras escuchaba una voz interna que le decía «miente, miente, miente».

Las vicisitudes de una vida caótica encadenadas a su frágil personalidad y la baja autoestima lo habían convertido en un mitómano, en un mentiroso patológico. Lo sabía y era incapaz de evitarlo. Sin embargo, Adrián no disfrutaba engañando, lo hacía de manera instintiva, a modo de protección ante lo que consideraba un riesgo. Entrar en conflicto con

alguien le provocaba ansiedad. Quería evitar el enfado de quienes lo rodeaban, pero, para contentar a unos, se veía en la necesidad de mentir a otros... Él le había advertido de que no le hablase a nadie sobre sus encuentros. El día que mataron a Inés estuvo un rato con él y no lo podía decir. Él se enfadaría.

Tenía que pensar rápido en otra coartada, una falsa, pero eso era caer de nuevo en la mentira, se sentía en una espiral sin salida. Se agarró la camiseta con ambas manos y la estrujó imaginándose su propio corazón, blando, hecho añicos, chorreando sangre, y hasta pudo sentir el olor, el asco, el dolor. Y vomitó el desayuno, y vomitó la verdad.

—¡¡Estuve con mi abuelo!!

Alicia no recuerda cuándo se fue el encapuchado ni en qué momento se volvió a quedar dormida. La ha despertado el malestar pélvico, consecuencia de una vejiga llena que no soporta mayor contención.

Los focos que ayer la deslumbraban ahora desprenden una luz tenue. Mira a su alrededor, busca una puerta, pero solo ve las cortinas que tapan las paredes. «Por algún sitio entra y sale», se dice, e intenta levantarse de la cama. Descalza, camina hacia una pared y se tropieza con algo en el suelo que le provoca un dolor en tres dedos. «¡Ay!», se queja y mira el objeto: es un orinal de loza blanco con un asa en el lateral. Vuelve a mirar a su alrededor, se remanga el vestido, se quita las bragas y descarga la vejiga. Se regocija unos segundos en el alivio, interrumpido por el movimiento de una cortina tras la que aparece él.

—¿Soy inoportuno? —Retira la mirada hacia otro lado.

Rauda, Alicia se vuelve a colocar la prenda íntima, se baja el vestido y toma asiento en la cama sin hablar, como si temiese que la fuese a regañar por haberse movido.

El encapuchado porta un carrito de servicio. Huele a comida.

—Has dormido mucho. Es hora de alimentarse.

Lo primero que hace Alicia es abrir la botella de agua, tiene más sed que hambre. Se llena la boca con el líquido, pero enseguida lo escupe en un vaso de plástico. Todo es de ese material: la bandeja, los platos, el vaso y los cubiertos. Las servilletas son de papel.

—¿Qué haces? ¿Tienes ganas de vomitar? —le pregunta; su tono es plano.

—Sí.

Alicia miente, no tiene ganas de vomitar, lo que teme es que quiera envenenarla. Es lo que se le ha pasado por la cabeza; cree que, en lugar de apuñalarla, ha elegido una manera menos sangrienta de acabar con ella.

—Las náuseas son normales, llevas demasiadas horas sin beber ni comer. Hazlo poco a poco, verás cómo te empezarás a encontrar mejor. Destapa la bandeja, te he traído tu comida preferida.

Alicia hace lo que le dice.

—¿Canelones?

—¿No te gustan?

—Sí —responde, aunque no son su pasión.

—Era la comida preferida de ella y ahora también es la tuya. ¿De acuerdo?

Alicia no sabe quién es *ella* ni se atreve a preguntar, tan solo asiente.

—Sí, sí, me gustan mucho.

—Pues empieza, que se van a enfriar.

Se ha sentado en la mecedora de madera, uno de los pocos muebles que hay allí. Se mece mientras la observa y escucha los crujidos que su balanceo produce en el parqué, le recuerdan al tictac de los relojes de pared que colecciona.

Alicia ha empezado a engullir y no puede parar, tiene un apetito voraz. Ha devorado los canelones y dos piezas de fruta fresca que estaban en un bol, peladas y troceadas; por la textura y el sabor, deduce que eran una manzana y una pera.

—¿Te encuentras mejor?

Se sobresalta al escucharlo; por extraño que parezca, durante unos minutos se ha olvidado de su presencia. La jugosidad de las frutas que mantenía en la boca se convierte en aspereza. «Ahora me dirá que el veneno empezará a hacer efecto en breve», piensa asustada.

—¿Me oyes? ¡Responde! —El encapuchado detiene el balanceo y le clava la mirada.

—Perdona. Sí, sí, mejor —balbucea a punto de llorar.

—¿Qué te pasa?

—¿Me has en-en-envenenado? —tartamudea.

—¡Qué estupidez! ¿Por qué piensas eso?

Alicia está confusa, debe medir sus palabras para no provocar que se enfade. Intenta pensar qué debe decir y cómo. Si bien teme que, aun siendo prudente, él pueda reaccionar de manera violenta.

—Estoy asustada —reconoce con humildad.

La respuesta le satisface. Le gustan las personas modestas, detesta a las soberbias. Sonríe tibiamente bajo la capucha y retoma el balanceo.

—¡Ay, Alicia, Alicia, Alicia...! Pareces tan ingenua...

En sus pequeños pero expresivos ojos se vislumbra cómo su pensamiento vuela hacia atrás en el tiempo. Le atacan la melancolía, la ira y el desaliento, una mezcla de sentimientos que desde hace años forman parte de su ser.

—Ella también estaría asustada, muerta de miedo. He imaginado infinitas veces el sufrimiento que debió de pasar... —Se le agría la voz y frena con los pies el movimiento de la mecedora.

Alicia se pregunta quién sería la tal *ella* a la que vuelve a hacer referencia. Se pone rígida al ver que el encapuchado se levanta sin apartar la vista de ella y se coloca a los pies de la cama. Es el lugar infranqueable, el muro que se ha impuesto para respetar la zona de la joven.

—Ella también era ingenua, más que tú —dice apretando los puños—. Demasiado buena, tanto que cayó en la trampa de Inés, mordió el anzuelo: vosotros, ¡¡las criaturas de esa puta mal nacida!! Los pequeños Alicia y Adrián. ¿Sabes? Ella era muy niñera, habría sido una madraza..., pero no tuvo ocasión... ¡¡Le segaron la vida cuando apenas empezaba a vivirla!!

Alicia se da cuenta de que el encapuchado tiene conocimiento de lo que hizo Inés. Se pregunta cómo lo sabe: ¿ha tenido acceso a la libreta? ¿Cómo? ¿Se lo ha contado alguien? ¿Quién?

—¿Qué opinas de tus padres? —le hace una pregunta directa, enojado por los recuerdos.

—Los detesto —responde sin pensar, tal y como lo siente.

El encapuchado detecta sinceridad en sus palabras y susurra:

—Cuántas veces pagan justos por pecadores. —Alicia no entiende a qué se refiere, qué quiere decir, se pone más nerviosa de lo que ya está—. Entonces, ¿no has sufrido por la muerte de tu madre?

—No, nada. ¿La has matado tú? —De inmediato se arrepiente de haberle hecho esa pregunta.

Un silencio aterrador se apodera de la estancia. Él camina tres pasos hasta la mecedora, se sienta y se balancea.

Alicia es poseída por la zozobra del que ve peligrar su vida.

—¿Me vas a matar?! —Llora con desesperación.

—Quizá, pero todavía no. Por ahora me eres más útil viva.

—¿Visitas al abuelo?! —Beatriz estaba confusa.

—Sí, voy a veces... —reconoció Adrián.

Lambert miró a Presedo y le hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. El inspector entendió que quería hablar con él fuera de la sala, en privado.

—Enseguida volvemos —se excusó la inspectora y salieron los dos.

En el rostro de Lambert parecía reflejarse el rojo de su camiseta. Por su trabajo, estaba acostumbrada a escuchar verdades a medias y mentiras descaradas. Sabía diferenciarlas. Sin embargo, Adrián conseguía despistarla, confundirla. Tenía la sensación de que se reía de ella, de que se burlaba cambiando de versión cuantas veces hiciese falta para salir airoso. Y lo conseguía. Y eso la irritaba.

—¿Qué pasa, Virginia?

—Debo de tener la mente espesa, Román. Yo pensaba que Beatriz era viuda, no sé por qué, pero lo pensaba. Y ahora, de golpe, la coartada del mentiroso compulsivo que tiene por nieto es el abuelo. ¿Qué abuelo? ¿Por qué no nos han hablado antes de él? ¿Dónde está?

—Yo también creía que Beatriz era viuda... —Miró reflexivo a su compañera—. Todo lo que gira en torno a esta familia es confuso. Volvamos adentro, ármate de paciencia. —Le guiñó un ojo.

El inspector Presedo y la inspectora Lambert se turnaban en los estados de nervios. Era algo que les sucedía de manera natural, como si sus psiques se pusiesen de acuerdo para apaciguarse entre ellas. Cuando Román estaba alterado, Virginia se relajaba y viceversa.

La discusión que Beatriz y su nieto mantenían en la sala se cortó en seco al entrar los inspectores.

—Podéis seguir con vuestra charla, e incluso compartirla con nosotros —propuso Presedo.

—No se entrometa, inspector. Son cosas de familia —replicó Beatriz con altanería.

—Señora, su familia está bajo sospecha de homicidio. —El inspector le bajó los humos—. Le recuerdo que estamos investigando el asesinato de su nuera y la desaparición de su nieta. Le guste o no, nos vamos a inmiscuir en sus vidas mucho mucho. ¡Hágase a la idea! Y vamos a empezar por «el misterio» de su marido: ¿por qué no nos ha hablado de él? ¿Dónde está?

Abuela y nieto cruzaron una mirada fugaz que voló por toda la estancia como si buscase una salida, un escape para eludir la respuesta. Beatriz se quedó pensando en la manera de abordar un tema difícil de explicar y todavía más difícil de entender: «¿Qué voy a decir de Martín? ¿Acaso lo que les voy a contar es creíble? Si hasta a mí, que lo he vivido, que lo vivo, me cuesta asumir que es realidad. Cómo explicarles qué le sucede si yo misma me sigo haciendo esa pregunta a diario. ¿Les digo que mi marido está loco? Loco no está, aunque pueda parecerlo».

—Martín, mi marido, no vive con nosotros. —Una voz pesarosa se deslizó entre sus labios.

—¿Y qué más? Prosiga, explíquese —insistió Presedo.

—Lo siento, me cuesta hablar de esto... —Beatriz se turbó.

—¿Están divorciados? —preguntó Lambert.

—No, no... Vivimos separados, pero legalmente seguimos casados y nos vemos a menudo.

—Beatriz, por favor, explíquese de una vez, ¿se da cuenta del tiempo que nos hace perder? Evítenos tanta preguntita y vaya al grano. ¡Deberíamos estar buscando a su nieta! ¿Lo entiende? ¿De verdad se preocupa por Alicia? Pues responda sin tanto rodeo y acabemos cuanto antes, ¡¡por Dios!! —se enervó Lambert—. A ver, le voy a plantear dos cuestiones muy fáciles: ¿por qué su marido no vive con usted? y ¿dónde vive? Responda ¡ya! —Dio una palmada ante la cara de aquella mujer, que parecía estar atónita.

Adrián también esperaba atento la respuesta de su abuela. Él tampoco sabía el motivo por el que su abuelo se había ido de casa. Nunca se lo cuestionó. Estaba acostumbrado a vivir situaciones raras y que sus abuelos viviesen separados lo veía normal. Además, ya los había conocido así: en la casa de la ciudad vivía su abuela y en la del pueblo, su abuelo.

—Señora, mi paciencia se está acabando —la presionó Lambert ante el silencio de Beatriz.

—¡Ya hablo, ya hablo! —exclamó ella pensando en Alicia—. Es posible que no den credibilidad a mis palabras, lo que sucedió con mi marido es una desgracia más de las que devoran a mi familia. ¿Por qué nos castiga la vida de esta manera? —Se puso una mano en el pecho y respiró despacio, como si le faltase el aire.

—¿Se encuentra mal? —se preocupó Lambert.

—Tiene problemas de corazón —respondió Adrián.

—Hagamos un descanso —propuso la inspectora—. Beatriz, acompáñeme e intente tranquilizarse. Tú te quedas con el inspector. —Miró a Adrián.

El joven hizo una mueca de fastidio mientras las dos mujeres abandonaban la sala. Presedo se frotó la incipiente barba y, ajustándose las gafas, decidió aprovechar la ausencia de la abuela para sonsacarle información al nieto. Sacó del portafolios una hoja en blanco y, bolígrafo en mano, le preguntó:

—¿Cuál es la dirección de tu abuelo? Y ni se te ocurra decirme que no te acuerdas o algún rollo de esos que sueltas tú —le advirtió.

Adrián se la dio sin replicar. Presedo tomó nota. Lambert caminaba junto a Beatriz hacia el parquecito que había a pocos pasos de la comisaría. La inspectora pensó que en un lugar abierto y tranquilo sería más fácil que Beatriz se sincerase. Tomaron asiento en un banco bajo la sombra de un árbol. Beatriz cerró los ojos unos instantes dejando que el aire acariciase sus mejillas. No había nadie alrededor, salvo una mujer mayor que paseaba y mascullaba algo a su perro.

—¿Le gustan los animales, Beatriz?

—No hace falta que me haga preguntas tontas, inspectora. Poco le importa mi interés por los animales, ¿o me equivoco? Me ha hecho un favor sacándome de la comisaría, no quería que Adrián escuchase lo que le voy a decir. Él no sabe el motivo por el que mi marido vive aislado de la familia. Se lo voy a contar, inspectora Lambert, pero antes asegúreme que no llegará a oídos de mi nieto.

—Yo no se lo voy a decir, pero le puede llegar por otras vías.

—Claro... Incluso es posible que Martín se lo haya explicado, aunque no lo creo... Pero ya no sé qué decirle con certeza, inspectora: como ha

podido comprobar, mis nietos me ocultan cosas. —Meneó la cabeza mostrando su pesar.

Lambert miró su reloj de muñeca y se lo mostró a Beatriz.

—Mire. Pronto su nieta llevará veinticuatro horas desaparecida. No tenemos ninguna pista. Necesito que me cuente lo de su marido antes de seguir con la investigación —la apremió.

Beatriz volvió a ponerse tensa; en su rostro enjuto se marcaron unas quijadas prietas y el ceño fruncido gritaba preocupación. «¿Dónde estás, Alicia?». El pensamiento voló junto a su nieta. «¿Dónde estás?», gimoteó mentalmente, consciente de que no podían perder ni un minuto más.

—Martín, mi marido, se fue de casa tras la detención y encarcelación de Pedro.

—¿Se refiere a la primera vez que su hijo entró en prisión?

—Sí, hace casi veinte años, ¿puede ser...? ¿O más de veinte? —Su mirada grisácea flotó en el caos de la intemporalidad—. Cuando eran niños, Martín me reprochaba ser una madre consentidora, me decía que a unos hijos como los nuestros, de vez en cuando, había que castigarlos y que yo los malcriaba. A mí el único que me preocupaba era Pedro, su comportamiento trasgredía lo razonable, lo suyo no eran simples travesuras. —Beatriz hizo una pausa, miró a Lambert y le preguntó—: ¿Usted es madre?

Ráfagas de recuerdos de los intentos fallidos abordaron la mente de Virginia, la tristeza embargó su alma.

—No. —Se puso seria—. Continúe y sea más concreta, por favor.

—Una noche, poco después de la encarcelación de Pedro, me despertaron unas voces que parecían rugidos de animales salvajes. Martín no estaba conmigo en la cama. Me asomé al baño: allí tampoco. Salí corriendo de la habitación hasta donde me llevó la virulencia de las voces: el cuarto de Pablo. —Tragó saliva y suspiró—. Vi cómo mi marido apalizaba a mi hijo y él se defendía. Entendí que Martín se había dejado llevar por la tensión de lo recién vivido con Pedro y una pesadilla nocturna y estaba confundiendo a un gemelo con el otro. Hablando claro, inspectora, a mi marido se le cruzaron los cables. No sé de dónde saqué las fuerzas, la suficiente potencia pulmonar capaz de detenerlos con mis chillidos. Martín fue el primero en parar y mirarme, pero no me dijo nada, salió del cuarto hecho una furia y, según avanzaba por el pasillo, iba descolgando todas las fotos y retratos de cuando nuestros hijos eran niños

y los estrellaba contra el suelo. Yo fui detrás de él, intenté calmarlo, pero no me escuchaba. Entró en nuestra alcoba, se cambió el pijama por ropa de calle y se fue. Al cabo de dos días me llamó por teléfono para decirme dónde estaba y que no iba a volver.

Después de escuchar el relato de Beatriz, a Lambert le surgieron muchas dudas, pero no era el momento de plantearlas. Tan solo le hizo una pregunta:

—¿Dónde está su marido?

—En la vieja casa que heredó de sus padres. Una finca medio abandonada en Torre Cansido, un pueblo de la Sierra Norte de Madrid.

Por el momento, la información que Beatriz le había proporcionado sobre el paradero de su marido era suficiente para Lambert. La mujer y su nieto se marcharon con la esperanza de tener prontas noticias de Alicia. «Confío en usted, inspectora», le había dicho Beatriz. Lambert se limitó a despedirse con una fingida mueca de asentimiento, ella no podía decir lo mismo: no confiaba en Beatriz ni en ningún otro miembro de su familia.

A las puertas de la comisaría, viendo cómo abuela y nieto se alejaban, Presedo le preguntó a Lambert:

—¿Qué te ha contado?

—Una historia rocambolesca. Tú ¿le has sacado algo más a Adrián?

—La dirección de su abuelo.

—A mí también me la ha dado Beatriz.

Los inspectores comprobaron que fuese la misma. ¡Coincidía! Esta vez les habían dicho la verdad.

A sus espaldas, la voz chirriante de la agente Martínez clamaba al inspector.

—¡Presedo, Presedo, no te encontraba! Te llaman desde la prisión de Soto del Real. ¿Qué les digo?

—¿Quién es? —Le vino a la cabeza Pedro.

—No lo sé, ¿le tenía que haber preguntado? Espera, creo que me lo ha dicho... Lo siento, no me acuerdo. —Se dio unos golpecitos con los dedos sobre los labios.

—Pásame la llamada a mi despacho —bufó Presedo—. Acompáñame, Virginia, ¿serán noticias de Pedro Díaz?

—Quizá ya hay fecha para el funeral de Inés, y Pedro, como pensábamos, ha pedido permiso para asistir —supuso Lambert.

La inspectora estaba en lo cierto. Al otro lado de la línea telefónica el director de la cárcel le comunicaba al inspector que el preso Pedro Díaz había solicitado permiso para asistir al funeral de su difunta esposa el próximo jueves a las diez de la mañana. Al colgar, Presedo le pidió a Lambert que contactase con Olivia.

—Dile que venga, tenemos que hablar con ella. Debería ir a visitar a Pedro antes del jueves.

—¡El jueves es pasado mañana!

—Pues que vaya mañana. Ahora mismo lo arreglo todo para conseguirle la visita. Tú llámala y dile que venga, es urgente —insistió.

Olivia no sabía el rato que llevaba su madre escuchando la conversación que Miguel y ella habían tenido, pero le era irrelevante: lo único que quería cuando la vio tirada en el suelo llorando desvalida era abrazarla y sacarla de allí, del encierro de toda una vida. La había ayudado a ducharse, a vestirse, a arreglarse: quería levantarle el ánimo.

—A partir de hoy las cosas van a ser diferentes, mamá —le repetía mientras conducía hacia la ciudad.

Olivia había decidido volver a saltarse las clases, pero eso era en lo que menos pensaba. Lucía, por su parte, se notaba rara, algo se removía en su interior: había pasado todos esos años temiendo que su hija se enterase de la verdad y la culpase de lo sucedido como hacía ella misma. Sin embargo, al ver la reacción de Olivia, se sintió revivir. Su hija le contagiaba su vitalidad, su fortaleza, su energía; no la juzgaba ni la culpaba porque no era culpable de nada, era una víctima que había pasado años mortificada, perdida en pensamientos, en lamentos silenciosos de una durísima soledad.

Después de desayunar en el café Gijón, pasaron la mañana de compras como dos amigas, eligiendo vestidos, pantalones, calzado. Sin hablar de nada más que de tendencias y gustos, como si el pasado no existiese, aunque Olivia era consciente de que su madre iba a necesitar muchas sesiones de terapia, sobre todo para poder ir desintoxicándose de toda la medicación que anulaba su verdadero ser.

Habían dejado las bolsas en el maletero del coche y paseaban por el parque del Oeste cuando sonó el móvil de Olivia, que respondió sin mirar la pantalla.

—Diga.

—Hola, Olivia. Soy Virginia Lambert.

—Hola, ins... Virginia. —Olivia no quería pronunciar la palabra *inspectora* delante de su madre. Podría hacer cábalas que le produjesen confusión.

—¿Puedes pasarte hoy por la comisaría?

—Pues... —dudó—, mejor mañana.

—Tiene que ser hoy, tenemos que explicarte lo que deberías hacer mañana. Cuando llegues, aparca en la zona reservada.

—De acuerdo. Tardaré más o menos una hora en llegar. —Miró con disimulo a su madre, no quería interrumpirle el paseo.

Necesitaba rapidez mental y buscar una excusa para ir a la comisaría sin que a Lucía le pareciese extraño. Tampoco quería mentirle. Le dijo la verdad, simplemente omitió los detalles.

—Mamá, verás, ¿te acuerdas de que te conté que estaba haciendo un trabajo de fin de grado?

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué tal te va? ¿Es difícil?

—Bien, va muy bien. Tengo una conocida que trabaja en una comisaría y me está ayudando a desarrollarlo. Era ella quien me llamaba, me quiere comentar algo. ¿Te apetece que vayamos?

—Claro, Olivia, lo primero son los estudios. Yo te esperaré en el coche, aprovecharé para descansar. ¿Qué hora es? —En la voz se apreciaba su fatiga.

—¡Casi las tres! —se sorprendió Olivia.

Caminaron un poco más. Lucía estaba cansada, no estaba acostumbrada a tanto trote. De repente se dio cuenta de que se había saltado el tranquilizante de media mañana y ni siquiera lo había echado en falta. Estaba sosegada. Miró a su hija. Sonrió.

Una hora y media después llegaron a comisaría. Lucía se quedó en el aparcamiento exterior, dentro del coche, con las dos ventanillas delanteras bajadas. Reclinó ligeramente el respaldo de su asiento, apoyó toda la espalda, la cabeza y un agradable aire tibio acompañó su descanso.

Dentro de las dependencias policiales, en el despacho de Virginia, ella, Román y Olivia planificaban la estrategia a seguir con Pedro Díaz después

de haber puesto en antecedentes a la joven sobre los últimos acontecimientos.

—Te he conseguido hora de visita para mañana a las doce —le confirmó Presedo.

—¿No creéis que se extrañará? Me preguntará por qué he adelantado el día de visita, él no me espera hasta el sábado —dudó Olivia.

—Le dirás que has visto en la tele la noticia de la muerte de su mujer y has creído oportuno darle el pésame en persona. Por supuesto que dudará de que tus palabras sean ciertas. Tú mantente firme, actúa, tienes que hacer todo lo posible para que confíe en ti, para que te vea como a una amiga, como su única amiga —le insistió Presedo.

—Estamos hablando de un psicópata asesino en serie de mujeres, nunca me considerará una amiga —replicó Olivia.

—Tienes razón, la palabra *amistad* es incompatible con la personalidad psicopática de Pedro. A lo que se refiere Román es que finjas que tú sí quieres ser su amiga; eso reforzará su egocentrismo y hará que se sienta cómodo contigo.

—Sí, tienes razón..., es un narcisista..., sé cómo comportarme con él.

—No bajas la guardia, Olivia: recuerda en todo momento que estás ante un ser perverso —le advirtió Lambert.

—Lo más importante: intenta sacarle información sobre el asesinato de su mujer, pero, sobre todo, háblale de la desaparición de su hija. Posiblemente ambos casos estén relacionados. Necesitamos urgentemente una pista que nos lleve hasta Alicia —concretó el inspector.

—De acuerdo, mañana hablaré con él. Esperemos que me reciba. —Cruzó los dedos—. Ahora debo irme. Cuando me habéis llamado, estaba con mi madre y la he dejado esperándome en el coche. Debe de estar aburridísima.

—Nosotros también deberíamos salir. ¿No tienes hambre? —Lambert le preguntó a su compañero, quien asintió con la cabeza.

Los tres caminaron juntos hasta el aparcamiento donde Presedo y Lambert se despidieron de Olivia entre las hileras de coches. Lucía, un poco destemplada, había cerrado las ventanillas. Vio por la luna frontal que su hija hablaba con otras dos personas. Confusa, puso recto el asiento y acercó la cabeza al cristal. Amusgó los ojos creyendo tener una alucinación, parpadeó varias veces seguidas y escuchó el estallido de su propia voz.

—¿Román? ¡¿Román Presedo?!

Olivia entró en el coche con una mezcla de excitación y recelo, pensaba en su encuentro del día siguiente con Pedro Díaz. Rumió la idea de prepararse un guion y aprendérselo de memoria sin dejarse llevar por el ser manipulador que tendría delante.

—Hola, mamá. ¿Has descansado un poco? —le preguntó al tiempo que cerraba la puerta y arrancaba el motor del vehículo.

Lucía no respondía porque tampoco escuchaba, estaba ausente. Olivia la miró y le repitió la pregunta; vio la palidez de su rostro. Se asustó, le tocó las manos: las tenía heladas.

—¡Mamá, mamá! ¿Qué te pasa?

Le giró con delicadeza la cara hacia ella. Tenía los ojos muy abiertos, pero no fijaba la vista, entre ellas no había contacto visual. Su mirada azulada estaba tan perdida como su mente, que había retrocedido al pasado, a su juventud. Lucía estaba paralizada por los recuerdos, confundida, mareada...

—Te habrá bajado la tensión, o el azúcar —dijo Olivia rebuscando en su bolso, del que sacó una barrita de cereales y chocolate—. Ten, mamá, come un poco. —Lucía no cogía la barrita—. Vale, primero bebe agua. —Olivia cogió la botella que estaba en el hueco lateral de su puerta—. Yo te ayudo, venga, despacito.

Lucía dio un trago, respiró con gemido y dio otro.

—Hija, creo que necesito mi medicación, hoy no me he tomado ninguna pastilla —pronunció con dificultad.

—Tranquila, mamá, la cogí antes de salir de casa. —Sacó las pastillas del bolso y se regañó por dentro por haberse olvidado de administrarle una medicación que no se podía suspender de manera repentina.

Lucía se tomó dos de golpe y a los pocos minutos notó su respiración acompasada: la agitación cardiaca había desaparecido. Habló relajada.

—Volvamos a casa. Necesito dormir.

Olivia puso en marcha el coche. Condujo a velocidad moderada.

—Hija, te he visto con dos personas. Una mujer y un hombre. ¿La mujer era la amiga o conocida de la que me has hablado? —preguntó con serenidad, notando los párpados pesados.

—Sí, es una inspectora de policía, se llama Virginia, Virginia Lambert.

—¿Y el hombre?

—Es su compañero, el inspector Román Presedo.

Lucía cerró los ojos: «No puede ser, no puede ser, no puede ser», se repetía, al tiempo que el efecto de la medicación la arrastraba hacia un profundo sueño.

—¿Sabes que no es sano alimentarse a base de bocadillos? —dijo Virginia dándole un mordisco al que tenía entre las manos.

Román asintió con la cabeza, tenía la boca llena. Tragó y respondió:

—Peor es no tener nada que comer.

—Sin duda —convino Lambert—. ¿Qué opinas de lo que te he contado del marido de Beatriz?

—¡Es una historia rara de cojones! El tipo se pelea con el hijo, se larga de su casa y no vuelve, así, sin más. Habrá que hacerle una visita y escuchar su versión. —Hizo una bola con la envoltura del bocadillo y la servilleta de papel, que lanzó a la papelera acertando.

—Ahora lo primordial es encontrar a Alicia. Si su desaparición está relacionada con una venganza por los asesinatos que cometió su padre y siguen su mismo patrón, a estas horas... —Lambert se calló, no quería ser agorera.

—Dilo, Virginia, seamos realistas. Pedro mataba a sus víctimas en las primeras veinticuatro horas tras su secuestro. Hace exactamente... —miró su reloj— veintidós horas que desapareció Alicia. ¡¡Mierda!!

—No nos desesperemos, Román. Que quien la tiene retenida siga el mismo patrón que Pedro Díaz es solo una probabilidad entre muchas. Hay que barajarlas todas. —Lambert tomó el timón del sosiego que necesitaban para avanzar.

—Tienes razón —se apaciguó Román—. Tenemos a media comisaria ocupándose del asesinato de Inés Sánchez y de la desaparición de su hija. Los agentes han peinado el posible recorrido de Alicia desde la salida de la casa hasta el piso de su amiga por las distintas rutas que puede haber

cogido, pero nada, no hay rastro de ella. Hemos hablado con toda su familia y tamp...

—Con toda no —lo interrumpió Lambert—. Faltan su padre y su abuelo.

—Cierto. ¿Y su tío? No sabemos casi nada de él. —Presedo daba golpecitos con un bolígrafo sobre la mesa: lo ayudaba a pensar.

—Debemos hablar con los tres. De Pedro se ocupará Olivia mañana. ¿Por cuál de los otros empezamos? —planteó la inspectora.

—Por el tío. ¡Vamos, no perdamos el tiempo en cábalas! —dictaminó Román.

Virginia saltó de su asiento como una pulga que hubiese bebido café y enfiló la salida.

—Yo conduzco —le dijo a su compañero tres pasos por delante de él—. Necesito soltar adrenalina.

—¿Soltar adrenalina al volante? ¡Ni hablar! Conduzco yo. —Presedo avanzó hacia ella y asió las llaves del coche que le colgaban de la mano.

—¿Dónde vais? —preguntó la agente Martínez al verlos pasar.

La ignoraron.

Beatriz descansaba recostada en un diván en la sala de música. Era el lugar de la casa donde su marido pasaba más tiempo cuando vivía con ellos. Las persianas medio bajadas y las cortinas tupidas impedían que entrasen los rayos del sol. El ambiente era tenue, perfecto para aquellos momentos en los que Beatriz buscaba refugio en una oscuridad parcial sin llegar a ser embebida por las tinieblas.

Había ordenado que nadie la molestase. Cuando la asistente llamó a la puerta, soportó la regañina antes de poder decir palabra.

—¡Vete!, no me importa quién seas, quiero estar sola.

—Disculpe, señora. Los inspectores están en la entrada —alzó la voz para explicar el motivo que la llevaba a interrumpirle su descanso.

Beatriz se sobresaltó. Hacía un rato que había estado con ellos. «¿Por qué habrán venido? Traen noticias de Alicia, seguro», pensó.

—¡Entra! —ordenó—. ¿Te han dicho que quieren? ¿Tienen noticias de mi nieta? —le preguntó a la asistente.

—Solo me han dicho que quieren hablar con su hijo, pero he creído conveniente avisarla a usted primero.

—Has hecho bien, Sara. —«¿Para qué querrán hablar con Pablo?», se preguntó—. Acompáñalos hasta aquí.

Rauda, subió las persianas de las tres ventanas y recogió hacia ambos lados las cortinas. La estancia se iluminó. Recibió a los inspectores enfundada en el sencillo caftán que se había puesto al llegar a casa. Su cuerpo todavía lucía con elegancia cualquier prenda. Era un regalo que su marido le había hecho en uno de los viajes de los que disfrutaban cuando eran jóvenes y felices. Beatriz añoraba aquellos tiempos y al Martín de entonces.

—¿Traen noticias de Alicia? —les preguntó pese a lo que le había dicho la asistente.

—No, Beatriz. Venimos a hablar con su hijo —aclaró Lambert.

—¿Qué hijo? —Parecía disgustada.

—Pablo, el que vive aquí —especificó Presedo—. ¿Acaso tiene más hijos, aparte de Pedro, en la cárcel, y Pablo? —Dudó de que, al igual que había aparecido un marido por sorpresa, también hubiese otro hijo mantenido en el anonimato.

Las palabras de Presedo ofendieron a Beatriz, que se abstuvo de responder y le pidió a la asistente que fuese en busca de Pablo.

—Tomen asiento. —De mala gana les indicó un sofá.

La asistente les había dicho a los inspectores que la acompañasen a la sala de música y, una vez allí, en el silencio que Beatriz había impuesto con mala cara, tanto Presedo como Virginia se preguntaban dónde estaba el piano, la guitarra o cualquier otro instrumento. Tampoco había ningún artilugio musical, ni moderno ni antiguo, como un tocadiscos, un gramófono, un radiocasete o el aparatito que respondía al nombre de Alexa, entre otros. Entonces, ¿por qué la denominaban «sala de música»? La inspectora no pudo contenerse y rompió el mutismo.

—Beatriz, disculpe mi curiosidad: ¿por qué a esta estancia la llaman la sala de la música?

—Deberían llamarla la sala del tiempo —insinuó Presedo mirando los relojes que abarrotaban las paredes.

—Mi marido los coleccionaba. —Le asaltó un golpe de melancolía—. Fue él quien bautizó a esta estancia con el nombre que ya conocen. La música provenía de las campanadas de los relojes. Martín creaba melodías con ellos, los sintonizaba para que los tilines finales de unos coincidiesen con los iniciales de otros. —Las palabras de Beatriz rezumaban cariño—.

Incluso bailábamos... Recuerdo cómo me abrazaba por la cintura y dábamos vueltas entre bromas y carcajadas... Mi marido era muy risueño, no entiendo qué fue lo que le pasó. —Su rostro se volvió a ensombrecer.

En ese momento entró Pablo.

—Buenas tardes. ¿Querían hablar conmigo? —se dirigió a los inspectores.

—Sí —respondió Presedo—. A solas —puntualizó.

—¿Insinúa que estorbo, inspector? —Beatriz frunció el ceño.

A falta de respuesta miró a su hijo, él le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la puerta. Beatriz se levantó y salió de mala gana. Le gustaba estar enterada de todo lo que afectase a su familia, le molestaba que las cosas escapasen a su control.

—Ustedes dirán. —Pablo parecía tranquilo.

—Le vamos a hacer unas preguntas relacionadas con la investigación —intervino Lambert.

—Ya les dije que nunca he estado en la casa de Inés, ni siquiera la conocía a ella. ¿Acaso han encontrado alguna huella mía? No, ¿verdad? Pues qué más quieren.

A Lambert le molestó el tono bronco de la respuesta.

—Verá, Pablo. Estamos un poco cansados de tanto secretismo.

—No sé a qué se refiere.

—A la existencia de su padre y al motivo por el que se marchó de aquí: al parecer está relacionado con usted. ¡Explíquese! —le ordenó la inspectora.

—Ya se lo ha aclarado mi madre, ¿no? ¿Me van a hacer repetirlo?

—Menos chulería y empiece a hablar. Nos interesa su versión —lo azuzó Presedo.

Pablo ajustó su corpulencia a un sillón y empezó a contar, con evidente fastidio, lo que le exigían.

—Una noche, a mi padre, se le fue la cabeza. Vino a mi habitación, yo dormía y me despertó a golpes gritándome que era un asesino y que me fuese de su casa. Mi madre y yo suponemos que algo falló en su cerebro que hizo que me confundiese con Pedro, a quien hacía poco que habían metido en la cárcel acusado de homicidio. Parecía que se había vuelto loco.

—Y usted ¿qué hizo? —preguntó Lambert.

—¿Usted qué cree? Defenderme.

—Le pegó a su padre.

—Intenté parar sus golpes, inspectora, como pude. Luego mi madre apareció en la habitación y el resto ya lo saben.

Lambert y Presedo cruzaron una mirada de reojo que decía: «Miente como un bellaco». Ambos pensaban que Pablo era un hombre peligrosamente astuto.

—Cuéntenos algo que no sepamos, Pablo. Por ejemplo, ¿a qué se dedica? —Presedo abrió un nuevo camino.

—A los negocios. Gestiono el patrimonio familiar.

—¿Tiene pareja, hijos?

—No creo que sea de su incumbencia.

—Ok, nada de eso —concluyó el inspector—. Nos dijo que se había ido de aquí cuando acusaron a su hermano de ser un asesino en serie. ¿A dónde?

—He ido cambiando de país, primero ampliando estudios y después, como les acabo de decir, me he dedicado a los negocios familiares. Visito a mi madre a menudo, siempre que el trabajo me lo permite. Ahora llevo dos meses aquí.

—¿También visita a su padre?

—No lo he vuelto a ver desde aquella noche. —Se removió con dificultad en el sillón.

—Pablo, es un poco raro que no nos haya preguntado por su sobrina —dejó caer Lambert.

—Supongo que si tuviesen información nueva sobre Alicia me lo habrían dicho —alegó con sequedad—. ¿Alguna pregunta más? Tengo cosas que hacer.

—Es todo. Por ahora —dijeron los inspectores al unísono antes de abandonar la sala. Sus pasos retumbaron en la oquedad del amplio y vacuo pasillo de cuyas paredes, en otra época, colgaban las fotos de una familia aparentemente dichosa. La asistente los acompañó a la salida.

En la primera planta, desde la ventana de su alcoba, Beatriz observaba cómo el coche de aquel par de policías que hurgaban sin piedad en su vida se alejaba.

—¡Dejadnos tranquilos! —exclamó como si la pudiesen oír.

—Román, déjame en mi piso, por favor. Estoy cansada —dijo Virginia.

—Lógico, es tarde y no hemos parado en todo el santo día. Yo también tengo ganas de llegar a mi leonera.

—Qué raro es Pablo... Nos ha dicho que no ha vuelto a ver a su padre desde aquella noche y se ha quedado tan fresco. Sin más explicación —reflexionó Virginia—. Es una historia que no se sostiene, menudo rollo nos ha soltado: el padre se enfrenta al hijo porque tiene una pesadilla, la madre frena la pelea, el padre abandona el hogar, padre e hijo no vuelven a verse, los nietos no saben de la misa la mitad, la mujer visita al marido que, dice, se volvió medio loco, pero que ahora loco no está. ¿Tú entiendes algo?

—Nada de nada. Mañana iremos a hacerle una visita al marido-padre-abuelo. Martín se llama, ¿verdad?

—Según nos han dicho... ¡Vete tú a saber si no es un nombre falso!

Rieron por el cansancio y las dudas. Román detuvo el vehículo. Virginia se bajó y le dijo adiós con la mano. Su mayor deseo era abrir la puerta de su piso, descalzarse y quitarse el sujetador, por ese orden. Después se prepararía un baño infinito..., iba pensando mientras subía las escaleras.

Y llegó el momento. Abrió, entró y sintió que el techo se caía sobre su cabeza.

—¡¿Qué puta mierda haces aquí?!

—¡Eh, tranquila!

—Te di doce horas para que recogieses tus cosas y te largases. Han transcurrido unas cuantas más. ¡Vete de mi casa ahora mismo! —Extendió el brazo hasta hacerse daño en la mano y señaló la puerta con el dedo índice.

—Estás histérica, Virginia. Tranquilízate y hablemos.

—Pascal, solo tengo una cosa que decirte: ¡¡largo!!

Virginia abrió de par en par los armarios, agarró dos maletas grandes y las empezó a llenar de ropa y otros enseres de su marido. A cada prenda que lanzaba, soltaba parte de la rabia contenida. Con todo hecho un gurruño, cerró las maletas y las sacó fuera del piso, al descansillo, al tiempo que Pascal no paraba de hablar sin que ella le prestase la más mínima atención.

—Dame las llaves —le dijo mostrándole la palma de la mano.

Pascal las soltó maldiciendo entre dientes y salió del piso.

—¡A tomar por culo! —Virginia empujó la puerta y la trabó con el doble cerrojo.

El teléfono de Martín Díaz sonó en el silencio de la noche.

—Hola, Beatriz.

—Escúchame bien. La policía nos ronda.

—¿Por qué?

—No tengo tiempo de explicártelo. Estoy segura de que te harán una visita. ¡Cuidado con lo que dices! —Y colgó.

La mira. Lleva horas dormida. Le controla el sueño, se asegura de que la dosis de benzodiacepinas que le ha camuflado en la comida sea la suficiente para inducir una siesta larga. Pronto le llevará la cena y la dosis será mayor, la necesaria para que no se despierte hasta la hora del desayuno.

Ve que se remueve en la cama y emite leves quejidos. Rápido, se coloca el capuchón que sostenía en la mano. Se lo había quitado al entrar y verla dormida. «Se puede despertar de golpe, las pastillas no son infalibles. No me vuelvo a arriesgar», piensa ajustándose la prenda a la cabeza.

Alicia se ha colocado de costado todavía dominada por el sueño. El encapuchado se levanta de la mecedora y se pone junto a ella. Observa su respiración: profunda y acompasada. Se marcha. Ella se despierta con el crujido de la puerta. Medio adormilada, se incorpora, no recuerda dónde está hasta que ve la mecedora balanceándose. «Se acaba de ir», piensa y se espabila de golpe. Salta de la cama, está nerviosa aun con la mente entumecida. Quiere salir de allí, se desespera. Descorre todas las cortinas con genio, busca una puerta y la encuentra. Le aborda un recuerdo, la imagen del encapuchado entrando con el carrito de la comida. Todo es confuso, se siente desubicada en el tiempo. Empuja la manilla y la puerta, pero no se abre. Empuja más fuerte y la golpea con desespero.

—¡¡Déjame salir!! —grita.

Su voz suena vacía, seca, no reverbera, no rebota contra las paredes, el techo ni el suelo: la habitación está insonorizada. Aunque Alicia se desgañitase, nadie la escucharía. Busca angustiada una ventana, una rejilla de ventilación, pero no encuentra nada. Alza la cabeza: el techo tiene una altura considerable. Fuerza la vista hasta dar con una oquedad en una esquina, desliza la mirada y comprueba que hay cuatro agujeros diminutos, uno en cada esquina del techo. Escucha un ruido. Alguien se aproxima. Corre rápido las cortinas y se mete en la cama.

El encapuchado entra empujando el carrito con la cena. Observa el temblor del cuerpo de la joven bajo la sábana. Percibe su miedo.

—Hola, Alicia. Es hora de cenar.

—No tengo hambre —solloza.

Coloca el carrito delante de la cama y le insiste.

—Siéntate y come.

Alicia no se mueve. El encapuchado va hacia ella, le destapa medio cuerpo y tira de ella por los brazos.

—Estoy siendo paciente y benévolo. No me hagas enfadar. —El aire que sale por su boca, con la fuerza de su voz, forma una burbuja en la parte delantera de la capucha.

Alicia obedece, se sienta en la cama. Tiene el carrito delante. Sus pies descalzos rozan el suelo. Destapa las tres bandejas y los ojos se le van a un trozo de pastel de chocolate.

—Es el postre —le dice el encapuchado, que la observa desde la mecedora—. ¿Te gusta el chocolate? —Alicia asiente con un leve movimiento de cabeza—. A ella también le gustaba, muchísimo.

Alicia se pone aún más nerviosa de lo que estaba. Otra vez ha mencionado a esa *ella*. Abre la botella de agua, tiene la boca pastosa, bebe con ansia. Parece que la hidratación le aviva la memoria, recuerda que el encapuchado le dijo que «*ella* cayó en la trampa de Inés». Deduce que sería alguna de las tres chicas a las que su padre asesinó y de cuyos secuestros se ocupó su madre. De repente siente asco de sí misma, de llevar la sangre de dos seres inmundos, de haber estado durante nueve meses en el interior del cuerpo de Inés absorbiendo su maldad.

—Te pido perdón por lo que hicieron mis padres. Lo siento mucho.

Sus palabras brotan con una sinceridad aplastante, hasta el punto de que al encapuchado se le encoge el corazón y le remuerde la conciencia y se dice: «¿Qué culpa tiene Alicia? ¿Qué estoy haciendo? ¿En qué me he convertido?... —Las preguntas repiquetean en su cabeza—. ¡Alto! ¡No puedo flaquear! ¡Después de tantos años de espera ha llegado mi momento! ¡He de resarcir el daño que le hicieron!».

—¡¡Tus disculpas son absurdas!! —grita—. ¡¡Come y calla!! —Se balancea con más fuerza a riesgo de salir disparado de la mecedora.

Alicia se acobarda, intenta comer siguiendo sus órdenes, pero le cuesta y se atraganta. Tose y le dan arcadas.

—¿No te gusta? —le pregunta más calmado. Ha dejado de mecerse. Alicia no se atreve a responder—. A ella le gustaba casi todo, no era maniática. Veo que tú sí.

—El arroz está bueno y el pescado también. —Le tiembla la voz, las manos, el tenedor choca sin control contra el plato.

La observa con sentimientos encontrados. Pese a desear odiarla, en el fondo, le da pena. Respira su vulnerabilidad: «Es una chiquilla, no puedo hacerle daño... ¡Sí puedo, y debo!».

—No tengo más hambre. —Alicia llora, le es imposible engullir, está a punto de vomitar.

—Déjalo a un lado. Quizá dentro de un rato tengas más apetito.

Hostigarla no es buena idea. Va a intentar que se relaje y coma, porque si no come, no dormirá lo necesario: la droga está en el pastel.

Intenta entablar una conversación que la distraiga para que los nervios desaparezcan de su estómago y pueda ingerir.

—Cuéntame, ¿eres feliz viviendo con tu abuela?

—Supongo que sí. —Se queda pensativa—. ¿Qué es la felicidad? —Se cuestiona en voz alta.

—Si no lo sabes, es que no lo eres.

—Y tú ¿eres feliz?

—Lo fui. Mi felicidad era ella.

—¿Quién era *ella*? —se atreve a preguntar—. ¿Tu hija, tu hermana...?

Un abundante sudor frío le resbala por la frente y por la nuca empapando el capuchón. Se muerde la lengua para evitar responder con la ira que ha vuelto a poseerlo. Los recuerdos lo desquician, a veces llegan a enloquecerlo. «Autocontrol, autocontrol», se repite.

Alicia se da cuenta de que ha metido la pata. Fuera quien fuera *ella*, es el motivo por el que se encuentra allí encerrada con alguien cuyo temperamento fluctúa, con alguien que esconde su rostro y sus verdaderas intenciones, con alguien a quien es mejor no enfadar.

—Voy a comer un poco. —Intenta portarse bien y borrar la pregunta que torpemente ha hecho.

—Ya estará todo frío. Cómete solo el pastel. —Quiere que coja rápido el sueño.

Ella le hace caso. Aun mastica el último trozo cuando ve moverse la cortina tras la que está la puerta. Nota una leve corriente de aire en los pies.

El encapuchado desaparece tras la cortina y reaparece con el orinal limpio, que deja en el suelo. Alicia no lo había echado de menos. A continuación, vuelve a salir tras la cortina y entra portando algo de ropa en el brazo.

—Ten. Un camisón, una bata, bragas y zapatillas. Y toallas. Creo que no necesitas nada más. ¿O sí?

—No, gracias.

Alicia sabe que la puerta sigue abierta, la corriente de aire en los pies se lo indica.

—Luego te traeré un cubo de agua para que te asees.

El encapuchado vuelve a cruzar la cortina, se coloca bajo el dintel de la puerta desde donde ha cogido lo que otra persona le ha ido dando. Alicia se alarma, se inquieta, porque, aunque no ve quién es, le llega un sonido, un susurro suave e indefinido: cuchichean algo que la joven no alcanza a oír.

Miércoles, 24 de abril de 2024

El ruido de los golpes de viento chocando con las contraventanas despertó a Olivia. Ronroneó como un gato en estado placentero y se acomodó unos segundos antes de salir de la cama de un salto. Los nervios empezaron a recorrerle el cuerpo con suaves hormigueos. Aunque se intentase convencer de que era fuerte y decidida, el mero hecho de volver a ver a Pedro le ponía mala.

Se dio una ducha rápida y se atavió con unos vaqueros, camiseta básica, una chaqueta y unas deportivas blancas. Su desayuno fue un vaso de agua que bebió sin sed. Como de costumbre se asomó al cuarto de su madre y comprobó que todavía dormía. Salió al porche y vio cómo su abuelo recogía el toldo antes de que el vendaval lo rajase como en otras ocasiones. Desde donde estaba también veía a Amalia en su jardín: la vecina protegía las macetas arrinconándolas contra el muro. Ninguno de los dos se percató de su presencia.

Llegó a la prisión. Cuando tomó asiento en el locutorio, se alegró de no haber desayunado: aquel olor le revolvía el estómago. Tenía ganas de vomitar.

—Hola, Olivia. Me sorprende tu visita. No te esperaba hasta el sábado. —La miró fijamente—. ¿Por qué has venido? ¿O debería preguntarte para qué?

—He venido para ver cómo estabas y a darte el pésame.

—Dime la verdad, Olivia. ¿Qué haces aquí?

—Te lo he dicho, pero si no me crees, mejor me voy. —Hizo el amago de levantarse.

—¡Espera! He sido descortés, lo siento.

Olivia lo escuchaba, consciente de que sus disculpas eran falsas.

—¿Cómo estás? Aunque no veías mucho a tu mujer, supongo que su muerte te debe haber afectado.

—¿Afectado...? —Dudó unos segundos—. Sí, para bien. Le estoy agradecido a quien la ha matado, ya que ha provocado que estés ahora aquí. Y tu presencia me gusta.

Olivia se tragó la bilis que querría haberle escupido mientras pensaba: «¿Se supone que me ha hecho un cumplido? Sus halagos son tan repugnantes como él. Cada vez entiendo menos cómo pudo Inés enamorarse de este energúmeno. Aunque ella tampoco era una santa... ¿Los unió la maldad? ¿Las malas personas se atraen entre ellas? Creo que este tema lo desarrollaré en el trabajo de fin de grado. Le voy a preguntar, a ver si saco algo útil de este rato de tormento».

—¿No la querías?

—¡Yo qué sé! Durante un tiempo me fue útil. —Se arrellanó en su incómoda silla.

—Ya... Supongo que te refieres a lo que dicen en las noticias.

—¿Qué dicen?

—Que te ayudó en la comisión de los crímenes. Ella era la que secuestraba a las chicas.

—Es cierto. Inés las traía a casa. Me las ponía, como se suele decir, en bandeja. Y disfrutaba haciéndolo, te lo aseguro.

—¿Seguía tus órdenes?

—No, nunca le di órdenes, solo sugerencias, consejos, ideas, trucos que le facilitaran lo que ella deseaba hacer. Aunque al principio se hizo de rogar, un poquito, un poquito... —Entrecerró, pensativo, aquellos ojos que parecían tarántulas.

—¿Tienes idea de quién la ha podido asesinar?

—¿Has venido a ver cómo estoy o a sacar información para tu trabajo?

—Ambas cosas. Ya que estoy, aprovecho tu colaboración.

—Me gusta que seas avispada. Con personas necias es aburridísimo mantener una conversación. Me preguntabas si sé quién ha podido asesinar a Inés. Lo único que te puedo asegurar es que no he sido yo. —Rio.

—¿Y alguien siguiendo tu mandato?

—¡Qué absurdez! A mí tanto me da que Inés esté viva o muerta. No me afecta en nada. Si tanto interés tienes, busca en otro sitio, Olivia, piensa..., piensa... y analiza... el escenario del crimen..., hazte

preguntas... ¿Qué tipo de crimen fue? ¿Hubo saña..., rabia..., odio...? ¡¿Venganza?! —Se acercó de golpe al cristal blindado que los separaba.

Olivia dio un repullo en su asiento. Parecía que a Pedro lo agobiaba hablar de su mujer. La manera en la que se refería a Inés y a su muerte era como si el crimen lo hubiese cometido él y lo recrease. Aunque su autoría estuviese descartada. Olivia creyó oportuno cambiar de tema.

—He conocido a tu madre y a tu hermano. Hablar con tu familia forma parte del trabajo. También intento comunicarme con los familiares de tus víctimas.

—¿Pablo está en Madrid? —se interesó como si no hubiese escuchado nada más—. No me lo ha dicho. —Frunció el cejo.

—¿Cómo te lo va a decir?

—Por teléfono, como me lo dice todo. No me hagas preguntas tontas.

—¿Tu hermano te lo cuenta todo?

—¿Sigues con las preguntas tontas? Me cuenta lo que le da la gana, como hace todo el mundo. ¿Tú no tienes secretos, o dices mentiras, o verdades a medias?

El tono de voz de Pedro se había disparado y sus modales también. Parecía enfadado porque su hermano no había contactado con él. Sin embargo, a Olivia no le encajaba su reacción, según le había explicado Pablo, llevaban años sin relacionarse. ¿O él lo insinuó y ella llegó a esa conclusión? Hizo memoria: «Cuando estuve en casa de Beatriz, me dejó muy claro que Pedro, desde niño, los tenía atemorizados, había nacido con la maldad en el cuerpo. Y Pablo en ningún momento de la conversación me dijo que estuviese en contacto con su hermano, sino todo lo contrario. Estoy segura. Me dijo que llevaban muchos años sin tener ningún tipo de relación. De hecho, se había ido a vivir a otro país desde la encarcelación de Pedro porque se sentía estigmatizado al ser el hermano de un asesino en serie. ¿Cuál de los dos miente...?».

—¡Olivia, Olivia! Te has quedado ensimismada. ¿En qué piensas?

—En vosotros —reaccionó.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Tu hermano y tú. Sois físicamente idénticos, excepto por la deformidad que Pablo tiene en el rostro, debida al ojo que le arrancaste. ¡Caray, Pedro, qué cosas hacías con solo seis años! —Olivia, no sin esfuerzo, habló en tono lisonjero, sabía que el preso se enorgullecía de sus perversidades.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, me explicó cómo le arrancaste el ojo de cuajo.

—¡Qué pedazo de cabrón!

Pedro se carcajeó hasta que lo paró un golpe de tos. Se enjugó con las manos los chorretones de lágrimas que le empantanaban el rostro. Sus risas provocaron la seriedad de Olivia: cada vez estaba más confusa, dudó de si Pedro era un psicópata o un loco de atar.

—¿De qué te ríes? ¿Tú no le arrancaste el ojo?

—¡Por supuesto que sí! Pero mi hermano ha omitido parte de la historia. Tranquila, no te vas a quedar en ascuas, yo te la voy a contar. — Entre palabra y palabra, seguía soltando breves risotadas.

Olivia miró el reloj de refilón deseosa de que se acabase el tiempo estipulado de visita. Todavía faltaban seis minutos, o solo faltaban seis minutos, se lo podía plantear de ambas maneras, la segunda la animaba más. Retomó el coraje que necesitaba para soportar a Pedro y, mentalmente, inició la cuenta atrás.

—Cuéntame, ¿le sacaste el ojo por accidente, sin querer, quizá jugando?

—Eres lista, Olivia. Casi aciertas. Sí, fue jugando, no por accidente o sin querer.

Pedro se puso recto en su asiento, encajó la espalda al respaldo y miró a Olivia con una aspereza enrevesada, como si estuviese a punto de volcar sobre ella sacos de excrementos hasta sepultarla.

—¿A qué jugabais?

—A arrancarnos un ojo. El ganador era el que primero le arrancase un ojo al otro. ¡Gané yo! Pero no creas que fue fácil, Pablo puso mucha resistencia y desde pequeño ha sido hábil en el ataque. Me costó defenderme, tuve la suerte de que mis manos se enganchan como garfios.

Olivia no sabía cómo reaccionar, qué responder, qué preguntar. Se imaginaba a los dos hermanos, ¡dos niños de seis años!, divirtiéndose con un juego macabro y vil.

—¿Quién propuso el juego? ¿Tú? —Le empezó a flaquear la voz.

—Piii... ¡Error! En esa ocasión la idea fue de Pablo. Otras veces el juego me lo inventaba yo.

—Pero... tu hermano es una persona...

—¿Normal? ¿Es lo que ibas a decir? Y yo ¿cómo soy? ¿No soy normal? ¿Qué es ser normal, Olivia? Es feo clasificar a la gente sin saber,

sin profundizar. ¡Es burdo ser superficial!

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho —replicó Olivia—. Tanto me da si eras tú el instigador o si lo era él. ¿A qué más jugabais?

—¿Por qué hablas en pasado? ¿Acaso crees que hemos dejado de jugar, que solo lo hacíamos de niños? Pablo y yo somos gemelos monocigóticos, i-dén-ti-cos. Nos une algo difícil de explicar y más de entender.

—Me has dicho que hace tiempo que no te llama, que no habláis.

—Tonta eres si te crees todo lo que te digo, o lo que te dice él. Quizá seas el objeto de uno de nuestros juegos. ¿Te lo has planteado? Piensa, Olivia..., rebobina, vuelve a la conversación que tuviste con Pablo y a todas las que has tenido conmigo.

Pedro se volvió a levantar y pegó la cara al cristal antes de bramar:

—¿Y si tú... eres nuestro juguete?

—¿Y si... te vas a...? Uuuff..., ¡¡psicópata asqueroso!! —se desahogó Olivia ya en su coche después de salir de la cárcel.

Como en sus anteriores visitas, y pese a que se había propuesto ser ella quien guiase la conversación, Pedro la había desviado hacia su terreno; él siempre se adueñaba del control. Olivia tenía el encargo de los inspectores de sacar el tema de Alicia, de averiguar si el energúmeno de su padre estaba al tanto de su desaparición y le daba algún dato, una pista que seguir. No había logrado su cometido y estaba enfadada consigo misma porque había fallado, por dejar que Pedro se burlase de ella, por haber salido de prisión con más dudas que respuestas.

Antes de llamar a Lambert para explicarle el resultado de la visita, procuró calmarse y pensar en frío. Se pasó ambas manos por el rostro hasta llegar a las sienes, que presionó varias veces. Era algo que solía hacer cuando se le ofuscaba la mente; en un par de segundos se despejaba y lo veía todo con mayor claridad. Abrió su ventanilla, el fuerte viento penetró aireando el interior del coche, enseguida la volvió a cerrar. Telefoneó.

—Hola, Olivia —respondió Lambert al ver la llamada—. ¿Has hablado con Pedro?

—Hola, sí. Hace un momento que he salido de la prisión. ¿Quieres que pase por comisaría?

—Ahora no. Presedo y yo vamos camino de la casa de Martín Díaz. Pongo el manos libres y nos cuentas cómo te ha ido.

—Hola, Olivia —la saludó Presedo con las manos sujetas al volante. ¿Cómo estaba hoy nuestro psicópata?

—Al principio pareció alegrarse de mi visita, pero no ha tardado en irse por los cerros de Úbeda y me ha contado una historia terrible de cómo él y su hermano se inventaban juegos. Por ejemplo, cuando jugaron a

quién de los dos le arrancaba antes un ojo al otro; de ahí que Pablo esté tuerto.

—¿En serio?! —exclamó Lambert.

—¡Tal cual! Lo peor es que me lo decía con convencimiento, como si no se inventase nada.

—Quizá no mienta... —insinuó Presedo.

—¿Quieres decir que lo de los juegucitos macabros entre hermanos es cierto? —cuestionó Lambert.

—¿Tú qué opinas, Olivia? —quiso saber el inspector.

—Solo soy una estudiante, no tengo experiencia, lo siento, no creo que mi opinión sea de ayuda. —Estaba desanimada—. Ni siquiera me he acordado de hablarle de su hija... La inteligencia de Pedro le da mil vueltas a la mía.

—No te infravalores, si hemos puesto nuestra confianza en ti es porque estamos convencidos de tu valía —le aseguró la inspectora—. Hasta ahora todo era teoría, acabas de empezar con la práctica y es dura, y lo será mucho más.

Olivia respondió a la pregunta del inspector:

—Presedo, hay veces que Pedro me miente, pero creo que en esta ocasión me ha dicho la verdad: le sacó el ojo a Pablo jugando, en las condiciones acordadas.

—De ser así, no estamos ante un psicópata sino ante dos —razonó Lambert con preocupación—. Ahora no podemos seguir con la conversación, estamos llegando a la dirección que tenemos de Martín. ¿Puedes pasar esta tarde por la comisaría?

—Sobre las siete estaré allí.

Torre Cansido era un pueblo con pocas casas, si bien todas estaban construidas en grandes fincas, por lo que la distancia entre ellas era considerable. Los inspectores llegaron a la dirección que les habían facilitado Beatriz y Adrián. Al salir del coche sintieron el azote del viento. Virginia gruñó.

—Detesto que haga viento. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Cada vez que sopla —le recordó Román.

La inspectora extrajo de su bolso un coletero con el que se recogió el cabello.

—¿Entramos? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la casa.

Román se encogió de hombros, miró a su alrededor, no veía que la finca estuviese delimitada por una valla ni había ningún letrero que indicase «prohibido el paso» o «propiedad privada». Avanzaron hacia la entrada. No había timbre. Virginia golpeó la puerta con la aldaba de metal, oxidada y rasposa al tacto. Esperaron: Román quieto, de brazos cruzados; Virginia daba tres pasos hacia un lado, tres pasos hacia el contrario.

—¿Nos habrán contado otra de sus mentiras? Este caserón parece estar deshabitado —se impacientó la inspectora. Román aporreó la puerta.

—¿Hay alguien? —gritó—. ¿Hay alguien? —repitió moviendo con ímpetu la destartada manilla y, tras uno de los empujones, la puerta se abrió.

Presedo y Lambert se miraron. Entraron. El amplio zaguán estaba sucio y repleto de muebles viejos apilados.

—¿Hola?!

Exclamaron ambos asomando la cabeza por los marcos de las puertas de dos estancias abiertas y oscuras. No obtuvieron respuesta.

Apostada al pie de la escalera, Virginia alzó la vista hacia la planta superior e inició el ascenso. Sus ademanes la mostraban inquieta, como solía ser. Esquivó el macetero roto que invadía el último escalón y avanzó cautelosa por el pasillo. Román la siguió. Sus pisadas sonaban a corcho en el vacío del caserón donde no parecía haber indicios de vida.

Se detuvieron ante las finas hebras de luz que entraban por un ventanuco. La penumbra invadía casi todos los aposentos. Vieron una ventana que daba a la parte trasera de la casa: era la única que estaba abierta. No tenía cristales, tan solo unas cortinillas de tela descorridas. Asomaron las cabezas. El terreno indefinido al alcance de la vista estaba invadido por una espesa y desordenada vegetación. La maleza imperaba en lo que parecía un sendero que en otra época recorría la finca.

Los inspectores avanzaron apartando telarañas. Se detuvieron en la última habitación del pasillo, la única zona de la casa que parecía habitada. Bajo el dintel de la puerta observaron el interior de la alcoba: un antiguo armario de madera, un tocador y dos mesillas, una a cada lado de la cama de matrimonio: vestigios del pasado que habían sobrevivido al paso de los años y al ataque de la carcoma.

La cama estaba hecha. Presedo comprobó que el colchón, la almohada, las sábanas y la colcha gozaban de una limpieza ausente en las demás

estancias.

—Por extraño que parezca, aquí vive alguien —afirmó.

—Salgamos, a ver si encontramos al morador —propuso Lambert.

Caminaron contra el vendaval que formaba grandes huecos entre la espesura. En medio de esta, en una burbuja de claridad, Virginia vislumbró a alguien.

—Mira, Román, allí. —Señaló con el dedo.

Parecía un hombre, estaba de espaldas al sendero, arrodillado en el suelo con la cabeza gacha, como si se hubiese caído. Los inspectores fueron hacia él sin que percibiese su presencia, pero, antes de que pudiesen darle alcance, se incorporó y caminó levantando una nube de polvo que el viento no tardó en esparcir.

—¡Espere! ¡Deténgase!

Aceleraron el paso. El hombre se giró, los vio y se quedó quieto.

—¿Quién es usted? —le preguntó Presedo al llegar junto a él.

—¿Y usted? —le respondió tranquilo.

—Inspector Presedo y mi compañera, la inspectora Lambert.

—¿Qué hacen en mi propiedad?

—¿Martín Díaz...? —dudó Lambert.

—Sí, ese es mi nombre.

El marido de la elegante y sofisticada Beatriz Luque parecía un vagabundo. Tenía una abundante y blanca cabellera, la barba cerrada y mal cortada y unas arrugas profundas en la comisura de sus ojos marrones.

—¿Qué quieren? —Se sacudió con las manos la tierra de las rodilleras del pantalón.

—Hablar con usted —le respondió Presedo—. ¿Podemos ir a un lugar tranquilo?

—¿Dónde quiere encontrar más tranquilidad que aquí? No hay nadie que nos moleste.

Pese a su aspecto desaliñado, Martín parecía un hombre saludable. Habían visto cómo se levantaba y caminaba con agilidad.

—Bien, como usted prefiera, pero la charla puede ser larga —le advirtió Lambert.

—O corta —replicó Martín.

—Estamos investigando el asesinato de su nuera y la desaparición de su nieta. Hemos hablado con la familia y nos falta usted —resumió Presedo.

—Estoy al tanto de ambos hechos. Mi mujer me mantiene informado —afirmó con pasmosa naturalidad—. ¿Han venido a tomarme las huellas?

—Ese es uno de los motivos, además de otros dos —le aclaró Presedo—. Sabemos que recibe visitas de su nieto, lo ha puesto a usted como coartada y necesitamos confirmarla. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que vio a Adrián?

—Para decirle la fecha exacta tenemos que entrar en la casa. Sígueme, por favor.

Martín Díaz era un hombre alto, le sacaba un palmo al metro ochenta de Román. Andaba erguido por delante de ellos. Sus pies, calzados con unas simples alpargatas, daban pasos firmes y decididos. Accedieron a la casa, el hombre señaló la pila de muebles amontonados y dijo:

—No piensen que sufro el síndrome de Diógenes. Son muebles antiguos que algún día me gustaría restaurar como he hecho con otros, ahora los verán. Esta propiedad la heredé de mis padres. Cuando me vine aquí a vivir, habilité una pequeña parte, la zona que antaño ocupaban los miembros del servicio. Aunque en el piso de arriba hay una habitación en la que a veces duermo: era la mía de joven, cuando vivía con mis padres. La uso en los momentos de mayor añoranza... ¡Qué época tan lejana...!

Cruzaron la sala en penumbra; al final había una puerta: Martín la abrió.

—Pasen, pasen. —Se mostraba amable.

La zona habilitada como vivienda era sencilla, estaba limpia y ordenada. Los pocos muebles eran antigüedades que Martín había restaurado. Cocina, comedor, un baño y dos habitaciones conformaban los sesenta metros cuadrados que aquel hombre había convertido en su hogar. De una pared del comedor colgaba un calendario.

—Miren, aquí marco con una equis los días que viene a verme mi nieto. No es que me falle la memoria, pero al vivir prácticamente aislado del mundo no les voy a negar que sin el almanaque no sabría en qué día vivo.

Lambert se fijó que había días rodeados con un círculo.

—¿Y los del círculo?

—Son los que me visita mi mujer. Las únicas personas con las que me relaciono son ella y mi nieto. El último día que vino Adrián... —Miró con detenimiento las marcas que había hecho en el calendario—. La semana pasada, el sábado veinte de abril. —Señaló la fecha con el dedo índice.

—¿Recuerda la hora? —preguntó Presedo.

—Estuvo conmigo toda la mañana —aseguró.

Los inspectores pensaron que Martín era sincero, la información que les había dado coincidía con la de Adrián.

—¿Por qué vive solo? —Lambert lanzó la pregunta impelida por su hiperactividad mental.

—Tengo mis motivos, inspectora, pero considero que no son de su incumbencia —le respondió con una educación exquisita.

—Disculpe si lo he molestado. Pero otro de los motivos por los que hemos venido está relacionado con el hecho de que usted viva aquí, o, mejor dicho, por el incidente que provocó que se marchase de su casa y se viniese aquí.

Martín bajó la mirada. Había cosas de las que prefería no hablar, ni tan siquiera quería recordarlas.

—¿Incidente? ¿A qué se refiere?

—A la agresión que usted cometió contra su hijo Pablo.

—¿Qué? Está mal informada, inspectora.

—¿No abandonó usted el hogar conyugal tras una pelea con su hijo Pablo?

Martín alzó la mirada, la fijó en Lambert y respondió:

—Soy una persona pacífica, nunca he agredido a nadie. Yo solo intentaba defenderme... —Los ojos se le pusieron vidriosos.

—¿Defenderse de qué, de quién?

—De mi hijo, inspectora. Pablo intentó matarme.

Los inspectores escucharon las palabras de Martín sin pronunciarse. Esperaron a que el hombre se explicara, pero no lo hizo. Se enfrentaban a una investigación donde la mentira y la verdad se encadenaban formando nudos prietos, impenetrables. Parecía una costumbre en la familia Díaz-Luque dar versiones opuestas de un mismo hecho. Le tomaron las huellas ante de partir.

Cuando consiguió liberarse del nudo emocional que le agarrotaba la garganta, Martín telefoneó a su mujer:

—Tenías razón, ha venido la policía.

—¿Lo sabía! ¿Qué te han dicho?

—Me han hecho preguntas.

—¿Sobre qué? —inquirió Beatriz recostada en su cama, a oscuras, sufriendo la jaqueca que le producía el viento.

—Querían verificar la coartada de Adrián y les he enseñado el calendario. También me han preguntado el motivo por el que vivo solo y alejado. Les he dicho que no era de su incumbencia.

—Bien, Martín, muy bien. ¿Nada más?

Un silencio evidenció la distancia que había entre ellos, el desgaste de una vida convertida en sombras.

—¿Martín?

—Lo siento, Beatriz...

—¿Qué sientes?

—Me han preguntado por la pelea que tuve con Pablo y les he contado la verdad.

—¿¿Qué verdad?! —El grito rebotó en su dolorida cabeza.

—La que tú te niegas a aceptar...

—¿Les has dicho que Pablo te intentó matar? ¿¿Cómo has podido?! ¿Por qué te sigues engañando? Pese a vuestras desavenencias, tu hijo

nunca te haría algo así, Martín, por Dios, él solo se defendía, tú lo atacabas. Yo fui testigo.

Tras la puerta entreabierta del cuarto, Pablo escuchaba y comprobaba que era el protagonista de una conversación que no le estaba gustando.

—Tú nos viste peleando, pero no pudiste distinguir entre el atacante y el que se defendía. Optaste por creerte lo que te dijo Pablo, antepusiste tu hijo a mí, tu marido. Nunca te lo he echado en cara ni lo voy a hacer ahora. Escúchame bien, Beatriz: dile a ese hijo que tanto quieres que se vaya porque voy a volver y no quiero encontrármelo.

—¡No lo puedo echar!

—Por supuesto que puedes. Si no lo haces tú, lo haré yo. Tiene una semana de plazo para irse. Vuelvo a tomar las riendas de todo. Que se olvide de seguir controlando el dinero familiar. De hecho, los voy a desheredar, a los dos, a Pablo y a Pedro. Entiéndelo, es por el bien de nuestros nietos.

—Que desheredes a Pedro lo entiendo, pero ¿a Pablo? ¡No te lo voy a permitir! Además, no puedes volver a vivir en esta casa, debes permanecer donde estás. Recuerda que eres el guardián.

Olivia había llegado a casa con el tiempo justo para comer y regresar a la ciudad. Quería ser ella en lugar de su abuelo quien llevase a su madre al psiquiatra y aquella tarde le tocaba visita. Después había quedado en verse con Virginia y Román, pero se preguntaba dónde iba a dejar a Lucía. Llevarla a la comisaría no le parecía una buena idea. Mientras pensaba en cómo arreglárselas con su madre, sonó su móvil.

—Hola, Olivia. Román y yo vamos en el coche, está puesto el manos libres.

—¡Hola a los dos! Veréis, cuando hemos hablado antes me habéis pedido que nos veamos en comisaría, pero estaré con mi madre y no quiero volver a dejarla sola en el coche ni que me acompañe a dependencias policiales... ¿Cuánto rato vamos a estar?

—No te preocupes, podemos vernos en un sitio que te vaya mejor. ¿Dónde estaréis vosotras? —preguntó Virginia.

—Cerca de los jardines de Sabatini.

—Pues... podríamos vernos en una taberna que está justo enfrente, se llama El Anciano Rey de los Vinos —propuso Román.

—Genial, hasta luego.

Olivia entró en la cocina, Lucía preparaba una ensalada y Miguel controlaba los fogones.

—¡Hija! —exclamó Lucía al verla.

—Hola, mamá. —Se acercó y le dio un beso—. Hola, abuelo. —Bajó el tono de voz y lo miró de refilón.

El malestar entre Miguel y Olivia continuaba. Más por parte de ella. Él buscaba la manera de llegar al entendimiento, a la comprensión, al camino del perdón.

—Llegas a punto para comer —se alegró Miguel—. ¿Tienes hambre?

—Un poco... Abuelo, hoy seré yo quien acompañe a mamá a la visita del psiquiatra —le dijo sin titubear. No le estaba pidiendo permiso, no le estaba haciendo una propuesta: le comunicaba una decisión—. Y después iremos a dar un paseo, no te preocupes si tardamos en volver.

A Miguel se le crispó el rostro, aunque no puso objeción. La comida fue sosegada. Cruzaron escasas palabras.

Cuando Olivia y Lucía llegaron a Madrid, el viento había amainado. Olivia repasó unas notas en la sala de espera mientras Lucía, por primera vez en muchos años, empezaba a desahogarse con el psiquiatra. No lo suficiente, porque solo podía expresar la pena, la tristeza, el miedo que sintió; porque las imágenes —lugares, caras...— se habían borrado. No recordaba nada de quien la agredió, ni si fue uno o varios. Sí se veía huyendo con una angustia exacerbada... Los secretos se deshacían como el hielo bajo el sol y formaban un charco de lágrimas: las de una mujer que empezaba a despertar de una pesadilla.

Antes de salir de la consulta, Lucía se lavó la cara y alivió la irritación de sus ojos. Se miró en el espejo: habían recuperado su intensidad azul y no tardarían en brillar.

—Mamá, ¿estás bien? —le preguntó Olivia.

—Sí, hija.

—¿Te acuerdas de mi amiga la que trabaja en comisaría?

—¿La inspectora que te ayuda en tu trabajo de fin de grado?

—Sí, Virginia Lambert. Ahora vamos a verla, he quedado con ella y con su compañero en un lugar cercano, en una taberna. Tenemos temas

que tratar; si quieres, mientras hablamos, puedes sentarte en otra mesa y tomarte algo.

—Tranquila, Olivia. Estaré bien.

Madre e hija entraron. Olivia vio cómo desde una mesa del fondo Lambert le hacía aspavientos con los brazos. Presedo estaba de espaldas. Se dirigieron hacia allí.

—Perdonad el retraso. Os presento a mi madre, Lu...

—¡Lucía! ¿Lucía Durán?!

—Hola, Román.

—¿Dónde estoy?!

Alicia ha abierto los ojos de repente, atacada por una pesadilla. Se destapa asustada. Sudorosa, palpa el camisón que lleva puesto. Se arrincona sobre la cama, revisa la estancia y se da cuenta de que no ha tenido un mal sueño, sino que durante el sueño ha revivido la realidad. La acecha el último recuerdo: el encapuchado cruzando la cortina que da paso a la puerta y dos voces susurrantes.

Intenta rememorar algo más: «El encapuchado es el único que entra aquí, pero hay alguien más. Escuché a alguien más. ¿Su cómplice? ¿Quiénes son y por qué me retienen? No creo que me vayan a asesinar; si esa fuese su intención, no me alimentarían, supongo. Entonces, ¿qué quieren? ¿Le habrán pedido dinero a mi abuela a cambio de mi vida? Si han pedido un rescate, mi abuela lo pagará; sin duda, es la única persona que de verdad me quiere, además de mi hermano. Seguro que lo están pasando fatal con mi desaparición. No sé qué habría sido de nosotros sin mi abuela, siempre preocupada, atenta a nuestras necesidades, luchando por la custodia desde que éramos niños para alejarnos de la mierda de vida que teníamos con Inés. ¿Por qué Dios le da hijos a quien no debería ser madre? ¿Dios, qué Dios? Este encierro me está trastornando: no creo en Dios, no sé por qué pasa por mis pensamientos».

La puerta se abre, la cortina bascula, el encapuchado entra.

—Estás despierta —dice mirándola.

Alicia no sabe qué hora es. Si es de noche o de día. Los focos fijos a baja intensidad le hacen sentirse en una noche eterna de luna llena.

—¿Tienes hambre?

Camina hasta colocarse en medio de la estancia, desde donde le habla, observa su inquietud, respira su miedo.

—No.

—Deberías caminar un poco, estirar las piernas. Pasas demasiadas horas postrada en la cama.

—Déjame salir, por favor.

—No abuses de mi permisividad, Alicia. Estoy siendo bueno contigo. No te he atado ni amordazado, comes dos veces al día, procuro que estés cómoda y paso ratos haciéndote compañía. ¿Qué más quieres?

—Ya te lo he dicho, que me dejes salir —insiste—. Libérame, te lo suplico. No he visto tu rostro ni sé dónde estoy; aunque quisiera no te podría delatar.

—Si fuese tan sencillo... Estás aquí por una razón, no es un capricho.

—¡Vete, quiero dormir! —Muestra un enojo que supera al miedo.

El encapuchado camina hasta la mecedora. Se balancea.

—Duerme, Alicia. Yo velaré tus sueños como velaba los de ella.

Al escucharlo, un escalofrío recorre el cuerpo de Alicia. Se acuesta de lado, se tapa, cierra los ojos, la oscuridad la asusta, abre los ojos, cree que desde donde está el encapuchado no ve si los tiene abiertos o cerrados. Por si acaso, los vuelve a cerrar. Se queda muy quieta, como si estuviese embalsamada, si bien sus pensamientos se mueven, no cesan: «Otra vez se ha referido a *ella*. No le volveré a preguntar quién es para evitar que se enfade. Está obsesionado, siempre la tiene presente. Debe de tratarse de una de las tres chicas a las que asesinó mi padre, estoy convencida. Me sé sus nombres como si me los hubiesen grabado en el cerebro con un hierro al rojo, me los aprendí el día que los leí en la repulsiva libreta de mi madre: Elena, Miranda y Nuria, por ese orden. Recuerdo a mi hermano con la libreta en las manos el día que la encontró. “Alicia, me parece que mamá, tú y yo también somos como papá. Somos asesinos”, me dijo mostrándome lo que había leído. La cogí, leí, pasé las hojas, leí y releí y deseé morirme: Inés había secuestrado a las chicas, nos llevaba con ella, nos utilizaba como gancho: el de la confianza que transmite una madre con niños pequeños. Mi hermano y yo habíamos participado tres veces, sin ser conscientes, en un hecho atroz. A veces pienso que todo lo malo que me pase me lo merezco...».

Un pitido repetitivo abstrae a Alicia de sus recuerdos y la pone en alerta. Es el sonido de una llamada de teléfono, un rinrín clásico, como el de los teléfonos fijos de una época no muy lejana. El sonido proviene del móvil del encapuchado. Se mete la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y responde.

—Dime.

—¿Estás con Alicia?

—Sí. ¿Qué pasa?

—El funeral es mañana y Pedro Díaz asistirá.

Cuelga la llamada. Aprieta los dientes bajo la capucha y, levantándose de la mecedora, vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo. Las manos le hormiguean bajo los guantes. Camina hacia la cama. Alicia escucha atemorizada los pasos que se acercan y hace un esfuerzo sublime por mantenerse inmóvil.

—Sé que estás despierta. ¡¡Escúchame!! De lo que ocurra mañana dependerá tu vida...

Román, de pie, miró de frente a Lucía, se sumergió en el mar en calma de sus ojos y vio a la joven de dieciséis años que de un día para otro había desaparecido de su vida. La asió de la mano con suavidad, con tiento, asegurándose de que no era una visión. Lucía entrelazó sus dedos con los de Román.

—¿De verdad eres tú?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Perplejas, Olivia y Virginia los observaban.

—¿Os conocíais? —se extrañó Olivia.

No respondieron. Seguían ensimismados el uno con el otro.

—¡Román! —Virginia lo hizo reaccionar—. Olivia ha hecho una pregunta: que si os conocíais.

De repente, Lucía desvió la mirada hacia su hija y retiró la mano que enlazaba con la de Román.

—Sí, sí, somos... amigos de juventud —respondió el inspector—. Estudiábamos en el mismo instituto y en el mismo curso.

—Entonces también conocerás a mi abuelo, era profesor de matemáticas —añadió Olivia.

—Claro, el profesor Durán y su inolvidable frase: «¿Lo que has hecho te parece adecuado o incorrecto?».

—Exacto, ese es mi abuelo. —Olivia hizo una mueca de resignación.

Latigazos de recuerdos asediaron a Román; la voz bronca del profesor Durán y sus palabras amenazantes agarrándolo de la pechera: «No vuelvas a preguntarme por mi hija, nunca sabrás donde está. Si te vuelvo a pillar siguiéndome, juro que, en el mejor de los casos, te denunciaré, haré lo imposible para que te expulsen del instituto. Y da gracias de que no me tome la justicia por mi mano».

—Bueno, yo me sentaré allí mientras habláis de vuestros asuntos. —Lucía sonrió tímidamente y señaló una mesa que estaba vacía.

—Gracias, mamá. No tardaré demasiado.

—¡Qué pequeño es el mundo! —Román soltó la manida frase encogiendo los hombros y tomó asiento junto a Virginia y Olivia.

La inspectora lo miraba convencida de que aquella mujer había sido para Román mucho más que una amiga de juventud. Conocía bien al inspector y nunca hasta ese momento le había visto brillo en los ojos ni modular la voz con la tontería de un adolescente.

—Bueno, vamos a concentrarnos en el trabajo. —Virginia le dio una patada en la espinilla a Román, que tenía la vista puesta donde se había ubicado Lucía—. Estamos en un atolladero, cada paso que damos en la doble investigación nos devuelve un revés.

—¿Doble investigación? —Román seguía descentrado.

—La inspectora se refiere al asesinato de Inés y a la desaparición de Alicia —aclaró Olivia.

—Gracias, Olivia. Menos mal que tú estás atenta. ¿Se puede saber qué te pasa, Román? ¿Dónde tienes la cabeza? —le recriminó.

—Perdonad, estoy algo distraído. Soy todo oídos, Lambert. —Se esforzó por concentrarse en la conversación.

—Estoy preocupada. Mucho más por la desaparición de Alicia que por la muerte de Inés. En ambos casos no tenemos pruebas ni indicios, solo sospechas infundadas que giran en torno a esa familia surrealista —expuso Lambert sin alzar la voz por estar en un sitio público, aunque tenía ganas de expresarse con más fervor, soltando los nervios provocados por la incertidumbre.

—¿Qué nos cuentas de tu visita a Pedro? —se dirigió a Olivia.

—No creo que esté al tanto de la desaparición de su hija. Pero, por lo que me ha explicado de su hermano y los juegos macabros que comparten desde niños... No sé... Por muy rocambolesco que parezca, yo no lo descartaría —opinó Olivia.

—Tenemos poca información sobre Pablo y la que nos llega es contradictoria —intervino Presedo—. Según su madre, es un buen hijo, pero su padre no quiere verlo ni en pintura porque lo intentó matar. He ordenado en comisaría que investiguen si tiene antecedentes en diferentes países. Además, nos falta una huella por identificar en la casa de Inés. No pertenece a nadie de la familia. Aunque todavía no la hemos cotejado con la de Martín Díaz, dudo mucho que él haya ido hasta allí —especuló Presedo.

—¿Creéis que quien ha asesinado a Inés es la misma persona que ha secuestrado a Alicia? —meditó en voz alta Olivia.

—Yo apostaría a que sí —aseveró Lambert.

—Yo también —coincidió Presedo.

—¿Os dais cuenta? —soltó la inspectora—. Es lo que os he dicho hace un momento: tenemos muchas preguntas, pocas respuestas, cero pistas y una confusión monumental. —Se cruzó de brazos y resopló.

Olivia echó un ojo a su madre, el local se había llenado de gente y temía que se empezase a agobiar. Vio, desde la corta distancia que las separaba, que estaba bebiendo agua.

—Dile a tu madre que se una a nosotros —propuso Román—. Se debe de estar aburriendo ahí sola.

—Prefiero mantenerla al margen. Si se entera de que estoy colaborando en la investigación de un asesinato y una desaparición, se va a preocupar. Está un poco delicada de salud, necesita tranquilidad. Le he dicho que me ayudáis con mi TFG y por eso me reúno de vez en cuando con vosotros.

—¿Enferma? ¿Qué le pasa? —El rostro de Román se descompuso mostrando verdadera preocupación.

—Nada grave —Olivia no quiso dar más explicaciones.

—¡¡Al grano!! —Lambert volvió a patear la espinilla de su compañero—. Mañana es el funeral de Inés. Vamos a organizarnos —dijo con firmeza.

—Ahora se nos pone en plan mandona. —Presedo chasqueó la lengua.

—Ni mandona ni puñetas, Román. Estás embobado, ¿te has drogado o qué?

Virginia parecía enfadada y empezaba a ser ofensiva. Le exasperaba no ser resolutiva, la impaciencia podía con ella. Su personalidad autoexigente salpicaba a los que la rodeaban como un ácido corrosivo. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones tenía motivos más que suficientes para sentirse así, para comportarse de una manera poco agradable, porque a veces la vida lo requería, su trabajo lo exigía y aquella era una de esas ocasiones. La vida de una joven estaba en peligro, si es que todavía estaba viva; Virginia quería pensar que sí.

—Vale, vale, no te sulfures —le pidió Román—. Hablemos de mañana. ¿Tú irás al cementerio? —le preguntó a Olivia.

—Pues... ¿Tengo que ir? —dudó.

—Sí, si puedes, nos serías de ayuda —afirmó Lambert. Pensativa, paseó un dedo por encima de sus labios y prosiguió—. Este es el plan: debemos estar atentos a las reacciones de Pedro en todo momento. Yo me encargo de hacer las fotos.

—¿Vas a fotografiar a Pedro? ¿Con qué fin? —quiso saber Presedo.

—A él no. Al resto de los asistentes. Entre ellos puede encontrarse quien se haya llevado a Alicia.

—¿No se extrañará Pedro si me ve allí? —dudó Olivia.

—¡A saber lo que pasa por su cabeza! Se lo puede tomar mal, como una intromisión insidiosa en su vida personal, o bien, como un interés, sin animosidad por tu parte, en todo lo que guarda relación con él.

—Desde luego, es un individuo imprevisible. ¿Algo más? Debería irme ya —apuntó Olivia y dirigió la mirada hacia su madre.

—Nada más de momento. Repito, a riesgo de ser pesada: especial atención a las reacciones de Pedro y a los asistentes —insistió Lambert—. ¡Ah, Olivia! Cuando estemos en el cementerio, no te dirijas a nosotros, que parezca que no nos conocemos.

—Pero coincidimos en casa de Beatriz, ella y Pablo son testigos de que nos conocimos allí —le advirtió Olivia.

—¡Cierto! Vale, entonces nos podemos saludar de refilón, como si no nos hubiésemos vuelto a ver desde ese día —apostilló la inspectora mientras se levantaba—. ¿Nos vamos?

Olivia desvió la mirada hacia su madre y no la vio. Sobre la mesa la botella de agua y el vaso estaban vacíos, en la silla no había nadie. Recorrió todo el local: Lucía se había ido. Con el corazón acelerado, salió a la calle; Román y Virginia la siguieron. Olivia miró en todas las direcciones.

—¡Allí!

Corrió hacia ella. Lucía caminaba despacio por la calle Bailén. Olivia le dio alcance.

—Mamá, ¿estás bien?

En la mirada de Lucía se leía su confusión.

—Necesitaba dar un paseo. Había demasiado barullo en el local.

—Tranquila, volvemos a casa. —Se agarraron del brazo.

Los inspectores las observaban en la distancia.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Virginia.

Román asintió mientras miraba ensimismado cómo madre e hija se alejaban.

—Ahora mismo me vas a decir qué te pasa —le dijo Virginia, reprimiendo las ganas de darle una colleja.

—¿Conduzco yo? —preguntó Presedo al llegar al coche.

—No, yo. Tú tienes que concentrarte en hablar. —Una sonrisa redondeó sus pómulos—. ¿Volvemos a comisaría?

—Sí —respondió el inspector—, quiero repasar algunas cosas y ver si ya han cotejado las huellas de Martín.

—A sus órdenes —bromeó la inspectora—. Empieza a soltar por esa boquita —dijo arrancando el vehículo.

Román se quitó las gafas, las limpió, estaban empañadas como algunos de sus recuerdos. No iba a contarle todo a Virginia porque, por mucha confianza que existiese entre ellos, había cosas que prefería callar.

—Amiga mía, te voy a sacar de esa intriga que te carcome. Te ha chocado que conociese a la madre de Olivia. No me extraña. Como te habrás dado cuenta, yo me he quedado de piedra al verla.

—Yo no diría que te has quedado de piedra, Román, más bien todo lo contrario: te has puesto blandito como el algodón —replicó Virginia.

—Ya... Se me ha notado, ¿no? Al ver a Lucía he viajado en el tiempo, he vuelto a la adolescencia, a aquella época de felicidad.

—Pues yo no recuerdo mi adolescencia como una época tan feliz; de hecho, fue bastante convulsa...

—Así que conociste a Lucía en el instituto. No me digas que era una amiga más de clase que no me lo trago.

—¡No se te escapa una! Has acertado: Lucía no era una amiga más, Lucía es la mujer de la que me enamoré perdidamente a los dieciséis años y a la que nunca he podido olvidar. Nos hicimos novios a espaldas de su padre, un hombre rígido. Con ella pasé los mejores momentos de mi vida, te lo aseguro. Pero algo sucedió durante las vacaciones de Semana Santa...

—Se le ensombreció el rostro—. No me preguntes qué, no tengo respuesta. Solo puedo decirte que, cuando retomamos las clases, Lucía no volvió. Nunca más la vi ni supe de ella. Le pregunté al profesor Durán, su padre, si le pasaba algo a su hija, pero ese hombre se volvió más hermético de lo que ya era. Fui al piso donde vivían y allí ya había otras personas: ellos se habían mudado. Y seguí viendo a su padre en las clases de

matemáticas y por los pasillos del instituto..., pero lo único que obtenía de él era una mirada aviesa.

—Lo siento Román. ¿Cuántos años han pasado? —se interesó Virginia.

—Calculo que unos... veintidós...

Jueves, 25 de abril de 2024

Una incipiente lluvia humedecía las primeras horas del día. Olivia la observaba a través de la ventana. Había dormido poco y de manera intermitente, lo sucedido el día anterior entre su madre y Román le provocaba un sinfín de preguntas. Se las podía haber planteado a Lucía durante el trayecto de vuelta a Vallesgo, pero prefirió no atosigarla y dejar que fuese ella quien, si le apetecía, le diese alguna explicación. Olivia se quedó con la intriga porque Lucía se mantuvo callada. Al subir al coche, reclinó el asiento y cerró los ojos; la expresión de su rostro era plácida, serena. Su hija no la quiso molestar. Cuando llegaron a casa, Miguel las esperaba con la cena hecha, tuvieron una breve y trivial charla y Lucía se acostó poco después.

«Tengo que hablar con ella antes de irme», se dijo Olivia. El sepelio de Inés era a las diez de la mañana, debía activarse si quería llegar a tiempo. Se dio una ducha: agua muy caliente primero, un chorro frío después que la hizo espabilar de golpe. Se envolvió la melena mojada en una toalla y, con el cuerpo enfundado en el albornoz, fue a la habitación de Lucía.

—Buenos días, mamá. —Se sentó en el borde de la cama.

—Buenos días, cariño. ¿Qué hora es?

—Casi las ocho. Pensaba que estarías dormida, pero no quería irme sin verte.

—¿Vas a la universidad?

—Hoy no. Digamos que es día de prácticas.

—¿Vas a hacer algo con tus amigos inspectores? —Le chispeó la mirada.

—De ellos quería hablarte..., bueno, concretamente de Román.

Lucía parecía entusiasmada, se levantó de la cama con una energía inusual en ella. Asió a Olivia de ambas manos e hizo el gesto de alzarlas

para que también se pusiese de pie. Le dijo entre sonrisas y susurros:

—Sí, Olivia, por favor, hágame de él.

—Bueno, ¿yo qué te voy a contar? Lo conozco desde hace poco. Solo sé que es inspector de policía y que vive en Madrid, en un piso, solo —le resumió—. Pero, mamá, por lo que vi ayer, está claro que tú lo conoces mejor que yo.

—Lo conocía... —precisó. Caminó descalza hasta la puerta, la abrió, se asomó al corredor y se aseguró de que Miguel no estuviese por allí. Volvió a entrar en el cuarto, cogió a Olivia de un brazo y le dijo al oído:

—No le digas a tu abuelo nada de lo que pasó ayer. ¡Prométemelo!

—Vale, te lo prometo si me explicas por qué quieres ocultarle que viste a un viejo amigo.

—Para no remover un pasado que nos marcó, tanto a mi padre como a mí, creo que sabes de qué te hablo... —Se le entristeció la voz—. Pero no todo fue malo en aquella época que papá se ha empeinado en obligarme a olvidar. Pese a su insistencia, hay momentos y personas que siempre he mantenido en el recuerdo, en especial una: Román.

—¿Eráis muy amigos?

—¡Ay, Olivia! —La miró con música en los ojos—. Román fue mi primer amor, mi primer y único amor.

Prácticamente en *shock* por las palabras de su madre, Olivia circulaba en dirección a Madrid, hacia el cementerio donde estaba prevista la inhumación del cuerpo de Inés. La lluvia se había intensificado y los limpiaparabrisas se movían incesantes. Detuvo el coche en las proximidades de la entrada principal, junto a uno de los muros laterales por los que sobresalían las cabezas puntiagudas de los cipreses formando una hilera desigual en la que se presumían algunos huecos, posiblemente de árboles muertos. Miró la hora, se alegró de haber llegado con tiempo de sobra y decidió quedarse un rato en el interior del vehículo, a ver si con un poco de suerte aminoraba la lluvia. No llevaba paraguas.

Su teléfono sonó y en la pantalla apareció el número de Virginia Lambert.

—Buenos días, inspectora.

—Hola, Olivia. Creo que hemos aparcado justo detrás de ti. —Le envió una ráfaga con las luces largas desde el coche.

—Sí, la de delante soy yo. Veo que no soy la única a la que le gusta la puntualidad.

Un furgón policial pasó junto a ellos y giró la esquina hacia la puerta principal.

—Ahí deben de llevar a Pedro —dijo Presedo—. Vayamos, Virginia.

—Olivia, nosotros nos adelantamos —dijo la inspectora—. Tú espera unos minutos y recuerda todo lo que hablamos ayer.

Olivia vio cómo los inspectores adelantaban su vehículo a pie. Román bajo el cobijo de un paraguas y Virginia arropada por un chubasquero y los pies protegidos en unos botines de medio tacón.

Mientras hacía tiempo, Olivia se recogió el cabello en una coleta y escondió parte de esta bajo la chaqueta para evitar, en lo posible, que se mojase. Antes de salir se fijó en los cristales: había dejado de llover, aunque el cielo seguía amenazante, oscurecido por un amasijo de nubes compactas que conformaban un tupido toldo plumizo. Bajó del coche y caminó hacia la puerta de entrada evitando los charcos. Se detuvo antes de llegar, justo al girar la esquina, desde donde vio el furgón policial en el acceso principal. Avanzó despacio y, cuando estaba a dos metros de la entrada, lo vio bajar del furgón. Pedro la miró de frente arrugando los ojos y frunciendo los labios, pero enseguida cambió de expresión ofreciéndole una sonrisa sardónica. Olivia se mantuvo quieta sin saber cómo reaccionar. El asesino llevaba las manos esposadas a la espalda y vestía de calle. Caminó hacia el interior del cementerio vigilado por seis policías: dos a cada lado y otros dos detrás. Ella los siguió guardando las distancias.

Era la primera vez que Olivia pisaba un camposanto. Avanzaba despacio, como si debiese respeto al reposo de las almas. Miró hacia un lado del camino asfaltado y observó sin entusiasmo las tumbas en el suelo, las lápidas frías y solitarias. Sobre la mayoría se pudrían los restos de flores marchitas. Le vino a la cabeza cuando en la facultad estudiaba todas las fases de la fauna cadavérica, desde la reciente a la muerte hasta la esquelética, y las familias de insectos que colonizaban los cuerpos y se alimentaban de su descomposición. Desechó rápidamente dichos pensamientos. Miró al frente, y vio, al fondo, la otra parte del cementerio donde los muertos no reposaban bajo tierra, sino aglutinados en nichos encajados en las paredes. Se dirigió hacia allí.

El coche fúnebre con los restos de Inés todavía no había llegado. Pedro Díaz barrió con la mirada a todos los presentes. Los más cercanos eran

algunos de los miembros de su familia. Su madre agachó la cabeza al verlo; su hijo siguió el ejemplo de su abuela, su hermano le rebotó la mirada y la mantuvo, como si fuese uno de sus juegos..., a ver quién la aguantaba durante más tiempo. Pero a Pedro no le apetecía jugar y continuó pasando lista. No veía a su padre, tampoco lo esperaba. También faltaba su hija; forzó la vista más allá, buscándola. Se giró con brusquedad y notó la fuerza de los seis policías obligándolo a mantenerse quieto.

Olivia también observaba, discreta. A cierta distancia vio algo que llamó su atención: aparte de ella y de los inspectores, había otras dos personas ajenas a la familia Díaz-Luque. Dos hombres que no le eran desconocidos. Se preguntó qué hacían allí: «A presentar sus condolencias está claro que no han venido. Aunque, si me pongo a pensar, ninguno de los aquí presentes estamos por motivos de aprecio a la fallecida o a sus allegados. Pedro la despreciaba; Beatriz no la soportaba; Adrián llegó a odiarla; Pablo dice que no la conocía, sentimiento aséptico. Los inspectores y yo estamos por razones obvias. Los policías, controlando a Pablo. Pero esos dos... Voy a saludarlos».

—Víctor, Augusto, ¿qué tal estáis? No esperaba encontraros aquí.

—Hola, Olivia. Me alegro de verte —respondió Víctor con naturalidad. De Augusto recibió un simple y seco «hola».

—He venido porque voy a incluir en mi TFG el asesinato de Inés. ¿Y vosotros? —intentó sonsacarles.

—A cerciorarnos de que la justicia sigue su curso. —Augusto habló con énfasis.

—¡Exacto! —convino Víctor.

Olivia consideró inoportuno hurgar en el porqué de aquellas palabras. El féretro estaba preparado para ser introducido en el nicho.

Pedro movía la cabeza de un lado a otro, giraba el cuello hasta sentir un doloroso tirón o la advertencia de alguno de los policías de que se mantuviese quieto. Había pedido asistir al entierro de Inés por una única y vana razón: respirar el aire fuera de los muros de la prisión. Le era indiferente que su mujer estuviese muerta o viva, pero si su muerte servía para que él pudiese alejarse durante un rato de la cárcel, ya valía la pena. Era lo que pensaba. Que su madre y su hijo no le mirasen a la cara era algo circunstancial, no le daba mayor importancia. Sin embargo, la ausencia de Alicia lo enervaba. No podía dejar de pensar dónde estaría. Hacía cábalas, debería haber asistido junto a Adrián a darle el último adiós a Inés; al fin y

al cabo, era su madre. Sus pensamientos eran incesantes, los ojos se le movían inquietos, egoístas. Recordó la reciente fecha del cumpleaños de Alicia y su edad: dieciocho. Se le retorcieron las tripas.

—¿¿Dónde está Alicia?! ¿¿Dónde está mi hijaaa?! —

Rugió y removi6 su robusto cuerpo, desató su enfado, pateó el muro. Los policías pidieron refuerzos para amansar a la bestia.

—Menuda bronca me ha echado el comisario. Quince minutos me ha tenido al teléfono —dijo Presedo entrando en el despacho de Lambert una hora después.

—¿Está mejor? Aparte de ese mal humor propio de él —preguntó la inspectora con la mirada puesta en la pantalla del ordenador.

—Dice que sigue con ansiedad y que yo le provocó más. —Se encogió de hombros—. ¿Estáis revisando las fotos?

—Empezábamos ahora —le aclaró Olivia, al lado de Lambert.

La inspectora giró hacia un lado la pantalla para que los tres la pudiesen ver. Fue pasando las fotos de una en una todo lo grande que se podían hacer.

—Hay muchas que carecen de relevancia, las que he hecho ráfaga.

—¿Para en esta! —dijo Presedo—. Una imagen esperpéntica la manera en que se miran Pedro y Pablo, ¿no os parece?

—¿Y tanto! —profirió Olivia—. Son tan parecidos...

—No. Tu madre y tú sois parecidas. Ellos son idénticos —la corrigió Presedo.

Olivia pensó que el inspector tenía razón: su madre y ella se parecían mucho, lo que no entendía era por qué las había puesto de ejemplo; ¿quizá porque en el pensamiento de Román vibraba la imagen de Lucía?

—Mirad la imagen de Pedro enfurecido —señaló Lambert—. Su expresión facial no tiene desperdicio...

—Nos ha quedado claro que él no tiene nada que ver con la desaparición de Alicia —apuntó Presedo—. Pero no entiendo su reacción desaforada al comprobar que su hija no estaba presente. Hace tiempo que no va a verlo a la cárcel ni se comunica de manera alguna con él. Le ha reconocido a Olivia que le es indiferente que sus hijos vayan o no a visitarlo. ¿Me equivoco, Olivia?

—Es tal cual lo dices. Se mostró de lo más pasota cuando me habló de que su mujer y sus hijos llevaban tiempo sin ir a verlo. Parecía que le daba igual. La verdad, yo tampoco entiendo su reacción y esos gritos clamando a Alicia —opinó Olivia.

Lambert los escuchaba lejanos; su cerebro se había puesto a analizar, a profundizar por debajo de las apariencias, se había introducido en la mente perversa de Pedro, se había puesto en su piel y le había robado durante unos instantes la personalidad.

—Sabe que su hija ha desaparecido, ante su ausencia, lo da por hecho. Es demasiado inteligente para hacer solo suposiciones. Ha atado cabos, ha recordado que el cumpleaños de Alicia es reciente y que ha cumplido dieciocho años. Y que, al igual que él hizo con otras jóvenes de la misma edad, alguien va a asesinar a su hija —concluyó la inspectora.

—Lo que dices tendría sentido si él no fuese un psicópata, pero lo es, carece de sentimientos, le importa una mierda el sufrimiento ajeno, aunque sea el de su propia hija —la rebatió Presedo.

—Ambos tenéis parte de razón —intervino Olivia aguzando la memoria—. El perfil de Pedro es complejo, creo que pertenece a «la triada oscura».

—¿El qué? —Presedo alzó las cejas, confuso.

—La triada oscura —repitió Olivia—. Es un tipo de personalidad que aúna rasgos de tipo psicopático, maquiavélico y narcisista. Tal cual es Pedro. Y, como tú bien dices, es un psicópata sin sentimientos, no está preocupado por si su hija sufre. Lo que le fastidia, lo que revienta a su narcisismo extremo es que se hayan apoderado de alguien que considera de su propiedad, de algo que es suyo: Alicia.

—¡Perfecta explicación! —aplaudió Lambert—. Se siente agraviado, está rabioso.

—¡Caramba!, me he quedado a cuadros —asumió Presedo.

—Sigamos con las fotos —dijo la inspectora—. En esta estás hablando con dos hombres, Olivia. ¿Quiénes son?

—Son Víctor Garcés y Augusto Ruiz, hermano y novio respectivamente de Nuria Garcés, la tercera víctima de Pedro. Intenté averiguar qué hacían en el cementerio, pero estaban poco habladores. Augusto me dijo que habían ido, repito textualmente, «a cerciorarnos de que la justicia sigue su curso».

—A regodearse en la satisfacción de que por fin Inés estuviese muerta y enterrada... —rumió Lambert en voz alta.

—Es posible. Si sabían que Inés era quien atrapaba a las chicas para que Pedro las ejecutara, asistir a su entierro, ver cómo la caja con sus restos era emparedada, los ha podido ayudar a cerrar la herida —argumentó Presedo.

—Habrán cerrado un ciclo de sus vidas, el peor. Pero la herida siempre supurará —opinó Olivia.

—Me ha parecido extraño que no hubiese familiares de las otras víctimas —añadió Presedo.

—A mí también —lo apoyó Lambert—. A no ser que le demos otro enfoque: hay personas que aprenden a vivir con el dolor de la pérdida y, a pesar de que no olvidan, tampoco albergan venganza. Y hay otras personas que se sienten rotas por la pérdida del ser querido y enfadadas con una justicia que consideran parcial o en algunos casos inexistente. Víctor y Augusto pertenecen al segundo grupo.

—Por eso dijo Augusto que querían cerciorarse de que la justicia siguiese su curso... —intervino Olivia.

—Esa justicia a la que ellos aluden ¿ha finalizado con el entierro de Inés? —se cuestionó Presedo—. ¿O creen que todavía queda justicia por hacer?

El cerebro de Lambert bullía. Escuchaba, opinaba, pensaba, concluía. Y volvía a iniciar el circuito: «Empatía, Virginia, empatía. Me tengo que poner en su lugar, compartir sus sentimientos. ¿Qué sentimientos son...? La misma víctima y dos personas que la lloran. El hermano, el novio. Han ido retroalimentando durante años la impotencia y el odio. Han concluido que donde no hay justicia debe haber venganza...».

El sonido del móvil de Presedo los sobresaltó a todos.

—Dime, ¿tienes los resultados?

—Sí, inspector. No hay coincidencias.

—Gracias. —Colgó—. Las huellas de Martín Díaz no coinciden con las halladas en la casa de Inés —dijo para compartir la información.

—Me lo imaginaba —masculló Virginia—. Volviendo a lo que estábamos... —insistió, se puso de pie y caminó por el exiguo despacho—. Hago una reflexión: ¿y si Víctor y Augusto no estaban en el funeral para ver como sepultaban a Inés? ¿Y si lo que querían presenciar, con lo

que de verdad han disfrutado, ha sido con la reacción de Pedro al no ver a Alicia?

—¿Estás insinuando que ellos han secuestrado a Alicia? —Olivia negó con la cabeza.

—Creo que pueden tener retenida a Alicia y que uno de los dos tal vez sea el ejecutor de Inés —incidió la inspectora.

—No me parece disparatado. Por lo menos es un hilo de donde tirar —agregó Presedo—. Nos falta una huella por identificar: ¿será de alguno de ellos?

Olivia los miró con tirantez. Le resultaba impensable que Víctor pudiese ser un criminal. Dejó de lado esa posibilidad y volvió a concentrarse en las fotografías. Pasó varias con rapidez, algunas eran similares: el mismo escenario, las mismas personas, idéntica posición.

—Hay muchas fotos iguales —les dijo.

—Sí, pásalas, me parece que las más relevantes ya las hemos visto —dijo Lambert.

—Aquí veo algo...

Olivia se detuvo en una. Parecía igual a las anteriores, pero se podía apreciar una silueta en la lejanía.

—Mirad, aquí hay alguien —señaló Olivia.

—Acerca la imagen —le pidió Virginia.

—Parece un vagabundo... —opinó Olivia.

—Amplia y acerca al máximo —dijo Román. Se quitó las gafas, se frotó los ojos y se las volvió a poner—. ¡¡Es Martín Díaz!!

«Quiero curarme. Ayer se lo dije al psiquiatra. Hasta ahora nunca le había expresado mi voluntad de sanación porque no la tenía o quizá porque pensaba que era imposible. El psiquiatra me respondió que no estoy enferma y yo le pregunté que, si estoy sana, por qué llevo años empastillándome. Entonces me hizo reflexionar con sus palabras: “Tienes un trauma y todo lo demás deriva de él. Si lo eliminamos, también te librarás de la medicación”. Pero ¿cómo me libero del trauma?, ¿cómo le explico lo que me sucedió? Me da vergüenza... Además de que algunos recuerdos son vagos. No obstante, en la próxima visita lo voy a intentar, quiero que la terapia funcione. Quiero curarme».

—Lucía, ¿dónde estás? ¿Te apetece que caminemos un rato antes de comer? —Miguel la sacó de su abstracción.

—¡Estoy en el porche, papá!

—Hija, tienes buena cara. —La miró con cariño.

—¿Damos ese paseo? —Le sonrió—. Voy a preguntarle a Amalia si nos quiere acompañar.

A Miguel le extrañó verla de buen ánimo en un día tan gris.

Bajó los escalones decidida y caminó con brío hasta la puerta de la vecina. Llamó al timbre varias veces y la nombró a viva voz. Amalia no estaba.

—Tendremos que pasear solos, papá —le dijo de vuelta—. ¿Dónde estará Amalia?

—Últimamente visita a menudo a una amiga que está delicada de salud. Vive en Madrid. Amalia dice que también aprovecha para distraerse y hacer compras.

—La entiendo. A veces va bien romper con tanta tranquilidad...

Padre e hija caminaron juntos sorteando los charcos que la lluvia matutina había formado en el suelo.

—¡Qué bien huele la tierra mojada! —Lucía inspiró bajo la atenta mirada de Miguel.

—¡De verdad que a esta familia no hay por dónde cogerla! —exclamaba Lambert en su despacho—. ¿Qué hacía Martín ahí agazapado?

—Darnos un motivo para que le hagamos otra visita —sugirió Presedo.

—Vamos a ver si sacamos algo más en claro en lugar de estar aquí encerrados rompiéndonos la sesera —dijo la inspectora.

—Y yo ¿qué hago? ¿Os acompaño? —dudó Olivia.

—No, no —saltó Presedo—. Tú podrías ir a la sastrería de Víctor Garcés. Pon la excusa de que pasabas por allí y que, como lo habías visto esta mañana en el cementerio, has pensado en entrar y preguntarle cómo se siente. Ya sabes, le dices que es para incluirlo en el rollo ese de tu trabajo.

—Mi trabajo no es un rollo —se ofendió Olivia.

—Perdona, me he expresado mal. Estoy nervioso. De verdad, lo siento.

Un «toc, toc, toc ¿puedo entrar?» sonó desde fuera con la voz de pito de la agente Martínez. Román abrió la puerta de un tirón.

—¿No sabes llamar como una persona normal? —la regañó—. ¿Qué quieres?

—Un hombre, que da bastante susto, pregunta por los inspectores Presedo y Lambert, o sea, por vosotros. —Se toqueteó el pelo—. ¿Tu rubio es natural? —Miró a Olivia.

—Sí —respondió ella tajante.

—Dios, dame paciencia... —murmuró Virginia.

—¿Cómo se llama? Le habrás preguntado su nombre, ¿no? —intervino Presedo.

—Por supuesto que sí. Soy una profesional, inspector.

—¡¡Al grano, Martínez!! —estalló Lambert.

—Pablo Díaz —respondió—. ¿Le digo que pase, inspectora?

—Sí, a la sala de reuniones —le ordenó.

—Me encanta tu melena —le dijo la agente a Olivia antes de darse la vuelta y salir del cubículo.

Se preguntaron en silencio a qué habría ido Pablo Díaz. Presedo pensó que a nada bueno, probablemente a confundirlos más de lo que estaban. Cada vez que algún miembro de la familia Díaz-Luque aparecía por allí

sin haber sido requerido era para añadir más mentiras a las que ya acumulaban.

Lambert tenía otro punto de vista. Hubiera ido a lo que hubiera ido Pablo, ella aprovecharía para hacerle preguntas concretas. Sabía que era tan inteligente como su gemelo, la duda radicaba en si también era igual de malvado.

—Yo ya me voy a la sastrería, a ver si consigo algo de información útil.

—Gracias, Olivia. Lo estás haciendo muy bien —la halagó Presedo intentando enmendar su anterior metedura de pata—. Llámanos cuando acabes tu cometido, futura inspectora. —Le guiñó un ojo.

Presedo la vio alejarse por el pasillo y pensó en Lucía. Ahora que la había encontrado, haría lo imposible por volverla a ver.

Los inspectores entraron juntos en la sala de reuniones. Comprobaron que la agente Martínez había dispuesto sobre la mesa tres botellines de agua. Pablo ya se había bebido la mitad del suyo.

—¿A qué debemos su visita?

—Vaya, inspectora, ¿no le han enseñado modales? Un saludo como mínimo —dijo muy serio.

—Verá, está a un suspiro de que procedamos a su detención, así que no se ande con remilgos ni tonterías.

Lambert se marcó un farol con firmeza y se mantuvo de pie confiada, mirándolo fijamente con sus penetrantes ojos verdes. Román reforzó las palabras de su compañera.

—¿Qué quiere, Pablo? Ya ha escuchado a la inspectora, no tenemos tiempo para estupideces.

—¿Que están a un suspiro de mi detención? Supongo que es un farol, inspectores. No tienen motivos para detenerme porque no he hecho nada. —Su expresión impávida desesperó a Lambert, pero se contuvo y dibujó una mueca con la que mentalmente le decía: «Vete a la mierda, puto cabrón».

—Se lo voy a preguntar solo una vez más: ¿a qué ha venido? —Presedo se sentó frente a él.

—A interesarme por la investigación. Me refiero a la desaparición de mi sobrina. ¿Tienen alguna pista? Mi madre está desesperada. He pensado que podríamos pedir la colaboración ciudadana por si alguien la ha visto. Hacer carteles con su foto. Contactar con programas de televisión...

—Lo que propone es una decisión que deben tomar en familia, nosotros no podemos intervenir. Si quieren hacerlo en paralelo a la investigación policial, puede ser de ayuda —opinó Presedo—. No obstante, deberían tener en cuenta otros factores que se pueden poner en su contra: Alicia no es una joven más, es la hija de un asesino en serie. ¿Estará la gente dispuesta a solidarizarse con ella? Sopesen los pros y los contras. Hay quien intentará echar más leña al fuego.

—Lo hablaré con mi familia...

—¿Con todos? ¿Con su padre también? —Lambert le lanzó un dardo de fuego.

—Inspectora, hace años que no hablo con mi padre, ni siquiera lo veo. Ya saben la historia: me intentó matar y mi madre fue testigo. No le demos más vueltas a eso, por favor. Ahora lo único que importa es la vida de Alicia. —Se bebió de un trago el agua que le quedaba.

—Solo una pregunta más —insistió Lambert—. ¿Qué hay de cierto en los juegos que organizaban a medias su hermano y usted?

—No sé a qué se refiere —se escabulló de la respuesta sin inmutarse.

—¿Cómo perdió el ojo?

—¡Otra vez con eso! Me lo arrancó mi hermano cuando teníamos seis años.

—¿Jugando?

—¡Basta! —Arrastró hacia atrás la silla y se levantó—. Deje de hacerme preguntas estúpidas. ¡Adiós!

Abrió la puerta y caminó sin prisa hacia la salida de la comisaría sintiendo las miradas que a su paso se posaban en él.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Lambert golpeó la mesa con los puños sacando los nervios atragantados.

—Me tomo un café y salimos hacia la casa de Martín. ¿Tú quieres algo?

—Con esta agua me apaño.

Virginia cogió los dos botellines que quedaban sobre la mesa y se los metió en el bolso.

En Torre Cansido, la lluvia de aquella mañana había limpiado el polvo de los caminos. Martín andaba por su finca atento a la reprimenda de su mujer.

—¿Por qué te has presentado en el camposanto? La próxima vez que hagas algo así te vuelves igual que has ido: en el autobús.

—No te he pedido que me trajeras. Has insistido tú.

—Pero ¿por qué has ido? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hagas nada sin consultármelo primero? —Beatriz hablaba alterada.

—Quería ver a Adrián, aunque fuese de lejos —le aclaró Martín con un tono calmado, casi sumiso.

—Escúchame bien, mírame a los ojos —le ordenó Beatriz y detuvieron el paso—. Adrián no va a volver a esta casa, se lo he prohibido.

—No me importa, Beatriz. Soy yo el que vuelve a nuestra casa, ya te lo dije.

—Ay, Martín, a veces me desesperas. ¿Insistes en volver?

Él agachó la cabeza sin rechistar. Continuaron caminando por un sendero de tierra, estrecho y limpio de maleza, que cruzaba la extensa finca.

—¿Te callas? ¡Di algo! —le exigió Beatriz.

—Te lo voy a repetir por última vez: quiero a Pablo fuera de nuestra casa. Y yo vuelvo dentro de una semana.

—¡Eres un viejo cabezón y arrogante!

—Pablo es un salvaje, Beatriz. —Se encaró con ella.

—Mide tus palabras.

—Es lo más moderado que puedo decir de él. Pedro y Pablo son idénticos, por sus venas corre la misma maldad.

—¡¡Cállate!! —Beatriz aceleró el paso.

—No te alteres, piensa en tu corazón —intentó calmarla Martín.

Al llegar a la finca, los inspectores vieron un coche aparcado en la entrada. Detuvieron fuera su vehículo, bajaron, cruzaron la valla abierta y Lambert dijo:

—Es el coche de Beatriz. ¿Qué hará aquí?

—Viene a veces. Nos lo dijo, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, Martín también nos lo dijo. Pero me fastidia porque no quiero hablar con Martín si ella está presente.

—Tienes razón. Yo también prefiero hablar con él a solas. ¿Nos vamos?

—Todavía no. Me da coraje haber hecho el viaje en balde. Ya que estamos echemos un ojo —propuso Lambert.

—Mira, por este camino hay huellas recientes...

Presedo señaló en el suelo mojado las marcas de dos tipos de calzado. Las siguieron cautelosos pero raudos. Pasaron por delante de unas viejas caballerizas medio derrumbadas, uno de los resquicios del esplendor que aquel lugar había vivido en otros tiempos.

—¡Para! —Lambert sujetó a Presedo del brazo—. Míralos, ahí están —susurró señalándolos—. Ven —Se escondieron detrás de un árbol viejo, de tronco robusto y ramas secas—. Parece que estén hablando, desde aquí es imposible escuchar lo que dicen... Y parece que miren hacia el lado derecho. ¿Qué miran?

—No se aprecia demasiado bien, yo solo veo más terreno. —Presedo entornó los ojos y forzó la vista. Martín y Beatriz se miraron.

—Todo sigue normal —dijo ella. —Él asintió con la cabeza—. Si Pedro no hubiese conocido a Inés, se habría enmendado como hizo Pablo. Pero esa mala puta lo corrompió. —La rabia brotaba por la boca de Beatriz—. A veces pienso que le hizo magia negra para que la eligiese, para amarrarlo a su voluntad.

Martín acarició el rostro angustiado de su mujer, ella suspiró y se estrecharon en un abrazo.

—¿Por qué se abrazan? —susurró Lambert.

—¿A mí me lo preguntas? No tengo ni idea. —Presedo resopló—. Vámonos, será mejor que Beatriz no se percate de nuestra presencia.

Los inspectores agilizaron el paso hacia la salida.

—Conduzco yo —dijo la inspectora.

Virginia arrancó el vehículo. Estuvieron breves minutos en silencio, cada uno con sus cábalas. Román fue el primero en reaccionar:

—Parecían un par de enamorados. El paseo..., el abrazo...

—Mantienen una relación extraña, es indudable —apostilló Virginia—. ¿Te imaginas que, por algún motivo rocambolesco, son ellos los que tienen retenida a Alicia? La finca es inmensa y la casa, enorme. Posiblemente con sótano y desván. Está lejos de todo y de todos. Es un lugar idóneo para esconder a alguien.

—¡Qué peliculera eres!

—Lo estoy diciendo en serio —apuntó la inspectora.

—¿Para qué iban a secuestrar a su propia nieta? No tiene sentido. Además, el día que Alicia desapareció Beatriz estaba con ella.

—Está bien, desecho la idea. —Hizo una mueca.

—No, no, espera: quizá no vayas desencaminada. —Román reaccionó, las palabras de Virginia le habían suscitado interés—. Tengo una teoría que no se aleja demasiado de la tuya: Inés ha sido asesinada, no se sabe por quién. Días después es el dieciocho cumpleaños de Alicia. Beatriz, mujer inteligente y protectora, se pone en alerta y piensa que su nieta está en peligro, cree que la misma persona que ha matado a su nuera intentará asesinar a Alicia.

—No es un pensamiento descabellado con los antecedentes que tiene la familia.

—No me interrumpas.

—Perdón, continúa.

—Beatriz traza un plan que comparte con su marido, él accede para salvaguardar el bienestar de su nieta. Entonces, siguiendo las instrucciones de su mujer, Martín sale al encuentro de su nieta y de alguna manera se la lleva a su casa —relató Román.

—Al ver a su abuelo, Alicia no opone resistencia... —añadió Virginia—. Martín pudo alquilar un coche para llevar a cabo el plan. Tiene dinero, aunque vista como un pedigüeño, y ropa de calidad si quiere usarla.

Virginia dio un frenazo en seco que los hizo rebotar en los asientos.

—¡¿Qué haces, Lambert?! —se quejó Román.

—Hemos llegado a Madrid, compañero. Estamos en el primer atasco. —Se encogió de hombros—. A lo que iba y concluyendo, que me quiero concentrar en el tráfico: Alicia está en casa de Martín, entre él y Beatriz la están cuidando. ¿Pedimos una orden de registro?

—No nos la darán sin un motivo de peso. Tenemos imaginación, pero eso solo no nos sirve —se lamentó Presedo.

El móvil de Lambert sonó.

—Román, mira quién llama, por favor.

—Alexis —leyó en la pantalla—. ¿Quién es Alexis?

—¡Nadie! —La inspectora se ruborizó.

—¿Le cuelgo?

—No. Deja que suene.

—Dime quien es o le contesto —la amenazó, travieso, Román.

—¡Eres un cotilla incorregible! Alexis es un hombre —concretó Virginia.

—¡Qué gran descubrimiento! Es un hombre que... —la incitó a hablar.

—Está bien, pesado, te lo explico: es el director del hotel de Creta en el que me alojaba. Me vio llegar sola y la reserva estaba hecha para dos personas, supongo que le extrañó. La primera noche, cuando me disponía a cenar, se acercó a mi mesa y me pidió permiso para cenar conmigo. Acepté. Comimos, charlamos y bebimos, bebimos mucho, y ya sabes que soy abstemia... Imagínate lo que pasó... No me hagas seguir hablando o tendremos un accidente.

—¿En serio? ¿Tú bebiendo alcohol? Te emborrachaste, claro.

—Champán. Con la primera copa ya me había olvidado de mis penas...

—Cambiano de tema. —Román carraspeó—. Podríamos filtrar nosotros la noticia de la desaparición de Alicia.

—¿Te quieres apropiarse de la propuesta de Pablo? Le has dicho que nosotros no podíamos intervenir y es cierto.

—No seas tan purista, Virginia. Algo tenemos que hacer, estamos estancados, no sabemos si la chica sigue viva o ya la han matado, en cualquier momento alguien puede encontrar su cuerpo tirado en un descampado. ¿Qué propones, que sigamos cruzados de brazos esperando una señal celestial?

Román la miró a la espera de su complicidad. Virginia alzó las cejas y respondió sin demasiado convencimiento:

—Encárgate tú.

Cuando llegaron a la comisaría, se encerraron en sus respectivos despachos. Román, sin pensarlo de nuevo, hizo las llamadas pertinentes. Virginia, con el móvil en la mano, dudaba de si devolver la llamada a Alexis... «Le fui infiel a mi marido, ¿y qué? Él me lo fue primero. Por Dios, Virginia, ¿en qué estabas pensando para liarte con un desconocido? No fui yo, ¡fue el champán!, aunque esa es la excusa de la primera noche: ¿y la de las sucesivas? Siendo sincera conmigo misma, he de reconocer que mi arrepentimiento es nulo. Tomar la decisión de pasar una semana en Creta en lugar de volver a Madrid a encerrarme en mi piso y hartarme a llorar por quien no se merece ni una lágrima mía es la mejor decisión que pude tomar. Al fin y al cabo, la reserva estaba hecha: ¿por qué desperdiciarla? ¿Porque vi a mi marido abrazado a otra mujer y morreándose como si no hubiese un mañana? Creo que la mala leche que me entró fue superior a la tristeza y le pedí al taxista que me llevase al aeropuerto con la idea de tomar distancia de todo. Y me subí en un avión hacia la isla de Creta y, antes de aterrizar, cuando a vista de pájaro sobrevolábamos la costa, supe que no me iba a arrepentir, que mi decisión había sido la correcta, que iba a pasar unos días maravillosos descansando en playas de arena blanca y aguas cristalinas. Lo que no me imaginaba era el desenfreno que me depararían las noches, que conocería al hombre con el que disfrutaría del mejor sexo que he tenido en mi vida».

Su teléfono sonó y Virginia creyó que volvía a ser Alexis. Se equivocaba: era Olivia. Decidió que lo llamaría ella por la noche. Respondió.

—Dime, Olivia.

—Estoy en la puerta de la sastrería. Antes de entrar quería decirte que me es difícil hablar con Víctor y al mismo tiempo pensar que puede ser sospechoso. ¡Es encantador!

—Apenas lo conoces. ¿Cuántas veces lo has visto, dos, tres? No te dejes embelesar, Olivia. Tú muéstrate simpática y mantén la mente fría. Ánimo, puedes hacerlo.

Olivia se sintió motivada por las palabras de Virginia. Entró en la sastrería envuelta en un halo de autoconfianza. Preguntó a Carmen, la dependienta sonriente que estaba detrás del mostrador, por Víctor Garcés. A Olivia le gustaban las personas que sonreían al saludar, le hacían sentirse bien, aunque fuese durante ese concreto instante. Carmen enarcó las cejas señalando con la mirada hacia Víctor:

—Está atendiendo a un cliente.

Olivia miró hacia donde la dependienta indicaba y lo vio. Hablaba con un hombre de mediana edad, le mostraba el traje que vestía un maniquí. Lo invitaba a tocar el tejido, a detenerse en los detalles: costuras, botones, ojales, cuello, ribetes, dobladillos. El cliente asentía con la cabeza, mostraba su interés con una fina sonrisa.

—Entonces, ¿le tomamos medidas? —Víctor cerró la venta.

—Por favor.

—Le confeccionaremos un traje idéntico al de su elección. Le quedará perfecto.

Víctor caminó hasta el mostrador y, sin percatarse de la presencia de Olivia, le dijo a Carmen que avisase a Augusto para que bajara a tomar unas medidas. Ella actuó con diligencia.

—Hola, Víctor —saludó Olivia asomando por detrás de un maniquí.

—¡Olivia, qué sorpresa!

—He venido a hacer unos recados por aquí cerca y me he dicho: ¡pasa a visitar a Víctor! Nuestra conversación esta mañana en el cementerio ha sido muy breve. Quería saber cómo te sentías... No habrá sido fácil tener tan cerca al asesino de tu hermana.

—No, no lo ha sido... —Se le enturbió el rostro—. ¿Quieres que demos un paseo? —le preguntó en un impulso relajando las facciones—. ¿O nos tomamos algo? En la esquina hay una librería-cafetería con buen ambiente.

—Lo de la librería-cafetería suena bien —aceptó Olivia.

—Estupendo, espera un segundo.

Víctor pasó al otro lado del mostrador cogió el teléfono y llamó.

—Augusto, ¿qué haces? Baja de una vez, te espera un cliente.

—¿No puedes atenderlo tú?

—Yo he hecho la venta y ahora tengo que salir. Encárgate de cogerle las medidas.

—¿A dónde vas?

Víctor colgó sin responderle. Él y Olivia se dirigieron al local de moda en la zona.

Acomodados en un sofá pegado a la pared en la librería-cafetería, Olivia y Víctor cruzaron las miradas sin fijarlas, como si se temieran, como si los

dos tuviesen algo que ocultar y no supiesen disimularlo. Olivia desvió los ojos hacia las estanterías sintiendo el amparo de los libros. Víctor, algo inquieto, se ofreció a ir en busca de las bebidas.

—Hay demasiada gente, los camareros tardarán en venir a tomar nota. Dime qué te apetece.

—Una infusión de melisa, por favor. Si no tuviesen, un té blanco.

Lo observó por detrás avanzando hacia la barra. Le gustaba la manera que tenía de caminar; se fijó en el elegante pantalón que cubría sus piernas largas y en el culo alto, siguió subiendo la mirada por la cintura, recorriendo la camisa blanca bajo la que presumió el vigor de su espalda. Sintió un repentino calor. El sofoco del deseo.

Agachó la cabeza reprimiendo unos pensamientos que consideraba inapropiados. Se preguntó qué clase de inspectora iba a ser si se sentía atraída por un posible sospechoso. Recordó las palabras de Lambert: «¡Mente fría! ¡Mente fría!».

—¿Se te ha caído algo? —Víctor puso las bebidas sobre la mesa.

—No, ¿por?

—Como mirabas al suelo...

—Porque son bonitas las losetas, y muy sufridas —improvisó.

—No tienen infusión de melisa. Te he traído un té blanco, yo tomaré uno verde. —Volvió a acomodarse en el sofá a su lado.

—Gracias, Víctor.

—¿Qué tal va tu trabajo de fin de grado? ¿Has avanzado mucho?

—Pues ahora que lo dices y viendo a mi alrededor a tantas personas con un libro en la mano, creo que me estoy durmiendo en los laureles. Tengo que aplicarme más. Tú puedes ayudarme...

—Lo que no puedo es resistirme a esa mirada azul —respondió Víctor y percibió la turbación de Olivia—. ¿Cómo te puedo ayudar? ¿Necesitas más información? Pregúntame lo que quieras.

Olivia reaccionó rápido, se pasó ambas manos por la cara para despejarse.

—Si te apetece desahogarte, dime qué has sentido hoy cuando has visto a Pedro.

—He ido porque Augusto me ha pedido que lo acompañara. Él quería asistir al entierro de Inés. Si hubiese sido por mí, no habría ido, te lo aseguro. Estaba presente, pero con la mente en otro sitio. En los momentos difíciles siempre pienso en mi hermana cuando todavía estaba llena de

vida..., en su sonrisa curativa, en su alegría contagiosa... —Un rictus agridulce marcó su rostro.

—Parece que Augusto no ha superado su muerte —opinó Olivia.

—Ni él, ni yo, ni mis padres. *Superar* es una palabra que queda demasiado grande para referirnos a desgracias irreparables. Cada uno lo sufrimos a nuestra manera. En el caso de Augusto, creo que la muerte de Inés lo ha ayudado a cerrar parte de la herida. A mí me ha sido indiferente porque me propuse vivir sin que la existencia de los asesinos de mi hermana me afectase. He intentado ignorarlos y lo he conseguido. Ver a Pedro en el cementerio me ha removido terribles recuerdos, por supuesto, pero nada más. El asesino de mi hermana vuelve a estar en prisión y yo sigo ignorando que existe. Si no me lo plantease así, mi vida sería un infierno.

—Entonces, ¿los has perdonado?

—¡En absoluto! ¡Los desprecio, por eso los ignoro! Pedro e Inés segaron la vida de Nuria, ¿cómo se lo voy a perdonar? Verás, Olivia: si alguien la hubiese matado por accidente, por mucho que me doliese, intentaría ese perdón del que hablas. Pero la asesinaron cruelmente porque sí, porque un psicópata que andaba suelto se fijó en ella, como en las otras dos víctimas, y decidió que, cuando cumpliesen los dieciocho años, las iba a matar de dieciocho puñaladas. Y cumplió su capricho ayudado de su mujer, que espero ya esté en el infierno.

Olivia lo escuchaba, se ponía en su lugar, lo entendía y, desde el silencio, se solidarizaba. Le daban ganas de abrazarlo, de darle consuelo, de eliminar de la faz de la tierra a todos los asesinos despiadados.

Víctor presentía la proximidad de Olivia, su apoyo moral: había encontrado una persona con la que desahogarse y continuó expulsando un dolor que nunca llegaba a su fin.

—Cuando mi hermana desapareció el día que cumplió los dieciocho, en mi casa saltaron las alarmas. ¡Imagínate lo que pasó por la cabeza de mis padres! Sabíamos por las noticias que en poco tiempo ya habían desaparecido otras dos chicas el día de su dieciocho cumpleaños. A la primera la habían encontrado asesinada a puñaladas. Mi madre se puso muy nerviosa, mi padre intentaba tranquilizarla: «No te pongas en lo peor», le decía. Pusieron la denuncia y transcurrieron los días. Mi madre empezó a perder las esperanzas, mi padre pasaba las noches en vela

caminando su desesperación, y yo... veía que, además de Nuria, toda mi familia había desaparecido con ella.

—Cuánto lo siento... —Olivia posó su mano sobre la de él.

Víctor tenía los ojos vidriosos; los cerró un instante y los volvió a abrir parpadeando varias veces las diminutas gotas acuosas que se agarraban a sus pestañas. Dio un trago al té y continuó.

—Lo peor estaba por llegar... La policía nos daba poca información porque no tenían más. Y la que tenían era inconsistente. En casa crecía la desesperación. Mis padres, que solían ir a misa todos los domingos, empezaron a acudir a la iglesia cada día, en especial mi madre, que buscaba respuestas en un Dios en el que creía y en el que ha dejado de creer. Entonces acudió a aquellos que se hacían llamar videntes, con la esperanza de que alguno le revelase el paradero de mi hermana. Ninguno le daba certezas, pero todos decían ver algo: Nuria estaba viva y cerca... Mi madre necesitaba creerlos y se aferraba a la idea de que su hija seguía viva. Hasta que llegó una nueva noticia, terrible, desesperanzadora: habían encontrado el cuerpo apuñalado de la segunda víctima. En ese momento, aunque nos resistimos a pensar que la siguiente sería Nuria, nos torturábamos sin atrevernos a decirlo en alto porque, pese a los malos augurios, todavía cabía la posibilidad de que la hallasen con vida. Hasta que llegó el día en que nuestro mundo se desmoronó por completo: cuando nos avisaron de que había aparecido el cadáver de otra joven, con dieciocho puñaladas.

—Es tremendo por lo que habéis tenido que pasar —se solidarizó Olivia—. Dice mucho de ti que no albergues odio ni ansias de venganza. Dudo que yo tuviese tu fortaleza en una situación así.

—¿Fortaleza? No, muchas horas de terapia, sí. A veces todavía pienso que me iría bien alguna sesión más de vez en cuando... —A Olivia le vino a la cabeza su madre y descargó un largo suspiro—. Debes de estar aburridísima. He hablado demasiado...

—Para nada. Estoy bien. Sigue contándome, si quieres...

—Mi padre fue a reconocer el cuerpo, intentó que mi madre se quedase en casa, pero era imposible detenerla. Nunca olvidaré sus gritos: «¡¡Quiero abrazar a mi hija!!».

Cuando regresaron de la morgue, eran otras personas... Después, durante largo tiempo, tuvimos que soportar esas cosas que la gente dice con la mejor de sus intenciones y sin demasiado sentido.

—¿A qué te refieres?

—A las palabras que se suponen de consuelo y lo que consiguen es intensificar la pena, la amargura. A esas frases donde la palabra *destino* tiene un protagonismo devastador. —Víctor apretaba los labios resistiéndose a pronunciarlas—. Olivia, ¿tú cómo crees que mis padres y yo nos sentíamos cuando alguien nos decía «Pobrecita, nadie podía imaginarse lo que le deparaba el destino», o «Nada se puede hacer contra el destino», o «Todos tenemos un destino y hay que aceptarlo», o «¡Qué cruel ha sido el destino!»?... ¡Ojalá pudiese olvidar todas las frases con la dichosa palabra!

—Yo no creo en el destino —manifestó Olivia—. Si aceptásemos que la muerte de tu hermana, o de las otras víctimas, fue cosa del destino, estaríamos justificando al asesino y a su cómplice. ¡Porque, claro, estaba escrito en el destino que Pedro e Inés se conocieran y se dedicasen a secuestrar y a asesinar a mujeres que prácticamente empezaban a vivir! —se encendió Olivia— Perdona, me he alterado, hay temas con los que no comulgo. —Estaba casi más seria que él. Víctor la miró sorprendido por su reacción.

—Gracias por escucharme y entenderme. Me he abierto a ti de una manera... Espero no haberte agobiado...

—No te preocupes, soy yo la que te da las gracias. Ahora debo irme.

Víctor le echó un ojo a su reloj: el tiempo en compañía de Olivia había volado.

—Olivia, espera, ¿quieres que nos veamos otro día? No por tu TFG, sino como... ¿amigos?

Olivia asintió con un leve movimiento de cabeza y una delicada sonrisa.

En el Centro Penitenciario Madrid V – Prisión de Soto del Real, tumbado en el catre, Pedro Díaz escuchó cómo la puerta de su celda se abría. No dejaba de darle vueltas al motivo por el que Alicia no estaba presente en el cementerio.

—¡Oye, tú, espabila! —le ordenó un guardia sin llegar a entrar.

—¡¡Lárgate!! —exclamó el preso sin inmutarse.

—Tienes visita. Pero si no estás de ánimo, le digo que se vaya y punto.
—Se dispuso a cerrar.

—No me vengas con cuentos, hoy no es día de visita...
—Ya, pero ha insistido mucho. ¿Lo echo o qué?
—¿Quién puñetas es? —Se incorporó quedando sentado en la cama con los pies en el suelo.
—Un tuerto que se parece a ti.
—Pablo...

Le ha confeccionado un capuchón como el suyo, negro, de tela fina y aireada, para los ratos en los que se ausenta y lo tiene que suplir. Ahora lo lleva puesto porque va a entrar. Abre la puerta y deja la llave en la cerradura por la parte de fuera. Descorre un trozo de cortina, el imprescindible para poder entrar sin arriesgarse a tropiezos. Camina despacio aproximándose a la cama donde ve que está la chica. Solo tiene que comprobar que se encuentra bien y que todavía le queda agua. La mira, parece dormida, escucha su respiración. La botella de agua está medio llena en el suelo, al lado de la cama. Ha cumplido su cometido, echa un último vistazo antes de irse. Alicia abre los ojos y se topa con los suyos, la única parte del rostro libre del capuchón.

—¿Quién eres?

La chica se ha sentado de un respingo agazapándose en un rincón de la cama. Se cubre con la colcha como si le proporcionase protección. No le responde, y Alicia sabe que no es el encapuchado de siempre: es otra persona, tienen los ojos diferentes. Diferente forma. Semejante color.

—¿Dónde está el otro? —No le responde, pero niega con la cabeza—. Eres su cómplice... ¡No me hagas daño, por favor!

Vuelve a negar con la cabeza y esta vez también insiste con las manos: primero las agita y luego las une en un gesto de perdón o súplica. Alicia lo observa y cree, acertadamente, que el encapuchado original ha dejado a este otro de vigilante. Que no habla porque es mudo, o porque no quiere que escuche su voz y lo pueda reconocer. Pero... ¿eso significa que lo conoce? Alicia está a punto de cometer una temeridad.

—¿Me puedes acercar el agua? —le pide desde el rincón de la cama.

Asiente con la cabeza. El capuchón baila sobre sus hombros al agacharse, coge la botella, se acerca lo imprescindible para dársela. Alicia da un brinco como un animal y con las dos manos le agarra los extremos del capuchón tirando hacia abajo, los ojos le quedan tapados; no ve. Se

mueve de manera torpe y angustiosa, y cuando consigue recolocarse el capuchón, la chica ha desaparecido. Corre hacia la puerta, sujeta la manilla, la empuja con desesperación: al salir, Alicia ha cerrado con llave. La persona encapuchada golpea la puerta con los puños. Lo primero que piensa es en dar aviso de la fuga, pero no lleva el teléfono móvil encima. Sabe que la estancia está insonorizada, es inútil gritar. Se sienta en la mecedora y espera. Él no puede tardar.

Alicia ha escapado de la habitación como alma que lleva el diablo y se ha dado de bruces con más paredes cubiertas con cortinas y una reja negra de barrotes curvos entrelazados. Se asoma entre ellos y ve el inicio de una escalera descendente con recovecos y formas sinuosas. La reja tiene la medida de una puerta; de hecho, es una puerta de barrotes, pero sin manilla, pomo ni nada que la ayude a abrirla..., excepto un candado. Es grande, Alicia lo toquetea con el ansia de que se abra sin más, pero se exaspera porque necesita una llave. Se agarra a los barrotes cual prisionera en la torre de un antiguo castillo. Empieza a sentir claustrofobia: «¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Necesito aire! ¡Necesito salir! ¡La llave! ¿Y si es la misma que abre la puerta de la habitación?».

El espacio es cuadrado y reducido. Da cuatro pasos y agarra la llave. La introduce en la cerradura del candado, la gira... «¡Sííí! ¡Soy libre!».

Saca el candado y lo tira al suelo con la llave puesta. Se remanga el camisón para no tropezarse e inicia el descenso. Baja brincando los escalones y jadea, más de nerviosismo que de cansancio. Ignora la opresión que tiene en el pecho porque sabe que cuando ponga un pie en la calle se le aliviará. Mira hacia abajo, ve sus pies volando por la escalera, su agitación es máxima, siente que nada ni nadie la puede detener, hasta que, de repente, ve unos pies cerca de los suyos, unos pies que suben y frenan su descenso. Alza la mirada. El encapuchado está frente a ella: son los pequeños ojos marrones de siempre.

Alicia emite un grito, el encapuchado impide que sean dos al taparle la boca con la mano. Ella se la muerde con fiereza, clava la dentadura y aprieta, no piensa en lo que hace, la domina el instinto de supervivencia. Con el brazo contrario, la agarra; ella intenta zafarse sin aflojar la mordedura. Al encapuchado le cuesta dominarla, parece estar poseída por la fuerza indómita de los locos. Sube las escaleras arrastrándola porque ella se niega a apoyar los pies, a caminar, a volver al encierro. Alicia nota un sabor metálico en la boca. Gotas de sangre caen por la comisura de sus

labios, motean los últimos escalones y dejan un rastro hasta el interior de la habitación. El encapuchado ha abierto con su propia llave, la lleva en un bolsillo del pantalón. Le da a Alicia un golpe seco en la cabeza que provoca que abra la boca; él saca la mano: la herida es profunda y sangrante. El otro encapuchado se levanta de la mecedora. Quiere preguntarle qué ha sucedido, pero recuerda que no debe hablar.

—¡Ayúdame a atarla y vete!

En silencio, hace lo que le dice.

Ahora Alicia está tumbada sobre la cama. Atada de brazos, piernas y pies, se revuelve sobre sí misma como un gusano. El encapuchado tenía preparada la cuerda por si acaso, aunque hubiese preferido no tener que utilizarla. Se ha envuelto la herida de la mano con papel higiénico. Y, sentado en la mecedora, espera a que Alicia se tranquilice. No le ha administrado ningún sedante porque quiere que esté bien despierta para que escuche lo que le tiene que decir.

—¿Estás más tranquila?

Le pregunta cuando observa que han cesado los movimientos compulsivos. Alicia está cansada y hundida. Ha perdido la oportunidad de escapar y llora convencida de que no habrá más.

—Alicia, ¡responde!

—¡Mátame de una vez!

—Mal, Alicia, mal... Esa no es la actitud, ¡con lo contento que yo venía! Mira, te perdono lo que has hecho: intentar escaparte, agredirme..., nada importa. Borrado queda. —Empieza a mecerse—. Quiero contarte el porqué de mi alegría, compartirla contigo. El motivo es que hoy he visto a tu padre, lo he visto rabiar porque no sabía dónde estaba su hi-ji-ta. —Se carcajea—. Y a su hi-ji-ta la tengo yo... ¡Y quiero que Pedro Díaz siga rabiando!

—No hacía falta que vinieses a la cárcel. Con haberme llamado como haces siempre, era suficiente —fue lo primero que Pedro le dijo a su hermano.

—Mi interés en verte es nulo y menos aún soportar este apestoso olor. —Miró con cara de asco a ambos lados del locutorio—. Pero no quiero arriesgarme a que hablemos por teléfono, es posible que la policía haya intervenido el mío.

—¿De dónde sacas esa idea?

—Es una sospecha que tengo. Hay dos inspectores que, desde la muerte de Inés, nos tienen en el punto de mira.

—¿Nos? ¿A quién te refieres? Sé más concreto.

—A toda la familia.

—¿La mataste tú?

—¿Yo? ¡Qué estupidez!

—¿Cuánto tiempo llevas en Madrid? —le preguntó aun sabiéndolo.

—Regresé hace un par de meses.

—Y no me has dicho nada hasta hoy... ¡¿Qué mierda de hermano eres?! Aunque, por lo menos, no me mientes.

—Yo, a ti, nunca.

Sonrieron al unísono. El cristal que los separaba parecía haberse convertido en un espejo en el que se reflejaba el mismo gesto delineado a idéntico ritmo.

Pedro y Pablo llevaban más de veinte años sin verse las caras, desde que encarcelaron a Pedro. Era un acuerdo más al que habían llegado, como a tantos otros. Y todo lo que decidían entre ambos lo respetaban. Porque ellos eran dos en existencia y uno en esencia.

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé. La policía sopesa la posibilidad de que su desaparición esté relacionada con el asesinato de Inés. Que ambos hechos formen parte

de una misma venganza.

—Tiene sentido. Debe de tratarse de alguien que sabe lo que hizo Inés, su participación en los asesinatos, y que tenga relación con alguna de las víctimas.

—Pedro, cuando a ti te condenaron, Inés se libró por los pelos. Excepto el juez, creo que todos sospechaban de ella. O incluso el juez, pero a falta de pruebas... Ahora corren como la pólvora esas notas que dejó escritas en una libreta.

—Inés dejó de serme útil hace mucho tiempo, que la matasen o la dejasen vivir me daba igual. Pero quiero que me devuelvan a mi hija ¡viva! ¡Alicia me pertenece!

—No te pongas farruco, hermano. La vida te está dando a probar sus hieles más amargas.

—¡Hieles, mis cojones!

—Qué burdo te has vuelto en la cárcel. Parece mentira que hayas estudiado en uno de los colegios más caros de Madrid. ¿Te acuerdas de lo bien que nos arreglaba mamá? Íbamos repeinados, con los uniformes perfectos, siempre de la mano... Se nos veía tan buenecitos...

—¿Cómo está nuestra madre?

—Regular. Tiene problemas de corazón y de vez en cuando le da un soponcio. Pero en apariencia se mantiene con la fortaleza de siempre, cautelosa y firme en sus decisiones.

—Recuerdo la última vez que la vi... No se reprimió al decirme lo que pensaba de mí. Fue el día que me declararon culpable de los tres crímenes. Me refiero a los tres últimos. —Le hizo un guiño.

—Ay, hermano, has sido un chico malo y te ha gustado presumir de ello...

—Y me gusta. No soporto quedar sepultado en el olvido. En cambio, tú te mantienes en las sombras. Es algo que nunca he logrado entender.

—Pues es fácil, Pedro: míranos, tú estás al otro lado del cristal; cuando te levantes del asiento, volverás a la celda. Yo saldré a la calle, me iré a casa y me daré una ducha para quitarme este apestoso olor. A ti te gusta el protagonismo, yo prefiero la libertad.

Pedro escuchaba a su hermano y pensaba en su infancia y adolescencia. En lo bien que lo pasaban juntos, en lo rebuscados que eran desde niños, en cuando jugaban a la lluvia de ideas con fines poco

apropiados para su edad. Y en los demás juegos, a cual más arriesgado y excitante.

Pablo pensaba exactamente en lo mismo que Pedro. Y había llegado el momento de volver a jugar; por eso había ido a visitar a su hermano.

—¿Has venido a proponerme un juego? —dedujo Pedro.

Volvieron a delinear el mismo gesto a idéntico ritmo.

—Sí, hermano, he venido a sacarte del aburrimiento —aseveró Pablo—. ¡Rápido! Lluvia de ideas para matar a papá. ¡A ver a quién de los dos se le ocurre la mejor!

El día que Pedro y Pablo nacieron su padre estaba ausente en un viaje de negocios. El día que cumplieron el primer año su padre estaba ausente en un viaje de negocios. El día de su segundo cumpleaños su padre estaba ausente en un viaje de negocios... Los gemelos habían crecido con una idea clara: su padre se llamaba Martín y era un hombre de negocios al que veían poco y al que no echaban de menos.

Cuando pasaba por casa, se hacía notar. Siempre llegaba vestido de traje, con la maleta, una enorme sonrisa y algunos regalos. Beatriz, contenta, salía a su encuentro llevando de las manos a los gemelos. Ellos no mostraban ilusión ni ningún otro sentimiento ante su llegada. De hecho, ni su madre, ni su padre, ni los maestros en la escuela les habían visto alguna manifestación de alegría, o tristeza, o enfado, o miedo, o compasión... Eran niños neutros, inexpresivos e inseparables. Tardaron en hablar y ambos lo hicieron por primera vez el mismo día y dijeron la misma palabra: *hermano*. Hasta cumplidos los tres años, solo hablaban entre ellos y con susurros. A las preguntas de su madre o de su padre respondían con una mirada gélida. Martín, aunque pasaba poco tiempo con ellos, fue el primero en detectar que sus hijos no eran normales. Beatriz se negaba a aceptarlo.

Al cumplir los cinco años, Pedro y Pablo manifestaron un cambio en su manera de ser: habían aprendido a fingir y a imitar esos sentimientos que, de manera natural, no mostraban. Beatriz, entonces, le dijo a Martín que se desdijese de sus palabras y reconociera que sus hijos sí eran normales. Martín Díaz, ante su mujer, reconoció haberse equivocado, pero, en el fondo, seguía pensando lo mismo y se preparaba mentalmente para el día que tuviese que ayudarlos, porque sabía que tarde o temprano ese día iba a llegar.

—¿Matar a papá? —A Pedro se le hincharon las venas de las sienes y sus ojos resaltaban en las órbitas—. ¿Qué diablos estás diciendo? Tanto que aprecias tu libertad, acuérdate de que la tienes gracias a él.

—Sí, Pedro, lo tengo presente. Y por eso mismo creo que le ha llegado la hora... Les ha contado a los detectives que intenté matarlo: ¿cómo sabemos que no les dirá también lo otro...?

Por primera vez en sus vidas, los hermanos se encontraban en una disyuntiva. Pablo no había ido a compartir un propósito con Pedro o a hacerle partícipe voluntario de su deseo. No buscaba su apoyo. Había ido directamente a inmiscuirlo. Pedro, desde la cárcel, no podía ser la mano ejecutora, sería Pablo, pero pretendía conseguir la complicidad moral de su hermano, aunque ninguno de ellos entendiese nada de moralidad.

—¿Qué me escondes, Pablo? Dime la verdadera razón.

—Sabes que nuestro padre no nos quiere.

—Motivos le hemos dado...

—Si nos protegió, si escondió la verdad, fue por evitar el escándalo. No lo hizo por él, sino por mamá. Y todo habría ido bien si a ti no te gustase tanto el protagonismo... Eres un asesino ególatra, Pedro, cosa que nos ha perjudicado a todos —le recriminó.

Los hermanos hablaban con extrema seriedad. Había tensión en cada una de sus palabras, acritud en los reproches, suspicacia en las miradas.

—Nuestro padre no nos ha querido nunca. ¿Por qué las prisas por matarlo ahora?

—Ya te lo he dicho: temo que revele lo que sucedió —apostilló.

—A mí no me importaría. Es más, si no lo hace él, quizá lo haga yo —arguyó Pedro.

—¡Qué dislate! ¿Has perdido la cabeza?

—Creo que tu propuesta forma parte de una estratagema para quedarte con la fortuna familiar. Por cierto, ¿cómo van las finanzas? Supongo que sigues llevando el control. ¿Temes que papá te lo quite? ¿Por eso te quieres deshacer de él?

—A ese respecto puedes estar tranquilo. Cuando hayas cumplido tu condena, te convertirás en un expresidiario millonario. Podrás vivir el resto de tu vida de rentas. A no ser que a papá se le crucen los cables y nos desherede. Creo que está en un punto en que duda si volver a tomar las riendas... Se ha convertido en un estorbo.

—Aun así, Pablo, no me parece un motivo para matarlo. Esta vez no juego.

Pedro se levantó de la silla para volver a la celda, se giró, y ya de espaldas, le dijo a su hermano:

—¡Acuérdate de llamarme de vez en cuando!

Las palabras tronaron en el locutorio.

Cuando Pablo salió de la cárcel, lo deslumbró la luz rojiza del ocaso. Condujo con tranquilidad, sin las ideas demasiado claras; sabía lo que iba a hacer, pero dudaba del cómo. Cogió un desvío que lo sacaba de la ciudad y siguió por una carretera solitaria. Sintonizó en la radio del coche el canal de música clásica, sonaba *Carmina Burana* de Carl Orff. Sacó el brazo por la ventanilla y gesticuló imaginando ser el director de orquesta. Cerró los ojos y sintió que la composición sonaba al ritmo que él marcaba. Enseguida los volvió a abrir. Recordó la primera vez que sus padres los llevaron a Pedro y a él al Teatro Real de Madrid. Tenían catorce años recién cumplidos y se convirtieron en incondicionales de la ópera.

La composición se había acabado y sonaba otra. Empezó a tararearla mientras salía de la carretera y se desviaba por un estrecho camino de tierra que enfilaba hacia el monte. Conocía perfectamente aquel atajo que lo llevaría a la casa de Martín sin tener que cruzar Torre Cansido. Evitaría así posibles miradas ocultas, discretas. La negrura nocturna se apoderaba del terreno, tan solo iluminado por los faros del coche. A Pablo le gustaba la oscuridad, se desenvolvía bien en ella. Tenía un solo ojo y la aguda visión de un gato.

Estaba próximo a su destino, fue disminuyendo la velocidad hasta llegar. Aparcó el vehículo fuera de la finca y caminó con una parsimonia escalofriante hacia la puerta. La abrió con la llave, tenía una copia que llevaba en el bolsillo de la americana. Se la había cogido a su madre aquella misma mañana, ya con la idea en la cabeza de lo que iba a hacer. Beatriz había hecho varias copias y las tenía repartidas entre un cajón de su tocador, su bolso y su coche. Él las había robado del cajón del tocador. Solía premeditar sus actos, detestaba la improvisación, aunque alguna vez se había visto abocado a usarla.

Se descalzó y colocó los zapatos en el zaguán, justo a mano derecha al entrar. Había dejado la puerta entreabierta, hasta el punto en que sabía que

empezaba a chirriar. Antes de seguir avanzando, se mantuvo quieto y comprobó que imperaba el silencio. Se metió la mano en el bolsillo y se aseguró de que llevaba un pañuelo de tela con el que iría limpiando las huellas al salir; para conseguirlo, memorizaba todo lo que tocaba. Cruzó el arco del pasillo y se dirigió a la parte de la casa que Martín había habilitado para vivir. Accedió sin problemas. En la casi total oscuridad, vio un hilo de luz, lo siguió: provenía de una lamparilla que iluminaba la lectura de Martín. Estaba tumbado boca arriba, el libro impidió que lo viese entrar. Pero de repente se alarmó, porque pese a los pasos sigilosos de Pablo, su respiración era concordante con su cuerpo: robusta y pesada.

Martín se incorporó de golpe, dejó caer el libro al suelo y metió una mano bajo la almohada.

—¿A qué has venido?!

—A acabar lo que empecé... ¡Adiós, papá!

La luna gibosa menguante de aquella noche se ocultaba tras las nubes, negras y densas, que anunciaban la incipiente tormenta.

Había dejado el capuchón doblado sobre el mueble del recibidor para no olvidarse de cogerlo al salir. Quería ir a ver a Alicia y, si estaba más tranquila, desatarla y llevarle algo para cenar. Cenar era lo que él intentaba hacer, pero tenía el estómago cerrado. Meneaba el tenedor y el cuchillo entre los dedos mientras observaba el trozo de pollo y la lechuga, una comida anodina, tan simple como era su vida antes de que se le complicara. La mano, con la herida de la mordedura curada y vendada, le hacía pensar en los extremos a los que nos puede llevar la vida para que nos comportemos como salvajes. Él lo había sido y ahora se preguntaba cómo pudo llegar a ello. Puso los cubiertos sobre el plato sin haber probado bocado. Fue a la cocina y se preparó un vaso de leche. Dio un sorbo que escupió ante la imposibilidad de tragar: le daban arcadas. Derrumbado, se sentó en el suelo, apoyó la espalda en el mueble del fregadero y deseó estar muerto, como ella... «¿En qué me he convertido? ¡No quiero ser así! Pobre Alicia, no puedo seguir reteniéndola, es una joven inocente como lo era ella. Y parece buena chica. ¿Qué culpa tiene de ser la hija de dos monstruos? Se ha intentado escapar, no puedo enfadarme por ello; yo, en su lugar, hubiese hecho lo mismo. Tengo que pensar en la manera de liberarla».

El teléfono sonó, estaba sobre la mesa. Se levantó del suelo y respondió.

—Hola. Antes de que me digas nada déjame desahogarme. Me he equivocado y el arrepentimiento me corroe. Alicia tiene que volver a ser libre. No puedo más con esta tortura. La miro y me recuerda a ella. Y no puedo dejar de pensar en el sufrimiento que le hicieron pasar. Yo no soy como Pedro ni como Inés. A veces creo que tanto dolor me ha conducido a una especie de enajenación. Una locura que tiene que acabar.

—Te llamaba para decirte que no contases más conmigo para seguir reteniendo a la chica. Escuchar tus palabras me alivia. Hasta ahora he entendido tu dolor y lo he compartido, pero, como bien dices, esto tiene que acabar. Buenas noches. —Colgó.

Empezaban a escucharse los primeros truenos. Uno sonó al mismo tiempo que el aviso de entrada de un mensaje de wasap. Román Presedo lo leyó y se le atragantó la *pizza*:

Hola, Román. ¿Qué tal estás?

Bien.

Te recuerdo que tenemos una cita el sábado.

«Soy un gilipollas —pensó—. Este absurdo se acaba hoy, ahora. No habrá más cenas con mi ex. Se acabaron los encuentros ridículos de cada sábado, a la misma hora, en el mismo restaurante».

No. Este sábado no cenaremos juntos. Ni los sucesivos tampoco. Tienes que seguir con tu vida y dejar que yo siga con la mía.

Pero...

Mi decisión es firme, Olga. No ha lugar a peros.

Pero...

Es lo mejor para los dos. Te deseo suerte y felicidad.

Román desconectó el sonido del WhatsApp. Recogió los restos de la cena. Vertió un poco de vino en una copa. Se sentó en el sofá con las piernas sobre el cojín plano que, para ese fin, estaba sobre un baúl repleto de libros que hacía las veces de mesa. Encendió el televisor y le quitó la voz: quería escuchar los truenos. Pensó en Lucía y alzó la copa.

—¡Brindo por nosotros! —susurró por fuera y exclamó por dentro.

La danza de los rayos irradiando el cielo era espectacular. Lucía observaba la tormenta eléctrica desde el ventanal de su habitación. Pensaba tanto en la belleza que emitían como en el riesgo que conllevaban. La vida en sí era un riesgo y, aunque hasta hace unos días prefería seguir encerrada en la burbuja protectora que se había creado en su entorno, ahora todo era diferente. El reencuentro con Román había cambiado su percepción de las cosas y reavivado su ilusión, había empezado a curar sus secuelas y a desenredar su mente confusa... «Mañana le pediré a Olivia que adelante mi próxima visita con el psiquiatra. Ya no me da miedo recordar, quiero rememorar para después permitirme olvidar: que mi mente se ilumine como el cielo, que los truenos acallen mis miedos, que la lluvia arrastre, limpie y me libere de las tinieblas. ¡Quiero volver a vivir!».

Virginia Lambert estaba hipnotizada por la copiosa lluvia que caía furiosa sobre la baranda del balcón y rebotaba desbocada. La ayudaba a pensar tras otra jornada de horas interminables y resultados insuficientes. Admiraba la suerte de esas personas que cuando salen del trabajo consiguen desconectar hasta el día siguiente. Ella era incapaz... «¿Se convertirá Alicia en uno de los tantos casos sin resolver? ¿En una de esas personas que desaparecen y de las que nunca más se sabe? No debería ni planteármelo; sin embargo, la posibilidad está presente, los días pasan y, aun con la necesidad de no perder la esperanza, también me merodea la duda de si seguirá viva o ya estará muerta...». Virginia respiró hondo tres veces y, a continuación, dio varios sorbos a la infusión de lavanda que reposaba en una taza en la que por fuera se leía: «La vida comienza a los 40, lo anterior es solo práctica». Se la había regalado Román hacía unos

meses, el día de su cuarenta cumpleaños. Todo el salón se había impregnado del suave y relajante aroma. Se tumbó en el sofá enfundada en el pijama y se tapó con una manta fina; había refrescado. Cogió el móvil y se dispuso a hacer limpieza de lo que en el dichoso aparato se había ido acumulando a lo largo del día.

Revisó más de un centenar de mensajes de WhatsApp, respondió algunos y eliminó la mayoría. Después echó un ojo rápido a Instagram, puro cotilleo. Tenía un perfil en el que llevaba años sin publicar. De repente se acordó de la llamada de Alexis. Debía de estar entre las perdidas. Miró. La encontró. Dudó de si sería apropiado responderle, era tarde, aunque él sabía, porque ella se lo había explicado, que, debido a su trabajo, tenía unos horarios intempestivos. Miró en el buzón de voz y comprobó que no le había dejado ningún mensaje. Llamó. Escuchó los intermitentes sonidos de la conexión y una rápida respuesta:

—Buenas noches, Virginia. ¿Cómo estás?

—Hola, Alexis. Bien, ¿y tú?

—Bien, con ganas de saber de ti. Nuestro último contacto fue el mensaje que me pusiste a tu vuelta, cuando llegaste a Madrid.

—Han pasado unos cuantos días desde entonces... Enseguida me reincorporé al trabajo y...

—Y te olvidaste de mí. —En su voz con acento griego se apreciaba una sonrisa.

Tuvieron una conversación larga y distendida, a ratos profunda, a ratos divertida. A Virginia se le hizo corta.

El resplandor de un relámpago iluminó el cielo gris, seguido del estruendo ensordecedor de un trueno en la morada de Martín. Parecía de una película de terror, solo que lo que acontecía en aquella casa era un terror real, una escena del pasado que se repetía como una pesadilla recurrente: una vez más, su hijo intentaba matarlo.

Martín sacó de debajo de la almohada una daga que siempre escondía ahí por lo que pudiera pasar. El objeto punzante tenía el mango corto y la hoja afilada. Era antiguo y valioso. Lo había heredado de su padre, que coleccionaba todo tipo de armas. La empuñó para defenderse de su hijo, el que a ojos de todos parecía bueno y era tan malo o peor que el otro.

Pablo no esperaba que su padre tuviera a mano un arma, tampoco que todavía, y pese a la edad, estuviese tan fuerte como para hacerle frente. Creyó que quitárselo del medio sería cosa fácil y más aún al encontrarlo desprevenido en la cama. Pero una vez más el hijo subestimó el vigor del padre.

Martín no se dejaba amedrentar, no le temía a nada, era un hombre curtido y valiente. Pacífico si no lo hacían enfadar, pero, si se enfadaba, podía extralimitarse en su dureza, perder el control de sus actos, dejarse llevar por sus instintos más primitivos. Pablo le agarró el brazo con violencia, se lo apretó hasta cortarle el riego sanguíneo del miembro con el que sujetaba la daga, pero Martín no la soltaba. Ni se quejaba. Aguantaba el dolor mirando desafiante al hijo al que —pensó en ese momento— debería haber matado muchos años atrás. Lo mismo pensaba el hijo del padre.

El primero en gritar fue Pablo. Impelido por la rabia, bramó como el energúmeno que era. Dejó de apretar el brazo hinchado y amoratado de su padre. Con una rapidez insólita, se desabrochó la hebilla del cinturón, se lo quitó de un tirón e hizo una lazada rígida alrededor del cuello de Martín. Este, sin apenas fuerza en la mano con la que todavía sujetaba la daga, se la clavó en un costado y la giró varias veces seguidas atornillándola en la herida. Cuando no podía profundizar más, la extrajo provocando mayor desgarró. Pablo, doblándose de dolor, soltó el cinturón y se echó las manos a la herida. Martín recuperó el aliento junto a un acceso de tos. El hijo, en un descuido, agarró la daga y se la clavó al padre en el pecho.

Un charco rojo y viscoso empezó a extenderse por el suelo del cuarto. La sangre de padre e hijo mezcladas moldeaban un reguero de encono, tragedia y muerte.

Martín cayó al suelo con el cinturón de Pablo rodeándole el cuello y la daga horadando su pecho. Su hijo le escupió en el rostro cetrino y él cerró los ojos a la espera de la muerte.

Viernes, 26 de abril de 2024

En los informativos y programas matutinos de la mayoría de las cadenas de radio y televisión se hablaba de la desaparición de la hija del asesino en serie Pedro Díaz. Y, a falta de foto, se daba una descripción física, y se hacía un llamamiento a la población solicitando ayuda en su búsqueda. Así, en un programa matinal, la conductora anunciaba:

«Se pide la colaboración ciudadana para encontrar a Alicia Díaz, de dieciocho años, que desapareció en Madrid el pasado domingo veintiuno de abril cuando se dirigía a una fiesta de cumpleaños que le había organizado una amiga. Se trata de una joven alta, de complexión delgada, tiene el cabello liso color castaño, melena por debajo de los hombros y ojos azul grisáceo. Cuando salió de casa, llevaba puesto un vestido azul y sandalias de tiras doradas. Se da la circunstancia de que la joven es hija del asesino en serie Pedro Díaz y de su mujer Inés Sánchez, asesinada recientemente. El caso de Inés sacó a la luz un tema del que se habla poco: la hibrístofilia. Hoy, en nuestro programa, profundizaremos en ello».

Los contertulios sacaron a relucir algunos casos de hibrístofilia pasiva en los que la mujer y el criminal se habían llegado a casar e incluso a tener hijos y en la actualidad llevaban una vida normal. De hisbrístofilia activa solo pusieron el caso de Inés en España y nombraron varios de diferentes países.

En las redes sociales hacían mayor hincapié en diferenciar entre los dos tipos. Los comentarios sobre el final que había tenido Inés llegaban a extremos crueles.

—Tu filtración está por todas partes —dijo Lambert entrando en el despacho de Presedo.

—Esperemos que la noticia surta efecto y pronto nos contacte alguien que haya visto a Alicia —dijo Román, conectado a los diferentes

programas televisivos desde su ordenador.

—Ojalá. O que a quien la tenga retenida se le remueva la conciencia y la libere —deseó Virginia.

—¡Ah! Se me olvidaba: ha llamado María Martínez, dice que hoy no vendrá, se encuentra mal. Indisposición femenina, me ha dicho. Voy a preparar la reunión de grupo, empezamos en media hora.

En la mansión de la familia Díaz-Luque tenían la costumbre de desayunar con el televisor encendido. Era una manera de romper el incómodo silencio que provocaba la falta de conversación. Beatriz, con la resaca de la migraña sufrida el día anterior, solo escuchaba el runrún de voces sin prestar atención. Adrián tampoco hacía demasiado caso, estaba concentrado en otras cosas, ideas variadas que martilleaban sus pensamientos adolescentes. Sara había colocado sobre la mesa cereales, frutas peladas y cortadas, nueces, una tabla de quesos, pan tostado y zumo de naranja recién exprimido.

—Señora, ¿van a esperar a su hijo o quiere que les sirva ya los huevos? —preguntó la asistente.

—Es raro que a Pablo se le peguen las sábanas... No creo que tarde, puedes traer todo lo que falta.

La primera en quedarse petrificada frente al televisor fue Sara. La asistente, que había sido la última persona de la casa que había visto a Alicia el día de su desaparición, escuchaba perpleja la noticia.

—Señora, ¡mire! Hablan de su nieta.

—¿Qué dices de mi nieta?

La asistente le indicó con el dedo índice la televisión de 65 pulgadas, anclada a la pared con soportes extensibles y reclinables.

—¡Están hablando de ella, señora!

Beatriz cogió el mando que estaba sobre la mesa a su lado y subió el volumen. Antes de escuchar nada, y sin entender lo que sucedía, empezó a temblar. Se puso en lo peor pensando que, si hablaban de Alicia, era porque habían encontrado su cuerpo sin vida. La ofuscación desembocó en cólera cuando las voces televisivas repetían las palabras «el asesino Pedro Díaz», «perverso», «psicópatas», «el asesinato de Inés Sánchez», «hibristofilia». Habían utilizado la desaparición de Alicia para reincidir sobre los malos actos de sus padres, la habían convertido en la noticia

morbosa del día. Con el mando todavía en la mano y la tentación de apretar el botón de apagar, le dijo a su nieto que corriese a la habitación de Pablo.

—Dile que venga rápido. —Le urgió.

—¿Le preparo una tila, señora? —preguntó Sara.

—Por favor.

Beatriz hundió la cabeza entre las manos. Cerró los ojos, sintió que no le quedaban fuerzas para afrontar todo lo que estaba pasando, lo que había pasado, y no quería ni pensar en lo que la vida le depararía. El pesimismo hacía mella en aquella mujer que seguía siendo el pilar de su familia.

—No encuentro al tío Pablo, abuela. Creo que no ha dormido en casa, su cama está hecha —dijo Adrián entrando en el comedor.

Beatriz no se extrañó: a veces Pablo dormía en otro lugar sin darle explicaciones, ella tampoco se las pedía, no era un crío. Pero ese día le fastidiaba su ausencia, necesitaba apoyarse en alguien para afrontar lo que estaba sucediendo. Pensó en su marido; le telefoneó. Martín no respondía. Beatriz optó por apagar la televisión. Adrián protestó.

—¿Por qué la apagas? Quiero escuchar lo que dicen.

—Nada que no sepas ya, Adrián. Te lo pido por favor, vamos a calmarnos y a terminar de desayunar. —Intentó tranquilizarse y transmitírselo a un nieto por el que sufría.

Transcurridos diez minutos volvió a telefonear a Martín. El teléfono daba señal hasta que se cortaba la comunicación. También telefoneó a Pablo: estaba apagado o fuera de cobertura. Se bebió la tila, ese fue su desayuno. En el transcurso de la siguiente hora se tomó dos tilas más y siguió llamando cada diez minutos tanto a Martín como a Pablo. Ninguno respondía. Perdió la paciencia.

—Me voy a casa de Martín, Sara. Si viene mi hijo, coméntale lo que están diciendo en la tele, por si no se ha enterado. —Se levantó de la silla con decisión.

—Voy contigo. —Aprovechó Adrián, tenía ganas de volver a ver a su abuelo.

—Mejor voy sola. Tenemos que tratar temas importantes que no te incumben —puso de excusa, cuando la realidad es que estaba preocupada: le parecía raro que Martín no respondiese.

—Te prometo que no os voy a molestar, solo quiero darle un abrazo al abuelo...

Beatriz miró a su nieto y vio en él lo que nunca había visto en ninguno de sus dos hijos: ternura. Adrián nombraba a su abuelo con una ternura sincera que se transmitía en la voz, en la mirada, en cada uno de sus gestos...

—Vale, iremos juntos —accedió.

Beatriz era una conductora precavida. Cuando se desviaron por el camino que llevaba a la finca, disminuyó la velocidad y frenó en seco al ver el coche de su hijo aparcado en la entrada. La acechó el peor de los presagios. Contuvo la respiración preguntándose por qué habría ido Pablo a ver a su padre. Quiso pensar que habría ido a hacer las paces, pero ni ella misma se creía la mentira en la que buscaba un hipotético consuelo.

Entraron a la vivienda; la sacudida de realidad fue ineludible. Adrián se tiró desesperado al suelo junto al cuerpo de su abuelo, que yacía boca arriba.

—¡No lo toques! —gritó Beatriz en *shock* mientras pensamientos inconexos salpicaban su mente y temblores compulsivos agitaban sus manos: «Esto no está pasando, es una pesadilla de la que me voy a despertar... Martín no me dejes, te necesito, abre los ojos... ¿Qué has hecho, Pablo?!... Tenías razón, Martín, Pablo es un ser despiadado... No, no, mi hijo Pablo es bueno... ¿Dónde está?... ¡Despierta, Beatriz, despiertaaa!».

Se empezó a marear, le faltaba la respiración. Metió la mano en su bolso, extrajo el pastillero y se tomó *in extremis* la medicación. Con gemidos de ahogo, cortos y continuados, se arrodilló al lado del cuerpo de su marido, a la altura del pecho horadado por la daga. Su ropa se manchó de sangre, todavía fresca. Le puso una de sus temblorosas manos unos centímetros sobre la boca entreabierta, no notó resuello alguno. Desde el lado contrario, Adrián, llorando, le preguntaba qué tenía que hacer.

—Abuela, ¿qué hago? ¿Llamo a emergencias?

Beatriz movió la cabeza en un gesto de asentimiento, el ahogo le impedía hablar. Raudo, Adrián se puso de pie e hizo la llamada. Beatriz permaneció junto al cuerpo de Martín, se fijó en el cinturón que le rodeaba el cuello: sabía que era de Pablo porque se lo había regalado ella.

Lucía había estado día y medio urgiéndole a su hija para que le volviese a reservar visita con el psiquiatra. Durante su último encuentro él le había propuesto iniciar una nueva terapia, dado que la paciente, tras muchos años guardando silencio, le había transmitido su intención de curarse y, para hacerlo, el primer paso era desbloquear los recuerdos traumáticos. Lucía no conseguía rememorar, tenía recuerdos confusos y muchas lagunas. El psiquiatra la ayudaría a conectar con las emociones reprimidas ocasionadas, en un alto porcentaje, por la obligación que Miguel le había impuesto de callar, de ocultar, de mantener el secreto, pero el secreto ya no era tal. Y Lucía tampoco era aquella chiquilla de dieciséis años maltrecha y obediente.

—Mamá, despierta.

Una luz mortecina invadía el interior del cuarto.

—Llevo rato levantada, Olivia —respondió mirando a través de la ventana.

—¿Y qué haces aquí encerrada?

—Pienso, intento recordar...

—Pues precisamente vengo a decirte que te he conseguido cita con el psiquiatra para hoy mismo. Le he dicho que era una urgencia.

—Y no le has mentado. Lo es. —Se giró y la miró.

—Venga, vamos a desayunar. Al mediodía nos espera en su consulta. Le he asegurado que allí estaremos a las doce en punto.

Salieron de casa con el optimismo elevado. Las dos. Se les notaba en los andares ligeros, en el rostro sonriente, en el rosado natural de sus mejillas. Subieron al coche de Olivia e iniciaron la marcha.

—¿Te apetece escuchar música? ¿Pongo la radio? —le preguntó Olivia a su madre, dudosa de qué hacer durante el trayecto.

Era consciente de que Lucía pasaba por un momento delicado, por un cambio transcendental en su vida. Pensó que, en lugar de entablar una conversación, sería mejor dejarla tranquila con sus pensamientos, los mismos que le había interrumpido al entrar en su habitación.

—Haz lo que te apetezca, Olivia. La radio me parece bien.

A Lucía todo le parecía bien. Madre e hija se asemejaban en el físico, no así en la personalidad. Sus caracteres eran opuestos: en Lucía predominaba la docilidad; Olivia tenía una mezcla de formalidad y rebeldía.

En la radio no sonaba música. Hablaban. Olivia deseó no haberla conectado. Los nombres de Alicia Díaz, Inés Sánchez y el asesino Pedro Díaz sonaban en espiral retumbando en el interior del vehículo. Enseguida sintonizó otras emisoras, pero en todas repiqueteaban la noticia del día. Apagó la radio.

—¿Por qué la quitas? Quiero escuchar lo que estaban diciendo —manifestó Lucía—. Me ha parecido que hablaban de una chica secuestrada... Pobrecilla..., gente mala siempre ha habido y siempre habrá...

—Mamá, no sé si es prudente que escuches este tipo de cosas. —Le fue sincera.

—Demasiado tiempo he estado aislada de la realidad, de lo que acontecía en el mundo, porque me había creado uno propio, vacuo de vida y lleno de incertidumbre y soledad. Vuelve a poner la radio, por favor —le solicitó seria. Escucharon la noticia completa y los comentarios de los tertulianos radiofónicos—. ¿Dicen que el padre de la chica secuestrada es un asesino convicto y que a la madre la mataron hace unos días? ¡Es una historia terrible! ¿Dónde estará la muchacha? Espero que la encuentren pronto sana y salva.

Olivia volvió a apagar la radio y le fue indiferente que su madre se opusiese. Veía cómo la noticia había alterado a Lucía: era de esperar. El estado anímico de su madre seguía siendo débil e inestable.

—Hija, tú no te fíes de nadie. Sobre todo, ten mucho cuidado con los hombres —la previno—. Algunos son peligrosos...

Olivia presumió el miedo en la voz de su madre.

—No te preocupes por mí, sé cuidarme —intentó tranquilizarla.

—Eso mismo le decía yo a mi padre y ya sabes lo que me sucedió...

Lucía cerró los ojos. Olivia evitó continuar con aquella conversación. Ya estaban en la ciudad y no tardarían en llegar al destino.

Poco ante de las doce, eran las dos únicas personas en la sala de espera de la consulta del psiquiatra. Se miraban la una a la otra. Primero en silencio, a la espera de que alguna hablase. Lucía se pellizcaba con las uñas las yemas de los dedos hasta llegar a clavárselas y a hacerse daño, aunque no sentía dolor. Olivia, con delicadeza, puso las manos de su madre entre las suyas para evitar que continuara lesionándose. Lucía agachó la cabeza escondiendo la acuosidad irrefrenable de sus ojos.

—Olivia, me estoy acobardando, tengo muchas dudas... No sé si recordar lo que sucedió me hará bien...

—Si crees que no estás preparada, regresamos a casa: tú decides. Pero no vas a pasar por esto sola, mamá. Cuentas con todo mi apoyo. —Le acarició las manos.

—¿Me esperarás aquí? —Alzó levemente el rostro, tenía la mirada desvalida.

—Por supuesto. Estaré aquí hasta que salgas.

—Eres tan fuerte, Olivia... Tenemos invertidos los papeles: tú pareces la madre y yo la hija. —Olivia la abrazó.

El psiquiatra contempló la escena y las interrumpió con un ligero carraspeo de garganta.

—Lucía Durán —se dirigió a ella con una sonrisa tranquila—. Pasa, por favor.

Ella tomó asiento donde siempre, en un cómodo sillón frente al que se sentaba el doctor, cerca del escritorio. Los estores que cubrían las dos ventanas intensificaban el tono neutro de las paredes y todo en su conjunto amortiguaba la ansiedad de la paciente.

—Me han dicho que necesitabas una visita de urgencia. Dime, ¿cómo estás en este momento? ¿Cómo te encuentras?

—Nerviosa.

—¿Y sabes cuál es el motivo de tu intranquilidad?

—Quiero recordar y al mismo tiempo me aterra hacerlo.

—Te entiendo. Lo que sientes es normal. Llevas mucho tiempo callando. Desde que nos conocemos, hace ya algunos años, nunca me has dicho una palabra aparte de los respetuosos saludos de rigor. Hemos pasado horas en estos sillones en silencio. Me alegré el otro día cuando me

dijiste que querías curarte, Lucía, y si ahora estás aquí es para iniciar ese proceso de curación.

—No sé por dónde empezar...

—Tranquila, yo voy a ser tu guía. Llegaremos hasta donde tú quieras, pararemos cuando tú me digas. La terapia conlleva un tiempo, poco a poco te sentirás mejor.

—Lo que le voy a contar es muy grave...

—Sabes que todo lo que me digas quedará entre nosotros.

El psiquiatra, con más de cuarenta años de experiencia, estaba cercano a la jubilación. Había escuchado muchas historias en aquel cuarto pálido donde no faltaba una caja con pañuelos de papel.

—Estoy acostumbrado a verte con tu padre. ¿Quién es la joven que te acompaña hoy? También vino en la anterior visita. —El psiquiatra dio pie al diálogo, encauzó el inicio de la terapia.

—Es Olivia, mi hija.

—Se parece a ti. ¿Me cuentas algo sobre ella?

—Pues... es cariñosa, responsable, buena estudiante...

—¿Qué estudia? —Usaba un tono calmado y cálido en cada palabra, en cada pregunta que le hacía.

—Criminología, está en el último curso.

—¡Vaya! Supongo que te sientes orgullosa de ella.

—Mucho. —En su rostro se dibujó una pequeña sonrisa.

—¿Tienes más hijos?

—No. —Se puso seria.

—Yo tengo tres, dos chicas y un chico ya crecidos, puede que más o menos sean de tu edad —compartió con ella—. ¿Estás casada?

Se hizo un silencio largo y espeso. Olivia bajó los párpados, fijó la mirada en el suelo y comenzó de nuevo a pellizcarse las yemas de los dedos. Quería levantarse y salir de allí, pero las piernas no le respondían. Tampoco podía hablar, sentía la cavidad bucal invadida por una lengua hinchada. No era la primera vez: sabía que sus piernas estaban bien y su lengua no estaba hinchada, que el pánico le hacía percibir una irrealidad. Respiró hondo varias veces seguidas, el sudor le perlaba la frente.

—¿Quieres descansar, Lucía? —le preguntó.

Ella hizo un gesto de asentimiento, al que siguió otro de negación. Después de la sexta respiración, escupió:

—No, no estoy casada. He vivido recluida desde los dieciséis años.

El psiquiatra se levantó y le dio un pañuelo de papel y un vaso de agua. Retomó su asiento. Dejó que la paciente continuase el relato que acababa de empezar sin incitarla a hacerlo; sabía que con aquella frase Lucía había iniciado el desbloqueo.

—Me pasó algo malo..., muy malo...

—¿Me lo quieres contar?

Lucía asintió con la cabeza y se hizo un ovillo en el sillón. No se comportaba como la mujer de treinta y ocho años que era, sino como la chiquilla asustada que fue.

—Quiero, pero no puedo. Mis recuerdos son confusos.

—Empieza por lo que te acuerdes —la animó.

El esfuerzo por rememorar se evidenciaba en sus ojos danzarines, inquietos, pero su profundidad azulada se agrietaba al visualizar imágenes de aquel día en que deseó estar muerta.

—Era el primer día de las vacaciones de Semana Santa. Había quedado con unas amigas y amigos de clase, en especial con uno, Román. La imagen que más clara recuerdo es la suya, juntos, besándonos. Después todo es borroso y sé, porque mi padre me lo explicó, que llegué a casa en circunstancias deplorables... ¡Me violaron!

El sonido de las sirenas irrumpió en Torre Cansido. El apacible pueblo se vio sobresaltado por tres ambulancias medicalizadas que atravesaron a toda velocidad la calle principal del casco urbano, seguidas de cerca por varios coches de policía. El inspector Presedo y la inspectora Lambert iban en el primero.

Beatriz, que seguía junto al cuerpo de su marido, escuchó el estruendo acústico que se aproximaba y le dijo a su nieto que fuese hasta la entrada de la finca y les hiciera señas. Adrián corrió y llegó al mismo tiempo que las ambulancias, hizo aspavientos con las manos moviendo los brazos como si fuesen las varillas de los limpiaparabrisas. Aparcaron delante de la puerta principal de la casa.

—Es por aquí. —Los guio Adrián.

Los componentes de dos de las ambulancias —auxiliares de enfermería y dos médicos— lo siguieron hasta la habitación. Los auxiliares ayudaron a Beatriz a ponerse de pie. Estaba mareada. La trasladaron en una camilla a uno de los vehículos medicalizados, en el que se habían quedado sus compañeros.

Uno de los médicos posó dos dedos sobre el cuello de Martín, a la altura de la carótida, para verificar su muerte. Frunció ligeramente el ceño y mantuvo los dedos en el cuello unos segundos más.

—Parece que hay latido, es muy leve... ¡Está vivo!

Adrián lo escuchó con una mezcla de incredulidad y júbilo que expresó con un salto. Unos agentes uniformados, que también se habían personado en el lugar, lo obligaron a salir de la casa. En el exterior, el cordón policial se desplegaba a lo largo de la finca; Lambert y Presedo lo cruzaron.

—¡Está vivo! —exclamó Adrián al verlos—. ¡Tengo que decírselo a mi abuela!

—Espera, tranquilízate. —Presedo lo agarró del brazo—. ¿Tú estás bien?

—Sí, inspector.

—¿Y esa mancha, es de sangre? —Señaló el pantalón del joven.

—Es que he estado sentado junto a mi abuelo y él ha sangrado mucho. —Se entristeció.

—Tenemos que hablar, Adrián —le dijo el inspector al tiempo que le hacía señales con la mano a un par de agentes para que se acercasen—. Acompañadlo a una ambulancia, que comprueben que está bien. Y escoltadlo hasta nueva orden.

Lambert, pensativa, observaba el Mercedes negro.

—Ese es el coche de Pablo —aseveró.

—Tienes razón, no me había fijado, es su Mercedes —confirmó Presedo.

—Entonces, ¿Pablo está aquí? —rumió Lambert en voz alta.

La inspectora fijó la mirada en Adrián haciéndole extensible la pregunta. El joven agachó la cabeza.

—Acordonad ese vehículo —ordenó Presedo a los agentes.

Cuando los inspectores entraron en la habitación de Martín, este continuaba en el suelo. Los médicos le habían puesto la mascarilla de oxígeno y pensaban en la manera de moverlo y colocarlo en la camilla sin provocarle mayor daño del que ya sufría. Todavía tenía el cinturón alrededor del cuello y la daga clavada en el pecho.

—¿Lo han encontrado así? —les preguntó Lambert.

—Sí. Lo único que hemos añadido ha sido la mascarilla de oxígeno.

—¿Le podemos quitar el cinturón del cuello? —solicitó Lambert.

—El cinturón sí —afirmó uno de ellos—. La daga no. Habrá que extraerla en el quirófano.

—Entiendo...

Lambert recorrió la estancia con la mirada. Había claras evidencias de que se había producido una disputa. Martín se había defendido de su atacante. Además de en el suelo, también había sangre en las sábanas revueltas, y sobre la mesilla de noche y en dos paredes eran visibles las salpicaduras. La lamparilla estaba en el suelo, con la bombilla hecha añicos. Un libro abierto, con hojas arrugadas y rotas por los pisotones.

—Mira —le dijo a Presedo—. ¿Qué observas en las hojas de este libro?

—¿Sangre?

—Fíjate en las partes rotas. Lo han pisado, pero no hay marcas de zapatos. O bien solo lo pisó Martín, que estaba descalzo, o quien entró a agredirlo iba sin calzar. Salgamos y que pasen los de criminalística. Y antes de nada que le quiten el cinturón del cuello. —Señaló a Martín, al que ya habían colocado sobre una camilla.

Pocos minutos después, una de las ambulancias se lo llevaba a toda prisa, advirtiendo de la velocidad con luces y sirenas, que de nuevo irrumpieron en la tranquilidad del pequeño pueblo.

Antes de salir de la casa, en el zaguán, Lambert vio un par de zapatos de hombre. Con los guantes puestos, cogió uno por la extremidad del talón.

—Son de piel y de una marca conocida no solo por su calidad, también por sus precios. Vamos, que ni tú ni yo los podríamos pagar. —Arrugó la nariz con un movimiento rápido.

—¿Serán de Pablo? —sugirió Román.

—Es muy posible.

—Su coche está aquí, sus zapatos también, y posiblemente sus huellas estén por todas partes... ¿Dónde se habrá metido?

—Antes de hacer conjeturas, vamos a ver cómo se encuentra Beatriz y a hablar con Adrián. Él fue quien telefoneó a emergencias —propuso Lambert.

—Estoy de acuerdo. Adelántate, empieza por Beatriz. Yo interrogaré al nieto, aún tardaré unos minutos, primero voy a pedir una orden para registrar esta casa y la de Madrid. ¡Ah! Y otra para intervenir los teléfonos.

—Ok. También dile a un grupo de agentes que inspeccionen toda la finca, por si Pablo está escondido en algún rincón abandonado, como las caballerizas, por poner un ejemplo. Teniendo en cuenta que su coche sigue aquí, él no debe de andar muy lejos.

Lambert volvió a dejar el zapato junto al otro y le pidió a un agente que los guardase como prueba.

La noticia de que su marido seguía vivo alentó a Beatriz. Es lo primero que le había dicho Virginia al entrar en la ambulancia donde la mujer, recostada en una camilla, era atendida por un enfermero. Un ligero color retornaba a sus mejillas, las constantes vitales se habían estabilizado y la agitación de la respiración había desaparecido, se había esfumado al igual que su hijo Pablo, por el que la inspectora le preguntó sin rodeos.

—¿Dónde está Pablo?

—No lo sé.

—Beatriz, no puede seguir protegiéndolo...

—No he visto a Pablo desde ayer, se lo juro.

Lambert le susurró al enfermero si la paciente estaba en condiciones de caminar. Él le pidió a Beatriz que se incorporase con lentitud. Así lo hizo. Ya no estaba mareada y hablar fuera de aquel reducido espacio como proponía la inspectora le pareció lo más apropiado.

La inspectora le ofreció su brazo para que se apoyase y dieron unos pasos antes de detenerse ante un viejo aljibe que estaba tapado con una losa. A un lado había un banco de piedra, en el que se sentaron.

—¿Cuánto tiempo hace que no se utiliza el pozo? —curioseó Lambert.

—Una infinidad de años...

Beatriz fijó la mirada en el horizonte, como si allí se guardasen todas las vivencias del pasado. Lambert la observaba preguntándose qué pasaría por su cabeza.

—Necesito que me cuente lo que ha sucedido. Su marido está muy grave; cuando hemos llegado tenía un cinturón alrededor del cuello y una daga clavada en el pecho. El coche de su hijo está en la entrada de la finca. ¿Dónde está él?

—Ya le he dicho que no lo sé. —Beatriz suspiró echándose ambas manos a la cabeza.

—Está bien, no se ponga más nerviosa. Empecemos por el principio. —Aunque Lambert intentaba controlar su tendencia hiperactiva concentrándose en el trabajo, las preguntas brotaron agitadas de su boca—. ¿Cuándo ha llegado usted? ¿Y su nieto? ¿Por qué han venido?

Beatriz entrelazó las manos posándolas sobre el regazo, contuvo las ganas de llorar y le respondió algo más calmada.

—Esta mañana, a la hora del desayuno, la asistenta nos alarmó con la noticia que daban en la televisión. Nosotros no nos habíamos percatado.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Adrián y yo. Estábamos empezando a desayunar. Cuando escuché lo que decían en los informativos sobre la desaparición de Alicia, lo sucedido con Inés y su relación con Pedro el asesino... Verá, aunque una madre sepa que su hijo es un asesino, se pasa un mal trago cada vez que te lo recuerdan. La cuestión es que lo primero que pensé cuando vi que hablaban de Alicia es que habían encontrado a mi nieta, pero enseguida caí

en el error y me puse muy nerviosa. Quise compartir con Pablo lo que estaba pasando, que de nuevo nuestra familia era el punto de mira de algunos medios de comunicación.

—¿Y qué opinó él?

—Nada. Ya le he dicho que no lo he visto desde ayer. Y tampoco he hablado con él. Le dije a mi nieto que fuese a buscarlo a su cuarto. Adrián regresó al comedor sin su tío; por lo visto Pablo no había dormido en casa, su cama estaba hecha.

—¿Es algo común que su hijo no duerma en casa?

—A veces pasa la noche fuera.

—¿Sabe dónde?

—¡Claro que no! No me da ese tipo de explicaciones ni se las pido. Las pasará con alguna amiga, supongo...

—¿Y usted conoce a su o sus amigas?

—¡¡No!! Ha sido un decir, una suposición. Le repito que desconozco con quién se relaciona Pablo fuera de casa —le replicó.

Lambert dejó de preguntar y la miró con el corazón encogido, respiró su desesperación, empatizó con su desgracia, deseó su coraje.

—¿Quiere que hagamos un descanso? —le propuso.

—Lo que quiero es ir al hospital con mi marido, estar a su lado...

—Precisamente para averiguar quién ha intentado matar a su marido necesito hacerle algunas preguntas más.

—Si me deja que le explique todo lo que sé, sin interrumpirme, acabaremos antes —repuso Beatriz.

—Adelante, la escucho.

—Como Pablo no estaba en casa, lo llamé por teléfono: no respondió. Entonces telefoneé a Martín también con la intención de explicarle lo que estaban diciendo en la televisión. Tampoco me contestó. Durante más de una hora estuve llamándolos a ambos sin suerte. Que mi marido no me respondiese me pareció muy raro y decidí venir por si no se encontraba bien; Adrián insistió en acompañarme. Al llegar, me extrañó ver el coche de Pablo: como ya le dije, hace años que padre e hijo no se hablan. Mi nieto y yo entramos en la casa, fuimos directos a la habitación de Martín. ¡Qué horror! ¡Creí que estaba muerto! —Sollozos destemplados acompañaban sus palabras—. Inspectora, me preocupa Adrián, es irremediable que lo que ha presenciado le afecte... Solo tiene dieciséis años y la vida no cesa de darle zarpazos.

Presedo, en el asiento trasero de un coche policial, departía con Adrián. Las ventanillas estaban abiertas, la ligera brisa que entraba por ellas mitigaba el ambiente denso que se respiraba en el interior del vehículo.

El comportamiento del joven le chocó al inspector. Adrián se mostraba cooperativo, sin los arranques bruscos y desdeñosos con los que había protestado en anteriores ocasiones. Le había explicado a Presedo el motivo por el que su abuela y él habían ido a casa del abuelo y cómo lo habían encontrado. Al llamar a emergencias les había dicho que estaba muerto porque así lo creyó al verlo.

—Quiero ir al hospital a hacerle compañía. ¿Cree usted que se pondrá bien?

—Espero que así sea, Adrián. Le tienes mucho aprecio a tu abuelo, ¿verdad?

—Sí, él me comprende, nunca se enfada conmigo.

—Y con tu tío, ¿qué tal te llevas? —indagó Presedo.

—Me recuerda a mi padre, ¡no lo soporto! —Apretó las mandíbulas, endureció la voz.

Presedo salió del coche al percatarse de que un agente de policía se aproximaba a paso ligero. El agente se plantó frente a él.

—¿Qué sucede?

—Inspector, hemos encontrado algo...

Anoche volvió para desatarla y le llevó un bocadillo que ella no se comió. Tampoco le dirigió la palabra pese a que él le había pedido perdón.

Ahora entra en el cuarto, con el capuchón puesto, aunque duda si dejar de esconderse y mostrarle el rostro. Decide que todavía no.

—Buenos días. —Su voz suena lánguida. Alicia lo mira con inquina—. Te traigo el desayuno. Lo siento, no he podido venir antes.

Empuja el carrito, en el que porta dos bandejas y sobre ellas un plato con una tortilla, un bol con yogur y frutas troceadas, una tetera que contiene leche caliente y un tazón de cereales. Se lo acerca a la cama.

—Por favor, incorpórate y come —casi le suplica.

Alicia percibe un cambio en la actitud de su raptor, en sus formas. Se levanta y se sienta en el borde de la cama, los pies tocan el suelo, el carrito frente a ella. Mira todo lo que le ha preparado y piensa: «¿Cómo sube todo esto hasta aquí? ¿Por la escalera con los giros que tiene? Es imposible, algo se le caería incluso con ayuda, los escalones son demasiado estrechos y empinados. Pero no hay otro acceso, al menos cuando yo intenté escapar, no lo vi... Además, tanto da, ya me he hecho a la idea de que moriré aquí enclaustrada... Y, aun así, a veces siento pena por él. Hoy, por ejemplo, parece deprimido, tiene la mirada triste y camina como si le faltasen las fuerzas».

—¿Por qué no comes? ¿No te gusta lo que te he preparado? Este va a ser tu último desayuno en cautiverio.

«¿He oído bien? —se dice Alicia—. ¿Mi último desayuno en cautiverio? ¿Me va a liberar? Se me está acelerando el corazón y noto un calor interno. Lo miro con recelo, no sé si creerlo. Camina hacia la mecedora, se sienta. No se balancea, ¡qué raro! No sé qué debo hacer para que esté tranquilo, que no se enfade, que si es verdad que me quiere dejar libre, no se eche atrás en su decisión. Me voy a comer el desayuno para que no piense que se lo desprecio».

El encapuchado hoy no se mece. Le gustaría aserrarle el balancín a la mecedora y quedarse sentado, quieto, no moverse y dejarse morir de inanición. Observa que Alicia ha empezado a ingerir y se cuestiona cómo ha podido someterla a tanta angustia, a una situación extrema de miedo e incertidumbre. No encuentra respuesta. Cierra los ojos y lo ve todo del color del capuchón: negro.

Cuando los vuelve a abrir, Alicia lo está mirando. Tiene en la mano una cuchara casi llena de yogur, se la lleva a la boca y traga sin apartar la vista.

—Come tranquila, lo que te he dicho es verdad. Pronto serás libre —le asegura.

Alicia coge otra cucharada de yogur y solo lo mira de soslayo.

—Hoy tu nombre sale en la televisión —le informa—. Piden colaboración en tu búsqueda. Cuando ella desapareció, también pedimos ayuda...

—¿Qué le pasó? —Se atreve a preguntar Alicia y deja de comer.

—¿De verdad quieres que te lo cuente?

Ella asiente con un leve movimiento de cabeza. El encapuchado se frota las palmas de las manos en las rodillas hasta que siente escozor: le cuesta recordar en voz alta, le resulta angustioso escucharse. Aun así, se esfuerza.

—La última vez que la vi fue a través de la ventana, era el día de su dieciocho cumpleaños. Ella estaba en la calle, hablaba con una mujer que sujetaba de las manos a unos pequeños. La mujer le decía algo, ella asentía con la cabeza mientras acariciaba las mejillas de la niña y del niño. Las criaturas parecían tristes. Varios minutos después se alejaba, acera abajo, con los tres. ¡¿Cómo me iba a imaginar en ese momento que nunca más la volvería a ver con vida?!

Alicia lo escucha con el cuerpo cortado. Se reconoce en la niña de la que habla el encapuchado, de la mano de una mala madre y peor persona. Siente náuseas.

—Mi testimonio fue decisivo para atrapar al asesino y a su cómplice. Aunque, como ya sabes, solo lo culparon a él. A tu padre.

Alicia no sabe qué responderle, en este momento lo único que puede hacer es dejarse llevar. Ya no lo ve como la persona que la tiene retenida contra su voluntad, sino como un ser humano abatido por el abismo de la

soledad, porque nada ni nadie puede devolverle a *ella*, y es obvio que *ella* lo era todo para él.

—¿Has sido tú quien ha matado a mi madre? —le pregunta Alicia sin despecho, con comprensión.

—Sí. —Se limita a responder—. Y no me arrepiento. Sin embargo, tengo remordimientos por lo que te he hecho a ti. Lo lamento, Alicia.

Al decirle lo que siente, lo que piensa, se percibe frágil y diminuto. Su vida se empezó a desvencijar tras la pérdida de *ella*, una vida que estaba rozando su fin.

—Mira. —Extiende el brazo y le señala con la mano una bolsa de tela que hay en la bandeja inferior del carrito.

—¿Quieres que coja la bolsa? —pregunta dudosa.

—Sí, y extrae su contenido, por favor.

Alicia la coge con cuidado, la palpa, lo que hay dentro es blando. Abre la bolsa, mira y ve algo doblado de color azul.

—¿Es mi vestido?! —Lo saca.

—Es la ropa que llevabas puesta cuando te rapté. La he lavado y planchado.

—¿Qué hago? ¿Me la pongo?

—Ahora no. Mañana.

—¿Mañana me vas a liberar?

—Así es, Alicia —asevera—. Cuando te despiertes, cambia el camisón por tu ropa y espérame. Ponte también los zapatos, están debajo de la cama.

Alicia lo escucha mientras, en silencio, da gracias a ese Dios en el que no cree.

Se encerró en su habitación en cuanto llegaron a casa y se acostó vestida. Lo único que se quitó para meterse en la cama fueron los zapatos. Lucía había salido de la consulta del psiquiatra con la imagen de Román en la cabeza y el confuso pensamiento de que era él quien la había violado. El mero hecho de pensar en esa posibilidad le produjo rechazo hacia el hombre del que llevaba enamorada media vida.

—Mamá, si me necesitas, estaré en el salón.

Olivia no quiso agobiarla. Había intentado, durante el trayecto de vuelta, que le contase cómo se había desarrollado la sesión, si había conseguido recordar algo de lo sucedido. Pero Lucía se mantuvo en silencio, en uno de esos largos silencios que a Olivia la soliviantaban porque sabía lo que significaban: eran el precedente de la debacle. Cuando su madre enmudecía y se acostaba vestida tapándose la cabeza, significaba que buscaba refugio en la oscuridad. Lo más difícil era adivinar de qué se escondía, porque, por experiencia, Olivia sabía que no se lo iba a desvelar. «¿Qué habrá pasado en la consulta del psiquiatra para que haya salido en este estado? —pensó—. ¡Con lo animada que iba! Tal vez un poco indecisa, pero fue ella quien insistió en que adelantase el día de visita. Debe de haber recordado algo muy doloroso para volverse a aislar. ¿Qué puedo hacer para ayudarla? No soporto verla así y quedarme tan tranquila, como si no pasase nada, y menos aún desde que sé lo que sé. ¿Habrá recordado al cabrón, malnacido, desgraciado? ¿Quién será? Es posible que mi abuelo tenga razón y lo mejor sea dejar el pasado atrás, hurgar en el dolor no lo calma. Sería un consuelo que se hiciera justicia; sin embargo, aunque mi madre recordase quién la forzó, al cabo de tantos años ¿de qué serviría? El delito ya ha prescrito, el culpable está exento de castigo. ¡¡Vaya mierda!!».

—¿Qué le ha pasado a tu madre? —Miguel se le acercó hecho un basilisco—. He ido a preguntarle cómo le ha ido en el psiquiatra y está

embutida en las sábanas.

Olivia tenía varios folios extendidos sobre la mesa del salón, eran anotaciones que acumulaba para su trabajo de fin de grado. Prefería trabajar con papel, lápiz y bolígrafo, y luego, una vez todo en su sitio, transcribirlo al ordenador.

—Hay que darle tiempo para que asimile lo que vaya recordando.

—Te advertí de que hurgar en el pasado no le haría ningún bien, y a la vista está que yo tenía razón —gruñó.

El teléfono de Olivia sonó a tiempo para callar la respuesta intransigente que iba a darle a su abuelo. Desconocía el número que se reflejaba en la pantalla del móvil. Salió del salón y respondió en el pasillo.

—Diga.

—Hola, Olivia.

La voz le era familiar, dudó medio segundo.

—¿Víctor?

—Sí, me has reconocido.

—Este no es el número de teléfono que me diste.

—Es el de la sastrería. Me he olvidado mi móvil en casa. ¿Estás por Madrid?

—Ahora no. Iré esta tarde.

—¿Te apetece que nos veamos? Podemos tomarnos un té en el mismo sitio de ayer...

—¡Vale!

Olivia respondió en un impulso y se arrepintió al instante: «¡Contente, Olivia! Le habrá parecido que estoy desesperada por volver a verlo. ¿Por qué seré tan impetuosa a veces? Demasiadas veces. Si hoy no tengo intención de regresar a la ciudad, con todo el trabajo que me queda pendiente, que no me cabe un folio más sobre la mesa, ¿por qué le he dicho que iría esta tarde? Ahora mismo me desdigo y que piense lo que quiera. Bueno, no me gustaría que se lo tomase a mal... No entiendo qué clase de influjo ejerce sobre mí si hace nada y menos que lo conozco. No, no ejerce ningún influjo, soy yo la que me estoy montando una película en la cabeza y es, precisamente, de las que no me gustan: una bobería romántica».

—Estupendo. Pasa por aquí a la hora que te vaya bien. Te estaré esperando —zanjó Víctor.

Olivia colgó sin mostrar oposición y se recriminó mentalmente: «Tonta de remate...».

Regresó al salón y recogió todo lo que había esparcido por la mesa. Su abuelo seguía allí sentado en una silla. Daba puntadas al roto de una de las camisas viejas que usaba cuando trajinaba en el jardín.

—¿Quieres que te cosa algo? Ya que estoy puesto... —Se ofreció Miguel, ya más calmado.

—Pues tengo por arreglar el bajo de una falda y a mí la costura no se me da tan bien como a ti, abuelo. —Olivia también le habló con sosiego.

—Anda, tráela, que yo la apaño. —Esbozó una sonrisa.

—Abuelo, esta tarde tengo que volver a Madrid. ¿Te encargas de que mamá esté bien?

—Haré lo que pueda, Olivia. Ya sabes cómo son sus recaídas... —se lamentó—. Y tú ten cuidado, el mundo está cada día peor: ¿has visto las noticias?

—Hoy no. ¿Qué ha pasado? —Quiso saber si Martín se refería a lo que ella había escuchado en la radio.

—Por lo que cuentan, han secuestrado a la hija del asesino de las dieciocho puñaladas y hace unos días mataron a la madre. No quiero ser agorero, pero será un milagro si encuentran viva a la chica.

De repente, Olivia se planteó la posibilidad de que Víctor quisiera verla para hablar de Alicia, tal vez para intentar sonsacarle información, al igual que ella lo pretendía con él. Se encerró en su habitación y telefoneó a Virginia para que la orientase.

El teléfono de la inspectora sonó en plena vorágine. Respondió aturullada.

—Lambert. Diga.

—Virginia, soy Olivia. ¿Estás bien? —La percibió alterada.

—Ha sucedido algo que se podía haber evitado... Estamos en la finca de Martín Díaz. El hombre está muy grave, lo han trasladado al hospital. Alguien ha intentado matarlo y todo apunta a que ha sido su hijo Pablo.

Olivia escuchaba la explicación de la inspectora y, de fondo, el barullo que la rodeaba.

—¿Lo han detenido? —se interesó la estudiante.

—Se ha dado a la fuga, pero ha dejado rastro... Estoy muy liada, Olivia, ¿para qué me has llamado?

—Para nada importante. —Olivia pensó que hablarle de Víctor en aquel momento no era pertinente, más bien una solemne torpeza.

—Ok. Hablaremos en otro momento. —La inspectora colgó.

Llegó a la ciudad en torno a las cuatro de la tarde. Antes de dirigirse a su cita, estuvo un rato en la biblioteca de la universidad documentándose sobre gemelos monocigóticos y criminalidad. Un tema que quería introducir en su trabajo.

A las seis en punto se plantó en la puerta de la sastrería. Cuando se disponía a entrar, vio a través de las cristaleras a Víctor hablando con la dependienta. Olivia se puso a un lado del escaparate, desde donde la oblicuidad le permitía observarlos. Aunque no los podía escuchar, por los gestos y las expresiones faciales dedujo que estaban discutiendo. No se equivocaba.

—Carmen, ¿te lo vuelvo a preguntar?

—No me gusta tu tono, Víctor. Conmigo no te enfades, ya te he dicho que no lo he visto.

—Hoy no ha venido en todo el día y tampoco me coge el teléfono. He ido a su casa y me he cansado de llamar al timbre sin que me abriese la puerta. ¿Tú no tenías una llave?

—Sí, tengo una copia que guardo en mi piso, no la llevo encima. Además, no vamos a entrar sin su permiso. Si no te responde, será porque estará en otro sitio.

—Su comportamiento es raro...

—¿Qué quieres que te diga! Quizá está afectado por la noticia, ya sabes..., la del secuestro de la chica.

—No es excusa, Carmen. A mí también me afecta, con más razón que a él, y no faltó al trabajo.

—¿Por qué con más razón que a él? Eso no lo puedes afirmar de una manera tan categórica. Cada cual vive las desgracias a su manera.

—Entiendo que saques la cara por tu hermano. Ojalá, mi hermana estuviese viva e hiciese lo mismo por mí... Por favor, sigue llamándolo hasta que lo localices.

Olivia entró. Se hizo un silencio repentino, extraño. No sonó un «hola» inmediato de Víctor al verla ni el acostumbrado «buenas tardes» de

Carmen acompañado de su sonrisa. Las miradas de ambos se posaron sobre ella.

—¿Llego en mal momento? —preguntó Olivia con una leve sonrisa.

—Hola, Olivia —reaccionó Víctor—. Hablábamos de la hija de Pedro Díaz, supongo que estás al tanto de su secuestro. En fin, cada vez que sale a relucir el nombre de ese ser despreciable, me altero.

—Buenas tardes. —Carmen la saludó, su rostro trasmitía preocupación.

La tensión era palpable, Olivia se sentía incómoda. Dos hombres entraron, Carmen los atendió.

—¿Vamos a tomar un té? —le propuso Víctor—. No permitamos que este tema nos haga cambiar de planes.

Olivia accedió sin ganas. Mientras los había estado observando desde fuera, había visto algo en Víctor que le disgustaba, no sabía el qué, pero le provocaba rechazo...

—Tendrá que ser un té rápido, tengo un poco de prisa.

En la finca de Martín, la policía había hallado una pista a seguir: el rastro de la sangre del presunto agresor.

—Es intermitente y va hacia aquel lado —le informó un agente al inspector Presedo señalando en línea recta.

—Adrián, baja del coche. Dime, ¿qué hay hacia allí? —le preguntó Presedo.

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. Las veces que he venido a ver a mi abuelo no nos hemos movido de la casa.

Presedo alzó la mirada al cielo. Según avanzaba el día, también habían ido en aumento las nubes, se notaba el descenso de la temperatura y la amenaza de lluvia era inminente.

El inspector, seguido de Adrián, caminó hasta donde se encontraba Beatriz acompañada de Lambert. La inspectora le había puesto su chaqueta sobre los hombros en un intento por atenuar los tiritones incesantes de la mujer. Estaba destemplada, pero se negaba a refugiarse en la ambulancia o en alguno de los vehículos policiales. Le insistía a la inspectora en que la llevaran junto a su marido.

—¿Cómo se encuentra, señora? —le preguntó Presedo.

—Estoy preocupada por mi marido. —Le temblaban las palabras. Adrián se abrazó a su abuela—. Tranquilo, cariño. Todo se solucionará, siempre se soluciona...

Lambert y Presedo se miraron.

—Beatriz, ¿me puede decir qué hay en aquella dirección? —Presedo señaló hacia donde le había indicado el agente.

—Más terreno, la finca llega hasta el inicio del monte. ¿Por?

—Porque Pablo ha dejado un rastro en esa dirección.

—¿Cómo está tan seguro de que el atacante ha sido mi hijo? Si fuese el caso, habría huido en su coche, que sigue aquí.

—Su hijo no es tonto, señora, y sabe que, de haberse fugado en su coche, lo habríamos localizado más rápido. ¿No hay ninguna otra construcción en la finca donde se haya podido esconder?

Pese a las evidencias, Beatriz se negaba a aceptar la realidad. «Pedro es malo, Pablo es bueno. Pedro es malo, Pablo es bueno», se repetía. Se lo llevaba repitiendo desde que eran niños y necesitaba creer que, por lo menos uno de los dos, había nacido puro.

—Hacia la dirección que me indica están las caballerizas y pocos metros más allá la paridera —le aclaró Beatriz.

—¿Qué es la paridera? —preguntó Román.

—La finca pertenecía a mis suegros, tenían animales: caballos y ganado ovino. La paridera era el corral donde guardaban las ovejas que estaban a punto de parir; así los pastores no se arriesgaban a que alumbrasen en medio del campo, porque transportarlas de vuelta con la cría resultaba complicado. En la actualidad todo está en ruinas, inspector.

—Lambert, acompáñame. Vamos a seguir la pista que han encontrado —le pidió Presedo.

—Voy con ustedes —dijo Beatriz con decisión.

—La investigación es cosa nuestra, señora. Usted descanse, todavía está débil —respondió Presedo.

—Les puedo ser de ayuda, conozco bien la finca —insistió Beatriz.

El inspector cedió ante la persistencia de la mujer.

—Tú ni me lo preguntes —le advirtió Presedo a Adrián y le dijo a un agente que se encargase de él.

Presedo, Lambert y Beatriz llegaron donde se encontraba el equipo de la Policía Científica que los precedía. El rastro de sangre entraba en las caballerizas y se concentraba en un rincón.

—Es probable que descansase aquí —dedujo Lambert.

Siguieron el trazado de las pisadas lisas, de quien caminaba sin zapatos, solo con calcetines. Avanzaron otro trecho hasta la paridera, donde las pisadas y gruesas gotas de sangre se adentraban. Parte de las paredes, de piedra y mortero, estaban derruidas; el techo desvencijado y el tejado medio caído y picado por el paso de los años y las inclemencias meteorológicas.

—Se apoyó aquí. —Lambert señaló la parte interna de un muro—. Mira esto, Presedo —le dijo cogiendo, con los guantes puestos, un retazo de tela que estaba tirado en el suelo embarrado. Había más.

—Parecen trozos de una camisa rota —opinó el inspector.

—Lo son —aseveró Lambert—. Se quitó y rompió la camisa, posiblemente para hacerse un vendaje. Aquí se acaba el rastro de sangre.

—Sin embargo, las pisadas continúan —observó Presedo al salir de la paridera—. ¿Qué hay más allá, Beatriz?

—Más terreno.

—¿Con qué linda la finca?

—Con nada, ya se lo he dicho antes. Tiene salida directa al monte —repitió Beatriz—. Recuerdo cuando Pablo y Pedro eran niños y veníamos a pasar temporadas de vacaciones con los abuelos. No había manera de retenerlos, a diario se escapaban por el monte. Yo me preocupaba, su padre salía a buscarlos, pero siempre volvía sin ellos, nunca los encontraba. ¡A saber dónde se metían! La cuestión es que regresaban antes del anochecer, se presentaban de repente en la casa cogidos de la mano. Y Martín los castigaba inútilmente...

—Es una zona de cuevas, se debe de conocer todos los escondrijos —razonó Lambert.

—¡¡Qué venga una unidad canina!! —ordenó Presedo.

El té de Víctor se enfriaba. No le había dado ni un trago cuando salió disparado al ver pasar por delante de la librería-cafetería a Augusto. Desde el interior del local, Olivia los observaba con cautela. Parecía el día de las discusiones. Los aspavientos de ambos hombres y sus rostros enervados se lo confirmaban. La gente los miraba al pasar, estaban dando un espectáculo bochornoso. Olivia acabó de beberse la infusión de menta, cogió su bolso, pagó las dos bebidas y abandonó el local. Sintió vergüenza ajena al escuchar las voces del enfrentamiento. Víctor se calló al verla. Augusto también.

—Tu té está intacto —le dijo en tono de reproche.

—Disculpa. Nos hemos liado a hablar... ¿Ya te vas?

—Sí —respondió contundente—. Hola, Augusto. —Lo miró.

—Hola. —Él desvió su mirada desasosegada—. Yo ya me iba.

Augusto se giró y avanzó por la acera hasta entrar en un portal: el de la casa contigua a la sastrería.

—¿Vive ahí? —le preguntó Olivia a Víctor.

—Sí. Era una casa vieja, la compró a buen precio y la va restaurando poco a poco —le explicó—. Olivia, quédate un rato más, por favor... —Su voz fingía una calma que él no tenía.

Olivia dudó un instante; enseguida pensó en su madre y en el estado en que la había dejado.

—No puedo. Te he dicho que disponía de poco tiempo. Además, creo que hoy estás muy ocupado.

Suspiró un «adiós». Víctor contempló cómo se alejaba y chasqueó la lengua con fastidio.

En el camino de retorno a Vallesgo, mientras conducía, Olivia le daba vueltas a la cabeza: «Es un tipo raro Augusto. ¿Sobre qué estaría discutiendo con Víctor? ¿Temas de trabajo? No creo que la calle sea el lugar idóneo. Debe de haber otro motivo. Víctor primero parecía enfadado

con Carmen y después con Augusto. Será cosa de Víctor, que hoy tiene un mal día. De hecho, es la primera vez que lo veo alterado, parecía otra persona. Pero, bueno, casi todos tenemos esa parte bronca de nuestra personalidad que, cuando se deja ver, asusta. Yo no me quedo atrás, no sé de quién habré sacado el carácter bravo que me brota cada vez que me enfado. De mi madre no lo he heredado. ¿De mi padre? ¡No quiero ni pensarlo!».

Al llegar encontró a Lucía sentada en los escalones del porche. Acarició a su hija con una mirada etérea. A su lado estaba Martín y, en una silla, Amalia movía con agilidad las agujas de ganchillo.

—Mamá, ¿te encuentras mejor? —Le dio un beso en la mejilla.

Lucía se mantuvo en silencio.

—Amalia la ha convencido para que saliese de la cama —dijo Martín.

—Le estoy tejiendo un chaleco y se ha animado a hacerme compañía.
—La vecina se quitó importancia.

Lucía tenía sueño y frío, la medicación se los provocaba. Había salido para no hacerle un feo a Amalia, la mujer que llevaba años dándole atención, cuidados y cariño. En el rato que llevaba sentada en el porche, sintiendo en la cara la brisa húmeda que anunciaba lluvia, había tenido tiempo de serenarse y pensar: «Román me quería, nos queríamos, es imposible que él me hiciese daño. Llevábamos meses manteniendo relaciones por amor, ¿por qué me iba a forzar? No tiene sentido. Mi mente me engaña, los recuerdos divergen de la realidad. Tengo que hablar con él; sí, es posible que Román pueda ayudarme a recordar parte de lo que sucedió aquel nefasto día».

—¡Olivia, hija! —exclamó haciéndole un gesto con la mano para que se acercara.

A Olivia le extrañó el entusiasmo. Martín la miró de soslayo temiendo que, como en otras ocasiones, de la apatía pasase a la euforia. También formaba parte de los efectos negativos de la medicación.

—¿Qué pasa, mamá?

—Tengo que hablar contigo a solas —le susurró.

—¿Entramos en casa? —le propuso Olivia.

Al ponerse en pie, Lucía notó más frío, la piel se le erizó, cruzó los brazos y se los frotó con las manos.

—Voy a ponerme una chaqueta, ahora vuelvo —dijo mirando a su padre y a Amalia.

Entraron, Lucía iba delante, directa a su habitación; Olivia la seguía. Se esperaba cualquier cosa, desde que se pusiera a llorar hasta que le dijese algo sin sentido. Fuera lo que fuera, ella, como siempre, la iba a escuchar e intentaría reconfortarla.

Lucía cerró la puerta de su habitación, miró fijamente a su hija y le dijo en voz baja:

—Quiero hablar con el inspector Presedo.

—¿Qué?

—Necesito que lo llames y le digas que quiero hablar con él —insistió.

—Mamá, lo que necesitas es descansar. —Olivia intentó disuadirla de lo que creyó un disparate.

—¡No me tomas en serio! —se quejó agarrándola de los hombros—. Escúchame bien, Olivia, tengo que hablar con Román. Estuve con él el día que... que me... ¡Ya sabes el qué! —le soltó exasperada.

—¿Eso es lo que has recordado en la visita al psiquiatra? ¿Qué estuviste con Román? —Olivia estaba confusa.

—Así es.

—¿Entonces él...?

—No te confundas, Olivia, Román no me hizo nada malo, pero hasta yo he dudado durante unas horas. Por favor, hija, llámalo. Ahora. Y que tu abuelo no se entere.

—Está bien —aceptó poco convencida.

El teléfono del inspector Presedo sonó y le dio al botón de colgar sin mirar quién era. Varios grupos de agentes con perros habían empezado la batida en busca del fugado tanto por la finca como campo a través. El atardecer amenazaba brevedad y había empezado a lloviznar.

—¡Se nos va a echar la noche encima! —voceó y continuó dando órdenes.

—No te alteres, lo vamos a encontrar. Si no hoy, será mañana. No tiene escapatoria, está herido, sin agua ni comida. —Lambert le transmitía su convencimiento.

—Yo no estoy tan seguro, Virginia.

El móvil le volvió a sonar.

—¿Quién será con tanta insistencia? —Miró la pantalla—. ¿Olivia?

—Me suele llamar a mí... ¿Qué querrá? ¡Responde! —le azuzó su compañera.

—Hola, Olivia. Dime —dijo seco.

—Hola. Perdona que te moleste, pero mi madre me ha insistido.

—¿Lucía? —Le cambió el tono de voz.

—Quiere verte para hablar. El motivo es largo de explicar...

Olivia no sabía cómo resumirle los hechos, las circunstancias que envolvían su vida, la tragedia que atormentaba a su madre. A Román le inquietaron las palabras de Olivia, se preguntaba qué era lo que tenía que contarle Lucía después de tantos años y con cierta urgencia. Por otro lado, quería volver a verla y no dudó en responder afirmativamente.

—¿Dónde le va bien que nos veamos? ¿Cuándo? ¿Mañana temprano?

Olivia le transmitió a su madre la propuesta del inspector, a Lucía le pareció perfecto.

—Yo la acercaré a la comisaría. Aunque sería mejor si mi madre y tú hablaseis fuera del recinto. No te molesto más. Gracias —se despidió.

Virginia lo miraba expectante; aunque había escuchado las repuestas de Román, no se imaginaba el motivo por el que Olivia lo había llamado.

—¿Me lo vas a contar?

—¿El qué?

—Lo que quería Olivia.

—Me ha dicho que su madre quiere hablar conmigo...

Presedo, algo confuso, respondió a su compañera. Lambert, con un cansancio que la superaba, no quiso indagar más.

Dos agentes se acercaron a ellos. Llevaban algo en la mano dentro de sendas bolsas cerradas y etiquetadas.

—Inspectores, hemos hallado esto.

Uno de los agentes les mostró el contenido de las bolsas sin abrirlas. En una había dos calcetines negros, sucios y agujereados. En la otra, los restos de un teléfono móvil, machacado.

—¿Dónde los habéis encontrado? —preguntó Lambert.

—¿Las dos cosas estaban juntas? —añadió Presedo.

—Primero nos hemos topado con los calcetines, en el monte, cerca de la finca. Y a pocos metros estaba el teléfono hecho añicos y encima había una piedra del tamaño del aparato, bastante gruesa: también la hemos aislado como prueba.

—Pablo ha destrozado su móvil con el pedrusco... —dedujo Lambert.

—Evita ser localizado —añadió Presedo—. ¿Y los perros?, ¿por qué no paran de ladrar?

—Continúan la búsqueda. Aunque los que usted escucha son dos perras que se han quedado rezagadas. Están en un lugar de la finca donde lo único que hay es terreno y solo se mueven en círculos. Habrán olisqueado algún conejo en las inmediaciones.

—Sacadlas de ahí y llevadlas al monte con los otros perros —ordenó el inspector.

Oscurecía. Beatriz llevaba un rato descansando en el asiento trasero de su vehículo; a su lado, Adrián escuchaba atento lo que su abuela le musitaba.

—Tú mantente siempre a mi lado, yo te protegeré. Me disgusta que tengas que presenciar esta tragedia, deberías haberte quedado en casa. Ahora tú y yo estamos solos, Adrián: tu abuelo en el hospital, Alicia desaparecida y Pablo huido. Tenemos que ser más fuertes que nunca. Hazme caso en todo y mide lo que le cuentas a los inspectores. Piensa antes de hablar.

—¿A qué te refieres, abuela?

—A que te queda mucho por aprender... Lo primero, si tienes algún secreto, cuéntamelo solo a mí. Desconfía del resto del mundo. Dime, ¿tienes algún secreto?

—No.

Adrián agachó la cabeza. Beatriz estaba segura de que le mentía.

Lambert golpeó con el puño la ventanilla. Beatriz la abrió.

—¿Qué quiere, inspectora?

—Acompáñenme, por favor. El inspector Presedo y yo vamos al hospital a interesarnos por el estado de su marido.

—Nos vemos allí. Adrián y yo iremos en mi coche.

Martín Díaz había salido del quirófano. Estaba en la UCI y no se permitían visitas. En una pequeña sala de espera reservada para familiares, su mujer y su nieto ansiaban la presencia de un médico que les informase de su estado. En el pasillo, junto a la máquina de café, Presedo bebía el segundo mientras Virginia se movía de un lado a otro con un botellín de agua en la mano.

—Me estás poniendo nervioso. ¿No te puedes quedar quieta?

—A mí no me echas la culpa de tus nervios, la tiene el café.

—¡Eres una respondona!

—Soy una cuarentona inquieta —le replicó mirando por encima de su hombro al médico que avanzaba por el aséptico corredor y entraba en la sala. Fueron rápidos a escuchar el diagnóstico.

—Su estado es grave. La operación ha sido larga. La herida del pecho le ha perforado parte del pulmón derecho, ha perdido mucha sangre. Las constantes vitales son débiles y ya debería haber despertado de la anestesia, pero sigue inconsciente. Lamento no poder decirles nada más. Ahora toca esperar. Les aconsejo que se vayan a casa y descansen.

—Gracias, doctor —fueron las únicas palabras que Beatriz, abrazada a su nieto, fue capaz de pronunciar.

—Doctor, queremos hacerle algunas preguntas. A solas —le dijo Presedo identificándose. Lambert también mostró su placa.

—Acompañenme —les indicó.

Se dirigieron a un cuarto en el que había una mesa cuadrada y cuatro sillas a las que no dieron uso: hablaron de pie.

—Ustedes dirán. —El médico se cruzó de brazos.

—Verá, Martín Díaz ha sido víctima de un intento de homicidio. Que esperamos quede en eso, en «intento» —le explicó Presedo—. Por favor, manténganos informados de cualquier cambio en su estado. ¡Ah! También pondremos seguridad: habrá un policía de guardia en su puerta. Y las visitas, restringidas a las dos personas con las que acaba de hablar: la esposa y el nieto del paciente.

Salieron juntos del centro hospitalario: Beatriz y Adrián se fueron por un lado. Presedo y Lambert por otro.

La lluvia había ido en aumento y recibía con intensidad la llegada de la media noche. Beatriz conducía despacio, concentrada en la carretera, apenas le quedaban fuerzas y la visibilidad era pésima. En el asiento del copiloto, Adrián pensaba en el secreto que no le había desvelado a su abuela y, satisfecho con el resultado de lo que había hecho, sintió un regocijo vibrante y silencioso.

Tumbado en la cama, con la cabeza apoyada sobre dos cojines grandes y esponjosos, Adrián se repetía que, por mucho que su abuela insistiese, nunca le contaría su secreto. Ni a ella, ni a nadie.

El día que Alicia le dijo que aquella libreta que tenían entre las manos era la sentencia de muerte de Inés empezó a elucubrar cómo sería la ejecución; él era incapaz de perpetrarla, así que pensó en la manera de incitar a otros.

Su primer planteamiento, con tan solo diez años, fue preguntarse quién tenía motivos para odiar a Inés tanto como él, hasta el punto de desear que no existiera, que estuviese muerta. Y en los primeros en quienes pensó fue en los familiares de las víctimas nombradas en la libreta donde Inés describía con detalle lo que ella y Pedro hacían con las chicas. La idea no cesó de dar vueltas en su cabeza y, a los catorce, se puso un objetivo: buscar a las familias de las chicas asesinadas y contactar con ellas de manera anónima.

Adrián tardó dos años más en lograr su propósito. Cumplidos los dieciséis, internet le había facilitado buena parte de la información que necesitaba y de la hemeroteca también obtuvo datos que le fueron útiles. Lo que más tiempo le costó fue localizar el lugar donde residían las familias. Los padres de las dos primeras víctimas, Elena y Miranda, ya no vivían en Madrid. Los descartó porque él no tenía la posibilidad de trasladarse a otras ciudades. Con la familia de la tercera víctima, Nuria, creyó haber tenido más suerte. No había conseguido la dirección de donde vivían, pero sí la del lugar en el que trabajaban: tenían un negocio propio.

Le faltaba dar los últimos pasos del plan: ir a casa de Inés, localizar la libreta y hacerle fotos con el móvil a la parte en la que hablaba de Nuria.

Adrián no quería reencontrarse con Inés, intentó hacer memoria y recordar las horas en las que su madre solía salir de casa: lo hacía a menudo, daba un paseo por los terrenos aledaños e incluso a veces se

alejaba un poco más. Robaba frutas y verduras de huertas ajenas. El adolescente también recordó que siempre dejaba la puerta de casa abierta, pero, por si había cambiado de costumbre, buscó su llave, la que él usaba cuando vivía allí. La tenía guardada en algún sitio, pero no se acordaba dónde. Sí recordaba que Alicia tiró a la basura la suya, convencida de que nunca más la usaría, y le dijo que hiciese lo mismo, pero él la guardó sin motivo, quizá fue simplemente porque en aquel entonces era un crío de diez años, bastante rebelde, que quería llevarle la contraria a su hermana. Rebuscó por todos los cajones de su habitación, los del armario, las mesillas, el escritorio... Miró por todas partes y la encontró donde menos se imaginaba que podía estar: en el bolsillo de un abrigo que no usaba porque hacía años que se le había quedado pequeño, pero seguía colgado, arrinconado en una percha en el fondo de su amplio armario.

Y Adrián fue a la casa de Inés. La puerta estaba abierta, entró despacio, precavido, y tuvo la suerte de no encontrarse con su madre. Entonces agilizó sus movimientos y actuó rápido. La libreta seguía estando en el mismo cajón en el que seis años antes él y su hermana la habían encontrado. Hizo las fotos que necesitaba y abandonó aquella casucha sin mirar atrás.

Regresó a casa de Beatriz, volvió a dejar en el garaje el coche de su abuelo, con el que había salido a escondidas para ir a la chabola aprovechando que ese día su abuela estaba en la consulta del cardiólogo. Entró en casa desde el garaje para no ser visto por el personal de servicio y fue directo a su cuarto. Cerró la puerta. Se sentó en la silla del escritorio y envió las fotos que había hecho con el móvil a su correo electrónico. Encendió el ordenador, abrió el correo. Transcribió en un archivo de Word el escrito de Inés. Activó la impresora, imprimió una hoja a doble cara. La cogió y en un lateral del margen escribió y dibujó con detalle las indicaciones de cómo llegar al lugar donde vivía Inés. Adrián pensó que le faltaba algo: un sobre. Utilizó el que contenía la tarjeta de felicitación de su último cumpleaños, que todavía guardaba en un cajón del escritorio. Introdujo el folio en el sobre blanco, lo dobló y se lo metió en un bolsillo trasero del pantalón vaquero. Salió de nuevo de la casa, caminó dando grandes zancadas hasta la parada de metro, que estaba alejada de la lujosa urbanización. La adrenalina le recorría el cuerpo. No podía pensar, solo actuar.

Llegó a la dirección que tenía anotada en la memoria. La tienda estaba abierta, pero su intención no era entrar: buscó en la fachada un buzón, que enseguida encontró, e introdujo el sobre sin señas ni remitente. Antes de irse, su mirada se detuvo en el letrero: sastrería v. g.

En lo que no pensó Adrián fue en las consecuencias derivadas de aquel acto, en los daños colaterales.

Dos golpes secos sonaron en la puerta de la habitación.

—Adrián, ¿estás bien?, ¿puedo pasar?

—Sí, abuela. —Se incorporó, quedando sentado sobre la cama con las piernas cruzadas como un buda.

Beatriz entró dejando una estela de aroma a jazmín. Había tirado a la basura toda la ropa que llevaba puesta y se había deleitado con una larga ducha. Ataviada con el pijama y una bata que lo cubría casi en su totalidad, se sentó en el borde de la cama y Adrián vio que lo sondeaba con la mirada.

—¿Qué piensas?

—En Alicia y en el abuelo...

—¿Y en tu tío no?

—No lo soporto, me recuerda a mi padre. Además, el abuelo me advirtió de que tuviese cuidado con él, que no era de fiar. ¡¡Y mira lo que le ha hecho!!

—¡Cálmate! —le ordenó Beatriz poniéndose de pie—. No sabemos seguro que Pablo haya hecho nada malo.

—Pero, abuela, si hay un montón de evidencias... —respondió achantado.

—No hables como los inspectores. Daré por cierto que mi hijo Pablo es el causante de lo sucedido a Martín cuando al menos uno de los dos me lo confirme. —Irguió la cabeza—. Ahora lo único que podemos hacer es rezar —suavizó el tono de voz y se volvió a sentar—, rogar por la salud de tu abuelo y para que se obre un milagro y tu hermana aparezca viva.

Beatriz se santiguó y juntó las manos. Adrián juntó las suyas y susurró acompasado a la voz de su abuela. Él ni sabía ni quería pronunciar aquella oración a la que no le encontraba ningún sentido. Fingía tener fe para contentar a Beatriz. Y mientras hacía aquel sonidito de complacencia, seguía dándole vueltas a la cabeza, convencido de que había sido algún

familiar de Nuria Garcés quien había matado a Inés después de leer la hoja que él había depositado en el buzón. De golpe sintió una fuerte sacudida en la cabeza, como si alguien le agarrara los sesos y se los estirase y apretase en acordeón. Y una revelación hizo temblar su corazón: «Daños colaterales... ¡¡Alicia!!».

—¿Qué te pasa?

Beatriz percibió su desasosiego. Él no se atrevía a explicarle el motivo, ¡no podía hacerlo! Pero ¿cómo iba a callar algo así? Aunque tampoco estaba seguro de que alguien de la familia Garcés tuviese retenida a Alicia, ni tan siquiera tenía pruebas de que fuesen los causantes del asesinato de Inés. Su desesperación se acrecentaba junto a la confusión.

Bajo la inquieta mirada de su abuela, se levantó de la cama, caminó hasta la ventana, la abrió y sacó la cabeza: dejó que la oscuridad fría y lluviosa lo apaciguase.

La búsqueda de Pablo Díaz se había suspendido hasta el amanecer. Era casi la una de la madrugada cuando Román aparcaba en la puerta del edificio donde vivía Virginia. Ella bajó del vehículo y se despidieron con un fatigado «buenas noches».

En cuanto entró en su piso, Román se desnudó y caminó descalzo sobre el parqué. Introdujo la ropa en la lavadora, pero no la puso en marcha: pensó que era demasiado tarde y el ruido podía molestar a los vecinos. Cogió una manzana del frutero que estaba sobre el mármol de la cocina y la devoró en pocos bocados. Se comió otra más. Fue al baño y se metió en la ducha, donde estuvo varios minutos bajo el chorro masajeador de la roseta. Se secó y se envolvió con una toalla. Vio su imagen difusa en el espejo empañado y se alegró de que el reflejo no fuese fidedigno: hacía tres días que no se afeitaba, alguno más que apenas dormía y era propenso a las ojeras.

Acuciado por el cansancio, recogió cuatro prendas que desordenaban la habitación y alisó las sábanas y la colcha de la cama que por la mañana había dejado sin hacer. Entreabrió la ventana, subió unos centímetros la persiana sin permitir el paso a la lluvia. Entraba un aire fresco que agradeció. Se colocó una camiseta y se acostó con una imagen en la cabeza: Lucía. Y una pregunta: «¿Para qué querrá verme?».

Román se relajó pensando en ella y en los inolvidables momentos que habían vivido juntos.

La jornada había sido interminable, agotadora. Pese a que llevaba horas sin probar bocado, no tenía hambre. El cansancio la condujo hasta la bañera, en la que se sumergió al completo conteniendo durante unos segundos la respiración. Virginia sacó la cabeza y mantuvo el resto del cuerpo en el agua caliente, desacelerando el ritmo bestial al que había estado sometida durante todo el día. Escuchó el tintineo de las gotas que se precipitaban contra el cristal de la ventana. Las noches de lluvia le provocaban melancolía. Se pasó las manos por el vientre, como si acariciase a la criatura que deseaba haber gestado.

Enfundada en el albornoz, se dejó caer en el sofá y echó un vistazo rápido a los mensajes recibidos en el móvil. Se detuvo en un wasap que, sin llegar a abrirlo, le produjo un agradable cosquilleo en el estómago. Era de Alexis.

¿Cómo estás, Virginia? ¿Tienes un rato para hablar?

Lo había enviado dos horas antes. Virginia respondió:

Si quieres, ahora puedo.

Medio minuto después sonaba el teléfono. La conversación fue larga, aunque a ambos les pareció un suspiro.

A Virginia le costó coger el sueño. Antes hizo un recorrido mental por su pasado para concluir que, pese a todo, era mejor el presente. Volvió a pensar en Alexis, el hombre que había revivido su ilusión sin más pretensiones que aprovechar la felicidad que le brindaban los pequeños actos, como un mensaje o una animada charla tras un duro día de trabajo.

Se despertó de madrugada con el dolor de cervicales que la atacaba cada vez que se quedaba dormida en el sofá y adoptaba una mala postura.

Miró la hora en el móvil: eran las cuatro y cuarto. Se levantó y arrastró los pies en las zapatillas hasta su habitación, se tiró en la cama y acomodó la cabeza en la almohada.

Abrió los ojos azorada por un pitido que la desubicó en lugar y tiempo. Pensó que no serían más de las cuatro y media, tenía la sensación de que se acababa de quedar dormida. El sonido era una llamada entrante de Román. Virginia respondió.

—¿Qué ha sucedido, para qué me llamas a estas horas? —preguntó sin fuerza en la voz.

—¿Qué horas? Habíamos quedado que te pasaría a recoger a las siete y son las siete y diez. ¿Me vas a hacer esperar mucho más? —gruñó Román armándose de paciencia.

—¡¿Qué?! ¡No he oído el despertador! Tardo diez minutos, ni uno más, te lo prometo.

Virginia saltó de la cama, corrió al baño, se lavó los dientes, la cara con abundante agua helada que la espabiló y, transcurridos esos diez minutos que le había asegurado a Román, se subía en el coche.

—Buenos días. Lamento haberte hecho esperar.

—Buenos días —respondió él entre dientes y arrancó el vehículo en el instante que sonó una llamada.

Román le dio al botón y activó el manos libres.

—Presedo al habla.

—Inspector, tenemos al fugado. Como sospechábamos, se trata de Pablo Díaz.

Sábado, 27 de abril de 2024

Presedo condujo en dirección al hospital donde habían trasladado al detenido. La unidad canina lo había encontrado en el monte, en la profundidad de una cueva. Pablo Díaz no había opuesto resistencia cuando lo detuvieron. Iba descalzo, descamisado, ataviado con pantalón y americana. Estaba sucio, herido y magullado. No había respondido a ninguna de las preguntas de la policía, se negaba a hablar.

—Supongo que cuando le demos la noticia a Beatriz cualquier duda sobre la autoría de los hechos se le disipará ahora que hemos atrapado a Pablo —comentó Presedo.

—No sé qué decirte —dudó Lambert—. Aceptar que tus dos únicos hijos rozan el extremo de la maldad no debe de ser nada fácil.

—¿Rozan?

—Sobrepasan —corrigió.

—La verdad es que me pongo en la piel de Beatriz... y me da pena —reconoció el inspector—. Pablo no se va a librar de la cárcel, como mínimo son demostrables el delito de homicidio en grado de tentativa, más lesiones, más agravante por parentesco. Le esperan unos cuantos añitos de encierro.

—Eso en el caso de que Martín sobreviva, si no la pena será mayor —repuso Lambert—. ¡Menudo cuadro tiene Beatriz! Un hijo en prisión, el otro en puertas, el marido grave, la nieta desaparecida... A mí me entra vértigo solo de imaginarme en su situación.

Llegaron al hospital, era el mismo en el que Martín se debatía entre la vida y la muerte en la UCI. Pablo estaba en otra planta, en una habitación aislado y vigilado por agentes de policía. Los inspectores entraron; él los miró con desfachatez. No parecía cansado, era un ser inhumano, una bestia antinatura. Le habían limpiado y curado las heridas que, según el parte

médico, no revestían gravedad. La más destacable era una punzada en el costado izquierdo, poco profunda, que le había provocado un desgarro leve en tres costillas. Las demás eran pequeñas lesiones sin importancia ocasionadas durante su andadura por el monte.

Lambert y Presedo se colocaron juntos frente a él, a medio metro de los pies de la cama.

—Pablo, ¿qué nos cuenta? —soltó Presedo como si tal cosa— ¿Qué tal su excursión por el monte? ¿Ha sido entretenida?

Pablo mantenía la boca cerrada y meneaba las mandíbulas en círculos irregulares.

—Si no quiere, no hable, casi que lo prefiero. Escuchar su voz me produce arcadas —añadió Lambert—. Como sabe, está detenido; en cuanto le den el alta médica será trasladado a dependencias policiales y, en breve, puesto a disposición judicial.

—Se me acusa de homicidio, supongo. —Les dedicó una sonrisa torcida.

—Supone mal —replicó Lambert y salió de la habitación seguida por Presedo.

—¡Esperen! ¿¿Acaso mi padre sigue vivo?? —gritó enfurecido intentando levantarse.

Entre cuatro agentes lo aplacaron. Los inspectores volvieron a entrar.

—Sí, su padre sigue vivo. Está jodido, Pablo. ¿Ahora quiere hablar? Hablemos —dijo Presedo—. Cuéntenos su versión, seguro que la tiene, a ver si coincide con la nuestra. Evite decirnos que su padre intentó matarle, ya no cuela.

—No me van a creer, lo sé. Pero fui a casa de mi padre cumpliendo órdenes —afirmó muy serio.

Lambert puso los ojos en blanco, cruzó los brazos y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie.

—¿Órdenes? ¿Qué órdenes? —Presedo lo miró contrariado.

—Las que me dio mi hermano.

—¿Pedro? ¿Desde la cárcel? ¿Por telepatía?

—Me lo dijo en persona, inspector. Estuve con él justo antes de ir a casa de Martín. Pueden comprobarlo, mi visita habrá quedado registrada.

La serenidad con la que hablaba desesperaba a Lambert, que no se creía ni una palabra.

—¿Por qué fue a ver a Pedro? Lleva años pudriéndose en la cárcel y nunca ha ido a visitarlo.

—Pensé que había llegado la hora de hacer las paces. Entiéndalo, inspectora, es mi hermano...

—Pablo, a ver si tú entiendes esto: ¡Vete a la mierda! —se desahogó y acabó al mismo tiempo con la distancia implícita al tratarlo de usted—. ¿Nos tomas por estúpidos? ¿Piensas que nos vamos a creer que fuiste a casa de tu padre y casi lo matas porque tu hermano te lo ordenó? ¿Desde cuándo acatas las órdenes de Pedro? ¿No tienes capacidad de discernimiento? Ahora no te hagas el loco, que no lo eres. Ahórrate gastar saliva inútilmente. ¡Vas a pringar! ¡¡Como me llamo Virginia Lambert que vas a pringar!!

El teléfono de Román sonó y salió de la habitación seguido por Virginia, que no aguantaba un minuto más las sandeces de Pablo.

—De acuerdo —escuchó que respondía su compañero con mala cara. Román colgó y resoplo.

—¿Qué pasa? —se interesó la inspectora.

—La orden de registro de la casa de Beatriz nos ha sido denegada y me fastidia. Pero tenemos carta blanca para proceder al registro de la casa de Martín. —Le guiñó un ojo—. Dejemos el interrogatorio del energúmeno para más tarde. Tenemos trabajo en comisaría, y yo, una cita...

—¿Una cita?

—Sí. ¿No te lo dije? Lucía, la madre de Olivia, quiere hablar conmigo.

—Algo me dijiste... Pues que sepas que para reencontrarte con un antiguo amor no tienes el aspecto ideal. Estás feo y ojeroso.

—Tu sinceridad me abruma, Virginia. A veces podrías callarte lo que piensas. De todas formas, no es una cita romántica: quiere decirme algo, no sé el qué.

—Me come la curiosidad. —Alzó dos veces seguidas las cejas—. Vámonos, no querrás llegar tarde...

—Hoy estás insoportable, Lambert. Cállate un rato —le dijo medio en broma.

Los inspectores tenían prisa por llegar a la comisaría. Bajaron a la planta baja y caminaron a paso rápido hacia la salida del hospital. Entre el incesante trasiego de gente que se cruzaba en diferentes direcciones vieron a Beatriz, que, acompañada de Adrián, avanzaba con determinación. Se detuvieron al encontrarse.

—Buenos días, inspectores —saludó la mujer.

Un sutil halo de falsa suficiencia la envolvía. Cada día de su vida recordaba las palabras de su madre: «Hija, camina siempre erguida y sin arrastrar los pies. Somos humildes, pero dignos como el que más». Hacía años que Beatriz había dejado de vivir en la pobreza material, pero cada día que pasaba se sentía más hundida en la miseria emocional.

—¿Han venido a ver a mi marido? ¿Cómo está?

Antes de responder, Presedo y Lambert intercambiaron una mirada fugaz.

—No lo hemos visto, Beatriz. Si hubiese habido algún cambio en su estado, los médicos nos lo habrían comunicado —expuso Lambert.

—Entonces, ¿qué hacen aquí? —preguntó confusa.

—Hemos encontrado a Pablo —le explicó Presedo.

—¿Mi hijo?! ¿Está bien? ¿Está aquí? ¡Dígame dónde, necesito verlo!

—Señora, tranquilícese, por favor —le rogó Presedo y se apartaron hacia un lado para dejar de entorpecer el paso.

—Beatriz, como sospechábamos, hemos encontrado a Pablo escondido en una cueva del monte. Ahora está en una habitación, incomunicado, bajo vigilancia policial —le dijo la inspectora.

—¿Está... herido? —balbuceó.

—Tiene desgarró leve en tres costillas del lado izquierdo. Eso es todo. Aparte de magulladuras sin importancia.

—Pero, entonces..., ¿ha sido él quién atacó a mi marido? —Le costaba pronunciar un hecho que se había resistido a aceptar.

—¿Todavía te quedan dudas, abuela? —estalló Adrián.

Beatriz palideció, las piernas le flaqueaban. Se apoyó en su nieto.

—Es mejor que vuelva a su casa y descanse —le sugirió Lambert—. Como le he dicho, su marido sigue igual y está bien atendido. Los médicos la avisarán cuando pueda visitarlo. ¿Han venido en su coche?

—Hemos cogido un taxi.

—Los podemos llevar de vuelta. Nosotros nos íbamos ya —se ofreció Lambert bajo la atenta mirada de Presedo.

—Le agradezco su amabilidad, inspectora, pero no quiero importunarles más. Cogemos otro taxi.

Beatriz se agarró al brazo de su nieto y caminaron hacia la salida. Lambert y Presedo reanudaron la marcha. Presedo se giró al adelantarlos; se le había olvidado decirle algo:

—Señora, disculpe, la iba a llamar por teléfono para comunicárselo, pero ya que nos hemos encontrado se lo digo. Tenemos una orden judicial para llevar a cabo el registro de la casa y finca de Martín. Empezaremos en breve. Cuando hayamos finalizado, la informaremos; mientras tanto, no podrán acceder.

Beatriz, lívida, entornó los ojos y rezó.

Lucía Durán había contemplado la salida del sol dejándose acariciar por las primeras luces del alba. Atormentada por una de sus pesadillas recurrentes, se había despertado con palpitaciones y náuseas, de madrugada, cuando la oscuridad y el silencio imperaban en la casa. Los demás dormían. Lucía tuvo la tentación de tomarse un tranquilizante, pero no lo hizo porque quería evitar el sueño. Cerrar los ojos y volverse a dormir conllevaba el riesgo de que la pesadilla la atacase de nuevo, de revivir el tormento de las imágenes que recordaba, horribles, angustiosas... Se veía joven, casi una niña, unas manos la cogían... No, no eran manos, eran garras; no era un ser humano, era una alimaña que no tuvo piedad de ella hasta robarle el alma. Aunque habían pasado los años, seguía siendo aquella niña que temblaba al recordarlo.

En el coche de camino a Madrid, Olivia, con Lucía al lado, pensaba en silencio que era sábado, día en que se reservaba la mañana para visitar a Pedro. No acudiría a la cita porque acompañaba a su madre al encuentro con Román. Era una buena razón para evitar verle la cara al psicópata y escuchar sus siniestras confidencias.

Aparcó en las inmediaciones de la comisaría.

—Mamá, ¿te vienes conmigo o prefieres esperar a Román aquí?

—¿Vamos a hablar en el coche? —dudó Lucía.

—Podríais conversar en el parque, está a dos pasos. Pero, con lo que ha llovido esta noche, los bancos todavía deben de estar mojados. No os podréis sentar ni pasear... Habrá charcos.

—Lo que tengo que decirle es privado, preferiría que estuviésemos a solas en un lugar cerrado —aclaró Lucía—. Voy contigo —decidió.

Al entrar en la comisaría las abordó la agente Martínez fijando la mirada en Olivia.

—¡Hola, hola! ¿Vienes a ver a la inspectora Lambert o al inspector Presedo? Pues no sé si te podrán atender porque están de trabajo hasta

arriba. —Movi6 una mano por encima de su cabeza.

—El inspector nos espera —respondi6 Olivia tajante.

—Ah, eso es otra cosa. Ahora lo aviso. —Volvi6 a su garita atus6ndose el cabello. Regres6 al instante.

—Me ha dicho que enseguida sale. —Esboz6 una sonrisa especulativa mientras rebotaba la mirada entre ambas—. ¿Sois hermanas?

—No —respondi6 Olivia con sequedad y vio c6mo Presedo caminaba hacia donde estaban ellas.

—Mart6nez, ¿qu6 haces? —la increp6 el inspector.

—Nada, ya me iba. —Se dio media vuelta ladeando la cabeza.

—Luc6a, Olivia, me alegro de veros —las salud6 Rom6n—. Acompa6adme a mi despacho, all6 estaremos tranquilos.

Luc6a hacia esfuerzos por mantener la calma. No quer6a perder el control como le hab6a pasado en la consulta del psiquiatra. Miraba al Rom6n de hoy y ve6a al de anta6o, al chico simp6tico y atractivo que la hab6a enamorado.

—Hija, quiero hablar a solas con el inspector. No te enfades.

—No me enfado mam6, solo me intrigo... —le sonri6.

—Olivia, ve al despacho de Virginia. Hay noticias nuevas, ella te las contar6 —le propuso Rom6n.

Los dej6 a solas pensando qu6 ser6a lo que ten6an que hablar. Las repentinas insistencias de su madre empezaban a preocuparle. Primero la urgencia por adelantar la visita al psiquiatra con el consecuente resultado negativo, y ahora las prisas para verse con el inspector y querer hablar con 6l a solas..., con un noviete de juventud despu6s de tantos a6os... Olivia prefiri6 no darle m6s vueltas al tema.

—Soy Olivia. ¿Puedo entrar? —pregunt6 y dio dos golpecitos con el pu6o en la puerta del despacho de la inspectora Lambert.

—Hola, pasa. —Le abri6 ella misma, estaba de pie, caminando de un lado al otro como cada vez que elucubraba—. Supongo que has venido con tu madre —le dijo sin detener los pasos, rectos y medidos. A veces los contaba para intentar concentrarse.

—S6, la he dejado con Presedo. Me ha dicho que ten6as algo que contarme.

—Tenemos a padre e hijo en el hospital —solt6 y se detuvo.

—¿C6mo?!

—Martín Díaz debatiéndose entre la vida y la muerte en la UCI. Y Pablo Díaz en otra planta, en una habitación aislado y bajo vigilancia policial, con cuatro rasguños. —Frunció los labios.

Al escuchar las palabras de la inspectora, Olivia se acordó del otro hermano, el que estaba en prisión posiblemente esperando su visita.

—¡Tremendo panorama! Luego me lo cuentas con detalle, porfa. Primero deja que te pregunte qué hago con Pedro: hoy es sábado, día de visita, supongo que creerá que voy a ir, pero estoy aquí. ¿Hace falta que siga hablando con él? —Sacó la lengua simulando una arcada.

—Entiendo y comparto tu asco —aseveró Virginia—. La respuesta a tu pregunta es sí, tienes que seguir en contacto con él, ahora con más motivos. Seguro que tiene información que nos puede ser valiosa, pero se la calla porque le gusta que le supliquen, ya sabes, es la manera de alimentar su inabarcable ego. —Imitó la arcada de Olivia.

—¿Qué hago? —Miró su reloj. Faltan escasos diez minutos para la hora de visita—. No llego a tiempo.

—Déjame que piense. —Lambert se sentó, apoyó los codos en la mesa y puso la cabeza sobre las manos tapándose los ojos—. ¡Ya sé lo que vamos a hacer! —resolvió un segundo después. Olivia la miró expectante—. Hoy el encuentro será vía telefónica y, con tu permiso, lo vamos a grabar. —Dio tres palmadas.

—¡Buena idea! —A Olivia le chispeó el azul de los ojos—. ¿Llamo desde mi móvil?

—Sí, la llamada la haremos desde tu teléfono. Voy a avisar a los expertos para que vengan y lo preparen. Ellos lo organizan en un plis.

Una vez que estuvo todo dispuesto, antes de iniciar la llamada, lo primero que hizo Lambert fue decirle a la agente Martínez que nadie las molestase hasta nueva orden.

—Empezamos. En cuanto te pasen con Pedro, excúsate por no haber ido. Dile que hoy estás indispuesta y cambia de tema. No le hables de los últimos acontecimientos sobre su padre y su hermano, se supone que tú todavía los desconoces. ¿Preparada?

Olivia asintió con la cabeza. La inspectora tecleó el número de la prisión y colgó de inmediato al escuchar tres golpes en la puerta.

—¿Quién es? —Bufó.

—Yo... —La agente Martínez asomó la cabeza.

—¡Por Dios! ¡Te he dicho que nadie me molestase!

—Perdón, inspectora. Es que... ha venido una mujer que dice tener información sobre el paradero de Alicia Díaz.

Desde que filtraron la noticia de la desaparición de Alicia, en comisaría habían recibido varias llamadas de personas que decían haberla visto. Ninguna era cierta. También, un par de personas, por separado, habían ido hasta allí asegurando que la chica estaba muerta y que podían colaborar con la policía para encontrar su cuerpo. Dejaron un folleto explicativo de su actividad y honorarios. La policía estaba acostumbrada a recibir, en los casos de desaparecidos, todo tipo de llamadas inconvenientes y de información sin fundamento. No obstante, escuchaban a todo el que pudiese aportar alguna pista, por extraña que pudiese parecer.

—¿Dónde está la mujer? —le susurró Lambert a Martínez al llegar a la salita de recepción. No había nadie.

—Le he dicho que esperase aquí —se extrañó la agente mirando a todos lados.

—¿Te ha dicho su nombre? ¿Lo has apuntado?

La agente agachó la cabeza y la movió negando.

—Me dijo que tenía mucha prisa y corrí a avisarte —se excusó.

—Bueno, si por casualidad volviese, apunta todos sus datos —le pidió con calma forzada—. Ahora vuelvo a mi despacho. Sobre todo, Martínez, que nadie me moleste. ¿Entendido?

—Entendido, inspectora. —Apretó los labios y se enredó un mechón de pelo con el dedo.

Lambert miró hacia arriba y se pidió paciencia.

—Te he estado esperando. ¿Por qué no has venido? —Fue el saludo telefónico de Pedro a Olivia. Ella y Virginia lo escuchaban con los auriculares puestos.

—Hoy me siento indispuesta; aun así, he pensado que podríamos conversar por teléfono, si te apetece, claro.

—Cuando te hablo, me gusta sumergirme en la profundidad de tus ojos. Hoy solo me conformaré con escuchar tu bonita voz. Dime, ¿cómo llevas tu trabajo? ¿Te han servido de algo nuestras charlas?

—La verdad es que sí: estoy aprendiendo mucho contigo.

Virginia cogió un boli y escribió en un folio: «Halágalo más».

—¿Aprendiendo? ¿Qué aprendes?

Olivia miró a Virginia, se encogió de hombros y levantó las manos sin saber qué contestar. Improvisó.

—Muchas cosas. Por ejemplo, pensaba que no tenías sentimientos ni emociones, es lo que suelen decir de los psicópatas. En cambio, he visto que sí los tienes.

—No has aprendido nada, Olivia. ¿Por qué crees que tengo sentimientos? Y ¡¿emociones?!

—Porque vi tu reacción cuando supiste que tu hija había desaparecido. Te preocupas por ella.

—Te equivocas, yo no me preocupo por nadie. Por mi hija tampoco. Pero me jode que se apropien de lo que es mío y Alicia es mía —alzó la voz—. ¿Se sabe algo de ella?

—Todavía no.

—¡Qué torpe es la policía! Torpe y lenta. La de casos que se quedan sin resolver... Como los que te comenté en nuestro segundo encuentro... ¿Te acuerdas?

—Más o menos. No me lo acabaste de explicar.

Virginia escribe: «¿A qué se refiere?».

Olivia escribe: «Creo que se refiere a las primeras chicas que asesinó antes que a las tres que se conocen». Algo os comenté a Presedo y a ti.

Virginia escribe: «Síguele la corriente. ¡Que hable!».

—Recuérdame qué fue lo que te dije.

—Hablabamos de que tus víctimas tenían dieciocho años y me dijiste que solo las tres últimas, que había más, adolescentes a las que habías quitado la vida y nunca nadie lo supo, quedaron como desaparecidas... No recuerdo las edades y creo que no me dijiste sus nombres...

—Buen resumen, Olivia. Eres lista. ¿Quieres escuchar toda la historia?

—Sí, por supuesto.

—¿Estás segura?

—Segurísima, Pedro. Me puede la curiosidad. —Puso énfasis en su respuesta. Virginia asintió varias veces con la cabeza.

—Me gusta tu interés. Está bien, te lo cuento. —En su voz se percibía una sonrisa mordaz—. Mi primera víctima fue una quinceañera, su inocencia acrecentaba mis ansias de matarla. Hubo otras dos, también muy jóvenes, de trece y catorce años. Las raptamos juntas en el trayecto que recorrían cada martes y viernes desde la escuela de danza hasta sus casas. Eran vecinas.

Virginia escribió: «Ha dicho *raptamos*. ¿Por qué habla en plural?».

—¿Raptamos? ¿No lo hiciste solo?

—Vaya, se me olvidó contarte ese pequeño detalle...

—¿A qué te refieres?

—Te lo voy a explicar ahora, ten paciencia, Olivia, ten paciencia...

Olivia apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos. Virginia escribió: «Si percibe tu nerviosismo, colgará. Tranquilízate».

—Lo hicimos juntos mi hermano y yo, como tantas otras cosas. Fue uno de nuestros juegos, pero ahora no me apetece contarte en qué consistía... ¡Hasta la próxima, Olivia! —Y colgó.

La joven y la inspectora se quitaron los auriculares lanzándolos con rabia sobre la mesa, descargando en ellos la impotencia contenida durante la conversación.

—¡Mierda, mierda! ¡Maldito degenerado! —soltó Virginia entonces lo que le habría gustado decirle al teléfono.

La inspectora respiró hondo y le aconsejó a Olivia que hiciese lo mismo. Habían grabado toda la conversación, Pedro se confesaba responsable de más muertes e implicaba a Pablo. Aunque sus palabras no probaban nada: no había dado nombres de las víctimas ni detalles de cuándo y dónde habían tenido lugar los hechos. Aquella historia podía ser cierta o una invención más, un deseo incumplido que le rondaba en la cabeza. Divagaciones de un psicópata que se aburría.

Estaban solos en el despacho. Román había bajado las cortinas de láminas grises y había puesto un poco de orden antes de recibir a Lucía. Llevaban un buen rato charlando, en ese momento con mayor fluidez; en el inicio, con tiento, frases cortas, palabras veladas.

Habían conversado sobre los tiempos estudiantiles, los buenos ratos y los no tan buenos a los ojos de un adolescente, sobre cómo cambiaba la

visión de las cosas con el paso de los años. Román le había hecho un resumen de su ajetreada vida a la espera de que Lucía le contase algo sobre la suya. El misterio de por qué no volvió a aparecer por el instituto ni por ningún otro lugar de los que frecuentaban, de por qué desapareció de Madrid y de su vida sin un mísero adiós.

Lucía no encontraba el valor. Su indecisión la ponía nerviosa y los nervios le ocasionaban indecisión: era un círculo vicioso interminable que no le aportaba nada bueno. Román habría estado con ella horas y horas, pero, desbordado por el trabajo, el tiempo lo acuciaba.

—Lucía, estoy intrigado... ¿Por qué querías verme? —Le hizo una pregunta directa.

Antes de responderle, ella tragó saliva. No podía demorar más el motivo de su visita. Lo miró fijamente, como buscando en sus ojos la fuerza que ella no tenía. Estaban sentados de frente, muy juntos, los pies se llegaban a rozar.

—Me cuesta hablar de esto... Te pido paciencia... —Bajó la mirada.

—Puedes estar tranquila, Lucía. —Le cogió una mano envolviéndola con suavidad entre las suyas.

—Román, he vivido un suplicio del que todavía me quedan graves secuelas. Te tengo que hablar del primer día de aquella Semana Santa, cuando teníamos dieciséis años.

—¿Te refieres al último día que nos vimos? —La escuchaba confuso al tiempo que alentado.

—Sí. Necesito saber lo que recuerdas tú. Porque ese día me violaron y la última imagen que recuerdo es la tuya. —Se le aguaron los ojos.

Román se estremeció. Incluyó el cuerpo hacia ella e hizo ademán de abrazarla, pero Lucía se echó hacia atrás en un acto reflejo, pegándose contra el respaldo de la silla y soltándose de sus manos.

—Yo no te hice nada malo, Lucía. No me temas. Te voy a ayudar en todo lo que pueda. Lo que recuerdo es que habíamos quedado con algunos compañeros de clase en las barcas del Retiro. Cuando tú llegaste con unas amigas, yo llevaba rato esperando que aparecieses, habíamos trazado un plan: estaríamos un rato con los demás y después les daríamos esquinazo. Estábamos convencidos de que lo iban a entender; además, no éramos la única pareja del grupo que tenía las mismas intenciones. Y así lo hicimos, después de pasar unas horas con ellos, cuando caía el atardecer, nos perdimos juntos, cogidos de la mano, por los rincones del parque. Hasta

que nos sentamos bajo un árbol alto y frondoso; era como un escondrijo donde nos sentimos protegidos, solos los dos, y nos besamos, y nos acariciamos... Se estaba haciendo de noche, te iba a acompañar a tu casa, pero dijiste que tenías que ir al baño, que enseguida volvías y que te esperase allí. Te pusiste de pie, llevabas un vestido estampado de colores alegres, como tú, en el que predominaba un azul a juego con tus ojos. Pensé en lo guapa que eras y en lo mucho que te quería. Cogiste tu bolso, blanco como tus zapatos, me miraste sonriendo y me dijiste: «Ahora vengo». No te volví a ver. Te busqué durante horas hasta entrada la madrugada. Recorrí todo el parque y los alrededores. Pasé toda la noche en vela y, temprano, fui hasta tu casa, pero nadie me abrió la puerta. No te imaginas la angustia que sentí y que fue en aumento durante los días sucesivos. Hablé con tus amigas, ellas tampoco sabían nada de ti y estaban preocupadas. Intenté varias veces hablar con tu padre... inútilmente. ¡Cuánto lo siento, Lucía!

Volvió a hacer el ademán de abrazarla y ella le correspondió. Lloraron juntos.

Según Román le había ido contando, Lucía recordó algunas imágenes, pinceladas cada vez más claras.

—Recuerdo que fui al baño, había gente en los alrededores —dijo Lucía con la mirada puesta en Román y el pensamiento en el pasado—. Ya estaban encendidas las farolas, aunque en algunos tramos del parque imperaba la oscuridad... ¡Me agarró! ¡Me tapó la boca! ¡¡Lo veo!!

Es la primera vez que entra en una armería. Ha ido más tarde de lo que tenía previsto; aun así, hay poca gente. No se ha entretenido en mirar la variedad de artículos que se venden, va con una idea fija y se la expone al empleado que le atiende. La primera pistola que le enseña le parece bien.

—Me la llevo —le dice sin preguntar el precio.

—Tenemos más modelos, ¿quiere verlos?

—Le repito que me llevo esta.

Ante su contundencia y sequedad, el empleado deja de insistir, coloca el arma en una caja que introduce en una bolsa.

—Gracias.

Paga y coge lo que había ido a buscar, y se aleja.

Hace varias horas que Alicia se ha despertado. Siguiendo las instrucciones que le dio el encapuchado se ha despojado del camisón y se ha puesto su ropa, la que llevaba el día del secuestro: está limpia, huele a esencias florales. Después de enfundarse el vestido azul, se ha calzado sus sandalias de tiras doradas. Ahora lleva un buen rato sentada en el borde de la cama, esperándolo. Mira hacia el lado de las cortinas tras las que se oculta la puerta, ansiosa por verlo entrar y que cumpla su palabra: le aseguró que hoy la dejaría en libertad. El encapuchado está tardando demasiado, pero Alicia no se quiere desesperanzar.

Observa con el corazón encogido que la cortina se mueve, señal de que la puerta se ha abierto.

—Hola, Alicia —le dice al entrar.

—Hola —le responde.

—Veo que me has hecho caso y te has preparado para tu partida. —Sus palabras reverberan por debajo del capuchón. Alicia asiente con mucho anhelo y poco convencimiento—. Me imagino las ganas que tienes de salir

de aquí. No te impacientes, voy a cumplir lo que te dije. No obstante, todavía vamos a estar un rato juntos. Quiero que sepas el motivo de mis actos y me entiendas, o por lo menos que lo intentes —le aclara, y extrae un sobre doblado por la mitad del bolsillo del pantalón.

El encapuchado toma asiento en la mecedora y saca una hoja del sobre. Está escrita por las dos caras. Levanta las dos manos, con una aguanta el sobre y con la otra la hoja; las mueve en el aire.

—¿Fuiste tú? —la interpela.

Alicia no entiende la pregunta.

—¿A qué te refieres? —inquire medrosa.

—¿Que si fuiste tú quien metió esto en el buzón?

—No sé de qué me hablas. ¿Qué es eso?

El encapuchado despeja parte de sus dudas: Alicia no fue quien le proporcionó la información que acabó de desquiciarlo. «Entonces, ¿quién fue?», se pregunta, aunque en el fondo se dice que eso a él ya no le importa.

—Es un sobre que encontré en el buzón, contenía esta carta. La mayoría de los días soy yo quien se encarga de mirar el correo postal; por cierto, cada vez hay menos —comenta, camina hasta la mecedora y se sienta. No se balancea. Alicia lo escucha confundida, le gustaría saber qué tiene que ver con ella esa carta a la que alude el encapuchado—. Cuando vi un sobre en blanco, pensé que sería algún tipo de propaganda, pese a que no llevaba ninguna inscripción en el exterior. Como no iba dirigido a nadie en concreto, lo abrí. En el interior estaba esta carta, leí el contenido y supe que, si había llegado a mis manos, era por un motivo de peso: me habían elegido para que hiciese justicia. La leí una vez y otra, y otra más. Una amalgama de sentimientos rebotó en mi cabeza, se me encendió la sangre, me hirvió la bilis. Obcecado en mi cometido, lo puse en marcha. Lo primero que hice fue confeccionarme este capuchón. —Menea la cabeza, el bajo del capuchón se zarandea.

Las palabras del encapuchado ponen nerviosa a Alicia, empieza a pensar que no la va a dejar irse, que lo que hay escrito en esa carta debe de ser terrible y parece estar relacionado con ella. Se pregunta qué será, ella no ha hecho nada malo, excepto..., excepto lo que la obligó a hacer su madre cuando era niña..., cuando los utilizaba a ella y a su hermano... Pero todo eso está escrito en una libreta, ¿cómo habría ido a parar a una hoja suelta dentro de un sobre?

—Alicia, ¿me escuchas? Pareces distraída.

—Te escucho.

—Bien, porque quiero que estés muy atenta. —Tira el sobre al suelo, coge la hoja con ambas manos y empieza a leer en voz alta—: «Estoy enfadada. Se me ha acabado la diversión. Pedro me ha dicho que la chica de hoy sería la última, por lo menos durante un tiempo. Se quiere tomar un descanso. No sé si es verdad o es que ya no le apetece que formemos un equipo. Sea por lo que sea, me fastidia. Ya le había cogido el gusto a salir de caza y ofrecerle a mi marido la presa. Me siento bien haciéndolo, me siento realizada, empoderada, útil, valerosa.

»Hoy ha sido el turno de Nuria Garcés el día de su decimoctavo cumpleaños, una fecha que debía celebrar con Pedro. Y así ha sido gracias a mí, que la he traído a nuestro hogar y se la he entregado para que la disfrute. El disfrute de Pedro con las chicas no es sexual, me lo ha asegurado infinidad de veces, todas las que me ponía celosa al pensarlo. Lo que a él le gusta es respirar el terror que sienten al verse acorraladas, leerles el pensamiento agonizante, vibrar de placer con el dolor que a ellas les revienta a cada puñalada. Mi marido me es fiel.

»Engatusar a Nuria ha sido fácil. Como en las anteriores ocasiones, he llevado a mis hijos conmigo: son la mejor trampa, un gancho perfecto. Aunque a veces se ponen ariscos, sobre todo Alicia. Sé que esa niña me va a dar problemas, con lo pequeña que es y ya se ha ganado más de una paliza. Adrián es un niño triste, cosa que atrae mucho a las chicas jóvenes: supongo que, al verlo así, cabizbajo y lloroso, les da pena. Nuria enseguida se le ha acercado y le ha hecho arrumacos. Es..., era... una chica muy guapa y cariñosa, ha conseguido sacarle una sonrisa a mi hijo y Adrián le ha agarrado la mano mirándola como un perrito desamparado. Yo he aprovechado para decirle que el niño estaba pachucho, pero no he tenido más remedio que sacarlo de casa porque necesitaba hacer la compra. Me ha visto cargada de bolsas y se ha ofrecido a acompañarnos al coche. Cuando hemos llegado, parecía que le costase soltar la mano de Adrián. Me ha preguntado si vivíamos muy lejos, le he respondido que no y la he invitado a que viniese un rato a casa. Aunque se ha mostrado un poco reticente, ha aceptado mi proposición mirando a los críos y alegando que un ratito sí podía estar, pero no demasiado, porque hoy celebraba la fiesta de su dieciocho cumpleaños... Ay, qué inocente, ¡cómo si yo no lo

supiera! Por el camino me ha explicado que algún día ella también quiere ser madre.

»Nuria se ha empezado a inquietar cuando hemos dejado atrás la ciudad. Me ha vuelto a preguntar si nuestra casa estaba lejos y yo le he dicho que no demasiado y que la traería de vuelta en cuanto ella me lo pidiese. No me ha hecho falta drogarla como a las anteriores chicas. Cuando hemos llegado, Pedro esperaba en la puerta. Nuria ha bajado del coche atemorizada, se le notaba el miedo. Mi marido se ha encargado de ella: con cinta adhesiva le ha tapado la boca, atado las manos y los pies, y se la ha echado a los hombros como si fuese un saco. ¡Qué fuerte es! ¡Cuánto lo deseo! Los niños miraban. Adrián otra vez ha empezado a llorar, Alicia se ha puesto a gritar y le he dado una buena zurra.

El encapuchado estruja la carta con la mano. La tira al suelo. Mira a Alicia, que tiene el rostro inundado de lágrimas.

—¿Entiendes lo que he hecho? ¿Entiendes que matase a Inés?

—Sí —alcanza a pronunciar entre sollozos.

—Raptarte a ti ha sido un error, estoy arrepentido, no tienes culpa de nada, eras una criatura, una víctima más de esa madre que te tocó en desgracia. Pero ha llegado el momento, Alicia, ahora sí. Vas a recuperar la libertad y yo, por fin, me voy con ella. —Se pone de pie—. Sígueme —le dice con un movimiento de cabeza.

Alicia, sin que la vea, actúa con rapidez: se agacha, recoge la hoja del suelo y se la mete en las bragas.

El encapuchado, que camina delante, descorre la cortina, abre la puerta y acceden al descansillo. Alicia ve las escaleras por las que intentó escapar y siente un repentino fogonazo de esperanza, pero se extraña porque el encapuchado no se dirige hacia ellas, camina hasta otra pared, descorre las cortinas y hay otra puerta: la abre y detrás aparece un ascensor. Alicia supone que es por donde le subía el carrito con la comida.

Bajan hasta una sala amplia y penumbrosa, Alicia se fija en los relojes antiguos de las paredes: no funcionan. Hay pocos muebles. El encapuchado arrastra una butaca y la pone encarada a la que parece la puerta principal de la casa; a continuación, se acerca a una mesa sobre la que hay una bolsa; la coge y saca una caja; abre la caja y saca un arma.

—¡¡Nooo!! —grita Alicia: cree que la va a matar.

—Lamento haberte asustado, tranquilízate. Es un arma de fogeo. Antes de liberarte te voy a pedir un favor y tienes que cumplirlo. ¿De

acuerdo? —Está muy confusa, le responde con un «sí» abatido—. Ten. — Le entrega un teléfono móvil—. Vas a teclear el número que yo te diga, es el de la policía, y les vas a decir quién eres y que necesitas ayuda, que quien te ha raptado sigue aquí y está armado; les das esta dirección, aunque posiblemente localicen la llamada. —Le entrega un papel donde ha escrito las señas.

—¿Quieres que te atrapen?

—Ya te he dicho lo que quiero, Alicia. Quiero irme con ella. — Esconde una sonrisa amarga debajo del capuchón—. Otra cosa: es posible que te pregunten si alguien más ha colaborado en tu secuestro. Tú debes responder con un rotundo «no».

Alicia telefonea y, con voz angustiada, dice lo que él le ha pedido. Le devuelve el móvil.

—Lo has hecho muy bien. La policía no tardará en llegar. Es hora de despedirnos, Alicia. —Le abre la puerta, la luz del exterior la deslumbra.

Él se sienta en la butaca que ha ubicado ante la puerta a una distancia estratégica y espera con el arma sobre el regazo, la acaricia.

Alicia no puede creer que esté en la calle. Su ansiedad se desborda, le tiembla todo el cuerpo. Da tres pasos y se detiene en el portal contiguo: es una tienda. Quiere pedir ayuda para llamar a su abuela. En el cartel se lee: sastrería v. g.

—¡Necesito ayuda! —exclamó al entrar—. ¡Que alguien me ayude, por favor!

Los gritos de Alicia sobresaltaron a los presentes en el lugar. Carmen, la dependienta, al verla, salió de detrás del mostrador lívida. Víctor estaba atendiendo a un cliente y ambos caminaron hacia la chica.

—¿Estás bien? ¿En qué te podemos ayudar? —le preguntó Víctor.

—Soy... soy... —titubeaba—. Soy Alicia Díaz... Me han tenido secuestrada...

Víctor intentó apaciguar el estado nervioso en el que se encontraba la joven y, aturdido, sin dar crédito a sus palabras, le pidió que se tranquilizara señalándole un sillón.

—Siéntate, por favor.

Alicia, trémula, le hizo caso. Apenas era capaz de explicarse y en lo único que pensaba era en ver a su abuela.

En comisaría, la llamada recibida había suscitado un interés especial. Podía ser una falsa alarma como las anteriores; sin embargo, en aquella ocasión, quien había llamado no decía haber visto a Alicia Díaz, sino que se identificaba como tal y pedía ayuda; además, proporcionaba una dirección donde decía encontrarse y que su raptor seguía allí y estaba armado.

Presedo y Lambert reunieron con urgencia al equipo que junto a ellos investigaba el secuestro de Alicia Díaz. Dos agentes, frente a los ordenadores, localizaban el lugar por las señas facilitadas. Al escuchar el nombre de la calle, Lambert dijo:

—Está en pleno centro, es una zona comercial. ¡Y hoy es sábado! Debe de estar abarrotado de gente. ¿Es una casa o un piso?

—Así es inspectora. Está en una zona comercial —confirmó uno de los agentes. Miró en la pantalla la ubicación al detalle y prosiguió—: Es una casa. A continuación, siguiendo calle arriba, hay dos bloques de pisos, una

boutique de ropa de marca, una zapatería y, en la esquina, una cafetería-librería. Hacia el lado contrario, a continuación de la casa hay una sastrería, otra zapat...

—¿Sastrería has dicho? —Presedo lo interrumpió. El rostro se le enrojeció de repente y el corazón le bombeaba en señal de alerta.

—Sí. Sastrería V. G.

Román y Virginia se miraron. El inspector estalló.

—¡Joder, joder! ¡Lo teníamos delante de nuestras narices! ¡¡Rápido!! Que todas las patrullas cercanas a la zona vayan hacia allí y empiecen a desalojar la calle y los alrededores. Vosotros, preparaos y todo el mundo a los coches. ¡Tenemos que llegar cuanto antes!

En el interior de la sastrería la confusión iba en aumento y la angustia también. Alicia seguía con las palabras atascadas: el miedo le recorría el cuerpo. Estaba en el interior de un comercio junto a dos personas que no conocía, desconfiaba de lo que pudiese pasar. Víctor, procuraba actuar con sensatez, había colocado el cartel de cerrado para evitar que nadie más entrase hasta aclarar quién era realmente aquella chica y qué estaba sucediendo. Al escuchar el estruendo de las sirenas de los coches de policía, él, Carmen y Alicia salieron.

Los vehículos flanquearon la calle y rodearon la manzana. Varios agentes se posicionaron junto a la dirección indicada en la llamada y otros fueron dispersando a las personas que caminaban por la zona o se detenían a curiosear.

Pocos minutos después llegaron los refuerzos. Lambert y Presedo descendieron de uno de los vehículos. Anduvieron raudos hacia la casa del presunto secuestrador y vieron a Alicia en el portal de al lado.

—¡Alicia! —exclamó Lambert.

—¿Te han liberado?! —dijo Presedo—. ¿Dónde está el secuestrador? ¿Lo sabes? ¿Es uno o hay más?

—Uno. Creo que sigue en la casa —lo dijo con pena. Al ver a los inspectores se sintió segura y consiguió hablar.

Carmen, con el alma rota, lloraba en silencio por su hermano. Víctor no entendía lo que estaba pasando. Envuelto en el barullo, se le aglutinaban las imágenes, los pensamientos, las sospechas: ¿Qué hacía allí Alicia Díaz? ¿Decía que había estado secuestrada en la casa de al lado? ¿Esa vivienda era de Augusto! ¿Dónde estaba Augusto? «¡¿Augusto, qué has hecho?!», gritó por dentro.

—¡Hay que tirar la puerta abajo! ¡Rápido! —ordenó Presedo.

Un equipo de seis policías, protegidos con chalecos antibalas, portaron un ariete con el que golpearon la puerta hasta derrumbarla. De frente, en medio de la penumbra, iluminado con la potente bombilla de una lámpara que lo enfocaba, lo vieron empuñando un arma.

—¡Tira la pistola al suelo! —le advirtieron.

El encapuchado realizó varios disparos, los policías retrocedieron.

—¡Tira la pistola al suelo! —le volvieron a advertir desde fuera.

Asomaron dos de los policías y al verlos volvió a disparar; los agentes respondieron con un único tiro, uno mortal.

Los inspectores se abrieron paso y se acercaron al cuerpo. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo ligeramente reclinada hacia un lado, los brazos estirados en los laterales; en el suelo, la pistola.

—Es de fogueo... —indicó Lambert—. Quería que lo matasen...

—Pues el plan le ha salido bien —alegó Presedo y le quitó el capuchón—. Que vengan los de la sastrería, a ver si alguno de los dos puede identificarlo —le ordenó a un agente—. Su cara me suena...

—Lo vimos en el cementerio, en el sepelio de Inés —le recordó Lambert.

—Sí, lo sé, pero creo haberlo visto antes, en otro lugar, en el pasado... ¡Ya me acuerdo! Estudiábamos en el mismo instituto, en distintos cursos.

Acompañados de un policía, Víctor y Carmen entraron en la casa. Carmen no se pudo contener al ver a su hermano sin vida y se lanzó a abrazarlo, Presedo se lo impidió.

—¿Lo pueden identificar? —les preguntó a ambos.

—¡Es mi hermano!! —gritó Carmen. Lambert intentó calmarla.

—Es Augusto Ruiz, trabaja en mi sastrería —respondió Víctor conmovido.

—Les tengo que pedir que me acompañen a comisaría —dijo el inspector.

—Yo iré en otro coche con Alicia —dijo Lambert.

El revuelo ocasionado en pleno centro de Madrid, en una de las zonas más comerciales, se propagó como un virus contagioso. Los medios de comunicación no tardaron en dar la noticia: Alicia Díaz había aparecido.

Los inspectores llegaron a la comisaría y entraron bajo la atenta mirada de la agente Martínez.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a Lambert al pasar.

—Debes de ser la única que todavía no se ha enterado —le respondió, Alicia caminaba a su lado—. Voy a mi despacho. Prepara la sala de reuniones para el inspector Presedo —le ordenó—. Después telefonea a Beatriz Luque y pásame de inmediato la llamada.

—Enseguida, inspectora —respondió con los ojos muy abiertos, mordiéndose las uñas.

Lambert intentó que Alicia se encontrase lo más cómoda y tranquila posible dadas las circunstancias. Le ofreció un chocolate caliente antes de empezar a hacerle las preguntas pertinentes.

—Necesito ir al baño —dijo la joven.

Lambert la acompañó y la esperó en la puerta. Alicia se sacó la carta de las bragas, la estrujó más de lo que ya estaba, la tiró al inodoro y accionó dos veces la cisterna. El agua borró todo rastro. Regresaron al despacho.

—Alicia, vamos a hablar un rato de lo que te ha sucedido. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Lo primero que necesito saber es si te han hecho algún daño —dudó Lambert.

—No. Siempre me trató bien. —Alicia omitió lo sucedido el día que intentó escaparse.

—Te refieres a una sola persona. ¿Estás segura de que no había nadie más?

—Solo estaba él.

—¿Le viste alguna vez la cara?

—No, se la cubría el capuchón.

—¿Y cómo puedes estar segura de que no había alguien más que también se ponía un capuchón?

—Por la estatura, los ojos, el cuerpo y la voz. Siempre era el mismo.

—Está bien, descartamos un posible cómplice. ¿Cómo te secuestró?

—No lo sé, ni me di cuenta. Iba a casa de una amiga, tenía prisa porque me estaban esperando para celebrar mi cumpleaños. Alguien me detuvo agarrándome por detrás. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una habitación. Miré por todos lados y solo veía cortinas.

—Una habitación forrada con cortinas... ¿Las cuatro paredes?

—Sí, en una está la puerta por la que entraba y salía el encapuchado. Me traía el desayuno, la comida y la cena; me trataba bien..., es bueno...

Por lo que decía Alicia y cómo lo decía, Lambert pensó que podía sufrir un inicio de síndrome de Estocolmo. Sonó el teléfono, era la agente Martínez:

—Inspectora, he llamado a Beatriz Luque, ¿se la paso?

—Sí, gracias. —Al otro lado de la línea, Beatriz atendía rezando para que aquella llamada no comportase otra mala noticia—. ¿Beatriz? Soy la inspectora Lambert. Su nieta ha aparecido, está bien, no se preocupe. Si quiere, puede hablar un momento con ella.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Lambert le cedió el teléfono a Alicia.

—¡Abuela, ven pronto a buscarme!

—¡Alicia, Alicia! ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás?

—En comisaría. Quiero verte, abuela, te he echado mucho de menos...

—Enseguida voy, cariño, enseguida voy.

Alicia colgó y le devolvió el teléfono a Lambert, que percibió el amor que sentía por su abuela. Cómo le chispeaban los ojos y se le dulcificaba la expresión del rostro al hablar con ella.

—Te voy a hacer un par de preguntas más. Después, una psicóloga hablará contigo.

—Vale —aceptó.

—¿Por qué crees que te secuestró? ¿Te explicó algo?

—Sé por qué y lo entiendo. Él siempre hablaba de ella...

—¿Ella?

—Así la llamaba. Nunca pronunció su nombre hasta hoy, antes de liberarme. Se refería a Nuria Garcés, la última víctima de mis padres...

Lambert no lo podía decir en voz alta, pero en el fondo, pensando en todo el daño que hicieron y en el dolor que causaron, se alegraba de que Pedro estuviese preso e Inés muerta.

—Lamento mucho por lo que has tenido que pasar, Alicia. Eres una chica fuerte, serás una gran mujer. Ahora te dejo, voy a buscar a la psicóloga.

En la sala, Presedo departía con las dos personas más cercanas a Augusto Ruiz: su hermana, y su jefe y amigo. El inspector consideraba que había cometido un error flagrante al no haber insistido más categóricamente en vigilar a Víctor Garcés y a Augusto Ruiz, dada su relación con una de las

víctimas de Pedro, su presencia en el funeral de Inés, la información que había conseguido y transmitido Olivia sobre lo que decían y opinaban de Pedro Díaz, del asesinato de Inés, de todo lo que envolvía el caso. Si Augusto le hubiese hecho algo a Alicia, él no se habría perdonado nunca su falta de determinación. El inspector se culpaba de inacción, pese a saber que no siempre podía actuar como le dictaba su conciencia, tenía que cumplir con el reglamento, con unas normas que, a veces, eran limitantes.

Lambert golpeó con suavidad la puerta de la sala, asomó la cabeza y le hizo un gesto a Presedo para que saliera.

—¿Cómo está Alicia?

—Parece tranquila, la he dejado con la psicóloga. También he avisado a su abuela, está de camino.

—Yo he ordenado que cotejen las huellas de Augusto con la que tenemos sin identificar en la casa de Inés. Por la vía de urgencia. Entra conmigo, continuaremos el interrogatorio juntos —le pidió Presedo. Entraron y tomaron asiento.

—Víctor, Carmen: me habéis dicho que ninguno de los dos sabíais que Augusto tenía a Alicia retenida. Me cuesta creerlo. ¿Tú qué opinas Lambert? —les preguntó el inspector.

—A ver... Tenía a Alicia en la casa de al lado de donde trabajáis, donde él también trabajaba. Pasaba tiempo con ella. Le preparaba el desayuno, la comida y la cena. ¿Cómo se organizaba él solo? —expuso la inspectora.

—Llevaba unos días que pasaba poco por la sastrería; incluso tuvimos una discusión por ello. Pero ni en mis peores pesadillas podría haberme imaginado que el motivo era... el que ya saben... —manifestó Víctor consternado.

—¿Por qué fuiste con él al entierro de Inés? ¿La matasteis vosotros? —le preguntó Lambert.

—¡Yo no he matado a nadie! —se exculpó Víctor—. Lo acompañé al cementerio porque me lo pidió, era mi amigo, ¿no lo entiende? Nunca superó la pérdida de Nuria... Pobre Augusto... Era una buena persona, se lo aseguro. —Tragó saliva para reprimir la emoción.

—Entonces, ¿me confirmas que no has estado en la casa donde vivía Inés?

—No, ni siquiera sé dónde está.

Lambert desvió la mirada hacia Presedo: sus ojos le dijeron que creía las palabras de Víctor.

—Y tú, Carmen. Era tu hermano. ¿Tampoco sabías lo que estaba pasando en su casa? —inquirió Presedo.

—No..., no sabía nada... —titubeó—. Mi hermano era muy reservado.

—Pero alguna vez habrás ido a su casa.

—Sí, manteníamos una buena relación, a veces iba.

—¿Cuándo fuiste por última vez?

—Ahora mismo no le sabría decir con exactitud...

—¿Hace unos días, semanas, un mes? —insistió el inspector.

Una llamada al móvil de Presedo los interrumpió. Miró la pantalla y respondió:

—Dime.

—Inspector, la huella coincide.

Los inspectores salieron de la sala y se encerraron en el despacho de Presedo. Román tenía demasiadas cosas en la cabeza. Todo se había precipitado. Le pidió a Lambert que lo ayudase a poner las ideas en orden: a ella le escaseaba la paciencia; sin embargo, tenía una enorme capacidad para clasificar, ordenar, resumir, esquematizar... Cuando se lo proponía era clara y concisa.

—Virginia, me va a estallar la cabeza.

—¿Por qué?

—La llamada era sobre la huella de Augusto. Coincide con la de la casa de Inés.

—¡Genial! Caso resuelto, Román. No le demos más vueltas. Primero mató a la madre y después raptó a la hija. El móvil está claro: venganza. De hecho, es lo que habíamos pensado desde un principio —recalcó.

—¿Qué te ha contado Alicia?

—Dice que la trató bien. Nunca le vio el rostro, siempre iba encapuchado. Parece que actuó en solitario, no tenía cómplices. Si quieres saber mi opinión, creo que su único objetivo era cargarse a Inés: la consideraba igual de culpable que a Pedro del asesinato de Nuria, su novia. De raptar a Alicia se arrepintió.

—Lo que no me acaba de encajar es por qué ahora, después de tantos años —dijo Presedo.

—No le des tantas vueltas, Román —concluyó Virginia—. La mente humana es complejísima, hay sucesos que pueden volver loco hasta al más cuerdo.

—Tienes razón, compañera. Es tarde, voy a decirles a Carmen y a Víctor que pueden irse, esto tampoco tiene que ser fácil para ellos, teniendo en cuenta la relación que los unía a Augusto.

—Iré yo a comunicarles que se pueden marchar —dispuso Virginia—. Descansa un rato, Román. Tenemos mucho trabajo por delante con la

familia Díaz... También quiero que escuches la grabación de la llamada que Olivia le hizo a Pedro. —La hiperactiva mente de la inspectora no reposaba.

—¿De qué grabación hablas? —preguntó él con extrañeza frunciendo el ceño.

—Hoy es sábado, el día que Olivia va a visitar a Pedro a la cárcel para continuar con su trabajo de fin de grado. Pero como esta mañana ha acompañado a Lucía hasta aquí, no le daba tiempo a ir, así que le ha hecho una «visita telefónica» desde mi despacho y la hemos grabado.

—¿Por qué quieres que la escuche, dice algo destacable? —le preguntó, aunque supuso que así era.

—No sé si será una de sus patrañas, pero insiste en que cometió más crímenes, anteriores a los que conocemos. Y... escucha bien: asegura que su hermano participó en ellos.

—¡¿Qué?! En cuanto puedas, pásame esa grabación —le solicitó Presedo.

Virginia asintió y se dirigió a la puerta, salió tras dedicarle una sonrisa.

A solas en su despacho, Román pensaba en Lucía. Tuvo la tentación de llamarla, pero no tenía su número de teléfono, para hablar con ella debía hacerlo a través de Olivia. Se decidió, pero cuando iba a marcar sonó una llamada entrante.

—Presedo al habla.

—Inspector, hemos revisado la casa y gran parte de la finca de Martín Díaz. Vamos a parar por hoy, está oscureciendo. Antes quería informarle de que hay una zona donde creo que deberíamos excavar. ¿Recuerda que le dije que durante la búsqueda de Pablo Díaz dos perras no avanzaban?

—Sí, me acuerdo. Se habían quedado rezagadas en un lugar concreto, ladrando, ¿no?

—Exacto, inspector. Pues hoy han ido directas allí y se les han unido otros dos perros.

—Delimitad el perímetro. Mañana procederemos a excavar —dispuso. Se quitó las gafas, apoyó la espalda en el respaldo del asiento y bufó.

Un taxi se detuvo delante de la puerta de la comisaría: Beatriz y Adrián iban dentro. La mujer estaba demasiado nerviosa para conducir; además, prefería no hacerlo cuando la luz del día se ocultaba y daba paso a una

oscuridad que le obligaba a forzar la vista. Adrián había insistido en acompañarla al enterarse de que Alicia estaba libre: quería ver a su hermana y comprobar que se encontraba bien. Al entrar, la vio al fondo, de pie junto a Lambert, sacando algo de la máquina dispensadora.

—¡Aliciaaaa, Aliciaaaa! —Corrió hacia ella por el largo pasillo.

Beatriz se quedó rezagada; caminaba con lentitud, su corazón no le permitía avanzar más rápido.

—¡Adrián! —exclamó su hermana al verlo y se estrecharon en un abrazo que se dilató varios minutos mientras ella le susurraba al oído: «He visto la carta y sé que fuiste tú quien la metió en el buzón de la sastrería. Entiendo por qué lo hiciste y no quiero que te sientas culpable de que me secuestrasen. No te preocupes por nada, ya me he desecho de la carta y nadie te puede relacionar con lo sucedido, puedes estar tranquilo. Adrián, hemos nacido de la nada, de un padre asesino y una madre malvada, los hemos odiado tanto que nuestra alma está herida y vacía, no podemos seguir así, tenemos que olvidar y darle nuestro amor a quien nos da incondicionalmente el suyo: a la abuela».

—¡Soltaos de una vez! Yo también quiero abrazar a mi mujercita bonita —dijo Beatriz.

Las palabras de su abuela hicieron que se sintiera a salvo, se miraron con ternura y complicidad, se abrazaron fuerte. Adrián las observó hechas un ovillo y meditó sobre lo que le había dicho su hermana. Eran su familia, la de verdad. Solo faltaba su abuelo.

La inspectora Lambert contemplaba la hermosa imagen que conformaban los tres, juntos, emocionados, como si sus desgracias se hubiesen acabado, como si aquellos abrazos simbolizasen la protección eterna. Le hubiese gustado que así fuera, pero presentía un inminente e ineludible zarpazo, otro revés de la vida.

Presedo salió de su despacho tras permitirse diez minutos de desconexión. Se topó con la escena y, al igual que Lambert, pensó que aquella entrañable imagen no tardaría en enturbiarse. Le hizo una señal con los ojos a Lambert y caminaron hacia un rincón.

—¿Qué sucede? —La inspectora le leyó en la cara que algo malo pasaba.

—Me han llamado desde la finca de Martín. Los perros no dejan de dar vueltas y de ladrar en torno a una misma zona. Mañana empezaremos a excavar.

Virginia lo miró y se mordió el labio inferior.

—Mal asunto... —opinó ella.

—Eso mismo pienso yo... —sentenció él.

En casa de los Durán se disponían a cenar. Ninguno de los tres tenía apetito. En el pensamiento de Lucía, la imagen desdibujada de su agresor le producía náuseas. Olivia, por su parte, estaba sumamente afectada tras una llamada que había recibido de Virginia. La inspectora le había comunicado que el secuestrador, que había sido abatido, era Augusto Ruiz, y que, además, sus huellas coincidían con las halladas en la casa de Inés, por lo que concluían que fue él quien la había matado. La estudiante se mortificaba con la idea de que Víctor también estuviese implicado, pese a que la inspectora le había asegurado que ni él, ni Carmen, la hermana de Augusto, eran conocedores de lo que había hecho.

Miguel miraba a su hija y a su nieta, sabía que algo pasaba y el silencio que ambas guardaban le provocaba una preocupación que le cerraba el estómago.

—¿Qué os pasa? ¿No tenéis hambre? —Miguel rompió el silencio. Encendió el televisor. Sonaba la música que anunciaba el inicio de emisión del telediario.

—No demasiada —respondió Olivia con la vista puesta en el plato de judías verdes, patatas y cebolla.

—Y tú, Lucía, hija, come algo. Si la verdura no te apetece, coge pescado, aquí se mantiene caliente. —Señaló una marmita que estaba en el centro de la mesa.

—Comeré un poco de pescado —cedió Lucía.

Una noticia captó la atención de los tres. El locutor anunciaba la liberación de Alicia Díaz y la muerte de su secuestrador, Augusto Ruiz, del que en la pantalla se mostraba una foto.

—¿Augusto Ruiz? —Miguel se levantó y se acercó al televisor para fijarse en la imagen—. ¡Vaya, lo conozco, fue alumno mío en el instituto! ¿¿Han dicho que era el secuestrador?? —Se echó las manos a la cabeza.

La cena se quedó en los platos.

Lucía se aisló en su cuarto. No quería ver ni escuchar noticias perturbadoras que aumentaban su angustia. Miguel retiró la cena y recogió la mesa mientras Olivia se ocupaba de adecentar la cocina.

—Tu madre está muy seria —dijo Miguel sacudiendo el mantel.

—Tiene pesadillas que no la dejan descansar —le explicó Olivia.

—¿Por qué no te vas un rato con ella? Hazle compañía y a ver si te cuenta lo que conmigo se calla. Yo acabaré de limpiar esto —le propuso.

—Gracias, abuelo.

Olivia caminó hasta la habitación de Lucía. Golpeó despacio la puerta y entró.

—Soy yo, mamá.

—Pasa, hija, acércate —le pidió.

—Desde que salimos de la comisaría estás muy seria. ¿Te ha pasado algo con Román? —le preguntó colocándose a su lado en el diván que estaba bajo la ventana, en un lateral.

—Él me ha ayudado a recordar...

—¿A recordar el qué?

—Olivia. —La miró de frente, sus ojos gritaban la imperiosa necesidad de compartir con ella su tortura.

—Dime, mamá, ¿de qué te acuerdas? —le preguntó con dulzura.

Lucía se puso tensa, apretó el camisón entre las manos.

—¡Del rostro de quien me violó! No lo veo nítido, pero casi... Noto sus garras y el dolor... Me mira, sonrío, no quiero verlo, pataleo, me sostiene con fuerza por los brazos con una mano y con la otra me coge de la barbilla obligándome a que lo mire a la cara. Tiene algo extraño... en un ojo... ¡¡Parece que lleve un ojo de cristal!! —gritó exhausta.

Domingo, 28 de abril de 2024

El día se desperezó con una niebla fina y blanca como el velo de una novia. Lambert y Presedo habían llegado temprano a la finca de Martín, donde llevaban un rato. El terreno estaba húmedo y resbaladizo.

Virginia tenía frío pese a ir abrigada con pantalones, un suéter, una chaqueta de lana y encima otra impermeable. Antes de salir de su piso ya se sentía destemplada y con el cuerpo revuelto, síntomas que achacó a las interminables horas de trabajo, las escasas horas de sueño y la menstruación, que no tardaría en bajarle: llevaba una semana de retraso.

Román, en cambio, iba ataviado con un simple vaquero y una camisa que se había remangado para coger una pala y cavar junto a otros compañeros en el lugar donde previamente habían escarbado los perros. Lambert caminaba pensativa, su mente analítica repasaba las visitas que junto a Presedo había hecho a la finca y lo acontecido en cada una de ellas. Se detuvo donde estaban excavando. Miró de frente. La zona delimitada tenía una extensión aproximada de unos ocho metros cuadrados. Volvió la mirada hacia el lado derecho y observó las caballerizas a corta distancia. Después se dio la vuelta y localizó el árbol de tronco robusto y ramas secas detrás del que ella y Román, días antes, escondidos, habían visto a Beatriz pasear junto a Martín, detenerse en el punto exacto donde ahora la policía cavaba, hablar entre ellos y abrazarse. Para cerciorarse de que no se equivocaba de sitio, Lambert anduvo hasta el árbol y desde allí observó. Ahora sí, estaba segura. Intuyó que, en aquel lugar, encontrarían algo que no les iba a gustar...

—¡He golpeado algo duro! —gritó uno de los policías.

—¡Yo también! —añadió otro.

—¡Y yo! —Se sucedieron las exclamaciones.

—Parece una losa de hormigón... ¡Tenemos que romperla! ¡Retirad los restos de tierra que todavía la cubren y traed una retroexcavadora con martillo percutor! —ordenó el inspector.

Presedo dejó la pala en el suelo, sacudió las manos haciendo caer la tierra que llevaba entre los dedos y se acercó a Lambert.

—Esto pinta mal... Primero los perros, ahora la losa... ¿Qué se esconderá debajo?

—Pronto lo sabremos —respondió la inspectora, intrigada.

La retroexcavadora rompió la losa, de unos cuatro centímetros de grosor, con el martillo percutor. Retiraron los trozos fragmentados dejando a la vista cuatro agujeros cubiertos de tierra.

Lambert y Presedo, desconcertados, observaban el hallazgo. Se miraron mutuamente y ambos negaron al tiempo con la cabeza.

—¿Esto es lo que parece? —Lambert pensó en voz alta.

—Mucho me temo que sí —afirmó Presedo.

Cada agujero tenía el largo de una persona. Semejaban tumbas. Una junto a otra, consecutivas.

El inspector dio órdenes de que empezaran excavando la primera fosa, la de uno de los extremos. Que lo hiciesen con las palas y con cuidado, por lo que pudiesen encontrar.

Un sol taimado se abría paso entre la niebla que se empezaba a disipar, lenta, como si se negase a desaparecer del todo. La visibilidad había mejorado. Lambert se quitó la chaqueta impermeable, empezaba a sentir calor, pero no porque la temperatura atmosférica fuese en aumento, sino por la tensión que le provocaba imaginar lo que encontrarían en aquellas tumbas.

—¡Inspectores! —exclamó uno de los agentes que estaba sacando tierra—. ¡Aquí hay un cráneo humano!

Presedo saltó al interior de la fosa y comprobó lo que había dicho el agente. Sus peores presentimientos se hacían realidad.

—Continuad limpiando, que quede a la vista todo el cuerpo, o los restos, lo que haya. Y que vengan los forenses ¡con urgencia! Después seguid el mismo procedimiento con las otras tres tumbas —dispuso el inspector.

Un agente le tendió el brazo y lo ayudó a salir de aquel agujero inmundo.

Lambert, ante lo que estaba viendo, se sumió en sus pensamientos, en las palabras de Olivia, en lo que les había contado de la segunda visita a Pedro en la cárcel: «Me aseguró que había más víctimas, anteriores al primer crimen por el que se le acusó. Jovencitas de trece, catorce y quince años que se dieron por desaparecidas. Sus cuerpos no han sido hallados». También recordó las palabras de Pedro en la llamada telefónica que Olivia y ella le habían hecho desde comisaría: «Mi primera víctima fue una quinceañera, su inocencia acrecentaba mis ansias de matarla. Hubo otras dos, también muy jóvenes, trece y catorce años. Las raptamos juntas en el trayecto que recorrían cada martes y viernes desde la escuela de danza hasta sus casas. Eran vecinas. Lo hicimos juntos mi hermano y yo, como tantas otras cosas. Fue uno de nuestros juegos».

Lambert sopesó que podían ser los cuerpos de las jóvenes de las que hablaba el asesino, pero él había señalado a tres chicas y allí había cuatro tumbas...

—¡Virginia, Virginia! ¿Qué piensas? Estás ensimismada. —Román la sacó de su abstracción—. Necesito que vayas a casa de Beatriz y la traigas. Alguien nos tiene que explicar esto. —Señaló las tumbas moviendo con energía la mano—. Y su marido sigue grave... ¡¡La quiero aquí!!

Virginia Lambert llegó a la casa de aquella enigmática mujer, de apariencia frágil y carácter fuerte, que los tenía desconcertados.

—Buenos días. —La asistenta le abrió la puerta.

—Buenos días. Quiero hablar con Beatriz, por favor.

—La señora está ocupada —la cortó.

—Pues que se desocupe. Dile que la inspectora Lambert ha venido a buscarla.

—¿A buscarla? ¿Para qué? —se extrañó Sara.

—Se lo diré a ella. —Lambert empujó la puerta y entró en el recibidor.

La asistenta subió las escaleras y en unos cinco minutos estaba de vuelta acompañada de Beatriz, que iba en zapatillas y envuelta en una bata.

—Te puedes retirar, Sara —le dijo antes de dirigirse a Lambert—. ¿Usted qué quiere? —El cansancio se le notaba en la voz apagada, en el rostro deslucido, en la mirada opaca.

—Respuestas —soltó Lambert.

—¿A qué?

—Beatriz, en el registro de la finca hemos encontrado... —dudó si ser directa o decírselo con tiento—. Hemos encontrado cuatro tumbas —decidió no irse por las ramas—. Tengo que pedirle que me acompañe.

—Pero... ¿qué dice?... No puede ser...

Beatriz había rezado durante años para que ese momento nunca llegase.

—Por favor, no me haga insistirle —le rogó la inspectora.

—¡Míreme! Necesitaré un rato para adecentarme. —Se tocó la bata.

—La espero. No se demore demasiado —concluyó Lambert.

Beatriz fue directa al baño y se echó abundante agua fría en la cara. Delante del espejo lanzó a su imagen una mirada lacerante: «¡¿Quién soy?! Me miro y solo veo el reflejo de dos seres malvados a los que les di la vida. Y ellos han despedazado la mía. Me recuerdo meciendo en una cuna a aquellos niños de apariencia inocente, que crecieron dando señales de una maldad que yo me negaba a aceptar. Y llegaron a la pubertad convertidos en un violador y un asesino. Desde entonces grito el desgarró que me produce la culpa y el dolor. Siento dolor por las víctimas, me siento culpable por hacer traído al mundo a esos dos miserables. Quiero maldecirlos por ser unos malnacidos, pero me lo impide mi corazón de madre».

Se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto. Al llegar a la finca Beatriz tenía el rostro desencajado. Andaba un poco encorvada, arrastrando los pies; atrás había quedado su acostumbrada manera de caminar, con templanza y elegancia. Sus ojos grisáceos estaban enrojecidos por un llanto solitario. Fijó la mirada en las tumbas, que ya estaban totalmente abiertas. Presedo no le dijo nada, la observaba atento a su reacción. Lambert giró la cabeza al ver los tres esqueletos y se alejó unos metros: seguía teniendo el estómago revuelto.

Los forenses estaban preparados para iniciar su trabajo. Presedo les pidió que esperasen unos minutos antes de bajar a las fosas. Lo único que les preguntó era si a simple vista podían confirmarle que los cadáveres, como él suponía, eran de mujeres. Por como estaban los cuerpos y las pelvis, le dijeron que sí. Eran mujeres. Posiblemente muy jóvenes. Había tres tumbas, cada una con un esqueleto, y una cuarta donde solo había un

bolso medio desintegrado. En los tres cuerpos se observaban restos de ropa y las braguitas bajadas a la altura de los tobillos.

Presedo se dirigió a Beatriz. La mujer parecía pasmada, su reacción ante lo que tenía delante era nula. Se mostraba inexpresiva, silenciosa, abatida.

—Dígame, Beatriz, ¿qué es esto?! ¿Quién ha cometido esta aberración?

Ella no respondió, su pensamiento se ancló veintidós años atrás en el que fue el peor día de su vida... «Maldita la hora en que Martín y yo nos fuimos de viaje aquella Semana Santa y permitimos que nuestros hijos se quedaran solos en la finca. Maldito también nuestro deseo de volver antes para sorprenderlos y que Martín, que viajaba tanto, pudiese estar con ellos unos días... ¡Ay, Dios! Fuimos nosotros, atónitos, los que se llevaron la sorpresa. Pedro... Pedro cavaba una nueva tumba donde ya había tres, y Pablo..., que apareció con aquel pequeño bolso de mujer, la única que había conseguido escapar de sus garras...».

—¡¡Beatriz, reaccione!! —La paciencia de Presedo se había agotado.

—Estoy tan asombrada como usted —respondió con la voz apagada pero firme.

—¿Quiere que me crea que ignoraba la existencia de estas tumbas?

—Crea lo que quiera. A mí se me han acabado las fuerzas para rebatir.

Beatriz Luque no estaba dispuesta a decir la verdad, aunque se sintiese derrotada. Llevaba una infinidad de tiempo oculta tras el disfraz del miedo, el traje bajo el que escondía sus propios temores enmascarados en una falsa fortaleza. Demasiados años ataviada con el disfraz, tantos que había pasado a formar parte de su ser, era su propia piel, constituía su esencia. Ahora sentía cómo su epidermis se agrietaba, el disfraz se deshilachaba, la providencia se plantaba vigorosa ante ella, el desaliento la turbaba y la desnudaba, desposeyéndola de lo que había sido su protección más valiosa.

Presedo les dijo a los forenses que podían iniciar su tarea y se retiró unos metros hasta donde estaba Lambert.

—¿Qué hacemos con Beatriz? Asegura que ignoraba la existencia de las tumbas. —El inspector se encogió de hombros.

—Es posible que no lo supiese —opinó Lambert—. Nos tenemos que fiar de su palabra, no tenemos pruebas para implicarla. Con quien tenemos que hablar es con Pedro: queda claro que lo que le contó a Olivia sobre otros asesinatos no es una fanfarronada...

—¿Crees que estos son los restos? Por el estado en que se encuentran deben de llevar enterradas unos veinte años o más. A ver qué opinan los forenses...

—Creo que es muy probable que se trate de ellas. Lo que me descoloca es la cuarta fosa y el bolso. —Lambert arrugó los labios—. Voy a telefonear a Olivia y la pondré al corriente, a ver si ella recuerda algo más de lo que le dijo Pedro. Después deberíamos llevar a Beatriz a su casa y desde allí ir a la cárcel para ver si le sacamos algo al psicópata.

—¡Cómo te gusta organizar! —Presedo ladeó una sonrisa.

—Pues no he acabado. Mientras yo hablo con Olivia, contacta tú con la unidad de desaparecidos. Que nos pasen un listado de las mujeres desaparecidas en Madrid y alrededores hace unos veinte años —dispuso la inspectora.

Aquel domingo neblinoso Olivia se había despertado más tarde de lo que era costumbre en ella. No había logrado atrapar el sueño hasta altas horas de la madrugada. Lo que le había contado su madre del tipo que la forzó le había provocado insomnio y un martirizante runrún sobre la identidad de quién sería su padre.

Despierta, todavía seguía acostada en la cama. No había mirado la hora que era, estaba cansada y un tanto afligida. Apenas entraba luz por la ventana; aunque solo fuese por un día, quería dormir y olvidar. Su móvil sonó. Miró la pantalla con apatía. Era Virginia. Respondió.

—Hola, inspectora.

—Hola, Olivia. Román y yo estamos en la finca de Martín. ¡Agárrate! Hemos descubierto tres tumbas con tres esqueletos y otra con un bolso, bueno, vestigios de lo que parece que era un bolso.

—¿Qué?! —Olivia se levantó de un respingo. La noticia le había disparado la adrenalina.

—Lo que oyes... Verás, he pensado que los cadáveres pueden tener relación con los crímenes que Pedro te dijo que había cometido, con o sin su hermano, eso está por ver. Los forenses dicen que son cuerpos de mujeres jóvenes y, a falta del resultado de la autopsia, a simple vista parece que fueron agredidas sexualmente.

—Entonces no son las víctimas de las que me habló Pedro. Él me aseguró que no las había violado, insistió en ello.

—Vamos a ir a prisión a ver qué nos cuenta. Te mantendré informada.

Los inspectores llevaron a Beatriz a su casa y, antes de que se bajase del coche, le pidieron que estuviese localizable. Ella lo único que les rogó fue que mantuviesen a Alicia y a Adrián al margen de lo que estaba sucediendo. Fue directa a la sala de música, cerró la puerta y se tumbó en el diván. A oscuras.

Presedo condujo rumbo a la cárcel; Lambert, en el asiento del copiloto, lo previno.

—Román, seamos prudentes: Pedro no debe enterarse de que la información que tenemos sobre sus crímenes nos ha llegado a través de Olivia.

—No te preocupes, Virginia, ya lo había pensado. Nosotros únicamente haremos referencia a las tumbas que hemos hallado. Y espero que él nos dé las explicaciones que Beatriz nos ha asegurado desconocer.

—A ver de qué humor lo encontramos... —dudó Lambert, sin ningunas ganas de volver a sentarse frente al psicópata.

Cuando llegaron, Pedro ya estaba en la reducida sala de visitas. No sabía quién iba a aparecer hasta que los vio.

—¿A qué debo el honor, inspectores? Es todo un detalle que hayan venido a verme. Ya me he enterado de que ha aparecido mi hija, que la había secuestrado un chalado. ¿Tienen que contarme algo más? Si no es un tema interesante, evítenme el aburrimiento de escucharlos. —Se reclinó en la silla. Llevaba las manos esposadas por delante, las apoyó en el regazo.

A Lambert se le atragantaba su sarcasmo. Le hablo sin rodeos.

—En el registro de la finca de tu padre hemos hallado cuatro tumbas y...

—¿Por qué han registrado la finca de mi padre? —La interrumpió clavándole una mirada inánime.

—Estamos investigando el intento de homicidio de tu padre, cometido por tu hermano. ¿No lo sabías? —intervino Presedo.

—No —respondió extremadamente serio—. ¿Han detenido a mi hermano? —se interesó.

—Sí, en breve pasará a disposición judicial. ¿Quién sabe? Quizá lo envíen a esta prisión y os podréis hacer compañía —lanzó Lambert—. Ahora que estás al día de los acontecimientos familiares, responde a nuestras preguntas. ¿Conocías la existencia de las tumbas?

—¡Por supuesto! Las cavé yo. Hace mucho tiempo..., unos veintidós años... —Una amplia y maléfica sonrisa achinó sus ojos. Lambert y Presedo cruzaron una mirada de reojo—. ¿A qué viene esa miradita, inspectores? ¿Están confusos? ¿Desconcertados tal vez? ¿Mi sinceridad les abruma? —Pedro movía la cabeza como si fuese un péndulo—. Si venían a por una confesión, ya la tienen.

—¿Así de fácil? ¿Reconoces haberlas violado y asesinado? —incidió Lambert.

—¡No, no, no! —Puso el cuerpo rígido y, dando un golpe, apoyó las manos esposadas sobre la mesa—. Quiero que quede muy claro: las maté, sí, pero de lo otro no soy el responsable. Yo no cometo delitos sexuales.

—¿Y quién es el responsable? —lo azuzó Presedo.

—No soy un chivato... —Se volvió a reclinar en la silla.

—¿Sabes lo que creo, Presedo? —dijo Lambert en voz alta—. Este se quiere llevar el protagonismo, pero fue su hermano quien se encargó de todo. ¡Vámonos! Aquí estamos perdiendo el tiempo.

—¡Fue un juego! —exclamó Pedro.

—¿Un juego? ¡¿Qué mierda estás diciendo?! ¡¡Explícate de una puta vez!! —le exigió Presedo.

—Lo hicimos a medias entre mi hermano y yo. Consistía en que yo elegía a tres chicas, las raptábamos juntos, las llevábamos a la finca y allí él desfogaba su furia sexual y yo mis instintos asesinos. Teníamos que lograr llevar a cabo el plan antes de Semana Santa, nuestros padres nos habían propuesto un viaje en familia, al que al final no fuimos, preferimos quedarnos en la finca y ellos consintieron. Desde que fallecieron nuestros abuelos éramos Pablo y yo los que más la frecuentábamos, pero nuestro padre, de vez en cuando, también iba.

—¿Por qué las elegías tú? —le preguntó Lambert.

—Porque no me conformo con cualquier cosa, me gusta la exquisitez. Siento un enorme placer contemplando cómo la belleza en vida se extingue con la muerte... En cambio, a mi hermano, tanto le da: es un bruto.

—¿Cómo las mataste?

—No se precipite, inspectora, deje que se lo explique con calma. Todo tiene un proceso, ¿no cree?

Lambert lo escuchaba y pensaba si alguien así se podría reinsertar. Ella no lo creía posible. El día que Pedro acabase de cumplir su condena y fuese puesto en libertad, la vida de muchas mujeres correría un grave peligro.

—¡Escucha! —le voceó Presedo con evidente enfado—. Lo que sea que tengas que contar hazlo del tirón.

—Vale, Vale. —Inclinó hacia abajo la comisura de los labios acentuando la burda expresión de su rostro—. Estuve un mes observando a las chicas, conociendo sus rutinas. Mi primera víctima fue una quinceañera, preciosa e inocente. La raptamos, como ya les he dicho, entre Pablo y yo tres días antes de que empezasen las vacaciones. Yo conducía, la seguimos hasta la zona solitaria por donde sabía que pasaba, paré el vehículo, mi hermano bajó y en décimas de segundo ya era nuestra. Viajó hasta la finca amordazada y atada en el maletero. Una vez allí, mientras Pablo se ocupaba de ella..., ya saben..., yo empecé a cavar la fosa. Después, cuando él acabó su momento de gloria, llegó mi turno. Al día siguiente fuimos a por las otras, guapas y tiernas, de trece y catorce años, eran amigas y vecinas, las raptamos cuando volvían de la clase de danza. El procedimiento fue el mismo... ¿Quieren que les de los detalles de cómo las maté? —Meneó la boca como si chupase un caramelo.

—¡¡Sigue!! —A Presedo le hervía la sangre.

—A las tres les quité la vida de la misma manera, limpia y sencilla: retorciéndoles el cuello como a las gallinas. Las desnuqué de un tirón hacia atrás, firme y rápido.

—¿Quién cubría las tumbas? —preguntó Lambert, ansiosa por acabar el interrogatorio.

—Lo hacíamos juntos Pablo y yo. Cada vez que tirábamos un cuerpo en su respectiva fosa, lo cubríamos de tierra a paladas.

—¿Y quién puso la losa de hormigón? —se desesperó la inspectora.

Pedro la miró y se mantuvo unos instantes en silencio, como si dudase la respuesta.

—¿Usted quién cree? ¿Alguien que pasaba por allí y se ofreció a ayudarnos? ¡Qué pregunta tan tonta! ¡La pusimos nosotros, claro está!

—Ya... Explícame cómo hicisteis el hormigón —lo tanteó el inspector.

—Con la hormigonera, grava, cemento y agua —concretó raudo.

—¿Y la cuarta tumba? ¿Para quién era? —Lambert lanzó la pregunta y contuvo las ganas de arañarle la cara como una leona.

—Eso fue una torpeza de mi hermano. El primer día de vacaciones de Semana Santa Pablo me dijo que quería seguir con el juego. Yo me negué y él decidió actuar por su cuenta. Me pidió que por lo menos lo ayudase a cavar otra fosa y eso fue lo que hice. Pero mi hermano no sabe matar..., no se le da bien... En fin, se fue a Madrid y cuando volvió no traía a ninguna chica, solo un bolso, el de la joven a la que había violado. Según me explicó, la había abordado en el parque del Retiro al anochecer: lo hizo rápido y en un descuido ella se escapó. Yo ya había cavado la fosa, así que tiramos el bolso dentro.

Presedo se levantó y sin decir nada salió de la sala como si tuviese una urgencia. Lambert se quedó y le preguntó a Pedro:

—¿Cuándo cubristeis las tumbas con el hormigón? ¿Esa misma noche?

—Sí. En cuanto llegó mi hermano, tiramos el bolso dentro de la fosa, la llenamos de tierra y, a continuación, alumbrados por dos potentes linternas, lo tapamos todo con la losa de hormigón —explicó con voz neutra.

—Que no se mueva. Ahora vuelvo —le dijo Lambert al guardia y salió a ver qué le pasaba a Presedo.

Estaba apoyado en una pared del pasillo, se había quitado las gafas, que sujetaba de las varillas con una mano mientras se pasaba la otra por la

cabeza, deslizando el cabello entre los dedos y estirándoselo hacia atrás como si ese gesto lo ayudase a pensar.

—¿Qué sucede, Román? Pareces muy agobiado.

—Lo estoy. La historia de la cuarta tumba me ha removido las vísceras. La agresión de Pablo a una chica el primer día de las vacaciones de Semana Santa... Al anochecer... En el Retiro... Hace veintidós años... ¡Todos los datos coinciden con lo que le sucedió a Lucía!

—¿Qué dices? ¿Crees que Pablo violó a Lucía?

—Si es así, que se prepare... —Apretó los labios—. Nos vamos a hablar con él, Pedro ya nos ha contado suficiente.

—Vamos, vamos, pero te recuerdo que somos agentes de la ley y no nos podemos tomar la justicia por la mano. —Lambert intentó serenarlo.

—No me hables de leyes ni de justicia; en mi cabeza no cabe que prescriban los delitos de homicidio ni los de violación —protestó Presedo saliendo de la cárcel.

—En la mía tampoco —recalcó la inspectora.

Al verlos entrar Pablo no se inmutó. Reposaba semiincorporado en la cama del hospital. Se había negado a que le administrasen calmantes, disfrutaba sintiendo dolor.

—¡Mis amigos inspectores! ¿Han venido a interesarse por mi estado de salud? —Bosquejó una mueca petulante.

—Venimos a joderte el día —escupió Presedo.

—¡Qué ilusión! —se regodeó Pablo.

—¿Qué tal estás de memoria? —le preguntó Lambert.

—La tengo perfecta, inspectora.

—Cuánto me alegro. Empieza recordando lo que hiciste el primer día de la Semana Santa de hace veintidós años. —Le clavó la intensidad verdosa de su mirada.

—Lo recuerdo perfectamente. No hice nada. Me pasé todas las fiestas descansando. —«Maldito cabrón», se dijo Lambert.

—Nos has mentado, Pablo —intervino Presedo—. Tu memoria es una puta mierda, no funciona. Pero no te preocupes, me has pillado de buenas, te voy a ayudar: hemos hallado cuatro tumbas en la finca de tu padre. En tres de ellas hay esqueletos de mu-je-res jó-ve-nes, de las que tú abusaste en los días previos a la festividad. En la cuarta, que fue excavada el primer día de la Semana Santa, solo hay un bolso. ¿Empiezas a recordar?

Pablo escuchaba al inspector con indiferencia, ignoraba sus palabras. Lo que más recordaba de aquel día era a su madre desesperada, suplicándole a su padre que los ayudase, que les diera otra oportunidad. Que a los hijos se les perdona todo. Que ella se encargaría de que no volviesen a pecar.

—No sé de qué me habla —negó lentamente con la cabeza.

—¡Eres un cobarde incapaz de asumir tus actos! —estalló Lambert—. Pero por muchos años que hayan pasado, encontraremos algún rastro de ADN que te pueda inculpar.

—No me haga reír, inspectora. Mi ADN es el mismo que el de mi hermano, con un margen ínfimo de diferencia, prácticamente inapreciable. Y estoy seguro de que ya han hablado con él y se ha confesado culpable. ¡Le gusta tanto el protagonismo...!

—Pedro ha confesado ser el autor de los crímenes, pero no de las violaciones, de eso te ha inculcado a ti, nos lo ha explicado todo con detalles. Nos es indiferente que tú lo niegues.

Lambert y Presedo salieron de la habitación, era inútil intentar razonar con Pablo. Román no cesaba de darle vueltas a lo que le había sucedido a Lucía. ¿Era disparatado pensar que había sido Pablo el agresor? Los pensamientos le turbaban la mente. Necesitaba hacer un receso. Miró su reloj.

—Son las tres en punto. Virginia, ¿no tienes hambre? Ayer no comimos en todo el día y hoy vamos por el mismo camino.

—Tengo el cuerpo revuelto. Pero intentaré comer algo, hay que reponer fuerzas. ¿Vamos al Tredal?

El Tredal era un restaurante sencillo, cercano a la comisaría, donde servían comida casera a buen precio. Román pidió un plato de garbanzos con chorizo y Virginia una tortilla de ajos tiernos.

—Necesito volver a hablar con Lucía —comentó Román mientras esperaba que les sirvieran los platos—. Voy a llamar a Olivia. —No podía esperar más, cogió el móvil y marcó el número de la joven.

—¿Presedo?

—Hola, Olivia. ¿Puedo hablar con tu madre, por favor?

—Me alegro de que hayas llamado. Yo también había pensado en llamarte, pero como es domingo...

—Estoy trabajando, como cualquier otro día o incluso más. ¿Qué querías? ¿Tu madre está bien?

—Verás, ha recordado algo más de... aquel día... —A Olivia le costaba sacar el tema—. Ha conseguido visualizar el rostro de su agresor y... asegura que tenía un ojo de cristal.

—¿Que qué?

Virginia lo miraba con expectación, era obvio por la reacción de Román que Olivia le estaba contando algo preocupante. El camarero llegó con la comida emplatada.

El olor a ajos tiernos le provocó arcadas a Virginia. Pensó que tenía los nervios tan agarrados al estómago que hasta su comida favorita le

provocaba rechazo. Román era incapaz de probar bocado, lo que le estaba diciendo Olivia le había anulado el apetito por completo.

—Las imágenes de su terrible pasado están haciendo mella en la salud de mi madre. No quiere salir de su habitación y yo no sé qué hacer para ayudarla.

—Escúchame, Olivia, tengo que hablar con ella. ¿Puedo ir a vuestra casa?

—Esta tarde, cuando no esté mi abuelo. Los domingos sale con la vecina a pasear un par de horas, a partir de las cuatro y media más o menos.

Román y Virginia se levantaron; antes de irse, pidieron disculpas al personal del restaurante por haber dejado la comida intacta, lo achacaron a las prisas que tenían.

—Virginia, tengo que estar en casa de Olivia en torno a las cuatro y media, ¿me acompañarás?

—Mientras hablabas con ella, tu cara decía mucho y nada bueno. ¿Me lo cuentas?

—Lucía ha conseguido visualizar a su agresor. Asegura que tenía un ojo de cristal.

Virginia abrió la boca y los ojos al tiempo, asombrada, espantada.

—Sí, claro, iré contigo.

—Gracias, compañera, primero vamos a comisaría.

Presedo encontró sobre la mesa de su despacho un informe básico con algunos datos previos al análisis preliminar de las autopsias.

—¡Qué eficiencia la de los forenses! —alabó Lambert entrando tras él—. ¿Lo lees? —dijo metiéndole prisa.

—Evidencias de agresión sexual en los tres cuerpos. Lesiones generalizadas. Contusión pélvica en uno de los cadáveres y rotura de pelvis en los otros dos. Posible causa de la muerte: rotura de la columna a la altura cervical —leyó el inspector.

—Coincide con el relato de Pedro. Fueron violadas y él las mató desnucándolas. Pobrecitas... —dijo Lambert con tristeza.

El teléfono de Presedo sonó. Eran los de criminalística, que seguían en la finca.

—¿Algo nuevo?

—Sí, inspector. En la tumba vacía, cerca de donde estaban los restos del bolso, hemos encontrado un carnet de identidad. Al estar plastificado

su estado de conservación es bueno, teniendo en cuenta los años que lleva enterrado.

—¡Traedlo a comisaría de inmediato!

Lambert se retiró a su despacho. Necesitaba un mínimo de tranquilidad, un ratito de asueto.

—Avísame cuando lleguen —le pidió a Presedo.

Con las sirenas puestas abriéndose camino, los dos agentes que portaban el documento de identidad tardaron media hora en llegar. Le entregaron a Presedo la bolsa donde habían metido la prueba.

—Hemos limpiado la tierra que lo cubría; por lo demás, está tal y como ha sido hallado.

—Gracias, podéis regresar a la finca, supongo que todavía os queda bastante trabajo por realizar.

Presedo se puso guantes para no contaminar la prueba. Abrió la bolsa, extrajo el DNI y lo primero que vio fue la pequeña foto, la imagen joven y sonriente de la persona identificada con el nombre de Lucía Durán. Ardió en deseos de regresar al hospital y estrangular a Pablo con sus propias manos. Ya no le cabía ninguna duda de que había sido él. Había destrozado la vida de muchas personas y de la que él más quería.

Colocó el DNI en la bolsa y fue al despacho de Virginia. Entró sin llamar, sin pensar, sin la serenidad que le hacía falta en aquellos momentos.

—Román, ¿qué sucede? —Leyó en su rostro la rabia, la impotencia.

—Aquí está, es el DNI de Lucía. —Alzó el brazo con el que sujetaba la bolsa.

Virginia respiró hondo antes de opinar.

—Sé lo que estás pensando, Román. Te gustaría ir inmediatamente en busca de Pablo y darle su merecido. Como tu amiga que soy te pido que deseches esa idea. Cálmate, céntrate en Lucía: ahora iremos a verla y va a necesitar todo tu apoyo.

—Tienes razón, Virginia. Dame dos minutos, voy al baño a echarme agua fría por la cabeza y nos vamos.

Olivia le había comentado a su madre que Román iría a hablar con ella. Quería prevenirla para evitarle sobresaltos. Lucía se tomó bien la noticia, incluso se alegró. Lo que le preocupaba era la reacción de su padre, pero

Olivia le dijo que no iba a ser un problema: le había dicho a Román que fuese en el horario en que Martín se iba a pasear con Amalia.

Cuando la vecina y Martín se fueron, Olivia y Lucía salieron al porche y, sentadas en los escalones, esperaron.

Al ver llegar el coche se pusieron de pie. Olivia se adelantó y abrió la puerta de la valla. Román fijó la mirada en Lucía: el rubio de su cabello suelto resaltaba sobre una chaqueta roja de punto. Ella también lo miró, se le aguaron los ojos.

—Lo he visto, Román, he recordado su imagen...

Román la abrazó, susurrándole al oído que había llegado el momento de borrar el pasado y empezar una nueva vida.

Mientras, Virginia ponía al día a Olivia de los últimos acontecimientos. El interrogatorio de Pedro, el intento de interrogatorio de Pablo y, lo más importante, el hallazgo del DNI de su madre en la tumba donde estaba el bolso.

—¿Cómo? ¿Me estás confirmando que el violador de mi madre es Pablo Díaz? ¿Estás segura?

—Segurísima —se reafirmó Virginia.

Olivia perdió el control, se le encendió el rostro, sentía por todo el cuerpo los latidos del corazón, se negaba a ser la hija de un psicópata y la sobrina de otro.

—¡¡No puede ser!! ¡Nooo! —gritó.

—Olivia, ¿qué te pasa hija? —se preocupó Lucía.

—Mamá, perdona, no quería asustarte. Me he alterado al pensar que soy hija de un ser abominable, pero lo superaré, soy fuerte, somos fuertes, lo superaremos juntas. —Se aferró a su mano.

Román las escuchaba mirándolas alternativamente. Y al ver cómo apaciguaban su dolor apoyándose mutuamente, deseó formar parte de ellas, de la fuerza que emanaban, de la familia que conformaban. En ese instante se dio cuenta de que habían pasado por alto algo importante, fundamental, y dijo con énfasis:

—¡Olivia, es muy posible que no seas hija de Pablo! Tu madre y yo manteníamos relaciones, recuerdo perfectamente nuestro encuentro del día anterior... Lucía, estoy seguro de que tú también lo tienes presente.

Lucía se emocionó al escucharlo, el azul intenso de sus ojos se tornó brillante y claro. Román continuó:

—Olivia, tu padre podría ser yo.

DOS MESES DESPUÉS

Le gusta la luminosidad del mes de junio; los días largos, el aire cálido. Virginia no ha puesto el despertador, se ha permitido ese descanso que le pedía el cuerpo y no siempre podía ofrecerle. Está teniendo un buen embarazo, los únicos dos síntomas que le ha producido son mucho sueño y un tremendo asco a los ajos tiernos. Hasta el olor le provoca náuseas.

Se despereza en la cama, se levanta con tranquilidad, sube la persiana y mira al cielo por la ventana. «Hace un día espléndido cariño», le dice a su vientre mientras lo acaricia. Habla con su criatura desde que se enteró de que la estaba gestando. Cuando se lo comunicó el ginecólogo le había parecido increíble. Después de tanto intentarlo, del fracaso de los tratamientos, de las decepciones, de perder toda esperanza..., el milagro se había producido en la tranquilidad de una isla griega y con la participación de un apasionado director de hotel.

Va a ser madre y no puede sentirse más feliz. Se lo ha comunicado a Alexis, pero sin intención de reclamarle una implicación que él no desee. Por ahora dejan que su relación, en la distancia, fluya.

Virginia está lista, coge un bolso de mano y las gafas de sol. Sale del piso ataviada con un bonito vestido semilargo que estrena para una ocasión especial: la graduación de Olivia.

Al acto de graduación de los estudiantes de criminología le faltan unos minutos para empezar. Algunos de los asistentes ya han tomado asiento, otros parlotean formando corrillos en los pasillos de la facultad. Miguel no puede disimular los nervios.

—Yo voy a entrar, nos van a quitar los mejores sitios.

—Adelántate, papá, y guárdanos asientos. Nosotros esperamos un poco más a ver si llega Virginia —le dice Lucía.

—Te acompaño, Miguel, no me quiero perder ni un detalle. —Amalia camina junto a él.

Román y Lucía se quedan fuera, Virginia los ha llamado para decirles que está de camino, llegará en breve. Se cogen de la mano ahora que Miguel no los ve. Aunque todo se ha aclarado, siguen comportándose ante él como cuando eran adolescentes. Veintidós años después, han retomado su relación. Están disfrutando ahora del noviazgo que se vio truncado... Nunca hablan de aquello. Si bien Lucía continúa yendo a terapia, las sesiones son cada vez más espaciadas y vive el día a día con una intensidad arrebatadora. Vuelve a ser ella.

—¡Aquí estoy! —Virginia se aproxima saludando con la mano.

Entran. Ven que Amalia y Miguel les han reservado asientos en las filas de delante. Virginia los saluda y pide disculpas por el retraso. Miguel hace una mueca con la boca. El acto empieza.

Olivia, sobre el estrado, busca con la mirada a su familia y amigos. Los encuentra y les dedica una sonrisa. Miguel se tapa la boca con la mano para que nadie vea sus pucheros. Amalia se coloca ambas manos sobre el pecho. Virginia, entusiasmada, le envía un beso volador. Sus padres, Lucía y Román, le devuelven la sonrisa y aplauden orgullosos cuando le entregan el reconocimiento al mejor expediente y al mejor TFG de su titulación.

Sí, Román es el padre de Olivia, así lo han confirmado los resultados de las pruebas de paternidad. Hoy es un gran día, tienen mucho que celebrar.

Con sus dos hijos en prisión, Beatriz espera que el estado de salud de su marido mejore lo suficiente para abandonar el país junto a él y a sus nietos. Han puesto a la venta todas sus propiedades y tiene planeado irse a vivir a un lugar del que prefieren no informar a nadie, donde sus nietos se sientan libres de miradas acusatorias y lenguas afiladas.

En el patio del Centro Penitenciario Madrid V – Prisión de Soto del Real se escucha un barullo exagerado. Varios presos han formado un corrillo y vociferan dos nombres, cada uno el de su preferido: «¡Pablo, Pablo!», «¡Pedro, Pedro!». Cuando los guardias consiguen callarlos y dispersarlos,

en el centro ven a los dos hermanos. Pedro está de pie; Pablo, tumbado en el suelo. Se acercan, parece que Pablo no respira. Dan aviso al personal de enfermería, que confirma su muerte.

—¿Qué has hecho?! ¿Por qué lo has matado? —le pregunta un guardia a Pedro mientras entre otros le tiran de los brazos hacia atrás y le ponen los grilletes.

Pedro responde tranquilo.

—Había llegado el momento de nuestro último juego. He vuelto a ganar.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, por tanto y todo bueno.

A Hugo Fuentes, mi sobrino, al que quiero como a un hijo.

A Rosa Pérez, mi editora, por haberme dado una de las mayores alegrías de mi vida.

A Mari Ángeles Buendía, mi amiga y correctora.

A Mar del Olmo, por solventar mis dudas en un tiempo récord.

A Miguel Hidalgo por sus asesoramiento, amabilidad y simpatía. Y a Juani Morillas, amiga de la infancia, por haberme puesto en contacto con él.

A Belén Meneses, por una infinidad de razones.

A mis amigas Gisele Lopes, Christel Daix, Anna Franch y Dèlia Andreu, que me hicieron fácil empezar en otro lugar. Gracias por vuestro apoyo, cariño e inspiración.

Por último, gracias a vosotros, queridos lectores. Sois mi mayor motivación.